

pocket edhasa

Último acto en Palmira

La VI novela de Marco Didio Falco

Lindsey Davis

Último acto en Palmira

Lindsey Davis

(Marco Didio Falco – 06)

OceanofPDF.com

Para Janet

(«Las seis en punto; el primero en llegar se apodera de una mesa…») sin disparos ni amagos de violación ¡y un único insulto para los abogados!

Cualquiera cree, en algún momento de su vida, que ha nacido para ser actor. Algo muy profundo le dice que pronto le tocará demostrarlo y que se acerca el día en que electrizará al mundo. Arde en deseos de mostrar cómo se hacen las cosas y de ganar un salario de trescientas a la semana…

JEROME K. JEROME

Aquellos que representan a los payasos que sólo digan lo que les ha sido asignado, ya que algunos reirán y harán reír a varios espectadores vacuos aunque, en el ínterin, quizás haya que considerar algún aspecto esencial de la obra…

WILLIAM SHAKESPEARE

OceanofPDF.com

DRAMATIS PERSONAE

Falco: Hombre de acción; literato; un toque blando para encargos duros.
Helena: Mujer decidida; con sentimientos duros, pero blanda con Falco.
Talía: Bailarina con serpientes para los entendidos; actualmente convertida en una importante gestora.
Jasan: Una pitón pequeña y curiosa.
Zenón: Una pitón grande que no se para a hacer preguntas.
Faraón: Un tipo de serpiente radicalmente distinta.
Anacrites: El reptil jefe de los espías (con un despacho diminuto).
Hermano: Primer ministro de Petra (cuyos motivos tal vez no sean fraternos).
Musa: Joven sacerdote de Dushara (está chalado por Hermano).
Shullay: Sacerdote de más edad, que sabe algo más que papar moscas.
Sofrona: Intérprete de órgano hidráulico, desaparecida, que busca el amor.
Jaled: No busca el amor; más bien, el amor lo ha encontrado a él.
Habib: Evasivo hombre de negocios sirio.
Gente que simula ser Habib (Ser evasivo resulta muy rentable).
Alejandro: Macho cabrío con la cabeza vuelta hacia atrás; un monstruo fallido.
Dueño de Alejandro: Hombre sensato que busca la jubilación anticipada.

LA COMPAÑÍA:

Heliodoro: Dramaturgo a destajo (difunto); no fue un innovador.
Cremes: Actor-director de un grupo de teatro ambulante; un tipo imposible.
Frigia: Actriz de gran talla (es una mujer alta); esposa de Cremes.
Davos: Parece tan confiable que no puede serlo.
Filócrates: Pequeño y bonito paquete que va camino de una estrepitosa caída.
Mulo de Filócrates: Otro intérprete agudo que busca su oportunidad.
Birria: Una chica guapísima que sólo pretende hacer carrera (¡lo de siempre!).
Tranio: Un payaso sofisticado (una contradicción de términos).
Grumio: Un sagaz cómico a toda prueba (¿otra contradicción?).
Congrio: Cartelero con grandes ideas (¿otro cómico?).

MIEMBROS DE LA ORQUESTA:

Ione: Tocadora de pandereta.
Afrania: Tocadora de tibia.
Plancina: Tocadora de zampoña.
Trío con el que más vale no meterse.
Ribes: Tocador de lira que aún no ha encontrado a su musa.

DE «EL ESPECTRO QUE HABLÓ»: *«Moschión»* Un prototipo.

OceanofPDF.com

Prólogo: ROMA

La escena está ambientada en Roma, en el circo de Nerón y en un pequeño cuarto trasero del palacio de los Césares, en el Palatino. Corre el año 72.

SINOPSIS: Helena, hija de Camilo, es una joven decepcionada por el embaucador *Falco* que, al parecer, le ha prometido matrimonio. Ahora sostiene que el emperador *Vespasiano*, su patrón, lo ha dejado en la estacada. En el momento justo, *Taifa* —artista de altos vuelos— y *Anacrites* —espía de baja estofa— plantean salidas para que Falco pueda librarse del fregado en que se ha metido, pero debe evitar a toda costa que Helena se entere de lo que está tramando porque, de lo contrario, empezará a sonar el coro de la desaprobación.

OceanofPDF.com

I

—¡Pues podrían matar a alguien! —exclamó Helena.

Sonreí y contemplé la arena con avidez.

—¡Es, precisamente, lo que quieren que pensemos!

Para cualquier romano es fácil representar el papel de espectador sediento de sangre.

—Estoy preocupada por el elefante —murmuró Helena.

La pobre bestia avanzó con grandes dudas y se encaramó cada vez más en la rampa. Un domador se arriesgó a hacerle cosquillas en la patas.

Yo estaba más preocupado por el hombre situado a nivel del suelo, que soportaría todo el peso del elefante en el caso de que se cayera. Bueno, la verdad es que estaba preocupado, aunque sin exagerar. Me sentía dichoso de que, para variar, no fuese yo quien corría peligro.

Helena y yo estábamos sanos y salvos en la primera fila del circo de Nerón, al otro lado del río, en las afueras de Roma. Aunque el lugar tiene una historia sangrienta, actualmente se utiliza para carreras de carros, relativamente formales y seguras. El largo circuito está dominado por el inmenso obelisco de granito rojo que Calígula importó de Heliópolis. El circo se encuentra en los jardines de Agripina, en las estribaciones del Vaticano. Libre de multitudes y de cristianos a los que se convierte en teas, presentaba un ambiente casi pacífico, interrumpido tan sólo por las secas exclamaciones de los volatineros que hacían prácticas, los funámbulos y las contenidas expresiones de aliento de los domadores de elefantes.

Éramos los únicos observadores a los que habían permitido la entrada a ese ensayo frenético. Da la casualidad de que conocía a la directora del espectáculo. Me habían dejado entrar porque había mencionado su nombre en las barreras de la línea de salida y aguardaba el momento oportuno para hablar con ella. La empresaria se llama Talía y es un personaje sociable, con atractivos físicos que jamás se toma la molestia de ocultar bajo la afrenta del vestido, de modo que mi chica me había acompañado para protegerme. En su condición de hija de senador, Helena Justina tiene ideas muy claras en lo que se refiere a permitir que el hombre con el que convive corra peligros morales. Supongo que yo me lo había buscado, dada mi condición

de detective privado con un trabajo insatisfactorio y un turbio pasado a cuestas.

Sobre nuestras cabezas se extendía un cielo que un poeta lírico de tres al cuarto habría llamado azul celeste. Abril acababa de empezar y estábamos a media mañana de un día prometedor. Al otro lado del Tíber, todos los habitantes de la ciudad imperial trenzaban guirnaldas para el prolongado período primaveral de celebraciones. Estaba bien entrado el tercer año del reinado de Vespasiano como emperador y era época de ajetreadas reconstrucciones, pues se estaban rehaciendo los monumentos públicos incendiados durante las guerras civiles. Si me lo pensaba dos veces, yo también estaba atravesando un período constructivo.

Talía debió de rendirse ante lo que ocurría en la arena porque lanzó unas escuetas palabras tajantes por encima del hombro apenas cubierto y dejó que los domadores continuaran con su faena. Se acercó a saludarnos. Tras ella vimos a varias personas que trataban de engatusar al elefante-un ejemplar muy pequeño— para que avanzase por la rampa que, se suponía, lo conduciría a la plataforma desde la cual, con todas las esperanzas del mundo, habían extendido una cuerda floja. Aunque aún no podía verla, el elefantito ya sabía que lo que hasta entonces había visto del programa de adiestramiento no le gustaba nada.

En cuanto Talía llegó, mi ansiedad cobró alas. No sólo tenía un oficio interesante, sino amigos poco corrientes. Una de sus amistades le rodeaba el cuello cual un pañuelo. Ya la había visto de cerca en una ocasión y el recuerdo aún me hacía estremecer. Era una serpiente macho, de tamaño modesto y gigantesca curiosidad, más exactamente una pitón de las constrictoras. Estaba claro que recordaba la última vez que nos habíamos visto, pues se estiró encantado, como si quisiera darme un abrazo mortal. Asomó la lengua y probó el aire.

La propia Talía requería un trato cuidadoso. Con su descollante altura y una voz restallante que llegaba hasta el otro extremo de la arena, siempre se las apañaba para hacerse notar. Por si eso fuera poco, poseía una figura de la que pocos hombres podían apartar la mirada. En ese momento la cubría con ridículas tiras de gasa color azafrán, recogidas con enormes joyas que te partirían los huesos si se caían sobre uno de tus pies. Talía me gustaba. Sinceramente, yo me hacía la ilusión de serle simpático. ¿Quién está dispuesto a ofender a una mujer que, para llamar la atención, luce una pitón viva?

—¡Hola, Falco, ridículo cabrón!

Llevar el nombre de una de las Gracias jamás influyó en las maneras de Talía.

Se detuvo delante de nosotros, con los pies separados para sustentar mejor el peso de la serpiente. Sus muslos sobresalían a través de la delgada tela color azafrán. Pulseras del tamaño de escálamos de trirremes rodeaban firmemente sus brazos. Empecé a hacer las presentaciones de rigor, pero nadie me hizo puñetero caso.

—¡Tu gigoló no tiene muy buena pinta! —Talía se dirigió a Helena con tono burlón y me señaló con la cabeza. Aunque no se conocían, a Talía el protocolo la traía sin cuidado. La pitón me observó desde el seno acogedor de su dueña. Aunque estaba más aletargada que de costumbre, en su actitud despectiva había algo que me recordó a mi parentela. Sus escamas eran pequeñas y formaban un hermoso dibujo de grandes figuras romboidales—. Falco, ¿qué te trae por aquí? ¿Has decidido aceptar mi oferta?

Puse cara de inocente.

—Talía, prometí que vendría a ver tu espectáculo.

Hablé como si fuera un novato que acaba de ponerse la pretexta y que pronuncia su primer discurso solemne en el tribunal de la basílica. Indudablemente había perdido el caso antes de que el ujier pusiera a funcionar la clepsidra.

Talía guiñó el ojo a Helena.

—Me dijo que se iba de casa y que buscaría trabajo como domador de tigres.

—Domar a Helena me ocupa todo el tiempo.

—Pero si a mí me dijo que era un magnate con extensos olivares en Samnium y que, si despertaba su fantasía, me mostraría las siete maravillas del mundo —respondió Helena a Talía como si yo no hubiese dicho nada.

—Bueno, todas cometemos errores —añadió Talía con tono compasivo.

Helena Justina cruzó los tobillos con una ligera patadita al volante bordado de su falda. Sus tobillos eran fascinantes. Si se lo proponía, Helena podía ser una chica fascinante.

Talía la sometió a un avezado examen. Por nuestros encuentros anteriores sabía que yo era un modesto investigador privado, que perseveraba en un trabajo fatal a cambio de unos honorarios misérrimos y

del desdén público. Se dedicó a estudiar a mi amiga que, sorprendentemente, tenía mucha clase. Helena parecía una mujer fría, callada y seria, aunque era muy capaz de hacer callar a una cohorte de pretorianos ebrios con unas pocas y categóricas palabras. Además lucía un brazalete de oro afiligranado, soberbiamente caro, que por sí mismo debió de indicar algo a la bailarina con serpientes: a pesar de que había ido al circo con un pobretón como yo, mi gachí era toda una patricia, respaldada por sólidas garantías subsidiarias.

Una vez evaluadas las joyas, Talía se volvió hacia mí:

—¡A juzgar por lo que se ve, tu suerte ha cambiado!

Como era verdad, acepté el cumplido y sonreí dichoso.

Helena se acomodó con suma elegancia la caída de la estola de seda. Sabía que yo no me merecía amarla y que, por añadidura, tenía conciencia de que así era.

Talía separó con delicadeza la pitón de su cuello y la enroscó en un poste para sentarse a charlar con nosotros. El bicho, que siempre intentaba provocarme, no tardó en estirar su cabeza roma y en forma de pala y en dirigir una tétrica mirada con sus ojos rasgados. Reprimí el deseo de poner pies en polvorosa. No estaba dispuesto a que un matón que ni siquiera tenía patas me asustase. Además, las serpientes pueden interpretar mal cualquier movimiento brusco.

—¡Está claro que Jasón te ha cogido simpatía! —exclamó Talía con tono divertido.

—Ah, ¿se llama Jasón?

Yo estaba dispuesto a partir de un navajazo a Jasón si se acercaba un poco más. Sólo me contenía porque sabía que Talía le tenía afecto. Probablemente se alteraría si Jasón se convertía en piel para un cinturón. Y la idea de lo que Talía sería capaz de hacer a quien la perturbara era más inquietante que un abrazo de su bicho predilecto.

—En este momento está un poco pachucho —explicó a Helena—. ¿Te has fijado que tiene los ojos lechosos? Le toca volver a mudar de piel. Jasón está creciendo… y cada dos meses necesita un traje nuevo. Durante algo más de una semana se pone muy melancólico. Por eso no puedo usarlo en público. No se puede confiar en él a la hora de reservar fechas de actuación. Te aseguro que es peor que realizar un número con un coro de jovencitas que cada mes necesitan reposar a causa de los retortijones…

Helena parecía a punto de responder con la misma moneda, pero interrumpí esas confidencias femeninas:

—Talía, ¿cómo va el negocio? El portero me ha dicho que has seguido los pasos de Fronto.

—Alguien tenía que asumir el mando. O lo hacía yo o se encargaba ese condenado sujeto.

Talía siempre había tenido una visión brutal de los hombres aunque no entiendo a qué se debía, ya que sus historias de cama eran bastante sórdidas.

Fronto, al que había mencionado, había sido importador de animales exóticos y organizador de diversiones aún más exóticas para la pandilla de espabilados que se dedicaban a las juergas. Sufrió una súbita indisposición: lo devoró una pantera. Por lo visto Talía, que antaño había sido bailarina del circuito de parranderos, ahora dirigía el negocio que Fronto había abandonado tan prematuramente.

—¿Aún tienes la pantera? —pregunté burlón.

—¡Ya lo creo! —Sabía que Talía lo consideraba una muestra de respeto hacia Fronto, dado que en el interior de la fiera quizá todavía quedaban restos de su antiguo patrón—. ¿Pescaste a la doliente viuda? —preguntó bruscamente.

A decir verdad, el duelo de la viuda de Fronto no había sido convincente, algo bastante normal en Roma, donde la vida vale poco y la muerte no siempre es azarosa si un hombre ofende a su esposa. Mientras investigaba la posible connivencia entre la viuda y la pantera conocí a Talía y su colección de serpientes.

—Aunque no reunimos pruebas suficientes para llevarla a los tribunales, logramos que dejase de perseguir herencias.

Actualmente está casada con un abogado.

—¡Un terrible castigo, incluso para una zorra de su calaña! —Talía esbozó una mueca maliciosa.

Sonreí.

—Dime, ¿tu dedicación a la administración del espectáculo supone que he perdido la oportunidad de verte interpretar la danza de la serpiente?

—Aún realizo ese número porque me gusta emocionar al personal.

—¿Y no lo haces con Jasón a causa de sus días malos? —quiso saber Helena y sonrió.

Las mujeres se habían aceptado. Por lo que a ella se refiere, Helena era reticente a la hora de brindar su amistad. Conocerla podía resultar tan difícil

como recoger aceite con una esponja. Yo había necesitado medio año para hacer algunos avances, a pesar de que tenía a mi favor cierto ingenio, cierta apostura y años de experiencia.

—Actúo con Zenón —replicó Talía, como si no hicieran falta más explicaciones.

Me habían comentado que el número de Talía incluía una serpiente inmensa de la que hasta ella hablaba con gran respeto.

—¿Se trata de otra pitón? —preguntó Helena curiosa.

—¡De una pitón y media!

—¿Y quién se ocupa de bailar, Zenón o tú? ¿Acaso el truco consiste en que el público crea que la pitón interpreta un papel mayor del que realmente ejecuta?

—Lo mismo que hacer el amor con un hombre… ¡Vaya chica lista que has ligado! —comentó Talía secamente. Confirmó las palabras de Helena —: Tienes razón. La que baila soy yo y espero que Zenón no se mueva. Para empezar, seis metros de pitón constrictora africana son muchos a la hora de cargar con ellos.

—¡Seis metros!

—Para no hablar del resto.

—¡Por todos los dioses! ¿Es muy peligroso?

—Veamos… —Talía se golpeó la nariz como quien se dispone a hacer una confidencia e hizo como que nos revelaba un secreto—. Las pitones sólo comen lo que pueden atrapar con las mandíbulas e incluso en cautiverio son muy quisquillosas. Son tan fuertes que la gente tiende a considerarlas siniestras. Lo cierto es que yo no he conocido ninguna que mostrara el menor interés por zamparse a un ser humano.

Reí secamente al pensar en el desasosiego que Jasón me producía y me sentí timado.

—De modo que tu número es, en el fondo, de una gran mansedumbre.

—¿Te gustaría marcarte unos pasos de baile con mi gran Zenón? —me preguntó Talía cáusticamente. Reculé con un gesto elegante—. Falco, sólo es una broma. Tienes razón. Hace tiempo que pienso que a este número le falta animación. Puede que tenga que hacerme con una cobra para darle más riesgo. Además, las cobras sirven para cazar los ratones que deambulan en torno a la casa de las fieras.

Helena y yo permanecimos en silencio porque sabíamos que las mordeduras de cobra suelen ser mortales de necesidad.

La conversación tomó otros derroteros.

—Por mi parte no hay más novedades —añadió Talía—. Falco, ¿a qué te dedicas ahora?

—Vaya, me has hecho una pregunta difícil de contestar.

—La respuesta es facilísima —terció Helena con tono ligero—. En este momento está en paro.

No era totalmente cierto. Esa misma mañana me habían hecho un encargo, del que Helena todavía estaba en ayunas. Se trataba de un asunto secreto. No sólo era secreto en el sentido de que nadie debía enterarse, sino también en el de que Helena no debía saberlo porque tenía una pésima opinión del cliente.

—¿Verdad que eres investigador privado? —preguntó Talía.

Asentí con la cabeza y apenas le presté atención porque estaba preocupado sobre el modo de ocultar a Helena la verdad sobre el encargo que acababan de hacerme.

—¡No seas tímido! —dijo Talía—. Estás entre amigas y puedes confiarnos cualquier cosa.

—Es un investigador competente —afirmó Helena y tuve la impresión de que me observaba con recelo.

Tal vez no supiese lo que yo le ocultaba, pero empezaba a sospechar que me traía algo entre manos. Intenté pensar en bueyes perdidos.

Talía ladeó la cabeza.

—Falco, ¿a qué te dedicas?

—Básicamente a reunir información. A buscar pruebas para abogados, ya sabes cómo son estas cosas, o a estar atento a los chismorreos. Ayudo a los candidatos electorales a difamar a sus adversarios, a los maridos a buscar motivos para divorciarse de esposas de las que se han hartado. También ayudo a las esposas para que no tengan que pagar chantajes a los amantes que han desechado. Y ayudo a los amantes a deshacerse de las mujeres a las que les han visto las plumas.

—Vaya, prestas todo un servicio social —se mofó Talía.

—Exactamente. Hago un auténtico favor a la comunidad… A veces también le sigo la pista a antigüedades robadas —añadí con la esperanza de dar un toque de clase a mis menesteres. Sonó como si me dedicara a la búsqueda y captura de falsos amuletos egipcios o de pergaminos pornográficos.

—¿También te dedicas a buscar desaparecidos? —inquirió Talía, como si repentinamente se le hubiera ocurrido algo. Volví a asentir con la cabeza, aunque con gran reserva. En mi oficio intento impedir que a la gente se le ocurran ideas porque, para mí, hacen perder mucho tiempo y son poco rentables. No me equivoqué al ponerme en guardia. La bailarina añadió con jovialidad—: ¡Ja, ja! ¡Si tuviera dinero, te contrataría para una operación de búsqueda y recuperación!

—¡Si no tuviéramos necesidad de alimentarnos, aceptaría esta propuesta tan tentadora! —repliqué con moderación.

En ese preciso momento el elefantito vio la cuerda floja y se percató de las razones por las que lo hacían subir por la rampa. Barritó como un energúmeno, se las apañó para darse la vuelta e intentó descender. Los domadores se dispersaron. Talía lanzó una exclamación de impaciencia y se dirigió a la arena corriendo. Pidió a Helena que cuidara de la serpiente. Evidentemente, a mí no se me podía confiar semejante tarea.

OceanofPDF.com

II

Helena y Jasón observaron atentamente a Taifa, que subió la rampa para consolar al elefante. La oímos reñir a los domadores; adoraba a los animales y creía a pies juntillas que los números de gran categoría se conseguían aplicando el régimen del terror… o sea, acojonando a los instructores. Al igual que yo, éstos habían llegado a la conclusión de que el ejercicio estaba condenado al fracaso. Por mucho que lograran engatusar al desmadejado acróbata gris para que atravesara el vacío, seguramente la cuerda se partiría. Medité sobre la conveniencia de decirlo pero, como nadie me lo agradecería, hice mutis por el foro. En Roma la información científica no se cotiza.

Helena y Jasón se entendían de maravillas. Mi amada tenía cierta práctica con reptiles poco fiables; al fin y al cabo, trataba conmigo.

Como no tenía nada que hacer, me puse a pensar. Los investigadores pasamos muchas horas agazapados en oscuros portales, a la espera de oír por casualidad algún escándalo que suponga un piojoso denario de un cliente antipático. Es una faena tediosa. Estás condenado a adoptar algún hábito pernicioso. Otros informantes se entretienen con vicios aleatorios. Yo ya había superado esa fase. Mi pega consistía en abandonarme a los pensamientos íntimos.

Aunque al elefantito le habían dado un bollo de sésamo, seguía deprimido. Como yo. Repasé mentalmente el trabajo que acababan de ofrecerme y busqué excusas para rechazarlo.

En ocasiones, había trabajado para Vespasiano. El nuevo emperador, salido de las filas de la clase media y deseoso de no quitar ojo de encima a los repugnantes esnobs de la vieja élite, a veces necesita algún favor. Me refiero al tipo de favores de los que no se jactará cuando sus gloriosos logros se inscriban con letras de bronce en los monumentos de mármol. Roma estaba plagada de conspiradores a los que les habría gustado desbancar a Vespasiano, siempre y cuando pudiesen intentarlo con una vara larga por si al emperador se le ocurría darse la vuelta e hincarles el diente. También existían otros inconvenientes de los que deseaba prescindir: hombres mediocres aferrados a altos cargos públicos sólo por sus

herrumbrosos y antiguos orígenes, individuos que carecían de inteligencia, energía y principios, a los que el nuevo emperador pretendía sustituir por nuevos talentos. Alguien tenía que arrancar de cuajo a los confabulados y desacreditar a los cortos de entendederas. Yo era rápido y discreto y Vespasiano contaba con que no dejaba cabos sueltos. Mis misiones jamás dejaban secuelas.

Nos habíamos conocido hacía un año y medio. Cada vez que los acreedores me agobiaban u olvidaba lo mucho que detestaba esos encargos, accedía a trabajar para el imperio. Aunque me detestaba a mí mismo por convertirme en instrumento del Estado, había ganado buena pasta procedente de los fondos reservados. Y el dinero contante y sonante no me venía nada mal.

Gracias a mis esfuerzos, Roma y algunas provincias se habían vuelto más seguras. La semana pasada la familia imperial había quebrantado una promesa muy importante. En lugar de ascenderme socialmente —para casarme con Helena Justina y calmar los ánimos de su contrariada familia —, cuando fui a por mi recompensa, los cesares me echaron con cajas destempladas por la escalinata del Palatino. Cuando se enteró, Helena sostuvo que Vespasiano me había hecho el último encargo de su vida. El emperador no fue capaz de darse cuenta de que podría sentirme desairado por una menudencia como la falta de recompensa. Al cabo de tres días me ofreció otro viaje diplomático al extranjero. Yo sabía que Helena se pondría frenética.

Afortunadamente, cuando me llamaron de palacio bajaba la escalera de nuestro piso e iba a la barbería por si me enteraba de algún cotilleo. Trajo el recado un esclavo enclenque, de cejas tupidas y unidas delante de un cerebro prácticamente ausente: cumplía todos los requisitos para formar parte del servicio de mensajería de palacio. Logré sujetar la espalda de su túnica corta y arrastrarlo hasta la lavandería de la planta baja sin que Helena se apercibiese. Aboné un modesto soborno a Lenia, la lavandera, a fin de que mantuviese la boca cerrada. El esclavo y yo corrimos en dirección al Palatino y le di una severa filípica para que no volviese a perturbar mi paz hogareña.

—¡Falco, vete al carajo! Voy donde me envían.

—¿Y quién te ha enviado?

El pobre esclavo se puso nervioso… y motivos no le faltaban.

—Anacrites.

Refunfuñé. Era mucho peor que si Vespasiano o cualquiera de sus hijos hubiesen recabado mis servicios.

Anacrites es el jefe oficial de los servicios de espionaje de palacio. Hacía la tira que éramos adversarios. Nuestra rivalidad era de lo más enconada: estrictamente profesional.

Anacrites gustaba de considerarse un experto en hacer frente a personajes mañosos en emplazamientos peligrosos, pero lo cierto es que llevaba una vida demasiado mullida y había perdido garra. Además, Vespasiano le escatimaba fondos, de modo que se veía acosado por patéticos subordinados y jamás tenía dinero para pagar sobornos. En nuestro oficio la falta de calderilla es fatal.

Cada vez que la jodía con una misión delicada, Anacrites sabía que Vespasiano apelaría a mí para que enderezase el entuerto. Yo tenía recursos propios y tarifas asequibles. Mis éxitos habían despertado su envidia. Sabía que, aunque tenía la costumbre de mostrarse amable en público, algún día Anacrites intentaría hacerme el último viaje.

Ofrecí al recadero otros consejos variopintos y entré para lo que no podía ser más que una tensa confrontación. El despacho de Anacrites tenía las dimensiones de la tienda de lámparas de mi madre. Para Vespasiano los espías no eran respetables y nunca le importó quién podía oírlo mientras los insultaba. Vespasiano tenía que reconstruir Roma y sustentaba la temeraria opinión de que sus logros públicos bastarían para realzar su reputación sin necesidad de apelar a tácticas represivas.

Anacrites luchaba a brazo partido bajo ese régimen relajado. Disponía de una silla de tijera de bronce, pero estaba agazapado en un rincón del despacho a fin de dejarle sitio a su empleado. Éste era un trozo grande y deforme de sebo de oveja tracia y se cubría con una llamativa túnica roja que debió de robar del antepecho de un balcón, donde seguramente la habían tendido para airearla. Sus pies descomunales ocupaban casi todo el suelo, calzados con desagradables sandalias en cuyas tiras se veían manchas de tinta y de aceite para lámparas. Incluso en presencia de Anacrites, el empleado se las apañaba para dar a entender que él era la persona importante a la que los visitantes debían dirigirse.

El despacho daba una impresión chapucera. Olía a una extraña mezcla de trementina, trigo, yeso y tostadas frías. Por todas partes se divisaban pergaminos arrugados y tablillas para tomar notas. Supuse que eran reclamaciones de gastos. Probablemente se trataba de gastos de Anacrites y

sus enlaces, que el emperador se había negado a pagar. Vespasiano era célebre por su tacañería y los espías pierden la discreción cuando se trata de hacer efectivos los gastos de viaje.

Cuando entré, el jefe de los servicios secretos mordisqueaba un estilete y contemplaba soñador la mosca posada en la pared. Nada más verme, Anacrites se irguió y se hinchó de importancia personal. Se golpeó la rodilla con un chasquido que nos puso los pelos de punta al amanuense y a mí; volvió a repantigarse y fingió que no le importaba. Guiñé el ojo al subalterno. Aunque sabía que trabajaba a las órdenes de un cabronazo, el tipo se atrevió a sonreírme abiertamente.

Anacrites lucía túnicas en discretos tonos pedregosos y amarillentos, como si quisiera fundirse con el entorno, pero sus ropas siempre tenían un no sé qué grotesco y tenía el pelo tan aceitado y aplastado contra las sienes que fruncí la nariz. La vanidad de su aspecto cuadraba perfectamente con la opinión que tenía de sí mismo como profesional. Era un competente orador público, capaz de confundir a los sufridos oyentes con gran elegancia. Jamás confío en los que tienen las manos cuidadas por manicuras y un discurso zalamero.

Mi bota cubierta de polvo chocó con un montón de pergaminos.

—¿Qué es todo esto? ¿Más acusaciones ponzoñosas contra inocentes ciudadanos?

—Falco, ocúpese de sus asuntos y yo me encargaré de los míos.

Anacrites se las ingenió para darme a entender que sus asuntos eran muy importantes y fascinantes, mientras que mis motivos y métodos olían igual que un tonel de calamares podridos.

—Encantado —acepté—. Está claro que he recibido un mensaje equivocado. Alguien dijo que usted me necesitaba…

—Lo he mandado llamar.

Anacrites tenía que comportarse como si me diera órdenes. No hice caso del insulto… al menos provisionalmente.

Dejé caer una pequeña moneda de cobre en la mano del empleado.

—Salga y cómprese una manzana.

Anacrites pareció cabrearse porque me metía con su personal. El tracio se largó mientras su jefe pensaba en la contraorden que podría darle. Me senté en el taburete que el empleado dejó vacío, ocupé casi todo el despacho, abrí un pergamino y lo miré como un metomentodo.

—Falco, ese documento es estrictamente confidencial.

Seguí desplegando el papiro y fruncí el entrecejo.

—¡Por todos los dioses, eso espero! Seguramente no quiere que esta porquería vea la luz pública…

Dejé caer el pergamino detrás del taburete, fuera del alcance de Anacrites, que se puso verde de rabia porque no logró ver a qué secretos había accedido.

De hecho, ni siquiera me había tomado la molestia de fijarme en lo que el papiro decía. Por su despacho sólo pasaban minucias. La mayoría de las tramas que Anacrites investigaba resultarían ridículas para cualquier paseante habitual del Foro. Prefería ignorar de qué se trataba para no cabrearme.

—¡Falco, está desordenando mi despacho!

—Suelte el mensaje de una buena vez y me iré.

Anacrites era demasiado profesional para discutir. Recuperó el dominio de sí mismo y bajó la voz.

—Deberíamos estar en el mismo bando —comentó como un viejo amigo ebrio que llega al extremo de querer explicarte los motivos por los que arrojó al abismo a su anciano padre—. No sé a qué se debe que parezcamos tan incompatibles.

Yo podía sugerirle varias razones. Anacrites era un as siniestro, de motivos más que dudosos, que manipulaba a todo el mundo. Cobraba un sustancioso salario por trabajar lo menos posible. Yo era un héroe independiente que hacía lo que podía en un mundo difícil, estaba misérrimamente pagado y siempre saldaba las deudas con retraso. Anacrites permanecía en palacio y ahondaba en complejos conceptos mientras yo salía a salvar el imperio, me ponía de tierra hasta el cuello y era apaleado.

Esbocé una sonrisa.

—No tengo ni la más puñetera idea.

Anacrites se dio cuenta de que le mentía. Me golpeó con las palabras que más temo oír en boca de los burócratas.

—¡En ese caso, ya es hora de que hagamos las paces! Marco Didio, viejo amigo, vayamos a tomar un trago…

OceanofPDF.com

III

Me arrastró hasta uno de los termopolios que utilizan los secretarios de palacio. No era la primera vez que yo lo visitaba. Siempre está atiborrado de tipos espectrales a los que les gusta creer que rigen el mundo. Cuando los escarabajos del papiro de las secretarías palaciegas salen a hacer vida social, no tienen más remedio que refugiarse entre los de su propia especie.

Son incapaces de dar con un lugar correcto. Aquel sitio era una bodega lamentable, en la que tenías que permanecer de pie, donde el aire olía mal y bastaba con echar una mirada a los parroquianos para entenderlo. Los escasos platos con alimentos parecían cubiertos por una costra de salsa de hacía varias semanas; nadie probaba bocado. En una fuente desportillada, un pepinillo viejo y reseco intentaba darse aires bajo una pareja de moscas que copulaban. Un criado deforme y de muy mala leche arrojaba hierbas en cubiletes de vino caliente reducido hasta adquirir el color de la sangre seca.

Pese a que estábamos a media mañana, ocho o diez escribientes de inmundas túnicas se apiñaban y hablaban de sus horribles trabajos y de sus frustradas posibilidades de ascender. Bebían a morro, como si acabaran de comunicarles que los partos habían exterminado a cinco mil veteranos romanos y el precio del aceite de oliva había caído en picado. De sólo mirarlos, se me revolvió el estómago.

Anacrites pidió las bebidas. Supe que me había metido en un buen lío cuando, además, pagó la consumición.

—¿A que viene esto? Tengo entendido que los empleados de palacio echan a correr hacia la puerta de la letrina en cuanto se vislumbra la cuenta.

—Falco, se ve que gusta de sus propios chistes.

Me pregunté qué lo había llevado a pensar que se trataba de una broma.

—A su salud —brindé amablemente y procuré que mi tono no denotase que le deseaba un ataque de verrugas y la fiebre del Tíber.

—A la suya. Bien, Falco, aquí estamos…

Esa frase podría haber sido muy prometedora en labios de una bella mujer que se quita la túnica, pero procediendo de Anacrites daba asco.

—Así es, aquí estamos —murmuré, deseoso de estar en otra parte lo antes posible.

Aspiré los efluvios de mi bebida, que olía a vinagre, y esperé en silencio a que Anacrites fuese al grano. Si intentabas meterle prisas, lo único que lograbas era que diese más rodeos.

Después de lo que me pareció media hora, en la que sólo conseguí beber un dedo del espantoso vino, Anacrites se puso locuaz:

—Me han hablado de sus aventuras por Germania. —Sonreí para mis adentros cuando el jefe de los servicios de espionaje intentó mechar con cierto tono admirativo su hostilidad básica—. ¿Qué tal fue?

—Bien si a uno le gustan el mal tiempo, las balandronadas de los legionarios y los asombrosos ejemplos de incompetencia de los capitostes. Bien si a uno le gusta pasar el invierno en un bosque donde la ferocidad de las bestias queda superada por el mal humor de los bárbaros que llevan los pantalones bien puestos y suelen apoyarte la lanza en el cuello.

—¡Cuánto le gusta hablar!

—Detesto perder tiempo. Anacrites, ¿a qué viene esta falsa guasa?

Me dirigió una sosegada sonrisa que intentaba ser condescendiente.

—El emperador necesita emprender otra expedición extraterritorial… encabezada por alguien discreto.

Es posible que mi respuesta tuviera un deje cínico.

—¿Quiere decir que le ha dado instrucciones para que realice personalmente la faena y que está empeñado en eludirla? ¿Se trata de una misión peligrosa o representa un viaje incómodo, un clima espantoso, la falta absoluta de comodidades para seres civilizados y un déspota al que le gustan los romanos atados al espetón y asados a fuego vivo?

—Vamos, se trata de un sitio civilizado.

Esa respuesta se aplicaba a muy pocos lugares fuera del imperio… que lo único que solían tener en común era la decisión de mantenerse al margen del imperio, lo que daba pie a la fría recepción de nuestros emisarios. Cada vez que simulábamos presentarnos con intenciones pacíficas, más seguros estaban de que habíamos escogido sus tierras para condenarlas a la anexión.

—¡Lo que acaba de decir no me gusta nada! Antes de que se tome la molestia de planteármelo, quiero que sepa que la respuesta es no —repuse.

Anacrites seguía con cara de piedra. Bebió un sorbo de vino. Lo había visto catar un excelente albano con quince años de añejamiento y sabía distinguir las calidades de los caldos. Me causó gracia ver cómo abría y

cerraba sus extraños ojos claros mientras procuraba no molestarse por tener que tragar ese brebaje agrio en compañía de un ser que detestaba.

—¿Por qué está tan seguro de que el viejo me dio instrucciones de que me hiciese cargo personalmente de la misión?

—Anacrites, cuando me necesita, Vespasiano me lo plantea directamente.

—Puede que me pidiera opinión y que yo le respondiese que actualmente usted no está muy dispuesto a trabajar a las órdenes de palacio.

—En realidad, nunca he estado muy dispuesto.

No quería hablar del gran desplante que acababan de hacerme aunque, de hecho, Anacrites estaba presente cuando Domiciano —uno de los hijos de Vespasiano— había denegado mi petición de ascenso social. Incluso sospechaba que Anacrites había metido baza en esa muestra de gracia imperial. Sin duda se había percatado de mi frustración.

—Comprendo perfectamente sus sentimientos —aseguró el jefe de los servicios secretos con una actitud que supuso ganadora y, evidentemente, no cayó en la cuenta de que corría el riesgo de acabar con varias costillas rotas—. Había hecho una gran promoción en pro de su ascenso y debió de llevarse una amarga sorpresa cuando pasaron de usted. Supongo que esto significa el fin de su relación con la joven de la familia Camilo.

—De mis sentimientos me ocupo yo y le agradeceré que no se meta con mi chica.

—¡Lo siento! —murmuró humildemente. Oí cómo me castañeteaban los dientes—. Oiga, Falco, puede que en este aspecto esté en condiciones de echarle una mano. El emperador me encomendó esta misión y yo puedo delegarla en quien me parezca. Después de lo ocurrido el otro día en palacio, tal vez le siente de perillas la posibilidad de alejarse de Roma tanto como sea posible…

En ocasiones, Anacrites hablaba como si hubiera escuchado por el ojo de la cerradura de la puerta de casa mientras Helena y yo hablábamos de la vida. Dado que vivíamos en la sexta planta, era harto improbable que alguno de sus secuaces hubiese hecho el esfuerzo de subir para escuchar a hurtadillas, aunque de todos modos aferré con más fuerza la copa de vino al tiempo que entornaba los ojos.

—¡Falco, no hay motivos para que se ponga a la defensiva! —Si se lo proponía, Anacrites podía ser muy observador, lo cual no era bueno para nadie. Se encogió de hombros y levantó las manos con afabilidad—. Haga

lo que quiera. Si no logro encontrar al investigador que pueda cumplir esta misión, me queda la posibilidad de ir personalmente.

—¿Para qué? ¿A dónde hay que ir? —pregunté a mi pesar.

—A Nabatea.

—¿A Arabia Pétrea?

—¿Le sorprende?

—Claro que no.

Había estado lo bastante en el Foro para considerarme experto en política exterior. La ingente mayoría de los cotillas que se sitúan en la escalinata del templo de Saturno jamás han salido de Roma o, en el mejor de los casos, no han ido más allá de las pequeñas aldeas del centro de Italia en las que sus abuelos han nacido; a diferencia de ellos, yo había estado en los confines del imperio. Sabía qué ocurría en sus fronteras y qué preocupaciones asediaban al emperador cada vez que miraba más allá de sus límites.

Nabatea se encuentra entre nuestros levantiscos territorios de Judea —que Vespasiano y su hijo Tito acababan de pacificar— y la provincia imperial de Egipto. Es el punto de encuentro de varias grandes rutas comerciales que atraviesan Arabia desde el Lejano Oriente: especias y pimientos, piedras preciosas y perlas, maderas exóticas e incienso. Mediante la vigilancia de las rutas de las caravanas, los nabateos mantenían la seguridad de los comerciantes y cobraban un pastón por sus servicios. En Petra —la fortaleza celosamente guardada— habían creado un centro clave para el tráfico comercial. Sus tasas aduaneras eran célebres y, dado que Roma era la usuaria más voraz de artículos de lujo, en última instancia era Roma la que pagaba. Comprendí al dedillo las razones por las cuales tal vez Vespasiano se preguntaba si debía alentar a los ricos y poderosos nabateos para que se uniesen al imperio y colocaran bajo nuestro control directo su vital y lucrativa factoría.

Anacrites interpretó mi silencio como muestra de interés en su propuesta. Lanzó las lisonjas de rigor acerca de que se trataba de una misión que muy pocos agentes estaban en condiciones de cumplir.

—¡O sea que ya se lo ha planteado a diez y resulta que de repente todos tienen dolor de cabeza y han dado parte de enfermos!

—Podría ser un trabajo que le permitiría llamar la atención sobre su persona.

—Querrá decir que, si lo cumplo correctamente, se supondrá que, después de todo, no era tan difícil.

—¡Se las sabe todas! —Anacrites sonrió y durante unos fugaces instantes me cayó mejor que de costumbre—. Falco, me pareció que usted es el candidato más idóneo.

—¡Venga ya! ¡Nunca he salido de Europa!

—Pero tiene conexiones con Oriente.

Reí secamente.

—Lo único que sé es que allí murió mi hermano.

—Lo cual le confiere interés…

—¡Ha dado en el clavo! Me interesa cerciorarme de que jamás visitaré personalmente el condenado desierto.

Dije a Anacrites que se envolviera en una hoja de parra y se lanzase de cabeza en un ánfora de aceite rancio. Vertí burlonamente en la jarra lo que quedaba en mi copa de vino y me largué.

Supe que, a mis espaldas, el jefe de los espías de palacio sonreía con indulgencia. Estaba seguro de que yo evaluaría su fascinante propuesta y regresaría con el rabo entre las patas.

Pero Anacrites no tenía en cuenta a Helena.

OceanofPDF.com

IV

Rebosante de culpa, volví a concentrarme en la cría de elefante.

Helena me observaba. Aunque no dijo ni pío, me dedicó una de sus miradas directas y soterradas. Me produjo la misma sensación que si caminara por un callejón oscuro, rodeado de altos edificios, en un famoso barrio de navajeros.

No venía al caso decir que me habían encomendado una nueva misión: Helena ya lo sabía. Mi problema no consistía en encontrar la forma de decírselo, sino de hablar como si en ningún momento hubiese tenido la intención de aceptar. Suspiré y Helena desvió la mirada.

—Dejaremos descansar un rato al elefante —dijo Talía y regresó a nuestro lado—. ¿Se ha portado bien? —Se refería a la pitón… al menos eso supuse.

—Es un encanto —afirmó Helena con tono tajante—. Talía, ¿qué fue lo que dijiste sobre un posible trabajo para Marco?

—Déjalo estar, no tiene importancia.

—Si no tuviera importancia —tercié—, ni se te habría ocurrido mencionarlo.

—Sólo se trata de una chica.

—A Marco le gustan los encargos que incluyen chicas —comentó Helena.

—¡Ya lo creo!

—En cierta ocasión conocí a una chica muy maja —dije y me puse evocador.

La chica que en cierta ocasión conocí me cogió la mano con todo cariño.

—Es puro bla, bla, bla —la consoló Talía. —Pues él se cree poeta.

—Exactamente: pura labia y pura libido —intervine en un intento de protegerme.

—Puro pavoneo —opinó Talía—. Como el cabrón que se dio el piro con la intérprete del órgano de agua. [*]

—¿Es ella la desaparecida? —pregunté.

Me obligué a mostrar interés, en parte para darle un carácter profesional y, sobre todo, para evitar que Helena dedujera que nuevamente me habían convocado a palacio.

Talía se tendió en las gradas de la arena. El efecto fue espectacular. Me ocupé de mirar fijo al elefantito.

—Como el sumo sacerdote le dijo al acólito, no me metas prisas… La organista se llama Sofrona.

—Es posible.

Actualmente todas las tías fáciles que pretenden tocar instrumentos musicales responden al nombre de Sofrona.

—¡Falco, te aseguro que es muy competente! —Sabía de qué hablaba. De hecho, viniendo de Talía significaba que la intérprete era excepcional. La propia Talía lo confirmó—: Te prometo que sabe tocar. Hubo muchos parásitos que se aprovecharon del interés del emperador. —Se refería a Nerón, fanático del órgano de agua, no a nuestro actual y encantador ejemplar. La característica musical más célebre de Vespasiano consistía en quedarse dormido mientras Nerón tocaba la lira, de lo que había tenido la suerte de librarse con un exilio de pocos meses—. Sofrona es una artista de tomo y lomo.

—¿Una artista de la música? —inquirí inocentemente.

—Tiene un toque encantador… ¡y una belleza sorprendente! Cuando Sofrona tocaba, los hombres saltaban de sus asientos.

Tomé esas palabras al pie de la letra, sin mirar a Helena, que como todos sabemos había recibido una buena crianza. De todos modos, la oí reír descaradamente antes de preguntar:

—¿Llevaba mucho tiempo contigo?

—Prácticamente desde que nació. Su madre era una desmadejada bailarina de coro en un grupo de mimos con el que una vez me topé. Llegó a la conclusión de que no podía cuidar de la niña. Mejor dicho, no estaba dispuesta a hacer el esfuerzo. Salvé a la mocosa, la cuidé hasta que alcanzó la edad de ser útil y le enseñé cuanto sabía. Era demasiado alta para convertirse en acróbata pero, por suerte, tenía buen oído, así que cuando vi que el *hydraulus* se convertía en el instrumento de moda, aproveché la ocasión e hice estudiar a Sofrona. Pagué su formación en un momento en que las cosas no me iban tan bien como ahora, de modo que me fastidia mucho perderla.

—Talía, explícanos que sucedió —pedí—. ¿Cómo es posible que una experta como tú sea tan poco cuidadosa como para perder a una joven valiosa?

—¡No fui yo quien la perdió, sino el descerebrado de Fronto! —espetó Talía—. Se pavoneó ante un grupo de clientes potenciales… visitantes de Oriente. Supuso que se trataba de empresarios teatrales, pero sólo era un grupo de individuos deseosos de perder el tiempo.

—¿Sólo pretendía ver gratis la casa de las fieras?

—Y a las volatineras ligeras de túnicas. Los demás nos dimos cuenta de que era prácticamente imposible que nos contrataran. Y aunque nos hubiesen contratado, sólo habría consistido en pura sodomía y propinas misérrimas. Por eso ninguno les hizo mucho caso. Sucedió antes de que la pantera escapara y se comiera a Fronto. Como es lógico, a partir de aquel episodio el ajetreo fue mayúsculo. Los sirios nos hicieron otra visita prometedora, pero ya habíamos bajado el telón… Seguramente abandonaron Roma. Entonces nos dimos cuenta de que Sofrona había desaparecido.

—¿Había un hombre de por medio?

—¡Seguro que lo hubo!

Noté que Helena volvía a sonreír ante el estallido despectivo de Talía. Al cabo de un instante Helena intervino:

—Al menos sabes que eran sirios. ¿Pero quiénes eran los visitantes?

—No tengo ni idea. Fronto era el que se ocupaba de estos asuntos —masculló Talía, como si lo acusara de sórdidas costumbres—. En cuanto Fronto acabó en la tripa de la pantera, cuanto recordamos fue que hablaban griego con un acento muy extraño, vestían túnicas a rayas y al parecer pensaban que un sitio llamado «Las diez ciudades» era el no va más de la vida ciudadana.

—He oído hablar de la Decápolis —intervine—. Se trata de una federación griega en el centro de Siria. Cae muy lejos para ir a buscar a una organista hidráulica que se ha dado el piro.

—Para no hablar de que si fueras, cualquiera que fuese el orden en que pusieras esos diez graciosos emplazamientos metropolitanos, seguro que está en la última ciudad que visitas —opinó Helena—. Y cuando llegues estarás demasiado cansado para discutir con ella.

—De todos modos, no tiene sentido —apostillé—. Probablemente a esta altura ya ha tenido mellizos y la fiebre de los pantanos. Talía, ¿no

tienes otros datos?

—Sólo el nombre que recordó uno de los cuidadores de la casa de fieras: Habib.

—¡Por Júpiter! En Oriente es tan corriente como Gayo… o Marco —dijo Helena con mala baba.

—¡Y nosotras sabemos perfectamente que es muy corriente! —terció Talía.

—¿Es posible que se largara en busca de su madre? —pregunté, ya que tenía cierta experiencia en seguir los pasos de los hijos adoptivos.

Talía negó con la cabeza.

—No sabía dónde estaba su madre.

—¿Y si la madre vino a buscarla?

—Lo dudo. Hace veinte años que no sé nada de ella. Tal vez trabaja con otro nombre. Falco, hablemos claro, lo más probable es que a esta altura esté muerta.

Acepté sombríamente su punto de vista.

—¿Y qué hay del padre? ¿Es posible que Sofrona tuviera noticias suyas?

Talía se partió de risa.

—¿De qué padre hablas? Había varios candidatos, ninguno de los cuales tenía el menor interés en ser responsabilizado. Si mal no recuerdo, sólo uno tenía un vago parecido y, como era de prever, era el único al que la madre no quiso mirar dos veces.

—¡Pues una vez sí que lo miró! —comenté jocosamente.

Talía me dirigió una mirada conmiserativa y habló con Helena:

—¡Querida, tendrás que explicarle el abecé de la vida! ¡Irte a la cama con un tío no te obliga a mirar al muy cabrón!

Helena volvió a sonreír, aunque la expresión de su mirada se tornó menos comprensiva. Calculé que había llegado el momento de poner coto a las chusquerías.

—¿Entonces hemos de atenernos a la hipótesis del «amor juvenil»?

—Falco, no te precipites —me pidió Talía con su proverbial sinceridad —. Sofrona es un tesoro y estoy dispuesta a arriesgar mucho con tal de recuperarla. De todos modos, no puedo pagar lo que cuesta enviarte de explorador por Oriente. Pero acuérdate de mí la próxima vez que tengas algo que hacer en el desierto.

—Cosas más raras han sucedido. —Hablé con cautela porque Helena me observaba pensativa—. En este momento Oriente está muy animado. Se habla constantemente de esa región. Desde la toma de Jerusalén, ese territorio está maduro para la expansión.

—¡Entonces de eso se trata! —masculló Helena—. Sabía que tramabas algo.

Talía puso cara de sorpresa.

—¿Irás realmente a Siria?

—Probablemente a un sitio cercano. Me han hecho varias propuestas.

Fugazmente me había parecido más sencillo dar la noticia a Helena en presencia de una testigo lo bastante fuerte para impedir que me azotara. Como siempre que tenía una idea genial, pronto perdí la fe en esta última.

Como no estaba al tanto de las corrientes subterráneas que discurrían entre nosotros, Talía preguntó:

—¿Tendría que pagarte si investigaras para mí?

—Tratándose de una amiga, puedo aceptar el encargo y que me pagues de acuerdo con los resultados.

—¿Y qué hay del viaje?

—No padezcas, convenceré a alguien para que financie los gatos del viaje.

—¡Me lo sospechaba! —exclamó Helena furiosa—. ¿Por casualidad ese alguien se llama Vespasiano?

—Sabes que pensaba decírtelo…

—Marco, me diste tu palabra, me prometiste que la próxima vez que te lo propusiera te negarías a trabajar para él.

Helena se puso en pie y caminó por la arena. Se acercó al elefantito y lo acarició. Su porte firme indicaba que lo más seguro era no seguirla.

La contemplé mientras se alejaba: una chica alta, de oscura cabellera y espalda muy recta. Observar a Helena era tan agradable como oír caer el vino de Falerno en una copa, sobre todo si se trataba de mi propia copa.

Por muy mía que Helena pudiese ser, aún me acoquinaba cuando se trataba de llevarle la contraria.

Talía me vigilaba sagazmente.

—¡Estás enamorado!

La gente siempre dice lo mismo con asombro y disgusto.

—¡Está claro que tienes una aguda comprensión de la situación! —Sonreí.

—¿Qué problema hay entre vosotros?

—Entre nosotros no existe ningún problema. Ocurre que otros piensan que deberíamos tenerlo.

—¿Quiénes son los otros?

—Casi toda Roma.

Talía miró al cielo.

—¡Da la sensación de que la vida sería más fácil si te fueras a otra parte!

—¿A quién le interesa una vida fácil?

Talía sabía que yo mentía. Para gran alivio de mi parte, en cuanto se serenó Helena regresó conduciendo al elefante, que se había entregado totalmente a ella. Supongo que el bicho se percató de que tendría que quitarme de en medio antes de ocupar mi sitio. Le acarició la oreja con la trompa, como a mí me gustaba hacer, mientras Helena apartaba la cabeza resignada, igual que cuando eludía mis molestos arrumacos.

—Helena no quiere que la dejes —afirmó Talía.

—¿Y quién ha hablado de dejarla? Helena Justina es mi socia. Compartimos el peligro y el fracaso, la alegría y el éxito…

—¡Ay, qué majo! —exclamó Talía con escéptica ronquera.

Helena había escuchado mis palabras de una manera que, al menos, me permitía continuar con el discurso:

—En este momento nada me gustaría más que ausentarme de Roma, sobre todo si la hacienda pública corre con los gastos. La única duda es si Helena desea acompañarme.

Helena aceptó serenamente mi mirada. Ella también buscaba modos en que pudiéramos convivir sin las intervenciones o las presiones de otros. Habíamos descubierto que, en ocasiones, los viajes eran un método gratificador.

—Marco Didio, mientras tenga arte y parte en la decisión iré donde tú vayas.

—¡Querida, así se habla! —coincidió Talía—. Siempre es aconsejable acompañarlos y no quitarles ojo de encima.

OceanofPDF.com

Primer acto: NABATEA

Aproximadamente un mes después. Al principio la escena tiene lugar en Petra, una ciudad perdida en medio del desierto. A uno y otro lado se alzan montañas espectaculares. Después vamos rápidamente a Bostra.

SINOPSIS: El aventurero *Falco* y *Helena* -una joven temeraria- llegan a una ciudad desconocida disfrazados de curiosos viajeros. Ignoran que *Anacrites*, un enemigo envidioso, ha dado la nueva de su visita al único individuo al que deben evitar. Cuando el pésimo dramaturgo *Heliodoro* sufre un desagradable accidente, el actor-productor *Cremes* recaba su ayuda, pero para entonces todos buscan, presas del nerviosismo, una rápida salida a lomos de camello.

OceanofPDF.com

V

Habíamos seguido a los dos hombres hasta La Cumbre. De vez en cuando oíamos sus voces, que rebotaban en las rocas, más adelante. Hablaban con frases cortas y ocasionales, como conocidos que mantienen un tono cordial. No estaban sumidos en una conversación profunda ni enfadados, aunque no eran desconocidos. De haberlo sido, habrían caminado en silencio, o hecho un esfuerzo más sostenido.

Pregunté si eran sacerdotes que escalaban para celebrar un ritual.

—Si lo son, deberíamos emprender el regreso —opinó Helena.

Esa respuesta fue su única contribución al diálogo durante aquella mañana. Su tono era frío, sensato y daba a entender sutilmente que yo era un gilipollas temerario por haber llegado hasta allí.

Se imponía una réplica seria. Adopté una actitud frívola:

—Jamás me meto con la religión, sobre todo si el dios de la montaña puede exigir el último sacrificio. —Sabíamos muy poco de la religión de los habitantes de Petra, aparte de que la deidad principal estaba representada por bloques de roca y que esa divinidad potente y misteriosa exigía sangrientos apaciguamientos que se cumplían en las cimas de las montañas que regía—. A mi madre no le gustaría que su hijo fuera consagrado en Dushara.

Helena no dijo nada.

Para ser exactos, Helena no dijo nada durante la mayor parte de la escalada. Sosteníamos una pelotera de los mil demonios, de ésas en las que predomina el silencio. Aunque oímos a los dos individuos que avanzaban penosamente delante de nosotros, por ese motivo lo más probable es que no repararan en que los seguíamos. Tampoco nos esforzamos por hacérselo saber. En aquel momento no parecía importante.

Llegué a la conclusión de que sus voces intermitentes eran demasiado casuales para provocar alarma. Aun cuando fueran sacerdotes, con toda probabilidad hacían una escalada de rutina para recoger las ofrendas del día precedente (cualquiera que fuese la desagradable forma que pudiesen adoptar). Tal vez eran lugareños que salían de excursión. Lo más probable

era que se tratase de visitantes que, por pura curiosidad, subían a duras penas hasta el altar más próximo al cielo.

Seguimos andando, más concentrados en lo escarpado del sendero y en nuestra discusión que en el resto del universo.

Existían diversas formas de llegar a La Cumbre.

—Algún gracioso del templo intentó convencerme de que esta es la ruta que utilizan para subir a las vírgenes con las que practican los sacrificios.

—¡Si es así, no tienes nada que temer! —se dignó mascullar Helena.

Habíamos cogido lo que parecía un suave tramo de escalones, situado a la izquierda del teatro. No tardaba en empinarse y seguía una estrecha garganta. Al principio a ambos lados teníamos vertientes rocosas, abiertas mediante algún método misterioso, ya que amenazaban con interponerse en nuestro camino. Poco después a nuestra derecha se extendió un desfiladero angosto y cada vez más espectacular. El verdor se aferraba a uno y otro lado: adelfas lanceoladas y tamariscos en medio de las estrías rojas, grises y ambarinas de las piedras. Eran más llamativas en la falda del peñasco más próxima a nosotros, donde los nabateos habían abierto un pasadizo hacia la cima y, como de costumbre, se habían regodeado dejando al descubierto los sedosos dibujos de la arenisca.

No era un sitio para echar a correr. El tortuoso sendero trazaba un ángulo a través de un pasillo pedregoso, cruzaba la garganta y se ensanchaba ligeramente para dar lugar a un espacio más abierto, en el que hice el primer descanso, planificando varios más antes de nuestra llegada a las cumbres más altas. Helena también hizo un alto y simuló que sólo se debía a que yo me interponía en su camino.

—¿Quieres pasar?

—Puedo esperar.

Helena estaba con la lengua fuera. Le sonreí. Los dos nos volvimos para mirar hacia Petra, que ya era todo un espectáculo, en el que la zona más ancha del camino de grava del valle que se extendía a nuestros pies serpenteaba más allá del teatro, luego aparecía un grupo de elegantes sepulcros tallados en la vertiente rocosa y, más allá, la lejana ciudad.

—¿Piensas pelear conmigo todo el día?

—Probablemente —masculló Helena.

Guardamos silencio. Helena miró las tiras polvorientas de sus sandalias. Pensaba en las sombrías cuestiones que se habían interpuesto

entre nosotros. Yo tampoco dije nada porque, para variar, no sabía muy bien a qué se debía la disputa.

Llegar a Petra fue menos difícil de lo que en un primer momento supuse. Anacrites se había dado el gustazo de insinuar que mi viaje planteaba problemas insolubles. Nos limitamos a viajar por mar hasta Gaza. Yo había «alquilado» —por un precio que quería decir «comprado a toca teja»— un buey y una carreta, medio de transporte que estaba acostumbrado a emplear, y luego había buscado la ruta comercial. Aunque se aconsejaba a los forasteros que no la transitaran, cada año convergían en Nabatea alrededor de un millar de caravanas. Llegaban a Petra de diversas direcciones y, al partir, sus rumbos volvían a separarse. Algunas avanzaban con dificultad hacia el oeste, en dirección al norte de Egipto. Otras enfilaban por la carretera interior de Bostra antes de bifurcarse hacia Damasco o hacia Palmira. Muchas se dirigían en línea recta a la costa de Judea, para los envíos urgentes que desde el gran puerto de Gaza partían rumbo a los desabastecidos mercados romanos. Puesto que montones de comerciantes se dirigían a Gaza y todos conducían enormes y lentas reatas de camellos o de bueyes, para mí —antiguo explorador militar— no representó la menor dificultad seguirles la pista. Es imposible mantener oculto un centro comercial de importación y distribución. Los guardias no pueden impedir que los forasteros penetren en la ciudad. Petra era, básicamente, un lugar público.

Incluso antes de llegar tomé mentalmente notas para Vespasiano. La entrada rocosa era imponente y había mucho verdor. Nabatea es pródiga en manantiales de agua dulce. Los informes sobre los rebaños y la agricultura eran correctos. No había caballos, pero por todas partes se veían camellos y bueyes. A lo largo del valle de la falla tectónica se desplegaba una próspera industria minera y enseguida descubrimos que los lugareños producían una cerámica de gran delicadeza, ingentes cantidades de platos y cuencos con motivos florales y pintados con esmaltes. En pocas palabras, incluso sin contar con los ingresos de los comerciantes, en Nabatea había muchas cosas para despertar el caritativo interés de Roma.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Helena como quien no quiere la cosa—. Supongo que podrás informar a tus patronos que el ubérrimo reino de Nabatea merece ser incluido en el imperio.

Helena me comparaba injuriosamente con un patriota de mirada extraviada que se dedica a coleccionar provincias.

—Señora, no me haga enfadar…

—¡Es tanto lo que podemos ofrecerles! —añadió con sarcasmo y, por debajo de la chanza política, discurría una burla personal dirigida a mí.

El que los ubérrimos nabateos vieran la situación desde la misma perspectiva que nosotros era harina de otro costal. Helena lo sabía. Durante varios siglos habían protegido inteligentemente su independencia y se ocuparon de mantener sanas y salvas las rutas que atravesaban el desierto y de ofrecer un mercado a los comerciantes más variopintos. Eran muy hábiles a la hora de negociar la paz con quienes pretendieron invadirlos, desde los sucesores de Alejandro Magno hasta Pompeyo y Augusto. Reinaba una amable monarquía. Rabel —el actual soberano— era menor, de modo que su madre cumplía la función de regenta, acuerdo que, al parecer, no provocaba controversias. Buena parte de la dinámica cotidiana del gobierno recaía en el primer ministro. Este personaje, más siniestro, era conocido como Hermano. Me pregunté qué significaba ese nombre. De todos modos, me figuré que, mientras el pueblo de Petra fuera tan próspero, podría soportar la presencia de alguien a quien odiar y temer. A todos nos gusta contar con una autoridad contra la cual despotricar. No se puede culpar a la climatología de todos los males que nos agobian.

A propósito, el clima era de fábula. La luz se colaba entre las rocas y cubría cuanto nos rodeaba con una neblina deslumbrante.

Seguimos nuestro ascenso.

La segunda vez que hicimos un alto, más fatigados y sin aliento que antes, abrí la cantimplora de agua que llevaba en el cinto. Nos sentamos uno al lado del otro en una piedra grande. Estábamos demasiado acalorados para discutir.

—¿Por qué te has cabreado? —Algo que Helena había dicho hacía un rato había tocado una cuerda sensible—. ¿Te ha molestado enterarte de que trabajo para el jefe de los servicios de espionaje?

—¡Para Anacrites! —bufó con desprecio.

—¿Y qué? Es una babosa, pero no peor que los otros amantes del fango que pululan por toda Roma.

—Me imaginé que, por lo menos, trabajabas para Vespasiano. Permitiste que viajase hasta aquí pensando que…

—Ha sido un despiste. —A esa altura yo ya estaba convencido de que había sido así—. En ningún momento se planteó en nuestras conversaciones. Además, ¿cuál es la diferencia?

—La diferencia consiste en que, cuando actúa por su cuenta, Anacrites supone una amenaza para ti. No confío en él.

—Yo tampoco, así que deja de hacerte mala sangre. —Llevar a Helena hasta ahí arriba había sido una genialidad y me di cuenta de que ya no tenía fuerzas para pelear conmigo. Le di más agua. La mantuve sentada en la piedra. La arenisca blanda formaba un respaldo soportable si tenías una espalda musculosa. Me recosté en la piedra e hice que Helena se apoyase en mí—. Contempla la panorámica y no te enfades con el hombre que te ama.

—¡Ah, precisamente con él! —se burló.

Nuestra pelea tuvo su lado bueno. El día anterior, cuando dejamos el caravasar exterior y entramos en Petra por la célebre y estrecha garganta, discutíamos tan acaloradamente que ninguno de los guardias se dignó mirarnos dos veces. El hombre que escucha a su mujer quejándose de él puede moverse como Pedro por su casa y los vigilantes armados siempre lo tratan con compasión. Cuando nos dieron el pase para seguir por la carretera elevada y adentrarnos en la hendidura rocosa y cuando nos metieron prisas para cruzar el arco monumental que jalonaba el camino, no se percataron de que, al tiempo que me regañaba, Helena reconocía sus fortificaciones con mirada tan penetrante y mente tan despierta como la del César.

Ya habíamos encontrado suficientes sepulcros tallados en la roca, bloques sueltos con extraños techos escalonados, inscripciones y relieves como para experimentar cierta sensación de respeto. Después había aparecido la imponente garganta, a lo largo de la cual vi complejos sistemas de tuberías de agua.

—¡Esperemos que no llueva! —murmuré cuando perdimos de vista la entrada que quedó a nuestra espalda—. Por aquí discurre un torrente y la gente puede ser arrastrada por las aguas…

Más adelante el camino se redujo a una tenebrosa senda, en la que las rocas parecían a punto de unirse sobre nuestras cabezas; de repente la garganta volvió a ensancharse y vislumbramos la fachada del gran templo, iluminada por el sol. En lugar de soltar una exclamación de entusiasmo, Helena masculló:

—Nuestro viaje es superfluo. Bastarían cinco hombres para defender esta entrada del asedio de un ejército.

Al salir de la hendidura entre las rocas, bruscamente nos encontramos ante el templo, tal como nos habíamos propuesto. En cuanto recobré el

aliento después de jadear de asombro, comenté:

—Pensé que estabas a punto de decir «Está bien, Marco, puede que nunca me hayas mostrado las Siete Maravillas del Mundo, pero al menos me has traído a la octava».

Permanecimos en silencio unos segundos.

—Me gusta la diosa del pabellón redondo, la que está entre los frontones rotos —dijo Helena.

—Pues yo opino que aquellos cornisamentos están muy logrados —respondí como si fuera experto en arquitectura—. En tu opinión, ¿qué contiene el gran orbe situado encima del pabellón de la diosa?

—Aceites de baño.

—¡Claro!

Poco después, Helena continuó con lo que había dejado antes de que topáramos con ese espectáculo fabuloso.

—De modo que Petra se alza en un enclave de montaña. ¿Existen otras entradas? Tengo la sospecha de que ésta es la única.

¡Por todos los dioses, qué perseverante! Anacrites debería pagarle a Helena en lugar de a mí.

Algunos romanos se dan por satisfechos con tratar a sus mujeres como floreros descerebrados, pero como yo sabía que no tenía ninguna posibilidad de hacerlo, repliqué serenamente:

—Es la impresión que prefieren causar los precavidos nabateos. Cariño, mira boquiabierta las opulentas tallas en la roca y pon cara de haber aparecido en esta ladera de la montaña para comprar pendientes indios y un largo de seda turquesa.

—¡No me confundas con tus anteriores amiguitas de baja estofa! —exclamó Helena de mal humor mientras un soldado nabateo irregular, que evidentemente buscaba caras sospechosas, pasó a nuestro lado. Helena cayó en la cuenta de lo que ocurría—. Puede que compre una paca en estado natural, pero en casa la haré teñir de blanco…

Superamos la inspección. ¡Era muy fácil dar el pego a esos guardias! Eran ilusos o tan sentimentales que no se atrevían a detener a un tío dominado por su mujer.

El día anterior no había tenido tiempo de averiguar qué subyacía a la ira de Helena. Inquieto porque no sabía cuánto tiempo lograríamos mantener nuestra cobertura de inocentes viajeros, me había ocupado de que llegáramos rápidamente a la ciudad por el sendero de tierra reseca que

serpenteaba junto a numerosos templos y sepulcros tallados en las laderas rocosas. Nos percatamos de que, pese a estar en el desierto, por todas partes había vergeles. Los nabateos poseían manantiales y acumulaban toda el agua de lluvia que podían. Eran ingenieros sorprendentemente competentes pese a ser un pueblo que aún seguía apegado a sus raíces nómadas. De todos modos, era el desierto. Cuando llovió durante el viaje, el aguacero cubrió nuestras vestimentas con un fino polvo rojizo y al peinarnos vimos que los granos de arena negros se habían adherido a nuestro cuero cabelludo.

Al final de la senda se extendía un poblado con muchas casas elegantes, edificios públicos y un sector muy concentrado de pequeñas viviendas cuadradas para la chusma, cada una de las cuales se alzaba tras un patio amurallado. Alquilé una habitación a un precio que demostraba que los petranos sabían exactamente cuánto costaba dormir bajo techo en medio del desierto. Dediqué la tarde a explorar las murallas del norte y del sur de la ciudad. No eran nada del otro mundo, pues hacía mucho que los nabateos habían optado por firmar tratados en lugar de rechazar físicamente las muestras de hostilidad… triquiñuela a que daba pie la costumbre de ofrecerse a guiar a las tropas invasoras por el desierto y de conducirlas hasta Petra por la ruta más larga y accidentada, de modo que llegaban demasiado agotadas para plantear batalla. La mayoría de los ejércitos carecen de la energía de Helena.

Helena me miró de una manera que la volvió notoriamente más atractiva que la mayoría de los ejércitos. Se había envuelto totalmente en las estolas para protegerse del calor, por lo que parecía fresca, aunque noté su calidez cuando se apoyó en mí. Olía a aceite de almendras dulces.

—Este sitio es maravilloso —reconoció. Habló con tono muy susurrante. Sus hermosos ojos oscuros seguían echando llamaradas, pero yo me había enamorado de Helena cuando estaba enfadada y ella sabía perfectamente el efecto que su enojo ejercía en mí—. No puedo negar que contigo veo el mundo.

—Muy generoso de tu parte. —Intenté luchar, aunque con la clara sospecha de que no tardaría en rendirme. Nuestras miradas se trabaron a corta distancia. En cuanto conocías a Helena, su mirada perdía mordacidad y evocaba buen humor e inteligencia—. Helena, ¿has decidido seguir la costumbre local de pedir la paz?

—Es mejor salvaguardar lo que te pertenece —coincidió—. El sistema petrano es infalible.

—Gracias.

Soy partidario de las respuestas lacónicas durante las negociaciones. Esperaba que Helena no estuviese al tanto de la otra práctica política de los nabateos: despedir a los adversarios conquistados con grandes cantidades de tesoros. Para variar, la bolsa de Falco no estaba a la altura de las circunstancias.

—Claro que sí, ahórrate los regalos exorbitantes.

Helena sonrió, a pesar de que yo no había dicho nada.

Afirmé mis derechos y rodeé con el otro brazo a mi amada. Lo aceptó como una cláusula más del tratado. Volví a ser feliz.

El sol recalentó las rocas fulgurantes, a las que se aferraban tenazmente enormes matas de tulipaneros oscuros y de hojas polvorientas. Las voces que habíamos oído por delante de nosotros quedaron fuera de nuestro alcance. Estábamos solos en medio del cálido silencio y en un sitio que no parecía inhóspito.

Helena y yo tenemos una historia de relaciones bien avenidas cerca de las cumbres de montañas famosas. En mi opinión, llevar a una chica para que vea una panorámica espectacular sólo tiene un propósito y, si alguien es capaz de cumplirlo a la mitad del camino, se ahorra energías para cosas mejores. Abracé a Helena y me dispuse a gozar de todos los juegos recreativos que ella me permitiría practicar en un sendero público que tal vez estuviese frecuentado por sacerdotes de severo aspecto.

OceanofPDF.com

VI

—Dime, ¿fue realmente un despiste? —preguntó Helena un rato más tarde.

Es una chica que no se desvía fácilmente de su objetivo. Si en algún momento se le pasó por la cabeza que permitirme besarla me había ablandado, no se equivocó.

—¿Te refieres a que me olvidé de mencionar a Anacrites? Puedes estar segura, yo nunca te miento.

—Todos dicen lo mismo.

—Se nota que has estado hablando con Talía. No puedo hacerme responsable de lo que afirman los mentirosos.

—Por lo general lo dices en medio de las discusiones.

—¿Crees que es la muletilla que utilizo? ¡Señora mía, qué equivocada está! Aunque así fuera, necesitamos mantener algunas vías de salida. Me gustaría que sobreviviéramos juntos —añadí. La sinceridad siempre desarmaba a Helena porque esperaba que fuese tortuoso—. ¿Qué opinas?

—A mí también me gustaría —respondió. Helena nunca me confundía haciéndose la remilgada. Podía decirle que la quería sin sentirme incómodo y contar con que ella actuase recíprocamente y con franqueza: me consideraba poco confiable. A pesar de todo, añadió—: Ninguna chica recorre medio mundo para llegar tan lejos con un simple amigo con el que coquetea los jueves por la tarde.

Volví a besarla.

—¿Los jueves por la tarde? ¿Es entonces cuando las esposas y las hijas de los senadores son libres de asaltar los cuarteles de los gladiadores?

Helena se retorció furiosa, lo que podría haber desembocado en más juegos si nuestro ardiente asiento de roca no se hubiera encontrado a la vera de un camino muy transitado. En algún sitio rodó una piedra. Ambos recordamos las voces que habíamos oído y temimos que sus respectivos dueños hubiesen emprendido el regreso. Me pregunté si podríamos largarnos por la ladera, pero la inclinación y la pedregosidad lo desaconsejaban.

Me chifla viajar con Helena… si exceptuamos la frustradora sucesión de pequeños camarotes y diminutos cuartos de alquiler en los que nunca nos sentíamos libres de hacer el amor. De pronto eché de menos mi apartamento de la sexta planta de una casa de vecindad, en la que son contados los intrusos que se atreven a subir la escalera y donde sólo podían oírnos las palomas que moran en el tejado.

—¡Volvamos a casa!

—¿Qué dices? ¿Te refieres a la habitación alquilada?

—Me refiero a Roma.

—¡Qué disparate! —me regañó Helena—. Visitaremos la cumbre de esta montaña.

Mi único interés por esa cima radicaba en las posibilidades que ofrecía de estrechar a Helena en mis brazos. De todos modos, puse cara de viajero y seguimos escalando.

Un par de obeliscos irregulares anunciaban la cima. Tal vez representaban dioses. En tal caso, eran toscos, misteriosos y claramente distintos al panteón antropomórfico de los romanos. Al parecer, no los habían construido transportando las piedras hasta esa altura, sino cavando el lecho rocoso de los alrededores hasta una profundidad de seis o siete metros a fin de crear esos espectaculares centinelas. El esfuerzo que suponía era abrumador y el efecto final resultaba extraño. Se trataba de gemelos no idénticos, uno ligeramente más alto y el otro ensanchado en la base. Más allá se alzaba un edificio de sólida construcción que preferimos no investigar por si lo ocupaban sacerdotes encargados de afilar los cuchillos destinados a los sacrificios.

Seguimos subiendo y llegamos a la zona de las ceremonias mediante un escarpado tramo de escalones. Así alcanzamos un promontorio barrido por los vientos. En todas direcciones esa roca elevada y ventosa ofrecía extraordinarias vistas de la espiral montañosa dentro de la cual se encuentra Petra. Salimos al lado norte de un patio rectangular ligeramente hundido. Alrededor había tres bancos tallados en la roca, supuestamente para los visitantes, como los sofás triples de un comedor formal. Ante nosotros se alzaba una plataforma elevada en la que se exhibían ofrendas que tuvimos el buen gusto de ignorar. Los escalones de la derecha conducían al altar principal, en el que una elevada columna de piedra negra representaba a la divinidad. Más allá había otro altar, redondo y de mayores dimensiones,

como una depresión abierta en la roca viva y conectada, a través de un canal, a un depósito de agua de forma rectangular.

Mi imaginación había cobrado vuelo. Abrigaba la esperanza de ser insensible a los emplazamientos pasmosos y a las religiones siniestras, pero no por nada había estado en Britania, Galia y Germania. Sabía más de lo que me habría gustado acerca de desagradables ritos paganos. Aferré la mano de Helena mientras el viento nos sacudía. Mi amada caminó audazmente hacia el patio hundido y contempló las espectaculares panorámicas, como si estuviéramos en un mirador con balaustrada, situado sobre la península de Sorrento y construido para solaz de los turistas estivales.

Habría preferido estar en Sorrento. Este sitio me producía malas vibraciones. No suscitaba el menor respeto. Detesto los emplazamientos antiguos en donde se han realizado sacrificios para torvo deleite de dioses monolíticos. Los odio con más ahínco si a la chusma local le gusta jactarse —como hacían los nabateos con gran recochineo— de que algunos sacrificios fueron humanos. Incluso entonces estaba alerta, como si estuviéramos en un tris de meternos en líos.

Claro que había problemas en el santuario de Dushara, aunque no estábamos directamente involucrados. Aún teníamos tiempo para eludirlos… pero cada vez quedaba menos.

—Amor mío, ya hemos llegado a la cima, y podemos emprender el regreso.

Helena acababa de descubrir algo nuevo. Se apartó el pelo de los ojos y me arrastró para que lo viera. Al sur del sector destinado a las ceremonias había otro depósito de forma rectangular. Evidentemente, drenaba la cumbre y proporcionaba abundante agua dulce para los ritos de los sacrificios. A diferencia del resto de La Cumbre, esta cisterna estaba habitada.

Cabe la posibilidad de que el hombre que se encontraba en el agua hubiera ido a darse un baño al sol. En cuanto lo vi supe que no flotaba por placer ni para hacer ejercicio.

OceanofPDF.com

VII

Si hubiese tenido dos dedos de frente, me habría convencido a mí mismo de que ese hombre tomaba pacíficamente un baño. Podríamos haber dado media vuelta sin mirar mucho y el rápido paseo cuesta abajo nos habría devuelto a nuestro alojamiento. Es lo que tendríamos que haber hecho. Yo tendría que haberme ocupado de que quedáramos al margen.

El individuo estaba prácticamente sumergido y tenía la cabeza bajo el agua. Sólo lo mantenía a flote algo voluminoso que se le había enganchado en la vestimenta.

Los dos echamos a correr.

—¡Es increíble! —exclamó Helena amargamente sorprendida mientras descendía de la plataforma destinada a sacrificios—. Sólo llevamos dos días aquí y mira lo que has encontrado.

Fui el primero en llegar a la cisterna formada en la roca. Me metí en el agua y me esforcé por ignorar que no sabía nadar. El agua me cubrió hasta la cintura y el frío me hizo tiritar. Era una enorme cisterna, de aproximadamente metro veinte de profundidad: la suficiente para ahogarse.

El remolino que mi entrada provocó hizo que el cadáver se moviera y empezara a hundirse. Logré sujetar las prendas que habían contribuido a mantenerlo a flote. Si hubiésemos llegado unos minutos más tarde, nos habríamos ahorrado ese quebradero de cabeza. El pobre desgraciado yacería oculto en el fondo, como hacen los ahogados… siempre y cuando la verdadera causa de la muerte hubiese sido asfixia por inmersión.

Arrastré lentamente el bulto hacia el borde del depósito de agua. Cuando lo moví, de debajo del manto enredado del muerto afloró un pellejo de cabra hinchado. Helena se agachó, le sujetó los pies y me ayudó a sacarlo a medias de la cisterna. Poseía las agradables maneras de la hija de un senador, pero no tenía escrúpulos en echar una mano cuando estallaba una emergencia.

Salí de la cisterna y terminamos la operación. Aunque el muerto era pesado, entre los dos logramos sacarlo del agua y tumbarlo boca abajo. Sin dilaciones, le giré la cabeza de lado. Me apoyé un buen rato en su espalda e intenté reanimarlo. Noté que, al primer golpe, pareció expulsar aire en lugar

de agua. No divisé los espumarajos que había visto en los cuerpos de otros ahogados. En el Tíber abundan.

Helena aguardó. Al principio permaneció en pie a mi lado, mientras el viento le adhería la ropa al cuerpo, y miró pensativa la elevada meseta. Después caminó hasta el otro extremo de la cisterna y registró el suelo.

Me dediqué a pensar al tiempo que practicaba los primeros auxilios. Helena y yo habíamos subido muy despacio y el descanso para retozar había durado lo suyo. De no ser por eso, habríamos llegado en el momento decisivo. De no ser por eso, compartiríamos esas fabulosas vistas barridas por los vientos con dos individuos… ambos vivos.

En lo concerniente a este sujeto, habíamos llegado tarde. Incluso antes de empezar me percaté de que mis esfuerzos estaban condenados al fracaso. De todos modos, quise ser cortés. Cabía la posibilidad de que, algún día, yo tuviera necesidad de ser reanimado por un desconocido.

Finalmente lo coloqué boca arriba y me incorporé.

Rondaba la cuarentena y estaba demasiado gordo y fofo. Tenía el rostro ancho, de color baya muy madura, barbilla gruesa y cuello de bruto. La cara aparecía manchada por debajo del bronceado. Sus brazos eran cortos y anchas las manos. Aquel día no se había tomado la molestia de afeitarse. El pelo lacio y bastante largo se fundía con las cejas negras y tupidas y el agua goteaba lentamente sobre el suelo rocoso. Vestía una túnica marrón, larga y de tejido abierto, y la capa desteñida por el sol se enredaba mojada alrededor de su cuerpo. Llevaba el calzado anudado en el empeine, con una tira que cubría los respectivos dedos gordos de los pies. No iba armado. Empero, bajo su vestimenta había algo voluminoso a la altura de la cintura: una tablilla… en la que no había escrito nada.

Helena sostuvo en alto algo que había encontrado en el borde de la cisterna: un frasco de culo redondeado, que colgaba de una cuerda de cuero trenzado. La cubierta de mimbre, con manchas de vino, me llevó a destaparlo: hasta hacía poco había contenido vino, aunque en la palma de mi mano sólo cayeron dos gotas. Puede que el pellejo de cabra también contuviera vino. Quizás el estar embriagado explicara por qué lo habían dominado.

Su atuendo era oriental y lo protegía del calor abrasador. Esa maraña de ropa pudo obstaculizarle los movimientos si forcejeó para librarse de un agresor. Estaba seguro de que lo habían atacado. Tenía la cara arañada y con cortes, probablemente porque lo habían arrastrado hasta el borde de la

cisterna. Después alguien debió de meterse en el agua, aunque lo más probable es que no fuera para hundirle la cabeza ya que, en mi opinión, las marcas que lucía en el cuello apuntaban a que lo habían estrangulado. Helena me mostró que, además del trozo que yo había empapado al salir del depósito, en el otro extremo había una zona parecida, en el sitio donde el asesino debió de salir de la cisterna hecho una sopa. Aunque el sol prácticamente había borrado sus huellas, Helena descubrió que se encaminaban a la plataforma de las ceremonias.

Dejamos el cadáver y volvimos a cruzar la cima de delante del altar. Las huellas desaparecieron, evaporadas por el sol y el viento. Hacia el norte dimos con el santuario de un dios lunar, compuesto por dos columnas coronadas con medias lunas, en cuyo interior había una hornacina. Más lejos se extendía una ancha escalera que descendía. Oímos voces cada vez más cercanas: una gran cantidad de personas entonaba un sordo cántico ceremonial. Evidentemente era el camino principal para llegar a La Cumbre. Me pareció que el asesino no podía haberse largado por esa ruta porque habría interrumpido la procesión que en ese momento subía.

Helena y yo cambiamos de rumbo y descendimos por los mismos escalones que nos habían conducido hasta lo más alto. Bajamos hasta la casa de los sacerdotes o puesto de guardia. Podríamos haber llamado para pedir ayuda pero, ¿para qué elegir la vía más fácil? Reacio a cruzarme con alguien armado con un instrumento punzante y capaz de considerarme presa fácil para el altar, me convencí a mí mismo de que el asesino se había alejado sin llamar la atención.

Reparé en otro sendero. Seguramente era el que el asesino había tomado. Sabía a ciencia cierta que no había pasado a nuestro lado mientras nos magreábamos. Al fin y al cabo, Helena era hija de un senador y se suponía que conocía el significado del recato. Habíamos estado atentos a la presencia de mirones.

Nunca sé en qué momento es mejor dejar estar las cosas.

—Desciende —ordené a Helena—. Espérame cerca del teatro o ya nos veremos en la casa de huéspedes. Ve por el mismo camino por el que vinimos.

Helena no protestó. La expresión del rostro del finado debió de quedársele grabada. Además, su actitud era fiel reflejo de la mía. En Roma yo habría hecho lo mismo; ser una pulga que visita el culo de la civilización no modifica el estado de cosas. Alguien acababa de matar a ese individuo y

yo estaba empeñado en perseguirlo. Helena sabía que no tenía otra opción. Me habría acompañado si hubiera podido caminar tan rápido como yo.

Le acaricié suavemente la mejilla y noté que sus dedos me rozaban la muñeca. Sin pensármelo dos veces, eché a andar cuesta abajo.

OceanofPDF.com

VIII

Ese sendero era mucho menos escarpado que aquel por el que habíamos subido. Parecía dirigirse a la ciudad y era más largo. Bruscos giros cerrados me obligaron a fijarme dónde pisaba en medio de asombrosas panorámicas aéreas que me habrían hecho estremecer de haber tenido tiempo para prestarles atención.

Mientras corría, procuraba no hacer ruido. Aunque no tenía motivos para suponer que el hombre que huía sabía que le pisaba los talones, lo cierto es que los asesinos casi nunca se detienen para gozar de las panorámicas.

Crucé otra garganta del valle atravesada por corrientes de agua, igual a la que nos había permitido alcanzar la cumbre. Trechos con escalones, inscripciones en la ladera rocosa, ángulos rectos y tramos cortos de pasillos angostos me condujeron hasta un león tallado en la roca. De cinco zancadas de largo y bellamente desgastado por la intemperie, cumplía la función de fuente; un canal recto trasladaba agua dulce a través de una tubería y salía por sus fauces. Tuve la certeza de que el asesino había escogido ese camino, ya que la saliente de arenisca situada bajo la cabeza del león estaba húmeda, como si un hombre con la ropa mojada se hubiera detenido para beber un trago de agua. Me mojé la frente deprisa y corriendo, agradecí al león la información que acababa de proporcionarme y seguí bajando a toda velocidad.

El agua que fluía a través de las fauces del león goteaba cuesta abajo por un arroyuelo abierto en la vertiente rocosa. El agua cantarina me hizo compañía. Descendí por un tramo de escalones escarpadamente serpenteantes y me encontré en un sector aislado del *uadi*. Rodeado de adelfas y tulipaneros, su apacible mansedumbre estuvo a punto de hacerme abandonar la persecución. Pero proseguí porque detesto los asesinatos. El camino desembocaba en un templo agradable: dos columnas de libre sustentación en una estructura con pilastras y detrás el santuario, oscuramente excavado en la montaña, como si fuera una caverna. Al pórtico se accedía por una ancha escalinata en cuya base había un jardín reseco. Allí vi a un anciano sacerdote nabateo y a un hombre más joven, del mismo

oficio. Tuve la sensación de que acababan de salir del santuario. Ambos miraban hacia abajo.

Mi aparición hizo que me contemplaran acorados. Al principio en latín, dado que era lo más natural, y luego en cuidadoso griego, pregunté al sacerdote de más edad si había visto pasar a alguien que llevaba mucha prisa. El anciano se limitó a observarme. No había forma de que pudiera expresarme en el dialecto árabe local. De pronto el hombre más joven habló con el otro como si tradujera. Expliqué que alguien había muerto en La Cumbre y que, por lo visto, no se trataba de un accidente. Mi mensaje fue transmitido, pero no pasó nada. Impaciente, volví a ponerme en camino. El sacerdote de más edad tomó la palabra. El más joven abandonó el jardín y avanzó con paso largo a mi lado. Aunque no dijo nada, acepté su compañía. Me volví y vi que el anciano se dirigía al lugar de los sacrificios con intención de investigar.

Mi nuevo aliado tenía la piel oscura de los hombres del desierto y ojos de mirada penetrante. Lucía una larga túnica blanca que aleteaba a la altura de sus tobillos y, a pesar de todo, se las apañaba para moverse a gran velocidad. Aunque en ningún momento habló, tuve la sospecha de que compartíamos un objetivo. Los dos nos sentimos algo mejor que si fuéramos perfectos desconocidos, corrimos cuesta abajo y finalmente llegamos a la muralla de la ciudad, por los barrios del oeste, donde se apiñan las viviendas.

No nos cruzamos con nadie. En cuanto franqueamos la puerta de la ciudad, vimos gente por todas partes y se volvió imposible distinguir al individuo que buscábamos. Su ropa debía de haberse secado, ya que la mía prácticamente lo estaba. Al parecer, yo no podía hacer nada más. El joven que me acompañaba siguió avanzando y acabé por seguirlo.

Salimos cerca de los monumentos públicos. Recorrimos una zona de casas impresionantes, erigidas con bloques de arenisca perfectamente alineados y llegamos a la arteria principal del barrio de los artesanos. Aunque reclamaba a gritos un pavimento correcto y columnatas, la calle de grava poseía su peculiar y exótica grandeza. A nuestra izquierda se extendían los grandes mercados cubiertos, separados por una zona de tenderetes improvisados y de postes para atar con ronzal a las bestias. La principal vía de agua discurría a lo largo de esta calle, tres metros más abajo. En ese nivel inferior había minúsculas escaleras y bonitos puentes salvaban el barranco y llegaban a los edificios importantes de la otra orilla:

el palacio real y uno de los templos monumentales que dominaban ese sector de la ciudad. Se aposentaban en anchas terrazas a las que se accedía por impresionantes escalinatas.

Nos dirigimos decididamente más lejos, hacia la gran puerta de la terminal. Yo sabía que era el corazón de la ciudad. A ambos lados de la calle había templos impresionantes, aunque el más imponente se encontraba más lejos, en el recinto del santuario. Llegamos a una pequeña plaza, la cruzamos y atravesamos la puerta alta, cuyas macizas hojas estaban abiertas de par en par. En el interior se encontraban los edificios de la administración. El joven sacerdote hizo un alto, habló con alguien apostado en un umbral y siguió su camino, aunque me hizo señas de que lo acompañara. Entramos en un espacio largo, descubierto y rodeado por un muro alto en el lado que daba al canal: el santuario de un templo típicamente oriental. El recinto estaba bordeado de bancos de piedra. En el otro extremo, sobre una plataforma elevada, había un altar al aire libre, situado delante del templo principal de Petra, dedicado a Dushara, el dios de la montaña.

Era una estructura colosal. Escalamos hasta una enorme plataforma revestida en mármol a la que se llegaba por una ancha escalinata del mismo material. Cuatro columnas sencillas pero macizas formaban el pórtico, inmerso en acogedora sombra, bajo un friso muy estático de florones y triglifos. Los griegos habían estado en Petra, probablemente invitados. Habían dejado sus señas de identidad en las tallas, pero se trataba de una influencia pasajera, muy distinta a la dominación que ejercieron sobre el arte romano.

Una vez en el interior, llegamos a una inmensa cámara de entrada donde las altas ventanas iluminaban la yesería primorosamente moldeada y los frescos con dibujos geométricos. Un personaje que evidentemente era un sumo sacerdote reparó en nosotros. Mi compañero se adelantó con la firmeza que lo caracterizaba. Yo habría dispuesto de dos segundos para darme la vuelta y poner pies en polvorosa, pero me mantuve en mis trece porque no había hecho nada reprobable. Las gotas de sudor rodaban por mi espalda. Acalorado y extenuado, me costó adoptar mi habitual actitud de aplomo. Me sentía muy lejos de casa, en una tierra donde la pura inocencia tal vez no sirviese como defensa.

El joven sacerdote transmitió las novedades. Hubo un estallido de voces, como suele ocurrir cuando inesperadamente se anuncia en un lugar

público una muerte deliberada. Semejante sacrilegio desató una conmoción. El sumo sacerdote pegó un brinco, como si se tratara del acontecimiento más inquietante de los últimos seis meses. Barbotó en el dialecto local y pareció tomar una decisión. Hizo una declaración formal y un par de ademanes de apremio.

Mi joven compañero se dio la vuelta y por fin tomó la palabra:

—¡Tienes que comunicarlo!

—Desde luego —respondí en mi papel de viajero inocente—. ¿A quién debo dirigirme?

—Él vendrá.

Esa respuesta sonaba agorera para cualquier oído perspicaz.

Me di cuenta de que estaba en un brete. Una persona de la máxima importancia se disponía a interesarse por mi historia. Yo no me había propuesto llamar la atención en Petra. En mi condición de romano que no era un comerciante autorizado, sería difícil justificar mi presencia. Algo me indicaba que llamar la atención sobre mi persona sería muy negativo, pero ya era demasiado tarde.

Tuvimos que esperar.

En el desierto las temperaturas extremas y las grandes distancias dan pie a una actitud negligente. La rápida resolución de las crisis se considera una cuestión de mala educación. A la gente le gusta paladear las novedades.

Me condujeron al exterior del templo de Dushara, que no era sitio para un extranjero curioso. Lo lamenté, pues me habría gustado apreciar el fantástico interior con sus sorprendentes adornos, explorar lo que se encontraba más allá del elevado arco que conducía al umbrío santuario interior y trepar hasta los fascinantes balcones de las plantas superiores. Me hicieron salir y apenas tuve tiempo de entrever a un dios alto, oscuro, con los puños cerrados y la mirada fija en sus montañas.

Desde el primer momento tuve claro que sería un suplicio esperar al anónimo jefazo. Me pregunté dónde estaría Helena. Deseché la idea de enviarle un mensaje. Me resultaría muy difícil describir nuestras señas y, además, no tenía dónde escribir. Ojalá me hubiese quedado con la tablilla del difunto, que ya no le servía de nada.

El joven sacerdote había recibido oficialmente el encargo de vigilarme, con lo cual no se volvió comunicativo. Tomamos asiento en uno de los bancos que rodeaban el santuario y se le acercaron varios conocidos, que a mí me ignoraron de manera afectada. Empecé a inquietarme. Tuve la

desagradable sensación de que me estaba hundiendo en una situación que no tardaría en lamentar. Me resigné a perder el día y tuve la certeza de que tendría problemas. Además, estaba claro que me saltaría la comida… algo que deploro.

Para superar la depresión insistí en charlar con el sacerdote.

—¿Has visto al fugitivo? ¿Qué aspecto tiene? —pregunté claramente en griego.

El planteo fue tan directo que el joven sacerdote no pudo negarse a responder.

—Es un hombre.

—¿Joven, viejo, de mi edad?

—No lo vi.

—¿No le viste la cara? ¿Sólo reparaste en su espalda mientras desaparecía? ¿Tenía todo el pelo? ¿De qué color?

—No me fijé.

—Por lo visto no eres de gran ayuda —espeté con toda sinceridad.

Molesto y frustrado, guardé silencio. Con la actitud parsimoniosa e irritante del desierto, en el preciso momento en que me había resignado, mi compañero se expresó:

—Estaba en el interior del templo y oí pasos veloces. Me asomé y, a gran distancia, vislumbré a un hombre que desapareció de mi vista.

—¿No reparaste en ninguna de sus características? ¿Era alto o bajo, de contextura ligera o gruesa?

El joven sacerdote se puso a pensar.

—No sabría decirlo.

—¡Ya veo que será fácil dar con este tío!

Segundos después el sacerdote sonrió. Por incomprensible que parezca, captó la ironía. Seguía siendo reacio a comunicarse, pero empezaba a comprender las reglas del juego. Cedió un poco y añadió animado:

—No le vi el pelo… porque llevaba sombrero.

Eso sí que era inesperado. La mayor parte de la gente que recorre el desierto se cubre la cabeza con las túnicas.

—¿Qué tipo de sombrero?

Hizo ademanes para describir un sombrero de ala ancha y puso cara de desaprobación. Se trataba de una auténtica rareza. Desde que desembarcamos en Gaza, Helena y yo habíamos visto gorros frigios

deshinchados, apretados solideos y círculos de fieltro de copa plana, pero un sombrero de ala ancha era una extravagancia occidental.

El sacerdote confirmó mis pensamientos y acotó:

—Un forastero que está solo y se mueve con mucha prisa en los alrededores de La Cumbre es algo insólito.

—¿Cómo te diste cuenta de que es extranjero?

El joven se encogió de hombros.

Yo ya conocía una de las pistas: el sombrero. De todos modos, la gente siempre se da cuenta si logra ver bien a los sospechosos. Todo sirve de pista: la constitución, el color de piel, el modo de caminar, el corte de la barba, o del pelo. A veces basta con una imagen de una fracción de segundo. Otras no es una imagen sino un sonido.

—Bajaba silbando —añadió repentinamente el sacerdote.

—¿En serio? ¿Y qué silbaba?

—No lo sé.

—¿Recuerdas algún otro detalle pintoresco?

El joven sacerdote negó con la cabeza y fue evidente que el asunto ya no le interesaba.

Por lo visto, no tenía nada más que decir. Tuve la atormentadora impresión de que nadie podría identificar al fugitivo.

Proseguimos con la tediosa espera. Volví a sufrir un bajón anímico. La ardiente luz dorada que se reflejaba en la sillería me provocó dolor de cabeza.

Los visitantes iban y venían. Algunos se sentaron en los bancos a comer o a tararear para sus adentros. Muchos se acuclillaron a la sombra, por lo que experimenté la clara sensación de que estaba entre nómadas que despreciaban el mobiliario. Me dije que no debía sentirme satisfecho de mí mismo. Esos hombres curtidos y de capas polvorientas parecían poco más que mendigos y estaban a un paso de la tumba, pero pertenecían a la nación más rica del mundo. Manejaban incienso y mirra con la misma naturalidad con que mi familia pasaba revista a tres rábanos y una col. Cada mentecato arrugado probablemente transportaba en las alforjas de su recua de camellos más oro del que Roma tenía en el tesoro del templo de Saturno.

Pensé en el futuro e intenté organizar mi escapada. Me di cuenta de que, mediante la diplomacia tradicional, no había modo de salir de ese entuerto, ya que los escasos fondos de que disponía no daban ni para un ofensivo soborno.

Estaba claro que, por muy amables que fueran, nos vigilaban. Si pasabas tanto tiempo en la escalinata de la basílica del Foro, eras víctima de comentarios groseros y te abordaban descaradamente los carteristas, los poetas, las rameras, los vendedores de empanadillas casi frías y cuarenta pelmazos que pretendían contarte la historia de su vida. Aquí se limitaban a esperar tu reacción: preferían el tedio blando.

Por fin un atisbo de actividad: un camello pequeño cruzó el arco de la gran puerta, cargado con el ahogado que yo había encontrado. Lo seguía un grupo de personas silenciosas pero curiosas.

Simultáneamente alguien franqueó el gran portal abierto en el muro del recinto. No llegué a descubrir qué había al otro lado y si la zona que se extendía más allá del impresionante portal albergaba el alojamiento del colegio sacerdotal o si era la majestuosa residencia del alto funcionario. Por alguna razón me di cuenta de que era importante incluso antes de observarlo: portaba el aura que confiere el poder.

Caminó en línea recta hacia nosotros. Aunque iba solo, todos repararon en él. Aparte del cinto adornado con piedras preciosas y de un tocado alto, rebuscado y de aspecto parto, poco más era lo que lo distinguía. Aunque mi cuidador no se movió ni cambió de expresión, percibí en él una frenética subida de tensión. Logré mascullar en voz muy baja:

—¿Quién es?

Por motivos perfectamente comprensibles, al joven le costó articular palabra.

—Es Hermano —repuso.

En ese momento me di cuenta de que el joven sacerdote estaba aterrorizado.

OceanofPDF.com

IX

Me puse en pie.

Como la mayoría de los nabateos, el primer ministro petrano era más bajo y menudo que yo. Lucía la habitual túnica hasta el suelo, de manga larga, con otras prendas de tela delgada dobladas sobre los hombros. Fue así como vi el brillante cinto, del que colgaba la espada, con un rubí engastado en la empuñadura, de modo que apenas quedaba espacio para el rebuscado trabajo en metal del mango. Tenía la frente ancha, le faltaba pelo bajo el tocado y su actitud era decidida. La boca ancha creaba la sensación de que sonreía afablemente, pero no caí en la trampa de creérmelo. Parecía un banquero amistoso… de los que se emperran en timarte a la hora de fijar la tasa de interés.

—¡Bienvenido a Petra! —exclamó en griego, con voz grave y resonante.

—Muchas gracias. —Intenté que mi acento fuese lo más ateniense posible… lo cual no es nada fácil si has aprendido griego bajo el toldo agujereado en la esquina de una calle llena de polvo, cerca del estercolero del barrio.

—Vayamos a ver lo que ha encontrado para nosotros.

Parecía la invitación que te hacía un tío del campo para que abrieses el cesto de los regalos.

La mirada lo delató. Tenía los párpados tan abotargados y arrugados que era imposible entrever su expresión en esas rendijas oscuras y distantes. Detesto a los que no manifiestan lo que piensan. El primer ministro tenía esa actitud esquiva que suelo relacionar con un fornicador violento e impostor que apalea a su madre hasta matarla.

Nos acercamos al camello que, desconcertado, acercó la cabeza a nosotros. Alguien sujetó la brida y se lamentó de la falta de respeto del animal hacia mi compañero. Dos individuos levantaron el fiambre con suma delicadeza. Hermano examinó el cadáver tal como yo había hecho antes. Su análisis me pareció inteligente. Los presentes retrocedieron y lo observaron con gran curiosidad. Entre el gentío vi al anciano sacerdote del templo con jardín, que no hizo el menor ademán por contactar con su joven colega,

situado a mi espalda. Prefería creer que se había quedado por si yo necesitaba apoyo, aunque no me parecía probable que me prestase ayuda. En este asunto estaba más solo que la una.

—¿Qué sabemos de este individuo? —preguntó Hermano dirigiéndose a mí.

Deduje que esperaba que me hiciese responsable de justificar la presencia del finado.

Señalé la tablilla que colgaba del cinto del ahogado.

—Puede que fuese erudito o escriba. —Apunté con el dedo a los arañazos de su cara ancha y algo abotargada—. Es evidente que hubo violencia, aunque no se trató de una paliza brutal. En el escenario encontré recipientes para beber vacíos.

—¿Tuvo lugar en La Cumbre? —Aunque el tono de Hermano no era colérico, el modo de hacer la pregunta era más que elocuente.

—Eso creo. Al parecer, se trata de un borracho que riñó con su amigo.

—¿Los vio?

—No, pero oí voces. El tono era amistoso. No tenía motivos para seguirlos e investigar.

—¿Con qué fin visitó el lugar de los sacrificios?

—Lo hice por respetuosa curiosidad —afirmé. Como era de prever, sonó poco convincente y absurdo—. Me dijeron que no está prohibido.

—Y es verdad —coincidió Hermano, como si opinara que en un mundo justo tendría que estar vedado.

Era probable que esa misma tarde de su despacho saliera una nueva ley.

Adopté una firme actitud y dije:

—Me temo que no puedo proporcionarle más datos.

Ignoró mi respuesta. Si un forastero cometía la insensatez de toparse con un ahogado en la cuenca de Fundano, en Roma, le darían las gracias por cumplir sus deberes cívicos, recibiría una modesta recompensa pública y lo conducirían sin hacer bulla hasta la salida de la ciudad… al menos eso me dije. Tal vez estaba equivocado. Quizá lo arrojarían a la peor celda disponible para que aprendiera a no difamar la ciudadela de oro con sórdidos descubrimientos.

Hermano dejó de permanecer inclinado sobre el cadáver.

—Y usted, ¿quién es? —inquirió y me petrificó con la mirada de sus agradables ojos oscuros, desde cuyo interior cansado y arrugado ya había

reparado en el corte de mi túnica y en el estilo de mis sandalias.

Me di cuenta de que Hermano se había percatado de que yo era romano.

—Soy Didio Falco —respondí con la conciencia relativamente limpia —. Soy un viajero de Italia…

—¡Sí, claro! —exclamó.

Se me cayó el alma a los pies. En Petra ya conocían mi nombre. Alguien había anunciado mi llegada al primer ministro del rey. Me imaginé de quién se trataba. En Roma había dicho a todo el mundo que viajaba a Decápolis a buscar y recuperar a la organista de Talía. Con excepción de Helena Justina, sólo había otra persona enterada de mi traslado a Petra: Anacrites.

Y si había escrito a los nabateos, podía poner las manos en el fuego y no quemarme si pensaba que Anacrites no le pediría a Hermano que me proporcionase tratamiento diplomático.

OceanofPDF.com

X

Me habría gustado dar un buen puñetazo en el plexo solar de Hermano y largarme. Si como yo sospechaba en Petra era odiado y temido, cabía la posibilidad de que los congregados me dejaran pasar. Pero si era odiado y temía más de lo que yo suponía, tal vez les convendría detenerme para eludir las iras del primer ministro.

Los romanos somos una nación civilizada. Mantuve los puños pegados a los lados del cuerpo y le planté cara:

—Señor, soy un hombre de origen humilde. Me sorprende que conozca mi nombre. —Hermano ni se tomó la molestia de darme una explicación. Era imprescindible que yo descubriera, sin más dilaciones, su fuente de información. De nada serviría farolear—. ¿Puedo suponer que está al tanto de mi existencia a través de un funcionario conocido por Anacrites? ¿Acaso le pidió que me pusiera en el primer puesto de la lista de sacrificios de La Cumbre de Dushara?

—¡Dushara sólo reclama la inmolación de los puros! —declaró Hermano.

Se le daba bien el sarcasmo… el sarcasmo de tipo peligroso. Yo no las tenía todas conmigo y a Hermano le agradó que me diese cuenta de que así era.

Noté que hacía un ademán subrepticio en dirección a los congregados para que se apartaran. Rápidamente se abrió un espacio. Estaba claro que sería interrogado con un mínimo de intimidad.

Ignoré las perturbaciones y al pasar comenté:

—Estoy seguro de que Petra cuenta con otros sistemas rápidos y sencillos de evacuación de residuos.

—Desde luego. Se lo puede dejar sobre una roca de ofrendas, para que los pájaros y el sol se ocupen de usted.

Habló como si dar esa orden le fuera a proporcionar un gran placer. Era precisamente aquello con lo que yo siempre había soñado: morir frito como los menudillos para que después me recogiese una bandada de buitres.

—¡Me encantaría disfrutar de semejante privilegio! ¿Qué le han dicho de mí?

—En primer lugar, que se dedica al espionaje.

Por lo visto, Hermano lo encontraba divertido. No se por qué, pero no me dio la gana celebrarle la chanza. Se trataba de información que sin duda aprovecharía.

—¡Ah, ya lo veo, las lindezas diplomáticas de costumbre! ¿Se las ha creído?

—¿Tengo que creérmelas? —preguntó, pues aún me concedía la dudosa cortesía de mostrarse abierto y sincero.

Hermano era un hombre inteligente, que no fanfarroneaba ni parecía corrupto, es decir, que no tenías de qué desquitarte.

—Pues yo diría que sí —repuse y apelé a una táctica afín—. Roma cuenta con un nuevo emperador que, para variar, es eficaz. Vespasiano está haciendo inventario, lo cual incluye examinar los territorios que limitan con los propios. Sin duda usted esperaba alguna visita.

Los dos dirigimos la mirada al cadáver. Se merecía una atención más personalizada, pero una falsa pelea doméstica lo había convertido en motivo de esta inesperada y altisonante evaluación de los acontecimientos mundiales. Quienquiera que fuese, se había inmiscuido en mi misión y nuestros sinos quedaron conectados.

—¿Qué interés tiene Vespasiano por Petra? —inquirió Hermano.

Sus ojos semejaban ranuras malintencionadas y engaños en ese rostro imperturbable. Un hombre tan astuto debía saber cuál es el interés de Roma por una nación rica que controla decisivas rutas comerciales junto a nuestras fronteras.

Puedo hablar de política con el mismo ardor que cualquiera que está en el Foro con dos horas libres antes de la cena, pero no me apetecía explicitar la perspectiva del imperio en una ciudad extranjera. No me agradaba porque nadie de palacio se había tomado la molestia de explicarme la política exterior del imperio. Tampoco estaba dispuesto a hacerlo porque el emperador, que es muy pedante con las insignificancias de este tipo, tarde o temprano probablemente se enteraría de mi respuesta. Intenté salirme por la tangente.

—Señor, no estoy en condiciones de responder. No soy más que un modesto recolector de información.

—¡Pues yo diría que de modesto, nada!

Aunque en griego sonaba muy elegante, no se trataba de un cumplido. El primer ministro petrano era capaz de quedarse contigo sin que se le moviera un pelo.

Hermano se cruzó de brazos y no dejó de mirar al difunto que yacía a nuestros pies. El agua del cadáver y de su vestimenta había chorreado el pavimento. Cada fibra del interior del fiambre había empezado a enfriarse y las moscas no tardarían en buscar emplazamientos en los que depositar sus huevos.

—¿Cuál es su condición social? ¿Tiene muchas posesiones?

—Mi casa es humilde —respondí. Recordé que Helena me había leído un fragmento de un historiador que sostenía que los nabateos valoraban mucho la adquisición de posesiones. Me las apañé para que el comentario sonara afable y recatado cuando añadí—: Sin embargo, el hijo del emperador ha degustado un festín entre sus cuatro paredes.

Los nabateos tienen fama de disfrutar de un buen ágape y la mayoría de las culturas quedan impresionadas por aquellos que comen libremente con sus gobernantes.

Mi información puso a cavilar a Hermano. No podía ser de otra manera. Mi relación con Tito César tenía facetas desconcertantes, a las que había que sumar una que estaba más clara que el agua: a los dos nos gustaba la misma chica. Guardé silencio sobre este aspecto porque desconocía la actitud de los nabateos hacia las mujeres.

Yo solía pensar con frecuencia en esta cuestión. Cada vez que salía al extranjero e iba a un sitio peligroso, me preguntaba si Tito abrigaba la esperanza de que nunca volviese. Tal vez Anacrites no se limitaba a conspirar para deshacerse de mí por motivos personales; quizá me había enviado a Oriente por incitación de Tito. A juzgar por lo que sabía, en su carta a Hermano el jefe de los servicios secretos daba a entender que Tito César —heredero del imperio— consideraría un favor personal que yo permaneciese muchísimo tiempo en Petra: por ejemplo, para siempre.

—Mi visita no encubre siniestras repercusiones —aseguré al primer ministro petrano y procuré no parecer deprimido—. El conocimiento que Roma tiene de su famosa ciudad es un tanto escueto y se ha quedado anticuado. Nos basamos en contados y antiguos testimonios escritos que, según dicen, se sustentan sobre los informes de testigos directos, entre los que destaca el relato de Estrabón. Éste lo supo por Atenodoro, que fue tutor del emperador Augusto. Hay que matizar su valor como testigo porque era

ciego. Nuestro nuevo y sagaz emperador desconfía de los datos de que dispone acerca de Petra.

—¿La curiosidad de Vespasiano es de carácter erudito? —quiso saber Hermano.

—Es un hombre culto.

Todo hay que decirlo: estaba escrito que en una ocasión había citado una frase chusca de una obra de Menandro relativa a un tío de falo descomunal, hecho que, dados los niveles de los emperadores que le precedieron, convertía a Vespasiano en un gobernante ingenioso y muy leído.

Empero, era el experimentado y tenaz general Vespasiano el que preocupaba a los políticos extranjeros.

—Es verdad —admitió Hermano—. Pero además es un estratega.

Decidí que había llegado la hora de dejar de fingir.

—Y muy pragmático. Dentro de sus fronteras hay muchos asuntos que consumen sus energías. Si tiene la convicción de que a los nabateos sólo les interesa atender pacíficamente sus propias cuestiones, puede estar seguro de que, al igual que sus predecesores, optará por dar muestras de amistad hacia Petra.

—¿Lo enviaron para que transmita este mensaje? —preguntó Hermano altaneramente.

Para variar, lo vi fruncir los labios. Era evidente que los petranos tenían miedo de Roma… lo que significaba que existía la posibilidad de negociar.

Bajé la voz.

—En el caso de que Roma decidiera incorporarla a su imperio, Nabatea vendría a nosotros. Se trata de un hecho y decirlo no es una traición hacia ustedes, tal vez ni siquiera se trata de una descortesía. —Con este comentario corrí muchos riesgos, incluso según mis principios—. Aunque soy un hombre sencillo, me parece que todavía no ha llegado el momento. De todos modos, es conveniente que Nabatea planifique su porvenir. Puesto que están en un enclave entre Judea y Egipto, no se trata de saber si se unirán al imperio, sino, más bien, cuándo y en qué condiciones. De momento los términos corresponden a los nabateos. Podríamos alcanzar una asociación pacífica y en una fecha positiva para ustedes.

—¿Es lo que me quiere transmitir el emperador de Roma? —se interesó Hermano.

Como Anacrites me había aconsejado que evitase los contactos oficiales, yo no había recibido instrucciones sobre lo que tenía que decir en nombre de Vespasiano.

—Hágase cargo de que soy un mensajero de poca categoría —reconocí sin ambages. Los ojos entornados se oscurecieron de cólera y una mano movió la daga enjoyada que pendía del cinto. Añadí con apremio y en voz baja—: No se ofenda. Usted juega con ventaja, puesto que una embajada plenipotenciaria requeriría resultados. Los hombres importantes a los que envían a misiones delicadas no pueden volver con las manos vacías y han de cimentar sus carreras. El día que encuentre a un senador romano midiendo los monumentos cívicos de Petra, usted sabrá que intenta encontrar un sitio para su propia estatua, con corona de laurel y cara de conquistador. Sin embargo, cualquier informe que yo presente puede perderse si Vespasiano decide mantener las cosas como están.

—¡Siempre y cuando usted llegue a presentar un informe! —exclamó Hermano y volvió a divertirse amenazándome.

Fui directo al grano:

—Más vale que lo presente. Si me dejara en uno de sus empinadísimos altares, se volvería en su contra. La muerte perentoria de un ciudadano romano… y lo soy, pese a mi modesta apariencia, podría ser excusa suficiente para destacar un ejército romano y anexarse Nabatea inmediatamente.

Hermano esbozó una ligera sonrisa. No era probable que la muerte de un investigador que viajaba sin documentos oficiales justificara iniciativas políticas a escala mundial. Además, Anacrites le había anunciado mi visita. Al margen de su odio personal hacia mí, en términos diplomáticos esa sonrisa probablemente era una señal de alarma para los nabateos. Venía a decir que tenían ante sí a un observador que conocían y que podía haber más que tal vez no podrían detectar; Roma estaba tan segura de sí misma que los espiaba descaradamente.

Mi propio destino no era una cuestión protocolar. Cualquiera al que mi rostro le disgustara podía arrojar mi cadáver al vertedero local sin correr riesgos. Acepté que ése era el estado de cosas y sonreí angelical.

A nuestros pies, el hombre que estaba realmente muerto seguía esperando que le hiciésemos caso.

—Falco, ¿qué tiene que ver este cadáver anónimo con usted?

—Nada. Lo encontré. Ha sido pura casualidad.

—Pero es lo que lo ha traído a mi presencia.

La casualidad tiene la mala costumbre de visitarme en los momentos más inoportunos.

—Ni la víctima ni el asesino me conocen. Me he limitado a denunciar el incidente.

—¿Por qué? —preguntó Hermano formalmente.

—Porque creo que el asesino debe ser capturado y sometido a la justicia.

—¡En el desierto existen leyes! —precisó y suavizó su voz grave.

—Yo no he dicho lo contrario, precisamente por eso lo denuncié.

—¡Tal vez se arrepienta de no haber guardado silencio!

El primer ministro seguía hurgando en lo que me había llevado a Petra.

—Tal vez habría sido más cómodo —admití a regañadientes—. Lamento que le hayan informado que soy espía. Para poner las cosas en su justa perspectiva, permítame añadir que el servicial individuo que le anunció mi llegada es el mismo que me pagó para que viniese.

Hermano sonrió y se pareció más que nunca al hombre al que jamás se te ocurriría pedirle que te guarde la bolsa mientras te desnudas en los baños.

—Didio Falco, tiene amigos muy peligrosos.

—Él y yo jamás hemos sido amigos.

Estuvimos charlando al aire libre mucho más tiempo del habitual. Al principio los curiosos debieron de pensar que nos ocupábamos del difunto, pero los congregados se inquietaron al percibir que había más cera de la que ardía.

El bendito cadáver se había convertido en una eficaz cobertura para Hermano. Cabía la posibilidad de que en el futuro los sensatos nabateos se entregaran a Roma después de negociar las condiciones… cuyos preparativos durarían la tira. No se permitiría que el menor rumor afectara al comercio antes de tiempo. En esa fase Hermano necesitaba ocultar a su pueblo que había estado conversando con un funcionario romano.

Repentinamente la entrevista tocó a su término. Hermano me dijo que mañana volveríamos a vernos. Miró fugazmente al joven sacerdote, le habló en árabe y por último le dio instrucciones en griego para que me acompañase a mi alojamiento. Lo entendí perfectamente: estaba en libertad bajo palabra, me vigilaban, no me permitirían visitar los sitios que querían mantener en secreto, no podía hablar libremente con el populacho.

Entretanto, se tomaría la decisión de si se me permitía o no abandonar Petra, sin que yo pudiera intervenir y sin tener la posibilidad de apelar.

A partir de ese momento el primer ministro siempre sabría dónde me encontraba. Todos mis movimientos y hasta mi existencia quedaban a su arbitrio. Si he de ser sincero, me pareció un potentado poco confiable, capaz de despedirme con una sonrisa y la promesa de que al día siguiente tomaríamos una infusión de menta con bollos de sésamo… y de enviar, media hora después, al verdugo.

Salí escoltado del santuario. No tenía ni idea de lo que se proponían hacer con el cadáver y nunca averigüé cuál fue su destino.

Sin embargo, aquella no fue mi última relación con el hombre que encontré en La Cumbre.

OceanofPDF.com

XI

Helena esperaba en nuestra habitación. Se imaginó que habría problemas y se recogió el pelo con una red con adornos, si bien se tapó recatadamente con una estola blanca cuando entramos. De su magnífico pecho colgaban diversas sartas de cuentas del mismo largo y de los lóbulos de sus orejas salían destellos de oro. Estaba sentada muy erguida, con las manos y los tobillos cruzados. Su expresión era seria y expectante. Su inmovilidad reflejaba buena cuna.

—Te presento a Helena Justina —dije al joven sacerdote, como si tuviera la obligación de tratarla con respeto—. Como ya sabes, soy Didio Falco. ¿Quién eres tú?

Esta vez no podía hacerse el oso.

—Me llamo Musa.

—Hemos sido adoptados como invitados personales de Hermano —dije en beneficio de Helena. Tal vez pudiera hacer valer los deberes de hospitalidad que recaían en el sacerdote, aunque no estaba seguro—. A petición de Hermano, Musa cuidará de nosotros mientras estemos en Petra.

Me di cuenta de que Helena lo entendió.

Ya conocíamos a todo el mundo. Lo único que faltaba era comunicarnos.

—¿Qué tal nuestro dominio de las lenguas? —pregunté por pura amabilidad, ya que en realidad pensaba en cómo quitarme de encima a Musa y, sin correr riesgos, sacar a Helena de Petra—. Helena se expresa fluidamente en griego, porque solía secuestrar al tutor de sus hermanos. Musa habla griego, árabe y, supongo, arameo. Aunque mi latín es vulgar, me atrevo a insultar a un ateniense, a leer la lista de precios de una posada gala y a pedir el desayuno en celta… Hablemos en griego —propuse diligentemente. Sin solución de continuidad pasé al latín y utilicé un dialecto callejero incomprensible—. Maja, ¿alguna novedad? —pregunté a Helena como si la abordara en un mercado de pescados del Aventino.

Aunque comprendiera más latín de lo que dejaba entrever, esa frase haría que Musa se quedara en ayunas. El único problema consistía en que

una joven noble, respetable y nacida en una mansión de la puerta Capena tal vez tampoco me entendiera.

Ayudé a Helena a desenvolver las olivas que habíamos comprado más temprano. Parecía que desde ese momento habían pasado varias semanas.

Helena se encargó de repartir la ensalada en cuencos. Respondió con gran desenvoltura, como si hablara del aliño de las judías y los garbanzos:

—Al bajar de La Cumbre, comuniqué lo ocurrido a un hombre que parecía tener autoridad y que estaba en la puerta del teatro… —Helena se quedó mirando unos extraños quesos blancos.

—Son de leche de oveja —expliqué en griego. Aunque no estaba seguro de que fuera factible, añadí—: O tal vez de leche de camella.

—La gente que estaba cerca debió de enterarse —prosiguió Helena—. Una compañía de actores comentó que tal vez el ahogado formaba parte de la *troupe*, pero estaba tan cansada que les dije que, si querían más información, se pusieran en contacto contigo. Era un grupo muy extraño, no creo que volvamos a saber nada más de ellos. El funcionario reunió a sus mejores amigos y subieron a ver el cadáver.

—Yo lo vi más tarde —afirmé.

—El caso es que los dejé y me largué.

Nos sentamos sobre las alfombras y los cojines. Nuestro guardia nabateo no parecía dispuesto a hablar de fruslerías. Helena y yo teníamos mucho en que pensar. El presunto asesinato de La Cumbre nos había afectado y sabíamos que, por su culpa, estábamos en una situación desagradable y difícil. Miré el cuenco que contenía mi cena.

—¡Didio Falco, tienes tres rábanos, siete olivas, dos hojas de lechuga y un trozo de queso! —enumeró Helena, como si yo quisiera comprobar la igualdad de las raciones—. Dividí todo a partes iguales para que no hubiese disputas…

Había hablado en griego como muestra de cortesía hacia nuestro mudo invitado. Yo utilicé el latín, como un dueño de casa que no ceja.

—Probablemente no volveremos a saber nada más del ahogado, pero hazte cargo de que ahora tú y yo somos víctimas de un tenso incidente político.

—¿Podemos dar esquinazo a este vigilante? —inquirió en nuestra lengua, sonrió amablemente a Musa y le sirvió el trozo quemado de la hogaza de pan petrano.

—Sospecho que es un hueso duro de roer —respondí al tiempo que servía puré de garbanzos a Musa.

Musa aceptó amablemente nuestras vituallas, aunque con cara de preocupación. No rechazó lo que le servimos… pero no lo comió. Probablemente sabía que era el tema de nuestra charla y, dada la escasez de instrucciones que había recibido de Hermano, le preocupaba estar a solas con dos peligrosos criminales.

Helena y yo hincamos el diente. Al fin y al cabo, yo no era la madre adoptiva del joven sacerdote. En lo que a mí se refería, si Musa era quisquilloso ya podía morirse de hambre. Yo quería recobrar las fuerzas.

Llamaron a la puerta. Cuando abrimos encontramos a un grupo de nabateos que en nada se parecían a los vendedores ambulantes de lámparas de aceite, ya que estaban armados y muy decididos. Hablaron todos a la vez. Musa nos había seguido hasta la puerta y me di cuenta de que lo que oyó le sentó fatal.

—Tenéis que iros —me comunicó con un tono de sorpresa que parecía auténtico.

—¿Tenemos que dejar Petra? —Era sorprendente que los petranos lograran cerrar tantos tratos comerciales lucrativos si despedían con tanta presteza a todos los que acudían a la ciudad. De todos modos, las cosas podrían haber sido peores. Había supuesto que Hermano decidiría que debíamos quedarnos… probablemente bajo custodia. De hecho, había evaluado diversas maneras de escabullirnos hasta Siq para recoger sigilosamente nuestro carro tirado por un buey en el caravasar y, una vez allí, intentar ganar la libertad—. ¡Haremos las maletas! —exclamé impaciente. Helena ya se había puesto en actividad—. ¡Musa, tenemos que decirnos adiós!

—Nada de eso —repuso el sacerdote con gran seriedad—. Me dijeron que me quedara con vosotros. Si salís de Petra tendré que acompañaros.

Le palmeé el hombro porque no era momento para ponerse a discutir.

—Puesto que nos piden que nos vayamos, es evidente que alguien se olvidó de anular las órdenes que recibiste. —Mi razonamiento no le sirvió de nada. La verdad es que yo tampoco me lo creía. Si hubiese estado en el pellejo de Hermano, yo me habría cerciorado de que un subordinado nos acompañaba hasta las fronteras de Nabatea y nos dejaba bien instalados a bordo de un barco—. Vale, la decisión está en tus manos.

Helena estaba acostumbrada a mis excéntricos compañeros de viaje, pero era evidente que éste superaba con creces su capacidad de adaptación.

Sonreí sin demasiada convicción e intenté tranquilizarla:

—No nos acompañará mucho tiempo. Echará de menos sus montañas.

Helena esbozó una resignada sonrisa.

—No padezcas. Estoy bastante habituada a manejar hombres de los que puedo prescindir.

Con toda la dignidad que fuimos capaces de mostrar, nos dejamos acompañar hasta las afueras de Petra. Oscuras figuras nos vieron partir desde las sombras que proyectaban las rocas. Algún que otro camello nos hizo el honor de escupir despectivamente a nuestras espaldas.

En un momento hicimos un alto. Musa habló casi de mal humor con la escolta armada. Aunque esperar no les gustó nada, el joven sacerdote entró deprisa en una casa y volvió a salir con una pequeña bolsa de viaje. Seguimos velozmente nuestro camino una vez que se proveyó, supongo, de ropa interior y palillos nabateos.

Como la noche había caído, nuestro viaje tuvo lugar a la luz de las teas. Las débiles llamas iluminaban pavorosamente las tallas inferiores de los sepulcros rocosos y creaban sombras alargadas en la piedra arenisca. Entrevimos columnas y frontones que se difuminaron en un abrir y cerrar de ojos. Los vanos de las puertas con el travesaño superior cuadrado adoptaron un aire amenazador y las aberturas semejaban misteriosas y negras entradas de cavernas, íbamos a pie. Dejamos que los nabateos acarrearan nuestro equipaje por la ciudad y cuando llegamos a la estrecha garganta que serpenteaba por las montañas quedó de manifiesto que a partir de allí estábamos solos… o casi solos. Musa parecía empeñado en no dejarnos ni a sol ni a sombra. Para llegar al mundo exterior, tuve que cargar con nuestro equipaje mientras Helena iluminaba el camino con una tea llameante. Cuando se adelantó sumamente molesta pareció una sibila arrolladora que guía hacia una grieta que comunica con el Hades.

—¡Por suerte no gasté mi herencia en un cargamento para toda la vida de balas de seda y botes de incienso! —masculló con voz lo bastante alta para que Musa la oyese.

Sabía que Helena esperaba lo que tendría que haber sido una oportunidad inmejorable de adquirir artículos suntuarios. Si su madre era tan eficaz como la mía, cargaba con una lista de la compra que ocupaba tres pergaminos.

—Te compraré unos pendientes de perlas indias —ofrecí a su majestuosa espalda.

—¡Muchísimas gracias! Así superaré el chasco que me he llevado…

Helena sabía que probablemente las perlas no llegarían a materializarse.

Avanzamos a trancas y barrancas por el sendero pedregoso, entre peñascos que de vez en cuando se unían en lo alto, por lo que la oscuridad era absoluta. Si nos deteníamos, la caída de una que otra piedra era lo único que quebraba el silencio de Siq. Proseguimos la andadura.

Me sentía algo desesperado. Me gusta cumplir con prontitud las tareas que el emperador me encomienda, pero incluso según mis sencillas pautas pasar un solo día en Petra no era suficiente para informar al César sobre los habituales temas desagradables: la topografía, las fortificaciones, la economía, las costumbres, la estabilidad política y la salud mental de la plebe. A duras penas me las apañaría para decirle el precio de los rábanos… información que Vespasiano probablemente ya conocería por otras fuentes y que no serviría de mucho a la hora de que un consejo de guerra decidiese si había llegado o no el momento de invadir.

Si no podía proporcionar información valiosa, las posibilidades de cobrar de palacio se esfumaban. Además, si Anacrites me había enviado con la esperanza de que fuera mi último viaje, cabía suponer que no estaba preparado para un cuantioso desembolso. Seguramente nadie esperaba volver a ver mi cara bonita en caja. Todo lo cual significaba que, una vez más, por enésima vez me exponía a la bancarrota.

Helena, que descubrió su sentido de la discreción mientras luchaba con una tea que chisporroteaba desaforadamente, casi no hizo comentarios sobre nuestra situación. Tenía dinero y, si yo lo permitía, subvencionaría nuestro viaje de regreso. A la larga se lo permitiría, pero sólo si era la única forma de ahorrarle incomodidades. Tragarme el orgullo me pondría de un humor de perros, así que, por el bien de los dos, Helena se abstuvo de preguntarme cuál era mi plan. Tal vez encontrase la manera de librarnos de ese aprieto, aunque lo más probable es que fracasara.

Como Helena sabía por experiencia, lo más probable es que yo no hubiera elaborado el más mínimo plan.

Aquel no fue el peor desastre de nuestras vidas ni mi mayor fracaso, pero yo estaba peligrosamente cabreado. Cuando un grupúsculo de camellos y de carretas de bueyes traqueteó por la garganta, algo más atrás,

mi primera reacción consistió en quedarme en medio del camino de grava y obligarlo a aminorar el ritmo y a arrastrarse. No obstante, me dominó una frivolidad irracional cuando una voz se ofreció a llevarnos en uno de los carros. Me di la vuelta y dejé caer el equipaje. La primera carreta se detuvo y me encontré mirando los ojos dolidos de un buey que parecía nervioso.

—¡Forastero, bienvenido sea tu ofrecimiento! ¿Hasta dónde puede llevarnos?

El hombre sonrió y respondió al desafío:

—¿Qué te parece si vamos hasta Bostra?

No era nabateo. Hablábamos en griego.

—Bostra no figura en mi itinerario. ¿Qué tal si nos dejas en el caravasar más cercano, donde recogeré mi medio de transporte?

—Eso está hecho —afirmó con afable sonrisa.

Su acento era muy parecido al mío, aunque no estaba totalmente seguro.

—¿Eres de Italia? —pregunté.

—Sí.

Acepté su oferta de llevarnos.

Una vez cómodamente instalados en la carreta, me fijé en que nos había recogido una compañía de teatro de tres al cuarto. Estaba formada por unas diez personas, repartidas en tres carros y un par de camellos comidos por las polillas. La mayoría de los integrantes de la compañía estaban pálidos y con cara de preocupados. El carretero percibió la pregunta que mi mirada dejaba traslucir.

—Soy Cremes, actor y empresario. Mi compañía ha recibido la orden de abandonar Petra. Vimos que levantaban el toque de queda para dejaros salir y decidimos hacer mutis por el foro, no vaya a ser que alguien cambie de idea sobre nosotros.

—¿Alguien podría insistir en que os quedarais? —pregunté, aunque ya me había dado cuenta de por dónde iban los tiros.

—Hemos perdido a un amigo. —Inclinó la cabeza hacia Helena, a la que seguramente había reconocido—. Tengo entendido que vosotros lo encontrasteis. Se trata de Heliodoro, que sufrió un lamentable accidente en lo alto de la montaña.

Era la primera vez que yo oía el nombre del ahogado.

Inmediatamente después oí algo más, con tono especulativo:

—Marco, podría ser interesante visitar Bostra.

Esa joven dama jamás ha podido resistirse a los misterios.

OceanofPDF.com

XII

Por descontado que fuimos a Bostra. Helena sabía que me hacía un favor al proponerlo. Como había encontrado al ahogado, a mí también me fascinó el encuentro con sus compañeros. Tenía muchas ganas de saber más acerca de ellos… y sobre el difunto. Después de todo, me gano la vida metiendo las narices donde nadie me llama.

La primera noche Cremes nos llevó a buscar el buey guardado en la cuadra, la triste bestia que yo había conseguido en Gaza, y el inestable artilugio que hacía las veces de vehículo de alquiler. Aunque la noche era demasiado oscura para desplazarse, todos estábamos deseosos de acrecentar la distancia entre Petra y nosotros. Para reafirmar la seguridad y la confianza, avanzamos en convoy y compartimos las teas. Por lo visto todos coincidíamos en que, en el desierto, los encuentros azarosos son importantes.

En cuanto montamos el campamento me acerqué curioso al actor-empresario y le pregunté:

—¿Estáis seguro de que el hombre que Helena y yo encontramos era vuestro amigo?

—Todo coincide con vuestra descripción: la misma constitución, el mismo color… ¡Incluso la misma actitud hacia el vino! —apostilló con acritud.

—¿Por qué no os presentasteis a reclamar el cadáver?

—¡Porque ya tenemos suficientes problemas! —Los ojos de Cremes brillaron como los de un conspirador.

Comprendí su respuesta pero, de todos modos, la situación me intrigaba.

Todos habíamos montado las tiendas de campaña colgando mantas de pelo de cabra negro sobre toscas estructuras de madera y estábamos sentados fuera de los refugios, a la luz de las hogueras. Apabullados por la muerte de Heliodoro, la mayoría de los integrantes de la compañía se había apiñado. Cremes se reunió con Helena y conmigo, al tiempo que Musa se quedaba ligeramente a un lado, inmerso en su propio mundo. Me rodeé las rodillas con los brazos y observé atentamente al jefe de la *troupe*.

Al igual que el difunto, Cremes era un hombre de constitución amplia y ancho de cara. No obstante, lo más sorprendente era su mentón firme y su espectacular nariz, que habría sido perfecta en la jeta de un general republicano. Incluso cuando hablaba espontáneamente tenía una potente y resonante voz que parecía casi exagerada. Pronunciaba sus parlamentos con precisión. Tuve la certeza de que existían varios motivos por los cuales esa noche había decidido platicar con nosotros. Quería evaluarnos a Helena y a mí y, si acaso, algo más.

—¿De dónde sois? —intervino Helena.

Mi amada era capaz de obtener información con la misma habilidad con que un carterista deshace el nudo de la bolsa del dinero.

—Casi todos procedemos del sur de Italia. Yo soy de Túsculo.

—¡Estáis muy lejos de vuestra tierra!

—Hace veinte años que estoy lejos de Túsculo.

Reí entre dientes.

—¿A qué se debe, a la manida excusa de que tenías demasiadas esposas y te excluyeron de la herencia?

—A mí no se me perdió nada en Túsculo, que es un lugar atrasado, desagradecido y más muerto que vivo.

El mundo está plagado de personas que gustan de difamar la tierra que las vio nacer, como si de verdad creyeran que en otras poblaciones pequeñas la vida es distinta.

Como Helena parecía pasarlo pipa, la dejó continuar.

—Cremes, ¿cómo es que has acabado aquí?

—Después de actuar media vida en escenarios rocosos y bajo una tormenta de los mil demonios, ante una audiencia provinciana que sólo quiere hablar de cómo han ido las cosas del día en el mercado, es como una droga. Tengo una esposa, una esposa a la que detesto y que me odia, y tan pocas luces como para arrastrar eternamente a una panda de pavos reales harapientos hasta la primera ciudad que aparece en el camino…

Cremes estaba demasiado dispuesto a hablar. Me pregunté hasta qué punto era una impostura.

—¿Cuándo abandonaste Italia? —quiso saber Helena.

—Me fui por primera vez hace veinte años. Hace cinco volvimos a Oriente con las atracciones ambulantes de Nerón, la célebre gira griega. Cuando se hartó de que los jueces sobornados le entregaran guirnaldas de laurel y emprendió el regreso, nosotros seguimos nuestro camino hasta

llegar a Antioquía. Los griegos de verdad no quieren ver lo que los romanos han hecho con su tradición escénica, pero las llamadas ciudades helénicas de Oriente, que desde los tiempos de Alejandro de griegas no tienen nada, creen que representamos las grandes obras maestras del teatro. Así descubrimos que en Siria podíamos ganarnos la vida.

Se pirran por el drama. Después me pregunté cómo sería Nabatea. Viajamos hacia el sur… y ahora, gracias a Hermano, volvemos a poner rumbo norte.

—No te entiendo.

—En Petra nuestra oferta cultural fue tan bien recibida como la representación de *Las troyanas* ante un grupo de babuinos.

—¿Ya habíais decidido partir antes de que Heliodoro se ahogara?

—Hermano ya nos había echado con cajas destempladas. Es algo muy corriente en nuestra profesión. A veces nos expulsan de una ciudad sin aducir motivos. Al menos en Petra plantearon una excusa plausible.

—¿A qué te refieres?

—Habíamos organizado una representación en el teatro de Petra… aunque el panteón entero sabe que es un sitio primitivo. Esquilo le habría echado un vistazo y organizado una huelga. De todos modos, pensábamos poner *El bote de oro.*… que nos parecía muy adecuado, ya que en Petra todos nadan en la abundancia. Congrio, nuestro cartelero, había apuntado con tiza los pormenores de la obra por toda la ciudad. Entonces nos comunicaron solemnemente que el teatro sólo se utiliza para ceremonias, para celebrar ritos funerarios. Dieron a entender que si profanábamos sus tablas seríamos actores de nuestros propios ritos funerarios… Los petranos son muy raros.

Comentarios de este tipo suelen provocar el silencio. Las frases adversas sobre los extranjeros hacen que cada pueblo recuerde a sus compatriotas… y que tradicionalmente se convenza de que los que han quedado en tu tierra son sensatos y cuerdos.

La nostalgia se apoderó sombríamente de nuestro círculo.

Helena se mostró pensativa y preguntó:

—Si estabais a punto de abandonar Petra, ¿por qué motivo Heliodoro fue a dar un paseo?

—¿Por qué? ¡Porque era un incordio permanente! —exclamó Cremes —. ¡Se podía contar con que desaparecería en el mismo momento en que estábamos a punto de partir!

—Sigo pensando que tendrías que haberlo identificado oficialmente —tercié.

—Seguro que se trata de Heliodoro —insistió Cremes sin darle demasiada importancia—. Era muy capaz de sufrir un accidente en el peor momento. Lo pinta de cuerpo entero morirse en un lugar sacrílego y apañarse para que nos encierren a todos en una mazmorra subterránea. ¡A Heliodoro le habría parecido un chiste genial que los funcionarios perezosos discutieran durante años acerca del causante de su muerte!

—¿Era cómico?

—Al menos se lo creía. —Cremes vio que Helena sonreía y apostilló didácticamente—: Pero otro le escribía los chistes.

—¿No era creativo?

—Si te dijera exactamente qué pienso de Heliodoro, me considerarías muy poco amable, así que déjalo estar. Era un tío disoluto, lamentable y desastrado, sin el menor sentido del idioma, del tacto o de la oportunidad.

—¡Veo que eres un crítico mesurado! —comentó Helena.

—¡Procuro ser justo!

—¿Nadie lo echará de menos? —pregunté con comedimiento.

—¡Ya lo creo que lo añoraremos! Estaba contratado para realizar cierto trabajo que nadie más puede acometer…

—Ah, ¿quieres decir que nadie más lo quiere? —Hablé por experiencia propia.

—¿Qué hacía? —preguntó Helena con el tono ligero y negligente de una chica cuyo amigo íntimo necesita ganarse el pan.

—Era nuestro dramaturgo a tanto alzado.

Hasta Helena se sorprendió con esa respuesta.

—¿El hombre que encontramos ahogado escribía obras de teatro?

—¡Claro que no! —Cremes estaba escandalizado—. Somos un grupo respetable, de buena fama y sólo representamos el repertorio al uso. Heliodoro se limitaba a adaptar las obras.

—¿A qué te refieres? —Helena Justina siempre planteaba las cosas directamente—. ¿Quizás a las traducciones del griego al latín?

—Hacía de todo un poco. No se trataba de traducciones completas, sino de arreglar las que eran muy ampulosas para que nos resultaran soportables. Modificaba un poco las cosas si el reparto no se adecuaba a la compañía. Añadía personajes más lucidos para animar el cotarro. Supuestamente debía incorporar chistes aunque, como ya te dije, Heliodoro

habría sido incapaz de reconocer un comentario jocoso por mucho que pegara un salto y le metiese el dedo en el ojo. Nos dedicamos, sobre todo, a la nueva comedia. Pero presenta dos pegas graves: de nueva ya no tiene más que el nombre y, francamente, le falta comicidad.

Helena Justina era una chica sagaz, culta y sensible al ambiente. Sin duda sabía qué se jugaba cuando preguntó:

—¿Y que harás para sustituir a Heliodoro?

Cremes no tardó en sonreírme e inquirir:

—¿Quieres el trabajo?

El actor y empresario tenía una vena maligna.

—¿Qué se requiere?

—Saber leer y escribir.

Sonreí tímidamente, como aquel que es demasiado amable para decirle que no a un amigo, pero la gente nunca se da por aludida.

—Marco puede hacerlo y necesita trabajo —terció Helena.

Algunas mujeres se darían por satisfechas por tumbarse en el desierto con el amor de sus vidas, bajo las estrellas, sin tratar de liarla con cualquier empresario que pasa por allí.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó Cremes, tal vez receloso.

—En Roma trabajo de investigador.

Decidí ser sincero, aunque sabía que era mejor no mencionar que estaba patrocinado por el emperador.

—¡Vaya! ¿Cuáles son los requisitos para ser investigador?

—Saber agacharse y correr.

—¿Y qué haces en Petra?

—Vine a Oriente en busca de una persona desaparecida, concretamente una organista. Por algún motivo inexplicable, Hermano decidió que yo soy espía.

—¡Pues por eso no te preocupes! —me serenó Cremes de buena gana —. En nuestra profesión pasa lo mismo un día sí y otro también. —Tal vez era cierto siempre que les convenía. Los actores se mueven por todas partes. Según la fama de que gozan en Roma, no se ponen nerviosos a la hora de hablar con quien sea y a menudo venden mucho más que hexámetros atenienses de buen gusto—. Dime, joven Marco, ¿la expulsión del santuario de la montaña te ha dejado sin una perra gorda?

—Así es, pero no me incluyas en nómina antes de darme a conocer tu oferta y sus condiciones.

—Marco puede hacerlo —me interrumpió Helena. Me gusta que mis amiguitas confíen en mí… pero sin pasarse—. En sus horas libres escribe poemas —añadió, sin tomarse la molestia de preguntarme si me gustaba revelar públicamente mis pasatiempos privados.

—¡Entonces es el hombre que necesito!

Me mantuve provisionalmente en mis trece.

—Lo lamento, pero sólo soy un escriba de sátiras y elegías soporíferas. Además, detesto el teatro griego.

—¿Y quién no? Si el teatro griego no vale nada —insistió Cremes.

—¡Este trabajo te encantará! —gorjeó Helena.

El actor y empresario me palmeó el brazo.

—Oye, Falco, si Heliodoro podía hacerlo, cualquiera está en condiciones de acometerlo. —Era el tipo de oportunidad profesional que más me convenía. No obstante, ya era demasiado tarde para resistirme. Cremes alzó el puño a modo de saludo y exclamó—: ¡Bienvenido a la compañía!

Hice un último esfuerzo por librarme de esa broma pesada.

—He de buscar a la organista desaparecida. No creo que os dirijáis a donde tengo que ir…

—Iremos a donde el populacho que mora en el desierto apenas reconoce su compleja herencia griega y espera desde hace tiempo la construcción de algunos teatros permanentes, a donde los fundadores de las mezquinas ciudades helénicas al menos les han proporcionado algunos auditorios que permiten utilizar a los proveedores de las artes dramáticas —declaró Cremes con gran pompa—. Allí iremos, mi joven y excelente investigador…

Yo ya lo sabía y por eso interrumpí su interminable parrafada.

—¡Os dirigís a Decápolis!

Apoyada en mi rodilla y con la vista fija en el misterioso firmamento del desierto, Helena sonrió satisfecha.

—Cremes, es lo ideal. ¡Marco y yo ya habíamos hecho planes para viajar a esa región!

OceanofPDF.com

XIII

Ante todo pasaríamos por Bostra porque había que recoger al resto de la compañía teatral. Así, viajaríamos sin tocar la región en la que yo quería buscar a Sofrona, es decir, al este de las ciudades de Decápolis. Claro que yo estaba acostumbrado a emprender los viajes del revés. Nunca esperé llevar una vida coherente.

El recorrido hasta Bostra me permitió hacerme una idea clara de lo que le diría a Vespasiano sobre la región en el caso de que yo regresase a Roma sano y salvo y de que tuviera la oportunidad de hablar con el emperador. Seguíamos en Nabatea, es decir, fuera del imperio, si es que a Helena y a mí nos apetecía llevarnos un gran susto por lo lejos que estábamos de la civilización. A pesar de que las carreteras nabateas —que antaño habían formado parte del gran imperio persa— estaban bien conservadas, el desplazamiento en carreta se convirtió en un monótono itinerario que demoró diez días. El norte de Nabatea formaba un largo dedo junto a Decápolis y ese orden geográfico era una razón más para que Roma pensara en hacerse con este territorio. La frontera recta desde Siria se vería mucho más bonita en el mapa.

Íbamos de camino a una región muy fértil, al potencial granero del imperio. Como Roma deseaba hacerse con el control del comercio del incienso, calculé que era de sentido común desviar las rutas del tráfico comercial hacia el este, hasta esta capital norteña, y hacer caso omiso de la insistencia de los petranos en que todas las caravanas se desviasen y pararan en su ciudad. Administrar el territorio desde Bostra suponía un centro de gobierno más agradable, de clima más benigno y vínculos más estrechos con el mundo civilizado. La población de Bostra sería sensible a ese cambio, pues modificaría su actual condición de lugar olvidado de todos. Y los engreídos petranos tendrían que aprender la lección.

Mi maravillosa hipótesis no tenía nada que ver con el hecho de que los petranos me hubiesen expulsado de la ciudad. Casualmente opino que, cuando te haces cargo de un nuevo negocio, lo primero que debes hacer es cambiar de personal para dirigir las cosas a tu manera y con un equipo leal.

Es posible que esa hipótesis no se lleve a la práctica a lo largo de mi vida, pero su elaboración me dio algo en qué pensar cuando necesitaba dejar de leer comedias.

A nuestras espaldas quedó la inhóspita barrera montañosa que rodeaba Petra. Primero atravesamos unos pocos poblados y por fin llegamos a terreno algo más llano. El desierto se extendía hasta el horizonte a los cuatro vientos. Todos nos dijeron que no era el verdadero desierto si se lo comparaba con la inmensidad de Arabia Feliz —¡qué nombre tan disparatado!— o con los terribles yermos que se perpetuaban más allá del Éufrates, pero a mí me pareció estepario y solitario. Tuvimos la sensación de cruzar una tierra antigua, antiquísima, una tierra sobre la que diversos pueblos habían rodado como el oleaje durante siglos y seguirían haciéndolo, en la guerra o mediante asentamientos pacíficos, por los siglos de los siglos. Era una tierra en la que nuestro viaje resultaba insignificante. Era imposible discernir si los pequeños y torcidos montículos de piedra que se alzaban junto a la carretera para señalar las tumbas de los nómadas se habían colocado la semana pasada o hacía varios milenios.

Gradualmente las características rocosas se espaciaron; los cantos rodados dieron paso a las piedras y éstas, que habían adornado el paisaje cual hectáreas de frutos secos irregularmente picados sobre una tabla de cocina, se trocaron en dispersiones pedregosas que se fundieron con el suelo rico, oscuro y cultivable, en el que crecían trigales, viñedos y huertos. Los nabateos aprovechaban las escasas precipitaciones mediante un sistema de terrazas poco profundas abiertas a sendos lados de los *uadis:* anchos escalones de tierra contenidos por muros bajos, situados a una distancia de doce a quince metros, sobre los cuales todo excedente de agua caía a la terraza inferior. Por lo visto, daba resultado. Además de trigo cultivaban centeno. Tenían olivas y uvas para preparar aceite y vino. Sus frutas eran una exuberante mezcla de higos, dátiles y granadas, al tiempo que las almendras eran el fruto seco favorito en medio de una amplia variedad.

El ambiente había cambiado notoriamente. En lugar de las tiendas alargadas de los nómadas, jorobadas como orugas, vimos casas cada vez más bonitas, cada una de las cuales se alzaba en el marco de un jardín y de un minifundio. Ya no había íbices y conejos que se desplazaban libremente, sino cabras y burros sujetos con ronzal.

Al llegar a Bostra nos reuniríamos con el resto de la compañía de Cremes. El grupo que Helena y yo habíamos conocido en Petra estaba

compuesto por los principales miembros de la *troupe,* actores en su mayoría. Diversos parásitos con casi toda la tramoya habían permanecido en el norte —que parecía amistoso— por si los demás recibían una acogida hostil en las montañas. Con relación al asesinato, prácticamente podía ignorarlos y concentrarme en el grupo reducido.

Al principio del trayecto había preguntado a Cremes:

—¿Por qué Heliodoro fue a dar aquel paseo?

El escenario del crimen no había dejado de preocuparme.

—Tenía por costumbre perderse por ahí. Todos lo hacen… van a lo suyo.

—¿Lo hizo porque quería empinar tranquilamente el codo a solas?

—Lo dudo. —Cremes se encogió de hombros. Su interés por esa muerte era casi nulo.

—De todas maneras, alguien lo acompañó. ¿De quién se trataba?

La posibilidad de que respondiese era muy remota porque lo que yo pedía era el nombre del asesino.

—Nadie lo sabe.

—¿Está justificado qué hacía cada miembro de la compañía cuando ocurrieron los hechos? —Huelga decir que Cremes asintió. Ya me ocuparía de comprobarlo más tarde. Volví a la carga—: ¿Es posible que alguien tuviera ganas de echar un trago?

—Si así fue, la suerte no lo acompañó. Heliodoro nunca tuvo a bien compartir su jarra de vino.

—¿Y si el acompañante llevaba su propia jarra o su pellejo y Heliodoro le echó el ojo encima?

—¡Eso sí que es posible! Tiene sentido.

Tal vez el dramaturgo tenía un conocido cuya existencia sus compañeros ignoraban.

—¿Puede que Heliodoro trabara amistad con alguien en Petra, con alguien que no formaba parte del grupo?

—Lo dudo. —Cremes parecía muy seguro—. Los petranos son reservados y no nos codeamos con los comerciantes… mejor dicho, con nadie. Formanos una familia estrechamente unida y entre nosotros hay tantas peloteras que no necesitamos buscarnos problemas fuera. Además, en la ciudad ni siquiera estuvimos el tiempo suficiente para establecer contactos.

—Oí a Heliodoro mientras subía por la montaña. Tengo la sensación de que conocía a la persona con la que iba. —Era evidente que Cremes sabía a dónde apuntaban mis preguntas.

—Si es así, lo que dices significa que se lo cargó alguien de la compañía.

En ese momento Cremes me pidió directamente que estuviera atento a todo lo que viera y oyera. No me hizo un encargo porque hacerlo y asignarle los honorarios al final habría sido demasiado pedir. A pesar de su reticencia inicial a involucrarse, quería saber quién era en el caso de que en el seno de la *troupe* se ocultara un asesino. A todos nos gusta tener la libertad de insultar a nuestros compañeros o dejarles pagar el vino sin preocuparnos de que se fastidie el tipo de individuo que hunde la cabeza de sus compañeros de viaje en agua fría hasta que dejan de respirar.

—Cremes, háblame de Heliodoro. ¿Le desagradaba a alguien en concreto?

Me había parecido una pregunta sencilla.

—¡Ja, ja! ¡No le caía bien a nadie! —respondió Cremes con tono desdeñoso.

Para empezar no estaba mal. El ímpetu con que respondió me convenció de que todos los integrantes del grupo al que había conocido en Petra eran sospechosos del asesinato del dramaturgo. Por consiguiente, Helena y yo estuvimos pendientes de todos durante el trayecto hasta Bostra.

OceanofPDF.com

XIV

Bostra era una próspera ciudad de basalto negro erigida en medio de las oscuras tierras cultivables. Aunque había actividad comercial, generaba autónomamente la mayor parte de su prosperidad. Contaba con una bonita puerta de estilo arquitectónico claramente nabateo y el monarca poseía un segundo palacio en Bostra. Para los romanos era una ciudad extraña… aunque del tipo de las que podíamos comprender. Los irascibles cocheros de burros nos maldijeron porque no sabíamos qué dirección tomar. Los tenderos nos observaron con mirada calculadora desde sus vulgares almacenes y nos gritaron que entrásemos a ver sus mercancías. Arribamos cerca del anochecer y nos recibió el conocido aroma del humo de la leña con que calentaban el agua de los baños y los hornos. Los tentadores aromas de los tenderetes de comida picante eran más sabrosos, el hedor de la curtiduría resultaba casi tan repugnante como en Roma y el farfullante aceite para lámparas de los barrios bajos parecía tan rancio como el que se utiliza de un extremo a otro del Aventino.

Al principio no dimos con el resto de la compañía. No estaban en el caravasar en el que se habían quedado. Cremes parecía reacio a hacer averiguaciones directas, de lo que Helena y yo dedujimos que probablemente había habido conflictos en su ausencia. Varios integrantes de nuestro grupo fueron a buscar a sus colegas por la ciudad mientras los demás vigilábamos los carros y el equipaje. Montamos nuestra tienda con la silenciosa ayuda de Musa. Cenamos y nos dispusimos a aguardar el retorno de los otros. Fue la primera ocasión que tuvimos de hablar de lo que hasta ese momento habíamos averiguado.

Durante el trayecto habíamos analizado a cada miembro del grupo mediante el sencillo expediente de ofrecernos a llevarlo en nuestra carreta. Cuando se hastió de mis intentos de mandar a nuestro temperamental burro, Helena se apeó y, por cuenta propia, decidió viajar en otros transportes. Había establecido contacto con la mayoría, pero aún estaba por verse si habíamos establecido amistades.

Evaluamos a todos en busca de posibles móviles… y cuando digo todos incluyo a las mujeres.

—Lo cometió un hombre —expliqué cautelosamente a Helena—. Lo oímos mientras escalaba la montaña. Claro que no hace falta ser cínico para percatarse de que una mujer pudo darle motivos.

—También pudo subir la bebida y elaborar el plan —acotó Helena, como si habitualmente tuviera actitudes de ese tipo—. ¿Qué clase de móvil estamos buscando?

—Me parece que podemos descartar el dinero. Aquí todos tienen los bolsillos vacíos. Por lo tanto, hemos de buscar las excusas sempiternas: envidias profesionales o celos sexuales.

—¿Hemos de preguntar a la gente de la farándula qué opinaba del dramaturgo? Marco, ¿no les extrañará que los acribillemos a preguntas?

—Tú eres mujer, así que puedes mostrarte descaradamente entrometida. Les diré que el asesino forma parte del grupo y que estoy preocupado por tu seguridad.

—¡Puro estiércol de mula! —exclamó mi elegante dama y utilizó una de las frases fuertes que yo le había enseñado.

Ya había notado de qué pie cojeaba la *troupe*. Se trataba de un grupo veleidoso e irreflexivo. Jamás lograríamos aclarar quién era el asesino a menos que abordáramos organizadamente la tarea.

Nos había llevado casi todo el viaje descubrir quién era quién. Estábamos sentados sobre una alfombra, delante de nuestra tienda. Aunque nos acompañaba, como de costumbre Musa se había acuclillado a cierta distancia, no decía nada y escuchaba serenamente. Hablamos en griego porque no teníamos motivos para ocultar lo que decíamos.

—De acuerdo, repasemos la lista del harapiento reparto. Aunque todos parecen personajes de obras de repertorio, me juego la cabeza a que ninguno es lo que parece… —Cremes tenía que ser el primero de la lista. Alentándonos a investigar podía llevarnos a descartarlo como sospechoso… o ser una prueba de su astucia. Enumeré lo que ya sabíamos sobre él—: Cremes dirige la compañía. Contrata a los integrantes, escoge el repertorio, negocia los salarios y, cuando contiene algo que merece la pena defender, guarda la caja bajo su lecho. Su único interés consiste en que todo salga rodado. Haría falta un verdadero agravio para que ponga en peligro el futuro de la compañía. Se dio cuenta de que el cadáver hallado en Petra podía hacer que todos diesen con sus huesos en la cárcel y su única prioridad consistió en abandonar la ciudad. Sabemos que despreciaba a Heliodoro. Demos un paso más, ¿por qué lo despreciaba?

—Porque Heliodoro no era bueno —respondió Helena con impaciencia.

—¿Por qué Cremes no se limitó a darle el finiquito?

—No es fácil encontrar un dramaturgo.

Helena habló cabizbaja y yo lancé un gruñido. No me divertía repasar el arcón de obras de la nueva comedia del difunto. La nueva comedia era tan horrible como había vaticinado Cremes. Yo ya estaba hasta el gorro de gemelos separados, de golfos que se metían en los baúles de la ropa blanca, de viejos chiflados que se enemistaban con sus herederos egoístas y de esclavos granujas que hacían chistes lamentables.

Cambié de tema.

—Cremes odia a su esposa y viceversa. ¿Sabemos por qué? Tal vez ella tenía un amante… por ejemplo, Heliodoro… y Cremes quitó de en medio a su rival.

—Supuse que plantearías este enfoque —comentó Helena con tono burlón—. Pero he hablado con ella. Sueña con ser la estrella de la tragedia griega seria. Se siente ultrajada por tener que representar prostitutas y herederas desaparecidas con esta triste *troupe*.

—¿Por qué? Lucen los mejores vestidos y hasta las prostitutas se reforman en el último acto.

Alardeé del trabajo de campo que había hecho.

—Supongo que da todo lo que tiene al tiempo que sueña con mejores papeles… ¡lo cual es el destino de la mujer en la mayoría de las situaciones! —replicó Helena secamente—. Me han comentado que su parlamento es conmovedor cuando renuncia a ser la madama del burdel y se convierte en sacerdotisa del templo.

—¡Me muero de ganas de oírla! —A la hora de la verdad, yo saldría disparado del teatro para comprar un pastelillo de canela en cualquiera de los tenderetes callejeros—. Se llama Frigia, ¿no?

Todos los actores habían adoptado nombres procedentes del drama. Era comprensible. La de actor era una profesión tan mal vista que cualquiera adoptaba un seudónimo. Hasta yo buscaba uno para mí.

Frigia era la actriz algo talludita de la compañía. Era una mujer alta, muy delgada y estaba espectacularmente amargada con la vida. Aunque aparentaba más de cincuenta años, todos nos aseguraron que, en cuanto subía al escenario, podía convencer fácilmente al público de que era una bella jovencita de dieciséis. Atribuían mucha importancia a que Frigia

realmente sabía interpretar… lo que me inquietó con respecto al talento de los demás.

—¿Por qué la odia Cremes? —inquirí—. Si en las tablas es tan buena como dicen, debería considerarla una ventaja para la compañía.

Helena torció el gesto.

—Cremes es un hombre y ella es buena actriz. Es lógico que esté molesto. Además, sospecho que permanentemente Cremes busca bocados más atractivos.

—Sería una explicación convincente si hubiéramos encontrado ahogado a Cremes y oído a Frigia seducirlo y llevárselo cuesta arriba. —En el caso de Heliodoro no parecía tener la menor importancia. Seguí devanándome los sesos para entender al empresario—. El propio Cremes interpreta papeles de tíos viejos y pesados…

—Chulos, padres y espectros —confirmó Helena, lo cual tampoco sirvió de mucho.

Me di por vencido e intenté analizar al resto de los actores.

—El joven galán es Filócrates. Si lo miras de cerca no es tan joven porque, en realidad, está algo ajado. Interpreta prisioneros de guerra, muchachos mundanos y uno del principal par de gemelos de las farsas que incluyen el espantoso chiste sobre la confusión de identidades.

Helena hizo una rápida síntesis:

—¡Un pelmazo diletante y apuesto!

—Yo tampoco lo elegiría como compañero de mesa durante la cena —reconocí.

Cierta vez habíamos hablado porque Filócrates me vio tratando de arrinconar al buey para ponerle el arnés. El diálogo fue gélido dadas las circunstancias: le pedí ayuda y me la negó presuntuosamente. Deduje que no se trataba de una cuestión personal. Filócrates se consideraba al margen de cualquier tarea que pudiera llevarlo a despellejarse una espinilla o a ensuciarse la capa. Ocupaba uno de los primeros puestos de nuestra lista sobre aquellos a los que seguiríamos investigando en cuanto pudiésemos armarnos de valor y resistir una hora de insufrible arrogancia.

—Ignoro si odia a alguien, pero estoy seguro de que está enamorado de sí mismo —añadí—. Tendré que averiguar cómo se llevaba con Heliodoro. Luego viene Davos…

—Que es todo lo contrario —afirmó Helena—. Se trata de un profesional hecho y derecho. Intenté hablar con él, pero es un individuo

taciturno, que desconfía de los desconocidos y, sospecho, rechaza a las mujeres. Interpreta los papeles del segundo galán masculino: soldados jactanciosos y otras historias. Me figuro que es bueno… sabe pavonearse con estilo. Supongo que Davos no se calló si como dramaturgo Heliodoro era un castigo.

—¡Entonces tendré que andarme con cuidado! ¿Crees que habría sido capaz de cargarse a Heliodoro? Es posible que Davos despreciara su trabajo pero, ¿a quién se le ahoga por escribir mediocremente?

Helena se rió de mí con muy mala baba.

—Davos me cae muy bien —masculló, algo contrariada por su irracionalidad.

No sé por qué coincidí con ella y deseé que Davos fuese inocente. A juzgar por lo que yo sabía del destino, probablemente el pobre Davos ocupaba el primer puesto en la lista de sospechosos.

—También están los payasos Tranio y Grumio.

—Marco, te aseguro que me cuesta mucho distinguirlos.

—Eso es lo que se proponen. En las obras que incluyen un par de jóvenes amos gemelos, estos dos interpretan a sus descarados criados… y también son hermanos idénticos.

Hicimos silencio. Era peligroso considerarlos una pareja. No eran gemelos, ni siquiera hermanos. Sin embargo, de todos los integrantes de la compañía eran los más propensos a extender sus papeles escénicos a la vida cotidiana. Los habíamos visto de juerga juntos, con los camellos, y los dos les tendían celadas a los demás. Es muy fácil hacer bromas con los camellos, ya que crean problemas sin demandarte el menor esfuerzo.

Se movían en tándem. Tenían la misma constitución magra: de poco peso y pies ligeros. No compartían la misma estatura. El más alto, Tranio, parecía interpretar el personaje llamativo, el sabelotodo urbano, y su aparente compinche, Grumio, había de conformarse con ser el payaso rural, el blanco de las complicadas chanzas del resto del reparto. Aunque no los había tratado mucho, me di cuenta de que era posible que Grumio estuviese harto de esa situación. Pero en ese caso, era más probable que diera esquinazo a Tranio en lugar de estrangular o ahogar al dramaturgo.

—¿El espabilado es lo bastante inteligente como para cometer un asesinato? Vayamos al fondo, ¿es tan listo como gusta de creer? ¿Te parece que el tontorrón es tan lelo como aparenta?

Helena no hizo caso de mi retórica. Lo achaqué a que sólo los hijos varones de los senadores tienen profesores de retórica. A las hijas les basta con enredar a los senadores con los que contraerán matrimonio y a los masajistas de la casa de baños, que probablemente engendrarán a los hijos de los mentados senadores.

Estaba contrariado. La dieta intelectual basada en *La muchacha de Andros*, *La muchacha de Samos* y *La muchacha de Perinto* no me había levantado el ánimo. Ese material ampuloso podía atraer a un solterón cuya frase para ligar consiste en preguntarle a una chica de dónde viene, pero yo lo había superado hacía dos años, fecha en que cierta muchacha de Roma se ocupó de echarme los tejos.

Helena sonrió con afabilidad: siempre me adivinaba el pensamiento.

—Bueno, los hombres son así. No hay un móvil claramente definido. Quizás el asesino que oímos actuaba por cuenta de un tercero. ¿Consideramos a las mujeres?

—¡Yo siempre tengo en cuenta a las mujeres!

—Ponte serio.

—Pero si estoy hablando en serio… Veamos, nos hemos ocupado de Frigia. —Me desperecé como un gato—. Queda por ver la actitud de la criada que escucha a escondidas.

—¡Ya podía imaginarme que te fijarías en la beldad acodada en la barra del bar! —espetó Helena.

Yo no tenía la culpa. Pese a haber sido un solterón que había tenido que dejar de preguntar a las desconocidas de dónde procedían, la beldad en cuestión era inconfundible.

Se llamaba Birria y era joven de verdad. Su belleza resistiría el más profundo de los escrutinios: tenía la piel perfecta, una figura para estrechar en tus brazos, carácter afable, enormes y gloriosos ojos…

—¿Es posible que Birria pretendiera que Heliodoro le asignase mejores parlamentos? —preguntó Helena sin el menor entusiasmo.

—Si Birria necesita que alguien muera, cae de maduro que se trata de Frigia. De esta forma conseguiría los mejores papeles.

Por mis lecturas sabía que, en las obras que a duras penas tienen un buen papel femenino, Birria debía considerarse afortunada si le asignaban un bocadillo. Toda la chicha que había se la quedaba Frigia, mientras la joven belleza se quedaba con ansias de algo más. Como Frigia era la esposa

del empresario, los papeles principales le correspondían por derecho, pero todos sabíamos quién merecía ser la primera actriz. La justicia no existía.

—¡Dada la forma en que todos los hombres la miráis, no me sorprendería que Frigia quisiera que Birria desapareciese! —dijo gélidamente mi amada.

Yo seguía buscando el móvil del asesinato del dramaturgo… aunque si hubiera sabido cuánto me llevaría encontrarlo, allí mismo habría renunciado.

—Aunque Birria no se cargó a Heliodoro, su belleza pudo despertar poderosas emociones en los hombres y, ¿quién puede saber qué ocurrió?

—Supongo que investigarás estrechamente a Birria —añadió Helena.

No hice caso de su tono sarcástico.

—¿Crees que Birria iba detrás del escriba?

—¡Lo dudo mucho! —exclamó Helena burlona—. Menos todavía si Heliodoro era tan repugnante como todos dicen. Además, tu maravillosa Birria podía elegir entre todas las granadas sin meterse con él. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Lo haré. —¡Ya lo creo!

Yo no estaba de humor para disputas. Habíamos ahondado en el análisis todo lo que podíamos, así que decidí dejar de investigar y dedicarme a descansar.

Helena, que era la amabilidad personificada, se acordó del sacerdote nabateo. Había permanecido a nuestro lado, inmerso en un silencio absoluto: lo de rigor. Tal vez el comedimiento formaba parte de su religión. Para mí habría sido una disciplina imposible. Helena se dirigió al joven sacerdote:

—Musa, viste al asesino cuando descendió. ¿Reconoces a alguien en este grupo de viajeros?

Mi amada no sabía que yo ya se lo había preguntado, aunque tendría que haberlo deducido. De todos modos, Musa le respondió cortésmente:

—Señora, llevaba sombrero.

—Tendremos que buscarlo —agregó Helena muy seria.

Se me ocurrió una maldad y sonreí a Musa.

—Si no logramos resolver este acertijo, podríamos montar una trampa. Haremos correr la voz de que Musa vio al asesino, daremos a entender que Musa está dispuesto a identificarlo formalmente y a continuación, tú y yo,

Helena, nos apostaremos detrás de una roca y veremos quién se acerca, con o sin sombrero, para cerrarle el pico a Musa.

El joven sacerdote nabateo asimiló la idea con su serenidad habitual, sin temor ni entusiasmo.

Pocos minutos después apareció alguien, pero sólo se trataba del cartelero de la compañía.

OceanofPDF.com

XVI

Grumio y Tranio habían montado la sencilla tienda de campaña habitual en nuestro destartalado campamento. Habían extendido un cobertor sobre los postes y dejado abierto uno de los lados largos de la estructura a fin de ver quiénes pasaban y, si se terciaba, hacer comentarios obscenos. Me fijé en que se habían tomado la molestia de poner una cortina en el centro del refugio, dividiéndolo exactamente en dos mitades individuales. Ambas estaban igualmente desordenadas, de modo que la cortina no respondía a que hubiesen echado a suertes las actividades domésticas, sino que apuntaba a ciertas reservas en la relación.

Escrutados tranquilamente y con todo el tiempo del mundo, te dabas cuenta de que no se parecían en nada. Grumio —el gemelo «rural» que interpretaba a esclavos e idiotas fugados— era de naturaleza afable, cara regordeta y pelo liso que le caía regularmente desde la coronilla. Tranio —el «urbano» de más estatura— tenía el pelo corto en la nuca y se lo peinaba hacia arriba en la coronilla. Era de facciones afiladas y transmitía la impresión de que podía ser un enemigo sarcástico. Los dos poseían ojos oscuros y sagaces, con los que contemplaban críticamente el mundo.

—¡Gracias por la invitación! Congrio no quiso venir —dije enseguida, como si supusiera que también habían invitado al carcelero.

Tranio, que interpretaba al llamativo siervo del soldado fanfarrón, me llenó un copa de vino con ademanes exagerados.

—¡Congrio es así! Le gusta enfurruñarse… como a todos. De lo que se deduce inmediatamente que, más allá de la falsa afabilidad, nuestra alegre compañía rebosa emociones contrariadas.

—Me lo suponía. —Acepté la copa, me reuní con ellos y me repantigué en las bolsas de disfraces que había dejado junto al caminito que cruzaba nuestro campamento—. Prácticamente lo primero que Helena y yo supimos fue que Cremes odia a su esposa y ella a él.

—Cremes debió de decírtelo personalmente —confirmó Tranio con actitud cómplice—. No paran en mientes a la hora de darle carácter público.

—¿Acaso no es verdad? Frigia lamenta abiertamente que Cremes la haya privado del estrellato. Helena supone que Cremes se aleja a menudo

del hogar. Por lo tanto, la esposa va en pos de la corona de laureles mientras el marido intenta hartarse con una intérprete de lira…

Tranio sonrió.

—No se sabe qué traman. Hace veinte años que se llevan a matar. Por alguna razón, él nunca se larga definitivamente con una bailarina y ella jamás se acuerda de envenenarle la sopa.

—Se parecen a cualquier matrimonio común y corriente. —Hice una mueca.

Tranio volvió a llenarme la copa casi antes de que la hubiera catado.

—¿Como Helena y tú?

—Nosotros no estamos casados.

Yo jamás daba explicaciones acerca de nuestra relación. La gente no me creería o no la entendería. Además, no era un asunto en el que alguien tuviese derecho a meter las narices.

Aproveché para seguir indagando y pregunté con tono burlón:

—¿He de suponer que la invitación de esta noche es un descarado intento por averiguar qué hacemos Helena y yo aquí?

—Te consideramos el embustero a sueldo —contestó Grumio, el presunto tonto, sonrió y no se avergonzó de mencionar uno de los personajes del repertorio de la nueva comedia.

Era la primera vez que Grumio tomaba la palabra y su voz sonó más inteligente de lo que esperaba.

Me encogí de hombros.

—Hago lo que puedo con el estilete. Encontrar el cuerpo sumergido del dramaturgo me valió la expulsión de Petra. Más o menos por las mismas fechas me quedé sin blanca para seguir viajando y necesitaba trabajo. Esta oferta fue una buena oportunidad: adaptar obras para Cremes es más descansado que deslomarme acarreando toneles de mirra o llenarme de pulgas mientras conduzco recuas de camellos. —Los gemelos parecían tener las cabezas unidas a las copas de vino. No tuve la certeza de haber logrado desviar su curiosidad por mi interés sobre la muerte del dramaturgo —. He accedido a sustituir a Heliodoro siempre y cuando no me pidan que toque la pandereta en la orquesta y que Helena Justina jamás actúe en un escenario público.

—¿Por qué no quieres que actúe? —inquirió Grumio—. ¿Acaso procede de una familia respetable?

Sin duda había reparado en ese detalle. Tal vez fingir que era corto de entendederas no era más que una impostura.

—No, la salvé de la esclavitud a cambio de dos sacos de manzanas y una cabra…

—¡Eres la caricatura de un comerciante! —Grumio se mondó y se giró hacia su amigo, que volvió a inclinar el odre de vino—. Hemos dado con un buen escándalo.

Aparté inútilmente mi copa de Iranio y respondí serenamente al otro:

—El único escándalo en que Helena se ha visto involucrada estalló cuando tomó la decisión de irse a vivir conmigo.

—¡Una coyunda interesante! —comentó Grumio.

—Una mujer interesante —repliqué.

—¿Y ahora te ayuda a espiarnos? —quiso saber Tranio.

Era un desafío para el que tendría que haber estado preparado. Me habían invitado para averiguar qué estaba haciendo y no desistirían hasta saberlo.

—No nos dedicamos a espiar. Da la casualidad de que Helena y yo encontramos el cadáver y, como es lógico, nos gustaría saber quién lo mató.

Tranio vació la copa de vino de un solo trago y preguntó:

—¿Es verdad que visteis al asesino?

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?

Para no ser menos, yo también vacié mi copa y me pregunté si Tranio era simplemente curioso… o si tenía letales motivos para querer saberlo.

—Verás, todos deseamos saber qué haces en la compañía… partiendo del supuesto de que en Petra no eras más que un turista —añadió Tranio.

Tal como sospechaba, no tardó en llenarme la copa. Supe que me estaba tendiendo una trampa. Después de años como investigador privado, tenía una idea clara de mis límites con la bebida. Dejé en el suelo la copa llena a rebosar, como si me dejara arrastrar por fuertes emociones.

—Soy un turista que emprendió el viaje con el que había soñado toda la vida, pero fui expulsado…

Mi desvarío de viajero frustrado no tuvo mucho éxito.

—¿Dónde encaja ese árabe siniestro? —preguntó Tranio sin darle más vueltas.

—¿Te refieres a Musa? —aparenté sorpresa—. Es nuestro intérprete.

—Sí, claro.

Reí incrédula y ligeramente.

—¿Acaso los demás han dicho que Musa vio al asesino o algo por el estilo?

Tranio sonrió y respondió con el mismo tono aparentemente amistoso que yo había empleado:

—No —contesté. Al fin y al cabo, era la verdad. Cuando Grumio atizó el fuego, cogí una rama curvada y moví las ascuas—. ¿Alguno de vosotros piensa decirme por qué Heliodoro era tan impopular?

Tranio —exponente del ingenio mercurial— gustaba de inventarse respuestas.

—Todos estábamos bajo su férula. —Giró elegantemente la mano e hizo como que filosofaba—. Los papeles débiles y los parlamentos plomizos pueden acabar con nosotros. El muy cabrón lo sabía y nos tenía pendientes de un hilo. Podías elegir entre hacerle la pelota, lo cual era insoportable, sobornarlo, algo que a menudo era imposible, o esperar a que alguien lo agarrase de los cojones y se los retorciese hasta que cayera desplomado.

Antes de llegar a Petra nadie lo había hecho… pero había que darle tiempo al tiempo. Yo habría aceptado apuestas sobre quién sería el primero en atraparlo.

—Me parece algo exagerado —opiné.

—Las personas cuyo pan depende de un autor viven sometidas a tensión. —Procuré no tomármelo a la tremenda en mi condición de nuevo dramaturgo de la compañía. Tranio me dio un consejo—: Para encontrar al asesino habrá que buscar un actor desesperado que soportó demasiados papeles malos.

—¿Tú, por ejemplo?

Bajó la mirada pero, si mi pregunta lo inquietó, enseguida se recuperó.

—Yo, no. No necesito un texto fijo. Si anulaba mis parlamentos, yo improvisaba. Como Heliodoro sabía que lo haría, mostrarse rencoroso perdió la gracia. Y otro tanto puede decirse de Grumio.

Miré a Grumio, que tal vez podría haber sentido que esa última frase era harto condescendiente, pero su cara alegre mantuvo una expresión neutral.

Mascullé en voz baja y bebí un sorbo de vino.

—¡Pues yo pensé que Heliodoro había pedido prestado con demasiada frecuencia el mejor cinturón de plata de algún compañero!

—Era un cerdo —murmuró Grumio y rompió su silencio.

—¡Lo que dices es muy comprensible! Explícame por qué lo dices.

—Era prepotente. Agredía a los de abajo. Aterrorizaba de manera sutil a aquellos a los que no se atrevía a atacar físicamente.

—¿Era mujeriego?

—Será mejor que se lo preguntes a las mujeres —respondió Grumio… con algo que me pareció un toque de envidia—. ¡Hay una o dos a las que gustosamente te ayudaré a interrogar!

Ya que hablábamos del tema, abordé otras posibilidades:

—¿Perseguía a los chicos jóvenes?

Los dos se encogieron de hombros con gran desenvoltura. Francamente, en la *troupe* no había nadie lo bastante joven para atraer al habitual mirón de efebos en las casas de baños. Si existían relaciones más maduras, podía buscar pruebas con los gemelos, que compartían una gran intimidad. Al parecer, a Grumio le gustaban las mujeres y Tranio también había sonreído cuando el paleto hizo la broma sobre el interrogatorio.

Al igual que un rato antes, fue Tranio el que se explayó:

—Heliodoro era capaz de detectar una resaca, un grano en una adolescente sensible o un amante desengañado a veinte pasos de distancia. Sabía lo que cada uno de nosotros quiere de la vida. También sabía cómo lograr que la gente sienta que sus flaquezas son pegas insuperables y sus ilusiones inaccesibles.

Me pregunté cuáles serían las flaquezas de Tranio… y las ilusiones que tenía o que antaño había albergado.

—¡Por lo visto era un tirano! Me parece que sois muy resueltos. —Los dos actores se desternillaron de risa—. ¿Por qué lo aguantasteis?

—Hacía años que Cremes lo conocía —repuso Grumio cansinamente.

—Lo necesitábamos. Sólo un idiota aceptaría semejante trabajo —replicó Tranio y me insultó con lo que en mi opinión fue innecesario recochineo.

Esos dos formaban un par peculiar. A primera vista parecían muy unidos, pero llegué a la conclusión de que estaban juntos sólo de la misma manera que los artesanos que trabajan al alimón, lo que les da una lealtad básica, aunque es posible que por elección no se encuentren socialmente. No obstante, en esa compañía de teatro ambulante Tranio y Grumio tenían que vivir bajo el mismo techo de pelo de cabra, por lo que todos suponían que formaban una unidad. Tal vez la perpetuación de ese embuste hacía aflorar tensiones soterradas.

Estaba fascinado. Algunas amistades se tornan más sólidas porque hay un tío indolente y otro que parece más preocupado. Tuve la impresión de que este caso tendría que haber sido así, de que el impasible Grumio tendría que haber dado las gracias por contar con la posibilidad de compincharse con Tranio, con el que, sinceramente, yo simpatizaba más. Aparte de que se ocupaba de llenarme la copa de vino, Tranio era cínico y satírico: exactamente el tipo de hombre que me caía bien.

Aunque no percibí el menor indicio, me pregunté si entre ambos existían celos profesionales. Como sabía por las lecturas, en el escenario había posibilidades de lucimiento para cada uno. Empero, percibí una represión deliberada en Grumio, el más apagado de los payasos. Parecía un individuo agradable e inofensivo, lo que para un investigador fácilmente podía significar que ocultaba algo tenebroso.

El odre de vino se vació. Vi que Tranio exprimía las últimas gotas, sacaba el aire y se colocaba el pellejo bajo el brazo.

Tuve la sensación de que quería cambiar de tema.

—Veamos, Falco, eres novato en las lides de la dramaturgia. ¿Qué tal te va?

Le di mi opinión sobre la nueva comedia y me explayé con desesperación sobre sus características más lamentables.

—Vaya, ¿te has dedicado a leer el repertorio? ¿Te han pasado el arcón con las obras de la compañía?

Asentí con la cabeza. Cremes me había entregado un pesadísimo baúl lleno a reventar con un caos de pergaminos. Separarlos en grupos para tener las obras completas me había llevado casi todo el viaje hasta Bostra, a pesar de que conté con la colaboración de Helena, a la que le gustaba ese tipo de acertijos.

Tranio añadió como quien no quiere la cosa:

—Puede que en algún momento vaya a echarles un vistazo. Heliodoro me pidió prestado algo que no apareció entre sus efectos personales…

—Cuando quieras —respondí curioso, aunque en mi estado no me sentía muy dispuesto a hacer mucho caso de un afilaestiletes o de un frasco con aceite de baño desaparecidos.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para ponerme en pie y de repente me entró la ansiedad de poner fin a la tortura a que había sometido mi hígado y mi cerebro. Había estado lejos de Helena más tiempo del que me apetecía y, por si eso fuera poco, echaba de menos mi cama.

El payaso mordaz sonrió y se dio cuenta de hasta qué punto yo estaba influido por el vino. Hay que reconocer que no era el único. Cerca de la hoguera, Grumio estaba tumbado boca arriba, con los ojos cerrados y la boca abierta, y pasaba olímpicamente del mundo.

—Te acompañaré a la tienda —sugirió mi nuevo amigo y rió—. Será mejor que ahora mismo me ocupe de echarle un buen vistazo al bendito baúl.

Puesto que un poco de ayuda no me venía nada mal, no protesté, esperé a que cogiera una tea y le permití que me condujera hasta mis aposentos.

OceanofPDF.com

XVII

Helena parecía dormir a pierna suelta, pero percibí el olor de la mecha de la lámpara que acababa de apagar. Pretendió abrir un ojo como si estuviera adormilada.

—¿Oigo el joven gallo que anuncia el amanecer o se trata de mi embriagado amor, que regresa a la tienda antes de desplomarse?

—¿Has dicho embriagado…? —Nunca le mentía a Helena, que era demasiado espabilada. Me apresuré a añadir—: He traído a un amigo…

Me pareció que Helena reprimía una queja.

La luz de la tea de Tranio se movió disparatadamente sobre la pared trasera de nuestro refugio. Le señalé el arcón de las obras mientras acomodaba lo mejor que podía nuestro equipaje y dejé que se ocupara de lo suyo. Helena miró furiosa al payaso e intenté convencerme de que a mí me contempló con más indulgencia.

—Se trata de algo que Heliodoro birló —explicó Tranio y con gran descaro metió la mano en el fondo del baúl de los pergaminos—. Sólo quiero echar una vistazo al arcón…

Pasada la medianoche y en la cerrada intimidad doméstica de nuestra tienda, esa explicación no sonaba convincente. Por lo visto, entre la gente de teatro el tacto brilla por su ausencia.

—Ya lo sé —dije a Helena con tono conciliatorio—. Cuando me encontraste en un negro pantano de Britania y te enamoraste de mis buenos modales y de mi afable encanto no te imaginabas que una pandilla de beodos de una posada del desierto acabarían despertándote…

—Falco, hablas sin ton ni son —espetó Helena—. Pero tienes razón, la verdad es que nunca me lo imaginé.

Le sonreí con cariño. Helena cerró los ojos. Opté por pensar que era la única forma en que podía resistirse a mi sonrisa y al sincero afecto que contenía.

El registro de Tranio fue exhaustivo. Vació el arcón, volvió a guardar cada pergamino y aprovechó la oportunidad para hojearlos por segunda vez.

—Si me dices qué es lo que estás buscando… —le ofrecí atontado, deseoso de que se largara lo antes posible.

—Se trata de una nadería. Además, no está aquí.

No obstante, Tranio prosiguió el registro.

—¿Qué buscas? ¿Tu diario durante cinco años como esclavo sexual en el templo de una diosa oriental, donde se practica el culto al éxtasis? ¿El testamento de una viuda rica, en el que te lega una mina de oro en Lusitania y una *troupe* de monos actores? ¿Tu partida de nacimiento?

—¡No, es mucho peor! —El payaso rió.

—¿Se trata de un pergamino?

—No, no, nada de eso.

Helena lo observaba en medio de un silencio que, para un desconocido, debía de parecer una muestra de amabilidad. Yo prefiero entretenimientos más atractivos, así que me dediqué a mirarla. Finalmente Tranio cerró la tapa del baúl, se sentó encima y golpeó con los pies los laterales tachonados. El muy simpático puso cara de que deseaba charlar hasta que rompiera el día.

—¿No ha habido suerte? —pregunté.

—¡Maldita sea, no!

Helena bostezó sin disimulo. Tranio esbozó un florido ademán de conformidad, se dio por aludido y se retiró.

Fugazmente mis cansados ojos se cruzaron con los de Helena. A la débil luz de la tea que Tranio nos había dejado, la mirada de mi amada era más sombría que nunca… y contenía un desafío.

—Lo siento, cariño.

—Marco, has de hacer tu trabajo.

—De todos modos, lo siento.

—¿Has averiguado algo?

—Sólo agua pasada.

Helena sabía a qué me refería: no había descubierto nada. Mientras me lavaba la cara con agua fría, Helena añadió:

—Cremes pasó para comunicarte que ha encontrado al resto de la compañía y que mañana actuamos aquí. —Podría habérmelo dicho mientras esperábamos a que Tranio se largase, pero a Helena y a mí nos gusta comentar las novedades en la intimidad. Para nosotros es muy importante hablar en privado—. Quiere que excluyas el papel del prestamista que Heliodoro solía interpretar. Has de comprobar que la desaparición de este personaje no deje cabos sueltos, de modo que…

—Puedo asignar sus diálogos a otro actor. ¡Me veo capaz de hacerlo!

—Adelante.

—Yo podría representar el papel del prestamista.

—No te lo han pedido.

—Pues no lo entiendo. Sé cómo son los prestamistas. Júpiter sabe que he tratado con muchos cabrones de esa calaña.

—No digas más sandeces —se mofó Helena—. Eres un ciudadano del Aventino, has nacido libre y tienes demasiado orgullo para caer tan bajo.

—¿Lo que me distingue de ti?

—Yo también podría hacerlo. Soy hija de un senador y deshonrarme a mí misma forma parte de mi acervo. Todas las familias con las que mi madre cotillea tienen un hijo inconformista que nadie nombra, pero que se largó de casa con el propósito de escandalizar a su abuelo actuando en público. Mis padres se llevarán un chasco si no lo hago.

—Pues tendrán que llevárselo mientras estés bajo mi tutela. —Controlar a Helena Justina era una osadía supina de mi parte. Helena se rió de mí y añadí débilmente—: Prometí a tu padre que me ocuparía de tu respetabilidad.

—No le prometiste nada.

Helena había acertado. El senador era lo bastante sensato para no pedirme que abordase esa misión hercúlea.

—Si te apetece puedes seguir leyendo —sugerí y forcejeé en un intento de quitarme las botas.

Helena sacó de debajo de la almohada el pergamino que, como yo sospechaba, había examinado tranquilamente antes de que me presentase con ganas de montar el numerito.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó.

—Porque tienes hollín de la lámpara en la punta de la nariz.

Después de convivir un año con Helena, había llegado a la conclusión de que, si la dejaba cerca de cuarenta papiros, los leería en una semana cual famélica rata de biblioteca.

—Esto también es muy malo —comentó y señaló su lectura de mesita de noche.

—¿De qué trata?

—Es una penosa recopilación de anécdotas y relatos divertidos. Es demasiado verde para ti, dada la pureza de tu mente.

—No estoy de humor para la pornografía.

Corrí varios riesgos seguidos: apunté hacia la cama, introduje el cuerpo bajo la ligera colcha y me enrollé alrededor de mi chica. Ella no puso reparos. Tal vez sabía que no merecía la pena discutir con un borracho imposible. Quizá le gustaba que la abrazara.

—¿Es posible que Tranio buscara esta recopilación? —preguntó Helena.

Harto de Tranio, repliqué que el payaso había dicho con toda claridad que el objeto desaparecido no era un pergamino.

—¡No olvides que a veces la gente dice mentiras! —me recordó Helena con gran pedantería.

Al igual que los gemelos, nosotros también dividimos nuestra tienda para disfrutar de cierta intimidad. Oí roncar a Musa al otro lado de la cortina improvisada. El resto del campamento estaba en silencio. Era uno de nuestros pocos momentos compartidos y la escabrosa novela griega me traía sin cuidado, si es que era eso lo que Helena estaba leyendo. Logré arrebatarle el pergamino y lo arrojé al suelo. Le di a entender que tenía ganas de jugar.

—¿A que no eres capaz? —masculló Helena, con cierta razón y tal vez con pesar.

Con un esfuerzo que quizá la sorprendió, me erguí de lado y apagué la tea en una jarra de agua. Mientras siseaba en medio de la oscuridad, me volví hacia Helena, decidido a demostrarle cuan equivocada estaba.

En cuanto aceptó que yo iba a por todas y que probablemente conseguiría mantenerme despierto, suspiró y murmuró:

—Marco, he de prepararme…

—¡Eres una mujer excepcional!

La solté, pero la fastidié con morosas caricias mientras intentaba pasar sobre mí para levantarse de la cama.

Helena y yo éramos una sola persona, una sociedad perdurable pero, debido a su miedo al parto y a mi terror a la pobreza, habíamos tomado la decisión de que por el momento no ampliaríamos la familia. Compartíamos el riesgo de desafiar al destino. Habíamos descartado el uso del amuleto de la araña peluda, como hacían algunas de mis hermanas, sobre todo porque sus efectos eran harto dudosos: mis hermanas estaban cargadas de hijos. Además, Helena opinaba que a mí las arañas no me asustaban lo suficiente para alejarme de ella mediante el simple expediente de que llevase un amuleto. Afronté el profundo bochorno de sobornar a un boticario para que

olvidase que controlar los nacimientos contravenía las leyes que Augusto había dictado sobre la familia. A continuación Helena soportó las humillantes y pegajosas maniobras con el oneroso alumbre con cera. Ambos vivíamos pendientes del temor al fracaso. Los dos sabíamos que si sucedía jamás permitiríamos que nuestro hijo fuese liquidado en el útero por un abortista, de modo que nuestras vidas cambiarían radicalmente. Claro que eso nunca nos había impedido reírnos del apaño.

Oí que Helena maldecía y reía mientras buscaba a oscuras la caja de esteatita con el espeso cerato que presuntamente evitaba la descendencia. Masculló un poco más y regresó de un salto a la cama.

—Date prisa, antes de que se derrita…

En ocasiones me parecía que el alumbre se basaba en el principio de imposibilitar el rendimiento sexual. Como todo hombre sabe, es probable que el deseo de actuar se venga abajo cuando te piden que te des prisa. Parecía que así sería después de tantas copas de vino, pero la cera proporcionó un blanco bastante fácil de alcanzar, después de lo cual el mantenimiento de la posición —como habría dicho Glauco, el entrenador de mi gimnasio— se tornó más difícil.

Me apliqué a la resolución de esos problemas e hice el amor con Helena tan hábilmente como puede esperarlo una mujer de un hombre al que un par de burdos payasos ha emborrachado en una tienda de campaña. Como me gusta saltarme las instrucciones a la torera, hicimos el amor muy despacio y durante el mayor tiempo posible.

Horas después me pareció que Helena murmuraba:

—Un griego, un romano y un elefante entran juntos en el burdel y al salir sólo el elefante sonríe. ¿Por qué?

Debí de quedarme dormido y soñarlo. Se parecía al tipo de chiste con el que Petronio Longo, mi compañero de tienda de campaña, solía despertarme a gritos cuando hacía diez años éramos traviesos muchachos de las legiones.

Se supone que las hijas bien educadas de los senadores ni siquiera están enteradas de la existencia de esas chanzas.

OceanofPDF.com

XVIII

Nuestra primera representación tuvo lugar en Bostra. Algunos momentos aún perduran en la memoria, como una salsa ácida que repites después de un menú barato que paga un amo que siempre se te ha atragantado.

La obra se titulaba *Los hermanos piratas*. A pesar de la afirmación de Cremes en el sentido de que su notable compañía sólo ponía en escena el repertorio al uso, este drama era obra de autor desconocido. Al parecer, había surgido espontáneamente a lo largo de muchos años, a partir de los bocadillos de otras obras que a los actores les habían gustado, a lo que había que sumar los diálogos de los clásicos que recordaban la noche de cada actuación. Davos me había confesado que salía mejor cuando no tenían un denario partido por la mitad y pasaban hambre. Requería una afinada interpretación del reparto y cierta desesperación para que tuviese garra. Los piratas brillaban por su ausencia, no eran más que un ardid para cautivar el interés del público. Aunque yo había leído el presunto argumento de la obra, me resultó imposible identificar a los hermanos del título.

Ofrecimos esa penosa pieza a un reducido aforo que ocupó el teatro a oscuras. Los espectadores que ocupaban los crujientes asientos de madera estaban mechados por los integrantes libres de nuestra compañía, perfectamente entrenados para crear un ánimo vibrante mediante vítores de entusiasmo. Cualquiera se habría ganado muy bien la vida incitando a los fiscales de la basílica romana, pero las pasaron canutas tratando de romper la plomiza atmósfera nabatea.

Al menos contábamos con más personal, lo que nos infundió confianza. Helena había dado una vuelta por el campamento para conocer a los añadidos a la *troupe*.

—Cocineros, esclavos y chicas que tocan la flauta —le informé sin darle tiempo a hablar.

—¡Se ve que has leído mucho! —replicó con sorprendido sarcasmo.

Siempre le molestaba que me adelantara.

—¿Cuántos son?

—¡Yo diría que una tribu completa! Además de extras hay músicos. Todos están pluriempleados y fabrican trajes y decorados. Algunos cobran si se venden entradas para la representación.

Ambos habíamos descubierto que la mejor estratagema consistía en convencer a un crédulo magistrado local de que subvencionara nuestra obra, con la esperanza de obtener el beneplácito del aforo en las próximas elecciones. Nos pagaba un pastón por la actuación, después de lo cual nos daba lo mismo si no se presentaba nadie. Cremes había logrado practicarla en las poblaciones de Siria, pero en Nabatea desconocían la civilizada costumbre romana que los políticos tenían de sobornar al electorado. En lo que a nosotros respecta, actuar en una arena vacía equivalía a comer lo que contenían los cuencos vacíos. Por eso Congrio marchó temprano para escribir en las casas locales los reclamos de *Los hermanos piratas,* mientras los demás esperábamos que no molestase a los cabezas de familia que eran asiduos aficionados al teatro.

Si he de ser sincero, no creo que la palabra «asiduo» pudiera aplicarse a ningún habitante de Bostra. Como nuestra representación tenía lugar previo pago de la entrada, supimos de antemano que había otra atracción que rivalizaba con la nuestra: una carrera de caracoles con generosas apuestas ilegales o dos viejos que libraban una tensísima partida de damas.

Lloviznaba. Se daba por sentado que en el desierto no llovía pero, dado que Bostra era un granero, nos percatamos de que alguna vez tenía que llover para que el grano creciera. Y alguna vez quería decir esa noche.

—Supongo que la compañía actuará aunque los rayos caigan sobre el teatro —dijo Helena con el ceño fruncido.

—¡Es evidente que estos actores son incondicionales!

Nos cobijamos bajo una capa, en medio del reducido aforo que intentaba entender lo que ocurría en el escenario a pesar de la miserable bruma.

Abrigaba la esperanza de que, después de la representación, me aclamaran como a un héroe. Me había tomado muchas molestias con la adaptación y pasado la mañana perfeccionando los nuevos diálogos o modificando los parlamentos archisabidos. A la hora del almuerzo mostré las revisiones a Cremes, que rechazó mi impaciente ofrecimiento de asistir al ensayo vespertino y hacer hincapié en los cambios más importantes. Lo llamaban ensayo, pero se me cayó el alma a los pies cuando me aposté en la última fila del teatro e intenté enterarme de cómo iban las cosas. Casi todos

se dedicaron a comentar el embarazo de una flautista y a preguntarse si esa noche el disfraz de Cremes se mantendría de una pieza.

La representación corroboró mi desasosiego. Habían descartado mis afanosas adaptaciones. Todos los actores las ignoraron. A medida que se desarrollaba la acción, se referían sin cesar al prestamista desaparecido, a pesar de que jamás haría acto de presencia, y en el desenlace improvisaron unos cuantos bocadillos a fin de soslayar el problema. La trama, que yo había resucitado ingeniosamente, degeneró en una discusión absurda. Para mí el peor agravio fue que el público se tragó esa sarta de gilipolladas. Los ceñudos nabateos aplaudieron a rabiar. Se pusieron amablemente en pie y batieron palmas por encima de las cabezas. Un espectador lanzó algo que parecía una flor, aunque también podría haber sido la factura sin pagar de la lavandería.

—Te noto contrariado —comentó Helena, mientras esperábamos para llegar a la salida.

Nos cruzamos con Filócrates, que permanecía junto a la puerta y exhibía su palmito ante las mujeres que lo admiraban. Pasamos junto a un grupo reducido de hombres de expresión embelesada, que aguardaban a la bella Birria. Pero ésta se había largado sin dilaciones, de modo que los tíos estaban pendientes de cualquier cosa que llevase falda larga. Lo que más me espeluznaba era que confundiesen con una flautista a mi amiga de noble crianza.

—Venga ya, Marco, amor mío, no te preocupes más… —Helena seguía hablando de la obra de teatro.

Expliqué escuetamente a Helena que me importaba un bledo lo que una caterva de comediantes disparatados, iletrados e imposibles hicieran en o fuera del escenario y que poco después me reuniría con ella. Busqué un sitio donde patear piedras rodeado de una digna soledad.

OceanofPDF.com

XIX

La lluvia arreció. Cuando no las tienes todas contigo, a la fortuna le encanta machacarte.

Me adelanté a todos y llegué al centro del campamento. Era donde habíamos congregado las carretas más cargadas, con la esperanza de que el círculo de tiendas desalentara a los rateros. Subí de un salto a la tabla posterior de la plataforma de la carreta más próxima y me cobijé bajo al agujereado techo de cuero que protegía la tramoya de las inclemencias del tiempo. Era la primera oportunidad que se me presentaba de examinar ese baqueteado tesoro. Después de maldecir a gusto la representación de esa noche elaboré un ardoroso discurso de dimisión que dejaría atónito a Cremes. Saqué el yesquero, perdí media hora y finalmente logré encender el gran farol que iluminaba las tablas en las escenas de conspiraciones con nocturnidad y alevosía.

Cuando la débil llama giró peligrosamente en torno a la boca de hierro, me di cuenta de que estaba agazapado junto a un santuario pequeño, aunque lo bastante grande para ocultarse detrás y oír secretos sin ser visto. Del otro lado habían apilado varias puertas pintadas, que servían para distinguir las casas del barrio que tan a menudo aparecían en la nueva comedia. Esa noche no las habían utilizado en la puesta en escena de *Los hermanos piratas* para evitar que se mojasen. La escena, que originalmente estaba ambientada en «una calla de Samotracia», se había convertido en «el litoral rocoso» y «la carretera de Mileto». Cremes había interpretado el papel del coro y anunciado esos emplazamientos arbitrarios al desventurado público.

Me moví hasta encontrar una posición cómoda. Bajo el codo tenía un viejo tronco en el que habían clavado un mantón gris: el «bebé». Sobre mi cabeza sobresalía una gran espada curva. Supuse que era roma… y me corté el dedo con el filo cuando decidí comprobarlo. ¡Joder con mis experimentos científicos! Vi numerosos cestos de mimbre repletos de trajes, calzado y máscaras. Uno de los cestos se había volcado y estaba casi vacío si exceptuamos una larga cadena tintineante, un gran aro con un enorme cristal rojo (que servía para el reconocimiento de los vástagos que habían desaparecido hacía mucho), varios paquetes de la compra y un bote marrón

con algunas cáscaras de pistachos (el omnipresente bote de oro). Detrás del cesto descubrí una oveja disecada (que servía para los sacrificios) y un cerdo de madera con ruedas, que Tranio arrastraba por el escenario en su papel de cocinero inteligente y alegremente ingenioso que hacía chistes antiquísimos sobre los preparativos del banquete de bodas.

En cuanto terminé de escrutar con el ceño fruncido la variedad de objetos rotos y descoloridos con los que compartía la carreta, volví a concentrarme en cuestiones como la vida, el destino y cómo coño había ido a parar a ese vertedero, sin cobrar un denario por un trabajo de mierda. Como casi toda la filosofía, fue una pérdida de tiempo. Vi una cochinilla y me dediqué a cronometrar el tiempo que tardaba en ir de un extremo a otro, al tiempo que hacía apuestas conmigo mismo sobre la dirección que tomaba. Estaba lo bastante aterido para decidir que regresaría a mi tienda y permitiría que Helena Justina me levantase los ánimos cuando oí pasos. Alguien subió a la carreta, corrió la cortina que hacía de puerta, oí la agitación de movimientos nerviosos y Frigia se introdujo en el vehículo. Por lo visto ella también buscaba intimidad, si bien encontrarme no pareció molestarle.

Frigia era larga como un puerro y superaba en estatura a la mayoría de los hombres. Sacaba provecho de esta característica luciendo una diadema de rizos encrespados y manteniendo el equilibrio sobre aterradores zapatos con plataforma. Cual una estatua diseñada a posta para colocarla en un hueco, la visión delantera de Frigia tenía un acabado perfecto, pero la trasera seguía sin pulir. Era un modelo de maquillaje inmaculado, con una placa pectoral de joyas doradas que caían en capas sobre los primorosos pliegues de la estola que cruzaba su pecho. Sin embargo, vista por detrás, se discernía hasta la última hebilla de huesos que mantenía en alto su peinado, las joyas del frontispicio colgaban de una única cadena deslustrada que había dejado un surco rojo en su cuello flacucho, la estola estaba arrugada, los zapatos carecían de talón y tenía la túnica recogida y abollonada a fin de que poseyera una caída más elegante en el plano frontal. La había visto caminar por la calle con un deslizamiento lateral que mantenía prácticamente incólume su imagen pública. Puesto que su presencia escénica era tan sólida como para fascinar al personal, a Frigia no le importaba que los patanes apostados en la parte de atrás se burlaran de ella.

—Me imaginé que te habías refugiado aquí.

Frigia se dejó caer sobre uno de los cestos con trajes y se sacudió las mangas para quitarles las gotas de lluvia. Algunas cayeron sobre mí. Tuve la sensación de estar en un sofá de reducidas dimensiones, junto a un perro delgado pero muy inquieto.

—Ya me iba —mascullé—. Me protegí de la lluvia…

—¡Comprendido! No quieres que tu amiguita se entere de que has estado en una carreta con la esposa del patrón. —Me repantigué a desgana porque me va ser amable. Frigia aparentaba quince años más que yo, aunque tal vez era incluso mayor. Me prodigó su amarga risa—. Falco, uno de mis privilegios es consolar a los humildes. ¡Soy la madre de la compañía!

Me sumé a su risa, que es lo que hay que hacer en estos casos. Me sentí amenazado y fugazmente pasó por mi cabeza la idea de que los hombres de la *troupe* tenían la obligación de aceptar los consuelos de Frigia.

—No padezcas por mí. Ya soy mayorcito…

—¿De veras? —Al oír su tono me encogí mentalmente—. ¿Qué tal tu noche de estreno? —preguntó con tono desafiante.

—Digamos que ahora comprendo los motivos por los que tal vez Heliodoro le volvió la espalda a la sociedad.

—Ya aprenderás —me reconfortó—. Las adaptaciones no deben ser tan literarias. Y no pierdas tiempo con las alusiones políticas. Ni eres el puñetero Aristófanes ni los que pagan la entrada son atenienses educados. Representamos para paletos que sólo vienen al teatro para hablar con sus primos y pedorrearse. Hemos de proporcionarles mucha acción y chistes soeces, cosas que puedes dejar en manos de los que estamos en el escenario. Sabemos lo que esperan de nosotros. Tu trabajo consiste en afinar la estructura básica y en recordar un sencillo lema: diálogos cortos, frases cortas y palabras cortas.

—¡Y pensar que cometí la insensatez de creer que abordaría temas trascendentales como el desencanto social, el humanismo y la justicia!

—Olvídate de esos temas. Limítate a la vieja envidia y al amor juvenil.

De hecho, era un calco de la mayor parte de mi carrera como investigador.

—¡Qué estupidez de mi parte!

—En lo tocante a Heliodoro —añadió Frigia y su tono cambió— era un tío repulsivo.

—¿Qué problema tenía?

—Sólo Juno lo sabe.

—¿Se enemistó con alguien en concreto?

—No, en este aspecto era ecuánime: odiaba a todos por igual.

—¿Y todos fueron imparciales y también lo detestaron? Frigia, ¿qué me dices de ti? ¿Cómo te llevabas con Heliodoro? Supongo que una actriz de tu categoría está fuera del alcance de su rencor.

—¡Una *actriz* de mi categoría! —exclamó con ironía. Guardé silencio —. He tenido mi oportunidad. En cierta ocasión me propusieron que interpretara el papel de Medea en el anfiteatro de Epidauro…

Le creí, aunque suponía que desde entonces habían pasado muchísimos años. Esa noche había representado soberbiamente a una sacerdotisa, lo que nos permitió imaginar lo buena actriz que pudo haber sido.

—Me habría gustado verte. Te imagino despotricando contra Jasón y golpeando a los niños… ¿Qué pasó?

—Me casé con Cremes.

Y jamás se lo perdonaste, pensé. De todos modos, era prematuro que me compadeciese del actor y empresario porque no sabía qué otras crisis habían desvirtuado esa relación. Hacía mucho tiempo que, por mi trabajo, había aprendido a no juzgar los matrimonios.

—¿Heliodoro sabía que desaprovechaste la oportunidad de interpretar esa Medea?

—Por supuesto —replicó serenamente.

No hizo falta que la acicatease para que me expusiera los detalles. Me figuré cómo debió aprovecharse el dramaturgo de ese dato, ya que la discreción de Frigia ocultaba un mundo de tormentos.

Era una actriz extraordinaria. Tal vez en ese momento estaba actuando. Quizás Heliodoro y ella habían sido amantes apasionados… o puede que ella lo deseara y él la rechazase, de modo que Frigia organizó el accidente de la cisterna… Por suerte Helena no estaba presente para burlarse de mis hipótesis traídas por los pelos.

—¿Por qué Cremes no le dio el finiquito?

Aunque en un sentido amplio Frigia y su marido no se dirigían la palabra, tuve la sospecha de que siempre estaban dispuestos a hablar de la compañía. Probablemente era lo único que los mantenía unidos.

—Cremes es demasiado blando para poner a alguien de patitas en la calle. —Frigia me sonrió—. ¡Son muchos los que se aprovechan de su blandura y así logran mantener su posición en la compañía!

Apreté los dientes.

—Si lo dices por mí, no vivo de la caridad. Antes de conoceros tenía mi propio trabajo.

—Cremes me ha dicho que eres investigador.

Permití que Frigia indagara en mis actividades.

—Intento dar con el paradero de una joven organista llamada Sofrona.

—Vaya, pensamos que eras político.

Fingí escandalizarme ante semejante idea. Me ceñí a la historia de Sofrona y apostillé:

—Si logro dar con ella ganaré un pastón. Lo único que sé es que toca el órgano hidráulico como si hubiera recibido lecciones del mismísimo Apolo y que está con un hombre de Decápolis, que probablemente se llama Habib.

—Saber su nombre te servirá de gran ayuda.

—Supongo que sí, es con lo único que cuento. La región de Decápolis no está bien definida y parece demasiado grande para deambular sin pistas, cual un profeta en el desierto.

—¿Quién busca a esa chica?

—Y a ti, ¿qué te parece? La directora del espectáculo que pagó su formación.

Frigia asintió con la cabeza. Sabía que una intérprete musical con buena formación era un producto que se cotizaba.

—¿Y qué ocurrirá si no das con ella?

—Volveré a Roma con los bolsillos vacíos.

—Podemos ayudarte a buscarla.

—Me parece un acuerdo justo. Por eso acepté este trabajo. Aunque mis adaptaciones dejen mucho que desear, si cuando estemos en Decápolis me echáis una mano, a cambio haré cuanto pueda por identificar al asesino.

La actriz se estremeció. Probablemente su escalofrío fue auténtico.

—Entre nosotros hay alguien… una persona que conocemos…

—Así es, Frigia, una persona con la que compartís la mesa, con la que seguramente alguien duerme. Alguien que tal vez llega tarde a los ensayos, aunque en el escenario se desempeña correctamente. Alguien que ha sido

amable, que os ha hecho reír, que a veces os ha irritado hasta el hartazgo y sin motivos. En resumen, alguien semejante al resto de la compañía.

—¡Es horrible! —exclamó Frigia.

—El asesinato es así —precisé.

—¡Tenemos que desenmascararlo!

Frigia habló como si, en el caso de que pudiera, quisiera ayudar. En mi prolongada experiencia eso significaba que debía prepararme porque esa mujer intentaría fastidiar constantemente mis indagaciones.

—Dime, Frigia, ¿quién lo odiaba? Estoy buscando el móvil y sería un buen comienzo averiguar con quién se relacionaba.

—¿Con quién se relacionaba Heliodoro? Muchas veces probó suerte con Birria, pero ella lo mantenía a distancia. También abordaba a las músicas… la mayoría de las cuales solían decirle dónde podía meter su cosita, pero estaba demasiado liado con su sombría personalidad para tener grandes aventuras.

—¿Era un hombre resentido?

—Sí. Estaba muy enconado con Birria. Como ya sabes, ella no subió a la montaña. Cremes me dijo que oíste hablar al asesino y que se trataba de un hombre.

—Pudo ser un hombre que defendía a Birria. —En cuanto veo una mujer atractiva, encuentro motivos que justifican todo tipo de comportamiento absurdo—. ¿Quién más suspira por ella?

—¡Todos! —exclamó Frigia con tono seco. Frunció los labios pensativa—. Aunque debo reconocer que Birria pasa de sus admiradores.

—Esta noche había montones de mirones esperándola.

—¿Y la viste?

—No —reconocí.

—Y te sorprendiste. ¡Pensaste que Birria era tan joven como para dejarse arrastrar por ellos y que sólo yo soy lo bastante mayor para verles las plumas!

—Creo que tú tienes suficientes admiradores… pero estás en lo cierto en lo que concierne a la chica. ¿Qué tiene de malo que Birria rechazase a Heliodoro y que sea capaz de prescindir de la popularidad fácil?

—Es ambiciosa. No le interesa una breve noche de pasión a cambio de una prolongada desilusión, lo que quiere es trabajar.

Acabé por deducir que Frigia odiaba a la bella joven menos de lo que habíamos supuesto. Evidentemente Frigia estaba de acuerdo con que Birria

tuviese grandes ambiciones teatrales y quizá le deseaba toda la suerte del mundo. Podía deberse a un motivo muy clásico: Birria recordaba a Frigia sus propias mocedades.

—Por lo tanto, estudia arte dramático y no se mete con nadie. —Era harto probable que esa actitud sacara de quicio a los hombres—. ¿Hay alguien que esté loco por ella, que ame desde lejos a la aplicada Birria?

—Ya te lo dije: ¡todos los malditos cabrones! —respondió Frigia.

Lancé un ligero suspiro.

—Pues ahora dime si crees que había alguien dispuesto a quitar de en medio a Heliodoro.

—Te lo diré —accedió plácidamente—. Falco, en conjunto tomar la delantera es algo ajeno a los hombres… sobre todo si se trata de una mujer.

Como Frigia parecía dispuesta a seguir hablando conmigo —a pesar de que yo era uno de esos ejemplares débiles—, repasé pragmáticamente la lista de sospechosos:

—Tiene que ser alguien que estuvo en Petra con vosotros. Si exceptuamos a tu marido… —Ni la más mínima expresión demudó su rostro—. Nos quedan los dos payasos, el apuestísimo Filócrates, el cartelero Congrio y Davos. Éste parece un personaje interesante…

—¡Él no pudo ser! —me interrumpió Frigia tajante—. Davos no cometería ninguna tontería. Es un amigo de toda la vida y no te permitiré que lo agravies. Es muy sensible… y brilla por su discreción.

La gente suele creer que sus amigos íntimos están por encima de toda sospecha. De hecho, son altísimas las probabilidades de que alguien que muere violentamente en el imperio haya sido traicionado por su amigo más antiguo.

—¿Davos se llevaba bien con el dramaturgo?

—Lo consideraba caca de mula, pero es lo que opina de la mayoría de los dramaturgos —explicó coloquialmente.

—Lo tendré presente cuando hable con él.

—No te preocupes. Davos te lo dirá porque, en este aspecto, no tiene pelos en la lengua.

—Me encantará oírlo de su propia boca.

Ya había oído demasiados comentarios sobre las artes creativas. Era tarde, la jornada había sido terrorífica, seguramente Helena había empezado a preocuparse y la idea de calmar sus ansiedades me resultaba más atractiva a cada minuto que pasaba.

Comenté que me parecía que había dejado de llover y, con tono roncamente filial, me despedí de la madre de la compañía.

Acababa de poner un pie en mi tienda cuando me di cuenta de que esa noche tendría que haber estado en otra parte.

OceanofPDF.com

XX

A nuestro sacerdote nabateo le había ocurrido algo.

Davos sostenía a Musa como si éste estuviera a punto de desmayarse. Estaban en el sector de la tienda que nos correspondía y Helena se encontraba presente. Musa chorreaba agua por los cuatro costados y temblaba, no sé si de frío o de terror. Estaba pálido como un fantasma y parecía conmocionado.

Miré a Helena y me di cuenta de que acababa de empezar a enterarse de lo sucedido. Se hizo discretamente a un lado y avivó el fuego mientras Davos y yo quitábamos al sacerdote la ropa empapada y lo cubríamos con una manta. Aunque menos fornido que el actor o que yo, el físico del nabateo era asaz sólido: lo habían aguerrido los años dedicados a escalar las elevadas montañas de la ciudad que lo vio nacer. Musa mantenía la vista fija en el suelo.

—¡Apenas ha abierto la boca! —informó Davos.

Tratándose de Musa no era tan raro.

—¿Qué pasó? —inquirí decidido—. Llueve como mean los clientes que van al retrete de una casa de baños en la que el agua está fría, pero no debería estar tan mojado.

—Se cayó en un embalse.

—¡Davos, no empecemos!

—¡Te juro que es verdad! —se justificó con actitud tiernamente avergonzada—. Después de la función, algunos fuimos en busca de la taberna que los payasos creían haber visto…

—¡No me lo puedo creer! ¿Os fuisteis en medio de esta tormenta?

—Los actores necesitamos relajarnos y alguien convenció a tu amigo de que nos acompañara.

—Tampoco me lo creo. Jamás lo he visto beber.

—Pues parecía interesado —insistió Davos.

Musa no dijo ni pío, tembló arropado en la manta y puso cara de estar más tenso que de costumbre. Supe que no podía confiar en Musa porque representaba la frontera entre civilización y barbarie, así que observé al actor y me pregunté si era digno de confianza.

Davos tenía el rostro cuadrado y ojos de mirada apacible y pesarosa. El pelo negro, corto y bien peinado coronaba su cabeza. Su configuración se semejaba a un montículo de piedras celtas: básica, duradera, confiable y de base ancha; no eran muchas las cosas que podrían derribarlo. Su visión de la vida era amarga. Daba la impresión de que ya había visto el espectáculo… y de que no derrocharía dinero pagando otra vez la entrada. En lo que a mí me interesaba, parecía demasiado enconado para tomarse la molestia de simular, aunque yo sabía que, en el caso de que pretendiera engañarme, era lo bastante buen actor para conseguirlo.

De todos modos, me resultaba imposible ver en Davos a un asesino.

—Cuéntame qué ocurrió.

Davos siguió desgranando el relato. Su voz, de un extraordinario registro de barítono, hizo que pareciese una interpretación ante el público. Esa es la pega de los actores: todo lo que dicen es perfectamente creíble.

—Se suponía que el fabuloso local con espectáculo del que hablaron los gemelos se encontraba al otro lado de la muralla, en el sector oriental de Bostra…

—Pasa por alto el itinerario para turistas.

Me maldije a mí mismo por no haber estado cerca. Si hubiera participado de ese recorrido de locos, tal vez habría sido testigo de lo que ocurrió… y puede que hasta hubiese podido impedirlo… y que de paso hubiera conseguido una copa.

—¿Qué es eso del embalse? —pregunté.

—Hay un par de grandes cisternas para guardar el agua de lluvia. —Esa noche debían de estar a tope. La fortuna dejaba caer sobre Bostra las precipitaciones de todo un año—. Tuvimos que rodear una de las cisternas. Está circundada por un inmenso terraplén. Hay un estrecho sendero elevado, los que íbamos hicimos alguna que otra tontería y, sin darnos cuenta, Musa resbaló y cayó al agua.

Davos hizo una siniestra pausa, ya que callar no habría sido digno de él. Le dirigí una prolongada mirada, cuyo significado se caía de maduro tanto dentro como fuera del escenario.

—¿Quiénes fuisteis los que hicisteis tonterías? ¿Qué es eso de que Musa «resbaló»?

El sacerdote levantó la cabeza por primera vez. Continuó en silencio, pero observó a Davos cuando me respondió:

—¿Quién crees que anduvo tonteando? Para empezar, los gemelos y, en segundo lugar, varios utileros. Simulaban empujarse en el borde del sendero. Lo que no sé es cómo resbaló Musa.

El joven sacerdote nabateo no intentó darnos una explicación. De momento preferí dejarlo en paz.

Helena entró con algo caliente para Musa. Se ocupó protectoramente de él, lo que me permitió hablar a solas con el actor.

—¿Estás seguro de no haber visto a la persona que empujó a nuestro amigo?

Al igual que yo, Davos bajó la voz.

—No sabía que tenía que estar atento. Me concentré en el camino. Estaba muy oscuro y resbaladizo y, por si eso fuera poco, los juerguistas hacían de las suyas.

—¿El accidente fue de camino a la taberna o durante el regreso?

—Fue durante la ida.

En consecuencia, nadie estaba trompa. Davos captó el hilo de mis pensamientos: si alguien había tendido una zancadilla al nabateo, quienquiera que fuese estaba decidido a hacerlo caer.

—¿Qué opinas de Tranio y Grumio? —pregunté pensativo.

—Son un par de chalados, pero es lo tradicional. Ser todas las noches ingeniosos en el escenario vuelve imprevisibles a los payasos. Y nadie puede censurarlos después de haber oído el repertorio de chistes de los dramaturgos. —Me encogí de hombros y acepté ese insulto profesional, como Davos esperaba que hiciese—. En mi opinión, la mayoría de los payasos se han caído demasiadas veces de la escalera. —Supuse que se refería a un truco escénico. Debí de poner cara de diversión, pues Davos se explayó—: Tienen la sesera abollada y les faltan piezas.

—Nuestro par parece bastante espabilado.

—Lo suficiente para crear problemas —coincidió el actor.

—¿Serían capaces de llegar al extremo de matar?

—Falco, eso has de decirlo tú, para eso eres el investigador.

—¿Y quién ha dicho que soy investigador?

—Lo mencionó Frigia.

—En ese caso, hazme un favor. ¡No corras más la voz! Las habladurías no me facilitarán el trabajo. —En esa compañía era imposible hacer discretas averiguaciones. No había nadie capaz de morderse la lengua y dejarte trabajar en paz—. ¿Frigia y tú sois muy amigos?

—Conozco a esa tía maravillosa desde hace veinte años, si es a esto a lo que te refieres.

Noté que, desde el otro lado de la hoguera, Helena Justina observaba a Davos con curiosidad. Más tarde, una vez terminado el escrutinio, mi intuitiva amiga me diría si en el pasado Davos había sido amante de Frigia, si lo era ahora o si simplemente deseaba serlo. El actor había hablado con la seguridad de un viejo conocido, de un integrante de la *troupe* que se había ganado el derecho de que lo consultaran antes de incorporar a un nuevo miembro.

—Frigia me comentó que le ofrecieron representar el papel de Medea en Epidauro.

—Ah, sí —murmuró en voz baja y esbozó una tenue sonrisa.

—¿La conocías entonces?

A modo de respuesta, Davos asintió con la cabeza. Era una suerte de réplica, el tipo de contestación sencilla que conduce a un callejón sin salida.

Decidí ir directamente al grano.

—Davos, ¿qué me dices de Heliodoro? ¿Cuánto tiempo hacía que lo conocías?

—¡Demasiado! —Esperé, por lo que el actor acotó con más temperamento—: Cinco o seis temporadas. Cremes lo encontró en el sur de Italia. Conocía varias lenguas y parecía la persona ideal para el trabajo.

Esta vez decidí ignorar la pulla.

—¿No os llevabais bien?

—¿Te he oído bien?

Más que cruel fue discreto. La crueldad, que se sustenta en motivos simples como la culpa y el miedo, es más fácil de detectar. La discreción puede abarcar diversas explicaciones, incluida la más directa: que Davos era un hombre de personalidad afable. De todos modos, no achaqué su actitud reservada a una simple cuestión de tacto.

—¿Era un autor espantoso o se trataba de una cuestión personal?

—Era un autor realmente espantoso… y lo despreciaba con toda mi alma.

—¿Por qué?

—¡Por infinidad de razones! —Repentinamente Davos se impacientó, se puso de pie y decidió dejarnos. Empero, la costumbre de pronunciar un bocadillo al salir pudo con él—: Si aún no ha ocurrido, estoy seguro de que alguien te comentará que acababa de decirle a Cremes que el dramaturgo

era un alborotador y que había que apartarlo de la compañía. —Davos tenía influencia, por lo que su palabra contaba. Pero ahí no acababa la cosa—. En Petra di un ultimátum a Cremes: o despedía a Heliodoro o ya podía dejar de contar conmigo.

Mi sorpresa fue tal que apenas logré espetar:

—¿Y cuál fue su decisión?

—No tomó ninguna decisión. —Su tono desdeñoso demostraba que, si detestaba al dramaturgo, la opinión que Davos tenía del empresario era igualmente mala—. La única vez en la vida que Cremes tomó una decisión fue cuando se casó con Frigia… y fue ella quien lo organizó debido al apremio de las circunstancias.

Temerosa de que yo siguiera haciendo preguntas, Helena me pegó una patada. Es una chica alta, de piernas increíblemente largas. La visión de su delgado tobillo me produjo una emoción de la que en ese momento no podía disfrutar como correspondía. Era una advertencia innecesaria: hacía mucho tiempo que yo era investigador. Reconocí la alusión pero, de todas maneras, hice la pregunta:

—¿He de entender que se trata de una confusa referencia a un embarazo no deseado? Supongo que ese niño murió porque Cremes y Frigia no están rodeados de hijos. —Davos apretó los labios y continuó en silencio, como si reconociera a regañadientes que así era—. ¿Y esa situación dejó a Frigia encadenada a Cremes, sin necesidad de que así fuera? ¿Lo sabía Heliodoro?

—Lo sabía.

Ahogado en su propia ira, Davos reconoció la mía. Dio una respuesta sucinta y dejó que dedujese por mi cuenta la desagradable segunda parte.

—¿Y lo aprovechó para atormentar con su habitual actitud amistosa a los involucrados?

—Sí. Removió las heridas de ambos siempre que se le presentó la ocasión.

Aunque no necesitaba más explicaciones, intenté presionar a Davos:

—Y tomó el pelo a Cremes con el matrimonio del que se arrepiente…

—Cremes sabe que es lo mejor que hizo en su vida.

—¿Y atormentó a Frigia por ser la malcasada, por desaprovechar sus posibilidades en Epidauro y, probablemente, por perder a su hijo?

—La atormentó con todas estas cosas —confirmó Davos, tal vez con más cautela.

—Por lo visto era violento. No me extraña que quisieses que Cremes se deshiciera de él.

En cuanto lo dije me percaté de que podía interpretarse como una alusión a que Cremes había ahogado al dramaturgo. Davos lo captó, pero se limitó a sonreír con desgana. Tuve la sospecha de que, si en algún momento acusaba a Cremes, Davos sería alegre testigo y vería cómo lo condenaban… al margen de que el cargo fuese justo o no.

Siempre presta a la hora de calmar los ánimos, Helena intervino:

—Davos, puesto que Heliodoro siempre hacía mucho daño a quienes lo rodeaban, supongo que el empresario tenía sobradas excusas y un motivo personal para despedirlo cuando se lo pediste.

—Cremes es incapaz de tomar decisiones, incluso las más sencillas. Y ésta era muy compleja —informó Davos a Helena.

El actor abandonó nuestra tienda sin darnos la oportunidad de preguntarle por qué se trataba de una decisión difícil.

OceanofPDF.com

XXI

Empezaba a hacerme una idea de la situación: Cremes, Frigia y Davos, que encajaba como viejo amigo que había lamentado sus errores y sus propias oportunidades desaprovechadas. Cuando Helena me miró, contrasté mis divagaciones:

—¿Qué opinas?

—Davos no está involucrado —respondió lentamente—. Me parece que es posible que, en el pasado, para Frigia él tuviera más importancia de la que tiene ahora, pero eso fue hace mucho. Después de veinte años de trato con Cremes y con ella, ahora sólo es un amigo crítico pero leal.

Helena me había calentado un poco de miel. Se puso en pie y la apartó del fuego. Acepté el cuenco, me repantigué y dirigí a Musa una sonrisa tranquilizadora. Permanecimos en silencio unos minutos. Formamos un grupo cerrado y analizamos los acontecimientos.

Percibí un cambio de atmósfera. En cuanto Davos abandonó la tienda, Musa se relajó y adoptó una actitud más abierta. En lugar de acurrucarse bajo la manta, se atusó el pelo, que había empezado a secarse, por lo que las puntas se rizaron absurdamente. Le daba un aspecto juvenil. Sus ojos oscuros denotaban una expresión cavilante. Algo tan simple como que yo pudiera interpretar su expresión suponía un cambio en el nabateo.

Me di cuenta de lo que ocurría. Había visto que Helena lo cuidaba como si fuera nuestro, al tiempo que Musa aceptaba sus atenciones casi sin huellas de su acendrada cautela. Hacía dos semanas que estábamos juntos y había sucedido lo peor: el maldito pegote nabateo se había incorporado a la familia.

—Falco —dijo Musa.

Por lo que recordaba, jamás se había dirigido a mí llamándome por mi nombre. Le hice una señal con la cabeza, un gesto amable. Musa aún no había alcanzado la categoría de ser despreciable que reservo para mis parientes consanguíneos.

—Cuéntanos qué ocurrió —murmuró Helena.

Hablábamos en voz baja, como si temiéramos que alguien acechara en los alrededores de la tienda. Era muy improbable porque todavía hacía una

noche de los mil demonios.

—Fue una salida absurda, mal organizada y peor planificada. —Al parecer, Musa había considerado esa noche de juerga en la ciudad como una maniobra militar—. No llevábamos teas suficientes y las que teníamos casi se apagaron a causa de la lluvia.

—¿Quién te propuso participar en esa borrachera? —inquirí. Musa se puso a pensar.

—Me parece que fue Tranio.

—¡Me lo sospechaba!

Tranio no era mi principal sospechoso —mejor dicho, aún no lo era porque yo carecía de pruebas—, pero era el primero de la fila como alborotador.

—¿Por qué accediste a ir? —quiso saber Helena.

Musa le dirigió una asombrosa sonrisa que dividió su cara en dos.

—Porque pensé que usted y Falco se pondrían a discutir sobre la obra.

Era la primera broma que Musa hacía y apuntaba a mí.

—¡Nosotros jamás discutimos! —protesté.

—En ese caso, pido perdón.

Musa utilizó el tono amable pero falso de quien comparte nuestra tienda y sabe la verdad.

—¡Háblanos del accidente! —lo apremió Helena sonriente.

El sacerdote también sonrió, con más picardía que nunca, pero no tardó en ponerse serio en cuanto refirió los hechos.

—Era difícil caminar por el sendero estrecho. Avanzábamos a trompicones, con las cabezas bajas. Varios protestaron, pero nadie estaba dispuesto a sugerir que emprendiésemos el regreso. Cuando llegamos al terraplén elevado de la cisterna, noté que alguien me empujaba así… —Súbitamente me dio un golpe seco con la palma de la mano en donde la espalda pierde su nombre. Tensé las piernas para no caer sobre las llamas. Musa tenía mucha fuerza—. Rodé por el terraplén…

—¡Por Júpiter! ¡Y encima no sabes nadar!

Como yo no sé nadar, la situación vivida por el nabateo me parecía horrible. Los ojos oscuros de Musa chispearon divertidos.

—¿Por qué lo dices?

—Me parece una deducción sensata, dado que vives en una ciudadela del desierto…

Musa frunció el ceño con gesto desaprobador, como si yo acabara de decir un disparate.

—En Petra hay cisternas para juntar agua. Los niños siempre juegan en los embalses. Claro que sé nadar.

—¡Qué alivio!

Por eso había salvado la vida. No obstante, alguien debió de hacer la misma deducción errónea que yo.

—Estaba tan oscuro que no se veía nada —prosiguió Musa con su tono ligero y coloquial—. Me sobresalté. El agua estaba tan fría que jadeé y me quedé sin aliento. No sabía por dónde salir y me asusté. —Como todo lo que hacía o decía, lo admitió sincera y directamente—. Me di cuenta de que el agua era muy profunda. Me pareció que superaba varias veces la altura de un hombre. En cuanto recuperé el aliento grité a voz en cuello.

Helena frunció el ceño colérica.

—¡Es aterrador! ¿Nadie te echó una mano?

—Davos no tardó en encontrar el modo de bajar hasta el borde. Gritó órdenes no sólo a mí, sino a los demás. Me parece que es… que es competente. —Musa buscó la forma de expresarlo en griego—. Entonces se acercaron todos: los payasos, los utileros y Congrio. Varias manos me sacaron del agua, pero no sé de quiénes eran.

Eso no quería decir nada. En cuanto quedó de manifiesto que Musa no se había ahogado y que sería rescatado, el que lo arrojó al agua contribuyó a salvarlo para cubrir sus propias huellas.

—Lo que cuenta es la mano que te empujó. —Pensé en nuestra lista de sospechosos e intenté imaginar quién había hecho qué cosas en ese terraplén y en plena oscuridad—. No has mencionado a Cremes ni a Filócrates. ¿Eran de la partida?

—No.

—A juzgar por los hechos, podemos excluir a Davos como autor, pero tendremos que estar atentos a los demás. ¿Sabes quién caminaba más cerca de ti antes del accidente?

—No estoy seguro, pero me parece que los gemelos. Poco antes había estado charlando con Congrio, el cartelero, que al final quedó rezagado. Dada la altura del sendero y el viento que soplaba, aminoramos el paso y nos distanciamos. Se veían figuras, pero no era posible identificarlas.

—¿Avanzabais uno tras otro?

—No. Yo iba solo y los demás en grupos. El sendero es muy ancho. Parecía peligroso por la altura, por la oscuridad y porque la lluvia lo tornó resbaladizo.

Cuando hablaba Musa era muy preciso: se trataba de un individuo inteligente que se expresaba en una lengua que no era la propia. Asimismo era un hombre cargado de prudencia. No son muchos los que, al haberse salvado de la muerte por los pelos, mantienen la calma.

Se hizo un breve silencio. Como de costumbre, fue Helena la que se armó de valor y lo rompió con la pregunta más difícil:

—Musa fue empujado adrede al agua. ¿Por qué se ha convertido en blanco de un ataque?

La respuesta de Musa también fue precisa:

—La gente cree que vi al asesino del anterior dramaturgo.

Experimenté una ligera sacudida. Por el modo de expresarse de Musa, parecía que el mero hecho de ser dramaturgo fuera peligroso.

Medité lentamente la sugerencia del nabateo.

—Pues nosotros no se lo dijimos a nadie. Siempre he dicho que eres nuestro intérprete.

—Es posible que el cartelero nos oyese hablar ayer —dijo Musa.

Me gustaba la forma en que operaba su mente. Había percibido —lo mismo que yo— que Congrio acechaba muy cerca y había optado por considerarlo sospechoso.

—O tal vez le contó a alguien lo que oyó por casualidad. —Maldije para mis adentros—. Musa, te pido disculpas si mi atolondrada propuesta de ponerte como señuelo provocó este accidente.

—De todos modos, ya sospechaban de nosotros —dijo Helena—. Me he enterado de que corren todo tipo de rumores sobre los tres.

—Pues hay algo que es seguro —añadí—. Al habernos unido a la compañía hemos puesto muy nervioso al asesino del dramaturgo.

—Estaba allí —confirmó Musa con expresión sombría—. Sé que estaba allí, en el terraplén, encima de mí.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando caí al agua nadie pareció oír el chapoteo. Me hundí muy rápido y luego salí a la superficie. Intentaba recuperar el aliento y al principio no pude gritar. Durante unos segundos me sentí totalmente solo. Oía a los demás como si estuvieran muy lejos. Noté que sus voces se debilitaban a medida que se alejaban.

Musa calló y permaneció con la mirada fija en el fuego. Helena me cogió la mano y, al igual que yo, compartió el tenebroso momento de soledad de Musa mientras luchaba por sobrevivir en las negras aguas del embalse, al tiempo que la mayoría de sus compañeros seguían su camino sin enterarse de lo que ocurría.

El rostro del nabateo se tornó inexpresivo y todo su cuerpo estaba inmóvil. Ni desvarió ni hizo desaforadas amenazas para el futuro. Con su tono de voz nos comunicó claramente que el asesino del dramaturgo debía cuidarse mucho de volver a enfrentarse con él.

—Está aquí —afirmó Musa—. Entre las voces que se alejaron en la oscuridad, oí a un hombre que se ponía a silbar.

Exactamente igual al hombre que oímos silbar cuando empezó a descender de La Cumbre.

—Musa, lo siento —volví a disculparme discretamente—. Tendría que haberlo previsto. Debería haberte protegido.

—Estoy ileso y todo va bien.

—¿Tienes una daga?

Musa se había tornado vulnerable y yo estaba dispuesto a darle la mía.

—Sí.

Cuando los desvestimos, Davos y yo no la vimos.

—Llévala contigo.

—De acuerdo, Falco.

—Y la próxima vez úsala —añadí.

—Sí, lo haré. —Volvió a utilizar ese tono corriente que estaba en contradicción con las apremiantes palabras. Musa era sacerdote de Dushara, de lo que deduje que sabía usar la daga. Al hombre que había silbado en la oscuridad le aguardaba un destino rápido y pegajoso—. Falco, tú y yo encontraremos al bandido de las colinas. —Musa se incorporó y se cubrió recatadamente con la manta—. Creo que ahora deberíamos irnos a dormir.

—Tienes razón. —Le devolví el chiste que había hecho—: Helena y yo todavía tenemos mucho que discutir.

Una mirada divertida demudó la expresión de Musa.

—¡Ja, ja! En ese caso, hasta que terminen volveré al embalse.

Helena arrugó el entrecejo.

—¡Musa, vete a la cama!

Al día siguiente partimos hacia Decápolis. Me prometí mantener los ojos bien abiertos por la seguridad de todos nosotros.

OceanofPDF.com

Segundo acto: DECÁPOLIS

La escena transcurre a lo largo de las semanas siguientes. La ambientación se compone de diversas carreras pedregosas y ciudades de aspecto poco acogedor, emplazadas en las laderas de las colinas. Diversos camellos deambulan por ahí y son curiosos testigos de cuanto acontece.

SINOPSIS: *Falco* —dramaturgo a destajo—, su cómplice *Helena* y *Musa* —el sacerdote que ha dejado su templo por razones muy imprecisas— recorren Decápolis en busca de la verdad. Como se sospecha que son impostores enseguida se encuentran en peligro a causa de un *conspirador* anónimo que seguramente se oculta entre sus nuevos amigos. Alguien tendrá que elaborar un plan inteligente para rasgar las vestiduras de su disfraz…

OceanofPDF.com

XXII

Filadelfia: un bonito nombre griego para una bonita ciudad griega que actualmente está bastante maltrecha. Hacía unos pocos años habría sufrido el saqueo de los judíos insurrectos. Los fanáticos de Judea siempre odiaron las colonias helénicas de la otra orilla del Jordán, en Decápolis, sitios donde la buena ciudadanía —arte que cualquiera podía aprender en una correcta escuela pública griega— contaba más que la herencia de una severa religión transmitida por lazos de sangre. Los merodeadores de Judea dejaron claro qué pensaban de esa tolerancia gratuita infligiendo graves daños a las propiedades. A renglón seguido el ejército romano a las órdenes de Vespasiano puntualizó a los habitantes de Judea qué pensábamos nosotros sobre los daños a las propiedades asestando duros golpes a las suyas. Por aquel entonces Judea era una preciosidad y Decápolis disfrutaba de un nuevo período de estabilidad.

Filadelfia estaba rodeada de empinadas colinas, siete en total, mucho más áridas que las colinas fundacionales de Roma. Contaba con una escarpada ciudadela perfectamente situada y la ciudad se extendía hacia afuera y hacia abajo y daba al lecho de un estrecho valle en el que un arroyo desplegaba todo su atractivo. Me alegró comprobar que esa vía de agua volvía superflua la necesidad de tener cisternas. Sentamos campamento y nos apostamos en las tiendas para lo que supuse sería una larga espera, mientras Cremes negociaba las condiciones de nuestra representación.

Acabábamos de entrar en la Siria romana. Durante el trayecto entre Petra y Bostra había estudiado el arcón con las obras de la compañía y en el camino a Decápolis pude concentrarme en nuestro entorno. Se suponía que la carretera de Bostra a Filadelfia era buena, lo que significaba que muchas personas la utilizaban, lo cual no es lo mismo.

En aquellos parajes no era fácil ser un grupo teatral ambulante. La gente del campo nos detestaba porque nos identificaban con las ciudades helenizadas en las que representábamos, al tiempo que los ciudadanos nos consideraban nómadas poco civilizados en virtud de que nos desplazábamos. En las aldeas en las que había mercado semanal no teníamos nada que ofrecer a sus gentes; las ciudades eran centros

administrativos en los que no pagábamos capitación ni contribución y no teníamos derecho al voto, de modo que también nos consideraban forasteros.

Hay que reconocer que, si en las ciudades nos despreciaban, nosotros también teníamos nuestros prejuicios. Los romanos veíamos esas ciudades fundadas por los griegos como semilleros de libertinaje. De todos modos, Filadelfia ofrecía muy pocas cosas en este sentido. Creedme, ya que las busqué con tenacidad. La ciudad era muy próspera, aunque a cualquier romano le habría parecido un lugar atrasado.

Tuve la sospecha de que era un rasgo típico. De no ser por las grandes rutas comerciales, Oriente no habría sido, para Roma, más que un tapón para defenderse del poderío de los partos. Ni siquiera las rutas comerciales modificaban la impresión de que las diez ciudades eran, básicamente, pequeñas ciudades que solían erigirse en medio de la nada. Algunas habían alcanzado cierta categoría cuando Alejandro reparó en ellas en su avance hacia la dominación mundial y todas ocuparon un lugar de la historia cuando Pompeyo las liberó de los pertinaces saqueadores judíos y estableció la Siria romana. Siria era importante porque constituía nuestra frontera con Partia. Los partos ardían de indignación en la otra orilla del Éufrates, pero el río distaba muchos kilómetros de Decápolis.

Por suerte en las ciudades hablaban griego, de modo que pudimos regatear y enterarnos de las noticias.

Cuando llegamos Grumio preguntó significativamente:

—¿Ahora enviaréis de regreso a vuestro «intérprete»?

—¿Para qué? ¿Para evitarle otro chapuzón?

Yo estaba enojado porque Musa aún no había terminado de secarse después del remojón casi letal.

Helena le respondió con más aplomo:

—Musa es nuestro compañero de viaje y amigo.

Como de costumbre, Musa permaneció en silencio hasta que los tres nos reunimos en la tienda. Frunció el ceño con burlón gesto de sorpresa y comentó:

—Veo que somos amigos.

Esa frase contenía un mundo de afable diversión. Musa poseía el tierno encanto de muchos habitantes de la región… y lo utilizaba prodigiosamente. Había captado que pertenecer a la familia Falco te daba el derecho definitivo a hacer el ridículo.

Para animar Filadelfia, Cremes pensaba poner en escena *La cuerda* de Plauto. La cuerda apenas aparece en la trama, ya que el objeto importante e interesante es un disputado baúl de viaje, que en el original griego es, más bien, un morral, pero los dramaturgos romanos sabemos soñar cuando adaptamos una obra de teatro. Sin embargo, hay un prolongado tira y afloja por la posesión del baúl, que en nuestra función sería interpretado por Tranio y Grumio. Ya los había visto ensayar la escena. Su ridícula actuación era muy pedagógica para un dramaturgo en ciernes y enseñaba, sobre todo, que el argumento es lo de menos.

Es el «meollo» lo que hace vibrar a las multitudes pero, por mucho que afiles tu estilete, no puedes escribir la palabra «meollo».

En Filadelfia perdí muchas horas preguntando por la organista de Talía y la suerte no me sonrió. Tampoco reconocieron el otro nombre que mentí: Habib, el misterioso empresario sirio que había visitado Roma y mostrado un dudoso interés por el mundo circense. Me pregunté si la esposa de Habib estaba al tanto de que, mientras representaba el papel de viajero mundano, a su marido le gustaba trabar amistad con bailarinas pechugonas que practicaban el numerito de las serpientes. Helena me recomendó que no me preocupase, que seguramente la esposa estaba enterada de todo.

Al volver al campamento vi que Grumio ensayaba espectaculares acrobacias. Le pedí que me enseñase a caer de la escalera, truco que me parecía de suma utilidad para la vida cotidiana. Intentarlo fue una estupidez ya que no tardé en caer sobre la misma pierna que hacía dos años me había roto. Acabé amoratado, cojeando y preocupado porque podría haberme fracturado el hueso por segunda vez. Mientras Grumio meneaba la cabeza a causa del incidente, me arrastré hasta la tienda para recuperarme.

Me tendí en la cama quejumbroso y Helena se instaló afuera con material de lectura.

—¿Quién tuvo la culpa? —preguntó—. ¿Hiciste el tonto o alguien te dejó fuera de combate?

Con la boca pequeña reconocí que me lo había buscado. Luego de un fugaz murmullo de solidaridad, Helena cerró la puerta de la tienda y me dejó en la semioscuridad, como si hubiese sufrido una conmoción cerebral. Pensé que su actitud tenía algo satírico y llegué a la conclusión de que, de todos modos, una siesta no me sentaría nada mal.

Hacía mucho calor. Nos tomábamos las cosas con mucha calma, pues sabíamos que más tarde nos asaríamos. Hay que cuidarse del agotamiento

cuando uno no está acostumbrado a las condiciones del desierto. Estaba a punto de echar una larga siesta y, a medida que me hundía en el sueño, oí que Helena saludaba a un transeúnte.

Lo habría ignorado si la voz masculina que le respondió no hubiese estado cargada de autosuficiencia. Tenía un magnífico y amplio tono de tenor, con seductoras modulaciones. Supe de quién se trataba: era Filócrates, que se consideraba el ídolo de todas las mujeres.

OceanofPDF.com

XXIII

—¡Vaya, hola! —respondió Filócrates, más contento que unas castañuelas por haber llamado la atención de mi aristocrática flor.

Ningún hombre necesitaba una charla previa con el banquero para darse cuenta de que hablar con Helena Justina merecía la pena.

Aunque me incorporé, permanecí en la tienda.

Desde mi oscuro refugio oí que Filócrates se acercaba, pues las elegantes botas de cuero que resaltaban sus viriles pantorrillas crujieron sobre el terreno pedregoso. El calzado era su única extravagancia y lucía el resto de su andrajosa vestimenta como si gastara prendas reales. A decir verdad, Filócrates llevaba la ropa como quien está a punto de quitársela con propósitos indecentes. Desde las gradas del teatro resultaba enormemente apuesto y sería absurdo fingir lo contrario. Claro que si lo veías a corta distancia se convertía en una ciruela madura, demasiado blanda y pocha bajo la piel. Aunque su físico era proporcionado, se trataba de un ejemplar bastante menudo. Como era más alto, yo veía por encima de sus rizos perfectamente acicalados y Frigia permanecía sentada en la mayoría de las escenas que representaban.

Me lo imaginé posando delante de Helena… e hice un esfuerzo por no figurarme a Helena impresionada por su arrogante apostura.

—¿Puedo hacerte compañía?

Filócrates no daba rodeos.

—Encantada.

Me dispuse a salir hecho una furia y defenderla, pero me pareció que Helena hacía ingentes esfuerzos por afrontar la situación. Por su tono de voz percibí que sonreía soñolienta y dichosa. Oí que Filócrates se tumbaba a sus pies donde, en lugar de parecer un enano presuntuoso, tendría mejor pinta.

—¿Qué hace sola aquí una mujer tan bella como tú?

Por todos los dioses, era un prolegómeno tan antiguo que la frase estaba cubierta de moho. Seguramente después agitaría las aletas de la nariz y le preguntaría si quería ver sus heridas de guerra.

—Disfruto de este día maravilloso —respondió Helena, con más serenidad de la que había mostrado conmigo cuando intenté tratarla, ya que solía largarme manotazos como a un avispón que ronda el pote de miel.

—Helena, ¿qué estás leyendo?

—A Platón.

Ahí acabó la plática intelectual.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Filócrates y, por lo visto, ésa era su muletilla.

—Vaya, vaya —repitió Helena plácidamente.

Cuando se lo proponía, podía ser muy poco solícita con los hombres que pretendían impresionarla.

—Llevas un vestido muy bonito.

Helena vestía de blanco, color que, como le había repetido al infinito, no le sentaba bien.

—Gracias —repuso recatadamente.

—Apuesto a que estás todavía más bonita sin vestido…

¡Por los cojones de Marte! Desperté del todo y me dispuse a esperar a que mi joven dama reclamase mi protección.

—Aunque parezca una paradoja científica, cuando hace tanto calor la gente está más cómoda si se cubre —afirmó Helena Justina con absoluta serenidad.

—¡Es fascinante! —Filócrates lo dijo como si hablara en serio, aunque tuve la sospecha de que la ciencia no era su fuerte—. Me he fijado en ti y pareces una mujer interesante. —Helena era mucho más interesante de lo que este cabrón superficial podía imaginar, pero si se le ocurría investigar sus mejores cualidades conocería la puntera de mis botas—. ¿Cuál es tu signo del Zodíaco? —preguntó. Filócrates era uno de esos cerebros de mosquito que creen que la astrología es la vía más directa para una fácil conquista—. Yo diría que has nacido bajo el signo de Leo…

¡Por Júpiter! Yo no hacía la pregunta «¿Cuál es tu signo del horóscopo?» desde que tenía once años. El actor tendría que haber adivinado que Helena era de Virgo, lo que siempre provocaba la risa, después de lo cual podías ir a por todas.

—Virgo —contestó Helena secamente, lo cual era un baldón para la astrología.

—¡Es sorprendente!

Debo admitir que Helena también me sorprendió. Por lo que recordaba cumplía años en octubre y mentalmente había hecho bromas con los de Libra, que son los que se dedican a sopesar los problemas. Y yo sería el que tendría problemas si no averiguaba la fecha exacta de su nacimiento.

—¡Vamos, Filócrates, dudo mucho de que pueda sorprendente! —comentó Helena.

La recatada pucelana debió de pensar que yo estaba dormido. Jugaba con Filócrates como si yo no existiera, cuando en realidad permanecía furioso al otro lado de la tienda de campaña, a pocos pasos de distancia.

Filócrates no captó la ironía y rió alegremente.

—¿De veras? ¡En mi experiencia, las mozas que se muestran muy serias y parecen vestales pueden resultar divertidísimas!

—Filócrates, ¿te has divertido con muchas chicas? —preguntó Helena inocentemente.

—Digamos que muchas chicas se han divertido conmigo.

—Supongo que debe de ser muy estimulante para ti —murmuró Helena.

Cualquiera que la conociese sabría que estaba pensando que probablemente no había sido tan divertido para ellas.

—Sé hacer unos cuantos trucos con la flauta del placer.

Si Filócrates llegaba a decir algo más, me vería obligado a salir de la tienda y a hacerle un apretado nudo de Hércules en la flauta del placer.

—Si se trata de un ofrecimiento, debo reconocer que me siento muy halagada. —Me di cuenta de que Helena sonreía—. Además de que no creo que pueda estar a la altura de tus mundanas demandas, tengo otros compromisos.

—¿Estás casada? —quiso saber el galán.

Helena detestaba que le hicieran esa pregunta y su tono se tornó mordaz.

—¿Te parece un aliciente? Supongo que engañar al marido es muy entretenido… Estuve casada.

—¿Tu marido ha muerto?

—Me divorcié.

En realidad, el hombre estaba muerto, pero Helena Justina jamás se refería a este asunto.

—¡Eres una chica dura de corazón! ¿Qué delito cometió el pobre hombre?

Helena siempre insultaba con frialdad:

—Veamos, era un macho corriente y arrogante, de precaria moralidad, incapaz de ser leal e insensible ante una esposa lo bastante educada para jugar limpio.

A Filócrates le pareció un comentario de lo más normal.

—¿Y ahora estás disponible?

—Ahora vivo con otra persona.

—Vaya, vaya… —Oí que el actor se acomodaba sobre las piedras—. ¿Dónde se ha metido el feliz escriba?

—Probablemente está bajo una palmera datilera, escribiendo una obra. Se toma a pecho su trabajo.

Helena sabía que yo jamás me tomaba la faena en serio, fuera cual fuese. Empero, se me había ocurrido una idea totalmente novedosa para una obra propia. Aunque no lo habíamos hablado, debió de adivinarme el pensamiento.

Filócrates se mofó.

—¡Es una verdadera lástima que su capacidad no esté a la altura de su dedicación! —El muy cabrón se las traía. Decidí quitarle como mínimo tres bocadillos en la próxima adaptación—. La curiosidad puede conmigo. ¿Qué es lo que el bendito Falco le ofrece a una chica despierta e inteligente como tú?

—Marco Didio posee notables cualidades.

—No es más que un aficionado al que, por lo visto, un mulo salvaje arrastró por la espesura. ¡Su corte de pelo debería considerarse un delito punible!

—Filócrates, a algunas chicas nos pirran los encantos chabacanos… Marco Didio es entretenido y cariñoso —precisó Helena—. Dice la verdad. No hace promesas a menos que pueda cumplirlas y a veces cumple promesas que ni siquiera ha hecho. —Helena puso la guinda a su parlamento—: Lo que más me gusta es su fidelidad.

—¿Lo dices en serio? Por lo visto sabe lo que se hace. ¿Estás segura de su fidelidad?

—¿Hay alguien que pueda estar seguro de la fidelidad de otro? Lo que cuenta es que yo le creo.

—¿Le crees porque te dice que es fiel?

—No, le creo porque nunca se siente en la obligación de decírmelo.

—¿He de suponer que estás enamorada de él?

—Supongo que sí —respondió Helena.

—¡Pues puede considerarse un hombre afortunado! —exclamó Filócrates con toda falsía. Rezumaba mofa—. ¿Jamás lo has traicionado? —Su tono albergaba expectativas.

—Jamás —replicó fríamente.

—¿Y no piensas intentarlo?

Por fin el galán empezó a cogerle el tranquillo a la situación.

—Lo más probable es que no… aunque nunca se sabe —añadió Helena elegantemente.

—Helena, cuando decidas libar de otro cuenco… y estoy seguro de que lo harás… recuerda que estoy disponible.

—Serás el primer candidato —prometió con tono ligero. Hacía diez minutos yo habría salido cabreado y rodeado el cuello del actor con uno de los tirantes de la tienda, pero permanecí inmóvil. Aunque la voz de Helena apenas cambió de inflexión, como la conocía me apresté a hacer caso de su cambio de táctica. Las tonterías ya habían terminado y Helena había decidido hacerse cargo de la situación—. Filócrates, ¿me permites que te haga una pregunta muy personal?

Por fin se le presentaba la oportunidad de hablar de sí mismo.

—¡Por supuesto!

—¿Te molestaría decirme qué relación sostenías con el dramaturgo ahogado?

Se produjo una breve pausa.

—¿Es el precio que hay que pagar para que te dignes conversar con alguien? —inquirió Filócrates despechado.

Helena Justina no se dejó intimidar.

—Sólo es el precio que hay que pagar por conocer a alguien que ha sido asesinado —lo corrigió—. Y probablemente por conocer al asesino. Claro que puedes negarte a responderme.

—De lo cual extraerás tus propias conclusiones.

—Ni más ni menos. ¿Tienes algo que decir?

—No me llevaba bien con él. De hecho, estuvimos a punto de llegar a las manos —confesó Filócrates sin ambages.

—¿A qué se debió? —Casi sin solución de continuidad, Helena acotó —: ¿Tuvo que ver con la rivalidad por una chica?

—Exacto. —Le sentó fatal tener que decirlo—. La misma mujer nos rechazó a los dos. De todos modos, tuve menos mala suerte que él.

Probablemente Filócrates se jactaba a modo de consuelo. Helena, que era una experta en arrogancia, no prosiguió con el tema.

—Estoy segura de que fue así —lo aduló—. Y no te preguntaré quién era la mujer.

—Por si quieres saberlo, se trata de Birria —replicó el galán sin poderse contener.

El pobre conejo estaba acorralado. Con toda la serenidad del mundo, Helena había dejado de ser un objeto de seducción para convertirse en su confidente.

—Lo lamento. Filócrates, de todos modos no creo que fuera algo personal. Me han dicho que Birria es terriblemente ambiciosa y rechaza las insinuaciones de todos los hombres. Estoy segura de que te sobrepusiste a ese desaire pero, ¿cómo se lo tomó Heliodoro?

—Muy mal porque no tenía sentido de la discreción.

—¿Siguió acosándola? Seguro que con esa actitud la volvió más inflexible.

—¡Eso espero! —masculló—. Al fin y al cabo, existían mejores ofertas.

—¡Desde luego! Si tú le hubieses hecho a Birria el honor de… Está claro que el dramaturgo y tú os enemistasteis por una chavala. ¿Lo odiabas lo bastante para matarlo?

—¡Por todos los dioses, claro que no! Sólo era una riña por una chica.

—Ah, claro. ¿Él adoptó la misma actitud?

—Probablemente se llenó de rencor, pues era así de cretino.

—¿Le planteaste alguna vez a Heliodoro que dejase de molestar a Birria?

—¿Por qué iba a hacer semejante cosa? —La sorpresa de Heliodoro parecía auténtica—. Ella me dio con la puerta en las narices. Lo que hiciera después no era asunto mío.

—¿Otras personas notaron que Heliodoro se convirtió en un incordio?

—Debieron de notarlo. Birria jamás se quejó porque eso habría empeorado las cosas. Pero todos sabíamos que él no dejaba de acosarla.

—¿Era un hombre que brillaba por su falta de tacto?

—Te aseguro que no tenía orgullo.

—Y Birria lo evitó en todo momento. ¿Heliodoro le atribuyó malos diálogos?

—Pésimos.

—¿Sabes si Birria tenía otros admiradores?

—No me fijé.

—Lo comprendo —murmuró Helena cavilante—. Me lo imagino… ¿Dónde estabas cuando Heliodoro dio su fatal paseo hasta La Cumbre?

—¿Te refieres a la última tarde? Había preparado el equipaje para abandonar Petra y aprovechaba el tiempo libre antes de la partida.

—¿Qué hacías?

Helena acababa de meterse en la boca del lobo. Filócrates se lanzó, triunfalmente vengativo:

—Estaba en uno de los sepulcros cavados en la roca, con la bonita esposa de un traficante de incienso… ¡echándole el polvo de su vida!

—¡Ha sido una indiscreción de mi parte preguntarte qué hacías! —logró murmurar mi amada, aunque sospecho que se ruborizó—. Lamento que entonces no nos conociéramos. Te habría pedido que le preguntaras el precio justo de la resina de incienso.

No sé si fue el valor o el sentido del humor de Helena lo que finalmente conmovió a Filócrates. Lo oí reír, percibí movimientos y su voz sonó a otro nivel: se había puesto de pie. Su tono cambió y, para variar, la admiración que expresó era sincera y generosa:

—Eres una mujer increíble. Cuando el cabrón de Falco te deje en la estacada, no lo llores. Ven a buscarme y consuélate conmigo.

Helena no le dio la réplica. Los menudos pies del actor, cubiertos con botas caras, se alejaron por el camino pedregoso.

Esperé un tiempo prudencial y salí de la tienda desperezándome.

—¡Qué bien, el bardo melifluo acaba de despertar! —se burló el amor de mi vida.

Los apacibles ojos de Helena me escrutaron desde la sombra del sombrero de ala flexible que la protegía del sol.

—Te estás buscando un pentámetro de lo más grosero.

Helena se había reclinado en una silla plegable y apoyado los pies en un fardo. Habíamos aprendido algo fundamental: cuando estás en el desierto, siempre que puedas debes montar tu tienda a la sombra de un árbol. Helena ocupaba el trocito de sombra restante. Filócrates debió de asarse como un salmonete mientras hablaba con ella tumbado al sol. Debo confesar que me alegré.

—Se te ve muy cómoda. ¿Has pasado una buena tarde?

—Ha sido muy tranquila —replicó Helena.

—¿Alguien te molestó?

—Nadie de quien no pudiera deshacerme… —Helena bajó suavemente la voz—. Hola, Marco.

Tenía una forma de saludarme que era casi insoportablemente íntima.

—Hola, belleza.

Me hice el duro. Era capaz de impedir que las artimañas femeninas socavaran mi ira, pero cuando Helena me sonrió tiernamente mi determinación se fue al garete.

Pasaban las horas y el sol quemante trazaba una curva camino del horizonte y perdía potencia. Cuando ocupara el lugar del actor, a los pies de Helena, la situación se tornaría agradable, a pesar de que el terreno era pedregoso y las piedras aún estaban calientes.

Helena se dio cuenta de que los había oído. Fingí estudiarla. Pese a los esfuerzos por mostrarme indiferente, un tendón del cuello se me tensó al pensar que Filócrates la había contemplado y le había hecho comentarios sugerentes.

—Detesto ese vestido, el blanco te hace muy pálida.

Helena movió los dedos de los pies dentro de las sandalias y replicó pacíficamente:

—Me lo cambiaré en cuanto me apetezca atraer a una persona que yo me sé.

El brillo de sus ojos me transmitió un mensaje muy personal.

Sonreí. Cualquier hombre que se precie tener buen gusto querría ver a Helena vestida de azul o de rojo. Yo era un tipo de buen gusto y, además, me apetecía ser sincero.

—No te tomes tantas molestias. Basta con que te quites el vestido blanco. —Me tumbé en el suelo cual un perro fiel. Helena se inclinó y alborotó mis condenados rizos, mientras la observaba pensativo. Añadí con voz más baja—: A este tío le basta con deambular por los porches en busca de un revolcón con una flautista. No era necesario que le hicieras lo que le hiciste.

Helena frunció el ceño. Me pareció que se ruborizaba ligeramente.

—Marco, ¿te opones a que coquetee?

Los dos sabíamos que yo no estaba en condiciones de oponerme. La hipocresía nunca fue conmigo.

—Coquetea con quien te dé la gana, siempre y cuando puedas hacer frente a las consecuencias. Lo que quiero decir es que no era necesario que

ese pobre ligón se enamorara de ti.

Helena no era consciente de su influjo o no estaba dispuesta a admitirlo. Sus cinco años de matrimonio con un pedante indiferente que vestía toga senatorial habían socavado casi toda su confianza en sí misma. Y, de momento, dos años de mi adoración no habían logrado restablecerla. Helena ladeó la cabeza.

—Marco, no seas tan romántico.

—¿No? —En parte yo me hacía cargo de lo que le había pasado a Filócrates—. Sé lo que significa darse cuenta de repente de que la chica a la que mentalmente desvistes te contempla con una mirada que ve tu alma desnuda. —Me refería a la mirada de Helena. En lugar de mirarla a los ojos, cambié impertinentemente de tema—: Lo que tienes en el regazo no es un pergamino de Platón.

—Claro que no. Es la recopilación de cuentos obscenos que encontré en el arcón de las obras.

—¿De qué se trata… de las notas de Heliodoro?

—Marco, yo diría que no. He distinguido varias letras, ninguna de las cuales se parece a sus espantosos garabatos. —Yo me había quejado de las correcciones que el difunto había incorporado a los pergaminos con las obras, pues en su mayor parte eran ilegibles. Helena acotó—: En algunos sitios la tinta está borrada. El texto parece bastante viejo. Además, todos dicen que Heliodoro no era proclive a los chistes y estos escritos son muy divertidos. Si quieres —añadió seductora—, puedo leerte los más picantes…

El actor tenía razón. Las chicas serias que parecen vestales pueden resultar muy divertidas… siempre y cuando logres convencerlas de que es contigo con quien tienen ganas de pasárselo en grande.

OceanofPDF.com

XXIV

La función de *La cuerda* discurrió sin contratiempos. Volvimos a representarla la noche siguiente, pero no fue nadie. Dejamos Filadelfia.

Nuestro siguiente destino era Gerasa, que se encontraba sesenta y cinco kilómetros al norte, lo que significaba dos días de viaje con un transporte correcto y probablemente el doble con nuestros camellos baratos y nuestras carretas repletas. Maldijimos Filadelfia por considerarla un vertedero sin cultura, acusamos a Plauto de escritorzuelo sin gracia, volvimos la espalda a la ciudad, arrojamos el argumento al fondo del baúl y avanzamos paso a paso.

Al menos Gerasa tenía fama de próspera y cabía la posibilidad de que la gente pudiente buscara algo en lo que gastar su dinero. Lo más probable es que corriera más que nosotros la noticia de que nuestro montaje de *La cuerda* era más aburrido que una ostra.

Fuera como fuese, todo indicaba que se imponía entrevistar a Birria. El difunto dramaturgo había dado rienda suelta a su lascivia por ella y daba la impresión de que todos los varones sospechosos se habían liado en la misma red. Por añadidura, si Helena coqueteaba con el astro, yo podía permitirme una charla con la deliciosa estrella.

Fue muy fácil organizar el encuentro. Unos pocos pero curiosos paseantes habían sido testigos del coqueteo de mi amada con Filócrates y toda la *troupe* lo sabía. Fingí que me peleaba con ella por su menudo admirador, me apeé de la carreta de un salto, me senté en una roca con la barbilla apoyada en las manos y puse expresión de tristeza. Había dejado a Helena con Musa, lo que significaba que ambos tenían protección. No estaba dispuesto a separarme mucho rato de ninguno de los dos y dejarlos sin defensa.

Lentamente pasó frente a mí el cansino desfile de nuestra compañía: piernas descubiertas en las plataformas traseras de los vehículos, cestos llenos a reventar y bromas de mal gusto. La mayoría de los que tenían camellos iban a pie. El que alguna vez haya montado en camello lo comprenderá perfectamente. Los que viajaban en las carretas no iban mucho más cómodos. Algunos utileros habían optado por andar porque

estaban hartos de que les temblaran las costillas. La gente portaba garrotes o cuchillos de hoja larga por si nos atacaban los incursores del desierto; algunos integrantes de la orquesta practicaban o aporreaban sus instrumentos, lo cual era una excelente arma disuasoria para los ladrones nómadas.

Birria conducía su propio carro, actitud que era más que explícita: no compartía nada ni confiaba en nadie. Cuando estuvo cerca me puse en pie y le hice señas. No quería llevarme, pero casi cerraba la caravana y tuvo que admitir que, si no lo hacía, yo podría quedarme en Filadelfia. Nadie veía la necesidad de contar con un dramaturgo, pero a todos nos gusta tener un blanco para las mofas.

—¡Anímate! —exclamé mientras subía de un salto a la carreta, con un ágil giro del torso y una sonrisa encantadora—. No volverá a ocurrir.

Birria continuó con el ceño torvamente fruncido.

—Falco, déjate de antigüedades.

—Lo siento, pero los viejos diálogos son los mejores…

—¡Diana de los efesos! Ponle la tapa, impostor.

Estaba a punto de creerme que esas cosas jamás le ocurrían a Filócrates cuando me di cuenta de que acababa de pasarle lo mismo.

Birria tenía veinte años, quizá menos. Probablemente llevaba ocho o nueve como actriz; es una de las profesiones en las que las chicas guapas empiezan muy pronto. En otro círculo social habría tenido la edad suficiente para convertirse en vestal. No existen grandes diferencias entre una sacerdotisa y una actriz, salvo en lo referente a su categoría pública. Ambas tienen que engañar a los espectadores con una representación ritual a fin de que el público crea lo increíble.

Hice lo imposible por ser profesional, pero la belleza de Birria era insoslayable. Tenía el rostro triangular, ojos verdes muy separados, como los de un gato egipcio, pómulos altos y la nariz delgada y perfecta. Su boca poseía un curioso ladeo que le proporcionaba un aspecto irónico, de mujer asqueada del mundo. Su figura era tan digna de ser observada como su rostro; pequeña y con muchas curvas, apuntaba a múltiples posibilidades que aún no habían aflorado. Para rematar la faena, tenía la espectacular capacidad de recogerse la sedosa cabellera castaña con un par de horquillas de bronce, de modo que no sólo resultaba insólita sino que se mantenía en su sitio y dejaba al descubierto una nuca que quitaba el hipo.

Su voz parecía demasiado grave tratándose de una persona tan pulcra; su ronquera desconcertaba por completo cuando se combinaba con su actitud mundana. Birria transmitía la sensación de que mantenía a raya a la competencia al tiempo que esperaba que se le acercase el individuo adecuado. Por mucho que supiera que se trataba de una falsa impresión, todo hombre que la conociese tendría que intentarlo.

—Nena, ¿por qué odias a los hombres?

—Porque he tratado a varios.

—¿A alguno en concreto?

—Los hombres nunca son concretos.

—Quiero decir si te refieres a alguno en especial.

—¿Especial? ¡Creí que hablábamos de los hombres!

Sé cuándo me he metido en un atolladero. Me crucé de brazos y guardé silencio.

En aquellos tiempos el camino a Gerasa dejaba mucho que desear y pedía a gritos una carretera militar que llegase hasta Damasco. Todo se andaría. Durante los disturbios en Judea, Roma había gastado muchos denarios en esta región, de modo que era inevitable que, en tiempos de paz, desembolsara mucho más. En cuanto recobrara la normalidad, Decápolis alcanzaría dignos niveles romanos. Entretanto tuvimos que apechugar con una vieja ruta nabatea para caravanas que nadie mantenía en condiciones. El paisaje era solitario. Más tarde llegamos a un llano, cruzamos un tributario del río Jordán, recorrimos pasturas más fértiles y nos internamos por una espesa pineda. No obstante, esa primera etapa de nuestro viaje supuso un camino rocoso entre colinas achaparradas y, de vez en cuando, la vislumbre de las tiendas bajas de los nómadas, cuyos ocupantes, en la mayoría de los casos, no estaban visibles. No era fácil conducir la carreta y Birria tuvo que poner todo su empeño.

Tal como esperaba, poco después la dama se sintió obligada a lanzarme más dardos.

—Falco, me gustaría hacerte una pregunta. ¿Cuándo dejarás de calumniarme?

—¡Qué sorpresa! ¡Creí que ibas a pedirme las señas del sastre que me cose las capas o la receta del escabeche al estragón! Yo no sé nada de calumnias.

—Has dado a entender a todo el mundo que Heliodoro murió por mi culpa.

—Yo jamás he dicho eso.

Sólo era una de las posibilidades. De momento parecía la explicación más plausible de la muerte por asfixia del dramaturgo, aunque yo había decidido mantener una actitud abierta hasta que dispusiese de pruebas.

—Falco, no he tenido nada que ver con su muerte.

—Sé que no lo arrojaste a la cisterna ni le hundiste la cabeza. Lo hizo un hombre.

—¿Por qué sigues aludiendo a que yo tuve algo que ver?

—Si lo hice no me di cuenta. De todos modos, seamos realistas: te guste o no, gozas de una gran popularidad. Todos me han dicho que Heliodoro te pretendía y que no quisiste saber nada. Puede que alguno de tus amigos se metiera con él. Tal vez fue un admirador secreto. Cabe la posibilidad de que alguien supiera que te agradaría que el cabrón desapareciera e intentase echar una mano.

—¡Lo que sugieres es terrible!

Frunció el ceño con amargura. A Birria hasta el ceño fruncido le quedaba bien.

Empecé a sentirme protector. Deseé demostrar que el asesinato no había tenido nada que ver con ella. Quería encontrar otro móvil. Esos ojos maravillosos ejercieron un influjo mágico. Me dije que era demasiado profesional para permitir que una actriz joven, exquisita y de ojos incomparables me dominara… y enseguida añadí que más me valía dejarme de sensiblerías. Estaba fascinado, como lo habría estado cualquier mortal. A nadie le gusta que la gente hermosa asesine. Si llegaba a encontrar pruebas que incriminaran a Birria como cómplice, no tardaría en pensar que lo mejor sería meterlas bajo un viejo saco de heno en el fondo de un conducto de drenaje…

—Disculpa. Hablemos de Heliodoro. —Me falló la voz y carraspeé—. Sé que estaba obsesionado contigo.

—Pues te equivocas. —Birria habló con gran serenidad—. Estaba obsesionado con conseguir lo que quería.

—Claro. ¿Presionaba demasiado?

—¡Ése es un modo masculino de expresarlo! —Su voz sonó contrariada y elevó el volumen—. Cuando dices «presionaba demasiado», es como si yo tuviera la culpa de que se llevase una decepción.

A pesar de que el camino era menos irregular, Birria conducía mirando fijamente hacia adelante. A nuestra derecha una adolescente cuidaba un

pequeño rebaño de cabras flacas de color pardo. Por otro lado, los buitres trazaban graciosos giros.

Habíamos salido temprano aposta y el calor comenzaba a reflejarse con abrumadora potencia en el camino pedregoso.

Birria no estaba dispuesta a facilitarme la tarea, así que le pedí detalles.

—¿Heliodoro lo intentó y lo rechazaste?

—Exactamente.

—¿Y qué pasó después?

—¿A ti qué te parece? —Mantuvo un tono peligrosamente ecuánime —. Se figuró que decirle que no significaba «sí, por favor… y con violencia».

—¿Te violó? —pregunté incrédulo.

Birria era una mujer que manifestaba su rabia manteniendo cuidadosamente la calma. Permaneció en silencio unos instantes, mientras yo sentía vértigo ante el giro que tomaban los acontecimientos. Después me atacó con desdén.

—Supongo que ahora me dirás que la provocación existe, que las mujeres siempre se lo buscan, que lo que ocurre nunca es una violación.

—Claro que ocurre. —Los dos estábamos furiosos. Creo que sé por qué, aunque comprenderlo no sirvió de nada—. Claro que ocurre —repetí —. Y no sólo me refiero a los hombres que agreden a las mujeres, sean conocidas o desconocidas. También incluyo a los maridos que abusan de sus esposas, a los padres que tienen «grandes secretos» con sus hijas, a los amos que tratan a los esclavos como carne en venta, a los guardias que torturan a los prisioneros, a los soldados que intimidan a los novatos, a los funcionarios de alto rango que chantajean…

—¡Cállate de una vez! —No había modo de aplacarla. Sus ojos verdes relampaguearon y cuando movió la cabeza los rizos bailotearon, pero ese ademán no contenía el menor encanto. Sin duda se regodeó por haberme confundido y exclamó—: ¡Si he de serte sincera, a mí no me ocurrió! Heliodoro me había tumbado en el suelo, sujetado las manos por encima de la cabeza, levantado las faldas… y los morados que me hizo al encajar una rodilla entre mis muslos aún perduraban un mes después, pero alguien vino a buscarlo y me salvó.

—Me alegro. —Lo dije en serio, pese a que noté algo sutilmente perturbador en la forma en que Birria me obligó a conocer los pormenores

—. ¿Quién es el amigo que apareció tan oportunamente?

—Ocúpate de tus asuntos.

—Puede que sea importante.

Quería forzarla a decirlo. La intuición me indicaba que debía identificar a su salvador. Birria sabía algo que yo tenía interés en conocer y fácilmente podría haberme mostrado tan insistente como Heliodoro.

—Pues para mí lo importante es que pensé que Heliodoro estaba a punto de violarme —espetó Birria colérica—. A partir de ese momento viví con la certeza de que, si lograba pescarme a solas, volvería a intentarlo… basta con que sepas que nunca, nunca más me acerqué a él. Siempre intenté saber dónde estaba para cerciorarme de guardar la mayor distancia posible.

—En ese caso puedes ayudarme —afirmé y no hice caso de su tono histérico—. El último día que estuvisteis en Petra, ¿sabías que Heliodoro escalaría la montaña? ¿Viste quién lo acompañaba?

—¿Me estás preguntando si sé quién lo mató? —Esa chica era espontáneamente espabilada… y se ocupó de hacerme sentir como un imbécil—. No lo sé. Sólo me di cuenta de que el dramaturgo no estaba cuando nos reunimos en el teatro antes de irnos.

—De acuerdo. —No quise desanimarme y cambié de táctica—. ¿Quiénes estaban presentes… y en qué momento llegaron al punto de reunión?

—No puedo ayudarte —aseguró Birria—. Cuando nos dimos cuenta de que tu amiga comunicaba a un funcionario que habíais encontrado un cadáver, ya habíamos echado en falta a Heliodoro y nos quejábamos de su tardanza. Si calculamos el tiempo que tardasteis en encontrar el cuerpo y en que Helena bajara de la colina… —Detesto a los testigos que piensan por mí—. Si tenemos en cuenta ese rato, debía de estar muerto antes de que nos reuniéramos en el teatro. Yo fui una de las últimas en llegar. Me presenté al mismo tiempo que Tranio y Grumio que, como de costumbre, tenían muy mala traza.

—¿Por qué llegaste tarde? —Sonreí descaradamente, con el vano propósito de afirmar mi posición—. ¿Te despediste cariñosamente de un amante viril?

Más adelante varias carretas se detuvieron para el descanso en medio del sofocante calor del mediodía. Birria tiró de las riendas y me echó literalmente de su vehículo.

Caminé lentamente hasta nuestra carreta.

—¡Falco! —Musa se había cubierto la parte inferior del rostro con el tocado, a la manera oriental. Estaba fresco, cómodo y mucho más apuesto que yo con mi túnica romana corta, los brazos y las piernas desnudos y torturados por el sol y el río de sudor que descendía por mi espalda, bajo la tela sofocante. Sin duda Birria también lo había hechizado ya que, para variar, se mostró muy curioso—. ¿Has averiguado algo de boca de la bella?

Revolví la cesta con el almuerzo.

—No mucho.

—¿Os entendisteis? —preguntó Helena inocentemente.

—Esa mujer es incorregible. Tuve que rechazar sus insinuaciones porque temí que el burro se desbocara.

—Es el problema que tienen los que son tan ingeniosos y apuestos —espetó Helena.

A Musa le dio un ataque de risa. Después de denunciarme con su actitud habitualmente brusca, Helena se ocupó de una tarea más importante: quitarse el polvo de la sandalia derecha.

No hice caso de ninguno de los dos y me dediqué a escupir los huesos de los dátiles como quien tiene algo muy intrigante en que pensar.

OceanofPDF.com

XXV

.

Llegamos a Gerasa, también llamada «Antioquía de Crisoroas».

La propia Antioquía es famosa porque sus gentes viven entre algodones. Mi hermano Festo —en el que como chismoso se podía tener plena confianza— me había contado que, como destino legionario, era célebre por el permanente desenfreno de la dichosa guarnición. Allí la vida era una fiesta constante y en la ciudad resonaban los sones de los músicos que tocaban arpas y tambores… Yo estaba deseoso de visitar Antioquía pero, como se encontraba mucho más al norte, de momento había de conformarme con su homónima. Antioquía de Crisoroas tenía mucho que ofrecer, aunque personalmente el desenfreno nunca fue lo mío, con o sin músicos.

Gerasa había dejado de ser una pequeña ciudad amurallada en lo alto de un montículo para convertirse en un gran centro atravesado por el río Crisoroas —el río de Oro—, un arroyuelo que, comparado con el noble Tíber, apenas resistía la presencia de tres pescadores de pececillos y un puñado de mujeres que fregaban las túnicas sucias contra las piedras. Saqueada por los judíos durante la rebelión y nuevamente asolada por los romanos debido a que uno de los principales cabecillas de la revuelta judía era gerasano, recientemente habían erigido en la ciudad nuevas murallas de las que sobresalía una corona de atalayas. Dos defendían la puerta del Agua, a través de la cual discurría el río de Oro, cuyo aliviadero encauzaba el torrente a presión hacia una caída de tres metros. Mientras esperábamos para entrar en la ciudad vimos y oímos la cascada que se encontraba a nuestra derecha.

—¡Parece un sitio ideal para sufrir accidentes! —advertí a cuantos estuviesen dispuestos a oírme.

Sólo Musa se dio por enterado; asintió con la cabeza con su seriedad habitual. Parecía un fanático que, en su búsqueda de la verdad, podía ofrecerse voluntariamente a montar guardia junto al aliviadero, a la espera de que el asesino lo arrojara a las agitadas aguas.

En la puerta sur quedamos retenidos y tuvimos que esperar a que la aduana nos diese el visto bueno. Gerasa se encuentra convenientemente situada en el cruce de dos importantes rutas comerciales. Los ingresos por los tributos de las caravanas eran de tal magnitud que en dos ocasiones había sobrevivido sin problemas al saqueo. Seguramente fue mucho lo que se llevaron aunque después, una vez instaurada la *pax romana*, todavía quedaba efectivo en abundancia para emprender las obras de restauración. Según el plano urbano que posteriormente vimos colgado en la zona despejada de lo que habría de convertirse en la plaza mayor, Gerasa estaba en medio de una espectacular renovación edilicia que había comenzado hacía veinte años y que, según calculaba, duraría varias décadas más. En esa ciudad crecían niños que lo único que habían visto eran calles acordonadas por los albañiles. El conjunto de santuarios de la acrópolis recibía un lavado de cara; mientras esperábamos en la puerta, oímos los martillazos que resonaron con frenesí en el santuario de Zeus; los dichosos contratistas derribaban las villas suburbanas como si limpiaran vainas de guisantes y los postes de los agrimensores cortaban los avances a cada paso que dabas, señalizando la nueva cuadrícula viaria y el ambicioso foro elíptico.

En cualquier otra ciudad de cualquier otro confín del imperio yo habría dicho que ese grandioso proyecto jamás se materializaría. Empero, era indudable que Gerasa poseía los recursos necesarios para rodearse de columnatas. El interrogatorio a que nos sometieron demostraba el tipo de tributos (que es la manera eufemística de referirse a los sobornos) que los ciudadanos solían arrancar al millar de caravanas que anualmente llegaban desde Nabatea.

—¿Total de camellos? —preguntó con tono gruñón el agente de aduanas, hombre que llevaba mucha prisa.

—Doce.

Apretó los labios. Estaba acostumbrado a contarlos por decenas y centenares. A pesar de todo, tenía preparado el pergamino.

—¿Burros?

—Ninguno lleva mercancías de venta fácil, sólo acarrean artículos de uso personal.

—Detalle los camellos. ¿Cantidad de cargas de mirra en vasijas de alabastro?

—Ninguna.

—¿Incienso? ¿Otras plantas aromáticas? ¿Bálsamo, bedelio, resina de ládano, gálbano o cualquiera de las cuatro variedades de cardamomo?

—No.

—¿Cantidad de cargas de aceite de oliva? Una carga equivale a cuatro pellejos de cabra —explicó solícito.

—Ninguna.

—¿Piedras preciosas, marfil, carey o perlas? ¿Maderas de primera calidad?

Para ahorrar tiempo nos limitamos a negar con la cabeza. El aduanero empezaba a hacerse una idea de nuestra situación. Recitó las especias más corrientes que figuraban en la lista prácticamente sin levantar la vista del pergamino:

—¿Pimientas, jengibre, clavo de olor, cúrcuma, cálamo aromático, nuez moscada, canela o azafrán? Ya veo que no… ¿Frutos secos? —insistió a la expectativa.

—Nada de nada.

—¿Cantidad de esclavos por persona? Me refiero a los que no son de uso personal —añadió con una mueca burlona que denotaba que se había dado cuenta de que, en el pasado reciente, ningún siervo de ojos rasgados y piel lustrosa nos había hecho la manicura o nos había dado un masaje.

—Ninguno.

—¿Se puede saber con qué comerciáis? —inquirió con una expresión a caballo entre la desconfianza y el espanto.

—Con el espectáculo.

Como no atinó a decidir si éramos idiotas o peligrosos, nos hizo coléricas señas para que aguardáramos en el puesto de espera y fue a consultar a un colega.

—¿Esta demora es grave? —preguntó Helena en voz baja.

—Probablemente, sí.

Una de las chicas de nuestra orquesta improvisada se mondó de risa.

—¡No padezcas! ¡Si se empeña en crearnos problemas le lanzaremos a Afrania!

Afrania, criatura de maravillosa y aplomada belleza, tocó la flauta y se marcó unos pasos de danza con tal de entretenernos. Los que no viajaban acompañados de pesadas amiguitas podían darle otros usos a la intérprete de tibia. Mientras esperábamos, Afrania coqueteaba lánguidamente con Filócrates, pero se puso alerta en cuanto oyó su nombre. Hizo un ademán

cuya grosería estaba en contradicción con sus facciones extraordinariamente apacibles.

—¡Ione, es todo tuyo! Contentar a los funcionarios requiere una experta y yo no puedo competir contigo.

Su amiga Ione se volvió sin dar demasiada importancia a esa declaración. Se sumó a nosotros, nos sonrió (por lo que vimos que le faltaban dos dientes delanteros), sacó media hogaza de pan oculta en sus faldas arrugadas, la cortó en trozos y los repartió.

Ione era intérprete de pandereta: un personaje sorprendente. Helena y yo procuramos no mirarla, pero Musa la observaba descaradamente. Su cuerpo compacto estaba cubierto, como mínimo, por dos estolas cruzadas sobre el pecho. Lucía un brazalete en forma de serpiente que le tapaba la mitad del brazo izquierdo y varios anillos con piedras baratas. Los pendientes triangulares, tan largos que le rozaban los hombros, entrechocaban con las cuentas rojas y verdes, las vueltas de alambre y los separadores metálicos. Le iban los cinturones elásticos, las sandalias con muchas tiras, los pañuelos desvaídos y el maquillaje de payaso.

Su pelo indomable y rizado sobresalía de su cabeza en todas direcciones, como una diadema con rayos; diversos mechones de la maraña de rizos salvajes formaban trenzas delgadas y atadas con un trocito de lana. El color de su cabellera se semejaba, sobre todo, al del bronce deslustrado, con mechas de tono rojizo mate, muy parecido al de la sangre seca después de una violenta refriega. Pero Ione tenía cara de buena chica y tuve la certeza de que ganaría todos los combates en que interviniera.

Debajo de esos adornos llamativos había una joven menuda, de agudo ingenio y gran corazón. Era más lista de lo que parecía. Yo sé tratar con este tipo de mujeres, que para la mayoría de los hombres representan a las chicas peligrosas.

Ione se había percatado de que Musa la observaba boquiabierto. La joven sonrió tanto que al final el nabateo se sintió incómodo.

—¡Eh, tú! —gritó con tono ronco y vigoroso—. ¡Será mejor que no te acerques al río de Oro… y ni se te ocurra aproximarte a la piscina doble! ¡No querrás terminar como la remojada víctima sacrificial de Majuma!

*

Ignoro si Dushara, el dios petrano de la montaña, exige la castidad de sus sacerdotes, pero lo cierto es que el descaro de Ione fue excesivo para nuestro nabateo. Musa se puso en pie, pues mientras el agente de aduanas nos retenía se había acuclillado a la manera de los nómadas. Nos dio la espalda con expresión altanera. Podría haberle dicho que esa táctica nunca da resultado.

—¡Vaya, por los cojones del toro, lo he ofendido!

La tocadora de pandereta rió amistosa.

—Es un chico tímido —dije. Yo no corría riesgos si le sonreía porque estaba protegido. Helena se apoyaba en mí, probablemente para fastidiar a Filócrates. Acaricié el cuello de Helena, con la esperanza de que el galán reparara en mi actitud de propietario—. Ione, ¿qué es eso de Majuma?

—Por todos los dioses, ¿no lo sabes? Tenía entendido que es famoso.

—Se trata de una antigua celebración náutica —recitó Helena. Siempre era ella la que estudiaba cuando planificábamos viajes al extranjero—. Posee una gran notoriedad —apostilló, como si creyera que ese comentario despertaría mi interés—. Se supone que se originó en Fenicia y, entre otras desvergonzadas prácticas públicas, incluye la inmersión ritual de mujeres desnudas en las piscinas sagradas.

—¡Qué idea! Ya que en ésas andamos, celebremos una velada de contemplación del estanque sagrado. Me gustaría conocer uno o dos ritos cachondos para animar mis memorias…

—¡Falco, haz el favor de callarte! —Llegué a la conclusión de que la hija del senador no tenía pensado chapotear en el estanque de los placeres. Le gustaba ser superior—. Supongo que hay muchos gritos, muchísimo vino tinto ácido que se vende a precios desorbitados y que al final todos vuelven a casa con arena en las túnicas y hongos en los pies.

—¿Falco? —No sé si fue porque Helena mentó mi nombre, pero repentinamente Ione se tragó el último bocado de pan. Me miró por el rabillo del ojo, con la cara llena de migas—. Entonces eres el nuevo, ¿no? ¡Ja, ja! —se carcajeó burlona—. ¿Últimamente has escrito algo que valga la pena?

—Lo suficiente para saber que mi trabajo consiste en ofrecer ideas creativas, argumentos bien resueltos, chistes que sí producen hilaridad, pensamientos provocativos y diálogos sutiles a fin de que los productores amantes de los tópicos se los carguen. ¿Últimamente has tocado alguna pieza que valga la pena?

—¡Mi tarea sólo consiste en dar porrazos al ritmo de los chicos! —Yo tendría que haber sabido que a Ione le gustaban las insinuaciones—. Falco, ¿qué tipo de obras te gustan?

Parecía una pregunta correcta. Era una de esas chavalas que parecen a punto de insultarte y a renglón seguido te desarman porque muestran un sincero interés por tus pasatiempos.

Helena terció con una broma:

—Verás, para Falco pasar un buen día en el teatro significa ver las tres tragedias de Edipo sin hacer un alto para comer.

—¡Eso se pasa de griego! —dijo la tocadora de pandereta.

Sin duda Ione había nacido bajo el puente Sublicio, ya que hablaba con el auténtico gangueo del Tíber. Era romana y, por ende, tildarte de «griego» era el peor insulto que podía dedicarte.

—No hagas caso de los desvaríos de la tía alta que lleva falda azul —añadí—. Su familia al completo vende altramuces en el Esquilino y lo único que ella sabe es decir mentiras.

—¿De veras? —Ione miró admirada a Helena.

—Se me ocurrió una buena idea para una obra que me gustaría escribir —dije casi sin darme cuenta. A esa altura estaba claro que pasaríamos la tira en la aduana. Aburrido y agotado después de haber cubierto los sesenta y cinco kilómetros desde Filadelfia, cometí el gravísimo error de revelar mis sueños—: Todo empieza con un joven golfo que se encuentra con el fantasma de su padre…

Helena e Ione se miraron y con toda franqueza entonaron al unísono:

—¡Falco, date por vencido! Nunca venderás una sola entrada.

Al cabo de unos segundos Ione preguntó con tono cómplice:

—¿Verdad que escribir obras de teatro no es lo único que haces? —Dada mi larga carrera de investigador, reconocí los sutiles aires de autobombo incluso antes de que Ione hablara. Estaba a punto de aflorar algún indicio—. Todos dicen que intentas desentrañar lo que ocurrió en la montaña mágica de Petra. ¡Yo podría contarte algunas cosas!

—¿Sobre Heliodoro? Por si no lo sabes, encontré su cadáver. —Probablemente Ione ya lo sabía, pero la sinceridad es inofensiva y te permite ganar tiempo mientras te rehaces—. Me gustaría saber quién le mantuvo la cabeza bajo el agua.

—Tal vez deberías preguntarte por qué lo hicieron.

Ione parecía una joven claramente exaltada que me azuzaba para ir a la caza del tesoro. Lo cual no era una buena idea si realmente sabía algo. No lo era porque la mayoría de los sospechosos se encontraban cerca y probablemente aguzaban el oído.

—¿Estás en condiciones de responder a esa pregunta? —Fingí una sonrisa para mantener el tono ligero.

—No eres tan cortito, a la larga encontrarás la respuesta. De todos modos, creo que puedo darte algunas pistas.

Me habría gustado pedirle más detalles, pero la aduana era un lugar público. Tenía que hacer que se callara, no sólo por su propio bien, sino para que mis posibilidades de dar con el asesino no menguaran.

—¿Estás dispuesta a hablar conmigo en otro momento y en otro sitio?

A modo de respuesta, Ione bajó la mirada hasta que sus ojos quedaron prácticamente cerrados. Los pinchos de maquillaje alargaban sus pestañas y se había decorado los párpados con algo que parecía oro en polvo. Algunas de las cotizadas prostitutas que acompañaban a los senadores durante las comilonas romanas habrían pagado un dineral por conocer al fabricante de cosméticos de Ione. Muy ducho en la compra de información, me pregunté cuántas cajitas de mármol y pequeños frascos de cristal rosa para esencias tendría que ofrecerle a fin de adquirir lo que ofrecía.

Incapaz de resistirme al misterio, sugerí:

—Me baso en la hipótesis de que fue un hombre que lo odiaba por motivos relacionados con las mujeres…

—¡Ja, ja! —Ione se desternilló de risa—. ¡Falco, vas muy descaminado! ¡Te equivocas de todas todas! Te aseguro que el chapuzón del dramaturgo fue puramente profesional.

Ya no podía hacerle más preguntas. Tranio y Grumio, que siempre merodeaban en torno a las chicas de la orquesta, se acercaron como camareros desocupados en medio de una orgía y deseosos de ofrecer guirnaldas pachuchas a cambio de una generosa propina.

—Otra vez será —prometió Ione y me guiñó el ojo. Logró que sonara como una ofrenda de favores eróticos—. Lo haremos en un lugar tranquilo y cuando estemos solos, ¿te va, Falco?

Sonreí valientemente al tiempo que Helena Justina ponía cara de miembro perdedor y celoso de una sociedad a partes desiguales.

Tranio, el payaso más alto e ingenioso, me dirigió una prolongada y boba mirada.

OceanofPDF.com

XXVI

Repentinamente el agente de aduanas se acercó a nosotros como si no entendiera por qué perdíamos el tiempo en su precioso espacio y nos mandó con la música a otra parte. No le dimos oportunidad de que cambiara de idea y, raudos como el viento, cruzamos la puerta de la ciudad.

Llegamos a Gerasa con quince años de antelación. No tenía tanto que ver con el proyecto de planificación urbana, como con el hecho de que quedaba demasiado lejos para artistas famélicos que mordisqueaban su última granada. El diagrama del emplazamiento de la futura Gerasa mostraba un ambicioso diseño en el que no había uno, sino dos teatros de proporciones descomunales, así como un auditorio de menores dimensiones en extramuros, en el sitio del célebre festival náutico al que Helena me había prohibido ir a regodearme. Necesitaban esos escenarios… urgentemente, pero la mayoría sólo eran bocetos. Enseguida comprobamos que, para los artistas propiamente dichos, la situación era desesperada. De momento sólo había una arena muy rudimentaria en el barrio viejo, arena que todos los que llegaban se disputaban… y la competencia era encarnizada.

El caos era total. En esa ciudad no éramos más que un pequeño número en un circo de orates. Gerasa tenía tanta fama por su riqueza que atraía a los músicos ambulantes de todos los rincones áridos de Oriente. De nada servía ofrecer una sencilla obra de teatro con acompañamiento de flauta, tambor y pandereta. En Gerasa había todo tipo de acróbatas desgalichados con túnicas raídas y una sola bota izquierda entre todos; malhumorados tragafuegos, variadas *troupes* de malabaristas de platos de sardinas y prestidigitadores de nabos, arpistas mancos y artríticos que se movían sobre zancos.

Por medio denario podías ver al hombre más alto de Alejandría (que debió de encogerse en el Nilo, ya que sólo medía treinta centímetros más que yo) y por una perra gorda contemplar a un macho cabrío que miraba hacia atrás. A decir verdad, por uno o dos cuartos de as adicionales podría haber comprado el macho cabrío, cuyo propietario me contó que estaba

harto del calor y de lo lento que era el negocio y que pensaba volver a su casa a cultivar el huerto.

Sostuve una larga conversación con ese sujeto, durante la cual estuve a punto de comprarle la bestia. Mientras hablamos, dedicarme a un número secundario poco convincente con el monstruo me pareció una propuesta comercial de lo más interesante. Gerasa es el tipo de ciudad que te lleva a pensar estas cosas.

Como entramos por la puerta sur, nos encontramos cerca del teatro en activo, aunque con la desventaja de que llamamos la atención de las hordas de niños mugrientos que nos rodearon e intentaron vendernos cintas baratas y silbatos mal hechos. Con expresión seria y espabilada, ofrecieron sus mercancías en silencio. Por lo demás, el ruido de las calles plenas de gente era ensordecedor.

—¡Esto es imposible! —chilló Cremes cuando nos reunimos para decidir qué hacíamos.

El disgusto que el empresario se había llevado con *La cuerda* después del fracaso de la segunda representación en Filadelfia se esfumó tan rápido que pretendía que la repitiéramos aprovechando que los gemelos estaban en forma para el famoso tira y afloja. No obstante, enseguida afloró la indecisión de la que Davos se había quejado. Casi sin darnos tiempo a preparar los accesorios, las dudas carcomieron a Cremes.

—Falco, me gustaría que retocaras *El arbitraje.*

La había leído, por lo que comenté ingeniosamente que el tirón de *La cuerda* era mucho más fuerte.

Cremes no me hizo el más mínimo caso, pues ser quisquilloso con la obra no era más que una parte de sus problemas.

—Podemos continuar el viaje o haré cuanto esté en mis manos para celebrar una función. Si nos quedamos, el soborno que tendremos que pagar al que nos reserve el teatro se llevará casi toda la recaudación, pero si continuamos el viaje pasaremos una semana sin ingresos y…

Sumamente irritado, Davos decidió intervenir:

—Voto a favor de que averigües qué puedes conseguir. Recuerda que con esta competencia de tres al cuarto será como representar la obra que jamás mencionamos un jueves lluvioso en Olinto…

—¿Y cuál es esa obra innombrable? —preguntó Helena.

Davos le dirigió una mirada furibunda, respondió que por definición no podía mentarla y no hizo caso de las excusas de mi amada.

Apelé a otra estratagema para librarme del ampuloso repertorio del empresario:

—Cremes, nos hace falta una obra taquillera. Se me ha ocurrido una idea que tal vez estés dispuesto a probar. Un joven mundano se encuentra con el fantasma de su padre, que acaba de diñarla, y le dice…

—¿Has dicho que el padre la ha diñado?

Ya se había liado… y eso que yo aún no había mencionado la parte complicada.

—Murió asesinado, ésa es la cuestión. Verás, el fantasma coge de la manga de la túnica al héroe y le cuenta quién se cargó a su papaíto…

—¡Imposible! Los fantasmas de la nueva comedia no hablan.

Mi idea se fue al traste. Cremes era muy decidido a la hora de frustrar a un genio. Nada más rechazar mi obra maestra, siguió dudando como de costumbre. Perdí el interés y me dediqué a mordisquear una brizna de hierba.

Cuando por fin se hartó de repasar las opciones, Cremes partió en busca del director del teatro. Hicimos que Davos lo acompañase para que no aflojara. Los demás dimos vueltas con cara de enfermos. Estábamos demasiado acalorados y deprimidos para tomarnos las cosas en serio mientras no supiéramos qué sería de nosotros.

Grumio, que tenía una veta provocadora, comentó:

—La obra que no mencionamos es *La suegra,* de Terencio.

—¡Pues acabas de mentarla! —Acicateada por Davos, Helena se había convertido en una persona que se toma todo al pie de la letra.

—No soy supersticioso.

—¿Y qué tiene de malo esta obra?

—Aparte del título descorazonador, nada más. Es el mejor texto de Terencio.

—¿Y a qué se debe su mala fama? —quise saber.

—Fue un fracaso legendario a causa de la competencia desleal de púgiles, equilibristas y gladiadores.

Me imaginé cómo se había sentido Terencio.

Nos deprimimos porque nuestra situación era aterradoramente parecida. Era harto improbable que nuestros modestos y esforzados dramas atrajeran a las multitudes de Gerasa, donde el populacho había adaptado su propia celebración rebuscadamente chusca —la Majuma fenicia— para animar las veladas tranquilas. Además, ya habíamos visto a los artistas

callejeros y sabíamos que Gerasa se decantaría por espectáculos dos veces más insólitos y tres más ruidosos que el nuestro y, por si esto fuera poco, a mitad de precio.

En lugar de buscar la salida a nuestras penurias, los integrantes de la *troupe* comenzaron a dispersarse.

Grumio aún estaba sentado cerca de mí. Nos pusimos a charlar. Como pasa siempre que tienes la sensación de que sostienes una interesante plática literaria, los compañeros nos dejaron totalmente solos. Le pregunté más cosas sobre la obra que jamás mencionamos y enseguida me di cuenta de que sabía la tira sobre la historia del teatro. De hecho, resultó un tío muy interesante.

Era muy fácil dejar de lado a Grumio. Su cara redonda solía confundirse con una muestra de simplicidad. Como interpretaba al lelo de los dos payasos, se había visto obligado a representar un papel secundario no sólo en las tablas, sino en la vida. Lo cierto es que era muy inteligente y un profesional como la copa de un pino. Al tratarlo individualmente, sin que se viera eclipsado por la alborotadora brillantez de Tranio, me di cuenta de que se consideraba intérprete de un oficio antiguo y digno.

—Grumio, ¿cómo te metiste en esto?

—En parte por herencia. Sigo los pasos de mi padre y de mi abuelo. La pobreza también ha influido. Nunca fuimos propietarios de tierras ni conocimos más oficio ni beneficio. Lo único que teníamos era ingenio espontáneo, un don precioso del que la mayoría de las personas carece.

—¿Y te basta para sobrevivir?

—Es cada vez más difícil. Por eso formo parte de una compañía dramática. Mis predecesores no pasaron por esta triste situación. Antiguamente los cómicos eran independientes. Viajaban y se ganaban el sustento con sus polifacéticas habilidades, es decir, juegos de manos, acrobacias, recitados y danzas aunque, sobre todo, lo lograban con un descojonante repertorio de chistes. Mi padre me enseñó los ejercicios físicos y, como te puedes imaginar, heredé sesenta años de ocurrencias familiares. Para mí formar parte de la panda de Cremes y estar ceñido a un argumento supone una degradación.

—Pues eres muy competente —opiné.

—Ya lo sé, pero resulta aburrido. Le falta la garra de vivir de tu ingenio, de inventarte los diálogos sobre la marcha, de improvisar la réplica más adecuada, de lanzar la pulla perfecta.

Me fascinó esa faceta hasta entonces desconocida del payaso rural. Era un discípulo de su arte mucho más aplicado de lo que yo me había figurado y la culpa era mía por suponer que la interpretación del papel de tonto quería decir que lo era. En ese momento me di cuenta de que Grumio sentía un respeto reverente por la práctica del humor. A pesar de que no dejaba de aspirar a cosas mejores, afinaba su interpretación incluso en nuestras horrorosas comedias. Para Grumio los viejos chistes eran los mejores, sobre todo si los hacía poniéndolos al día.

Esa dedicación demostraba que poseía una profunda y rica vida interior. Era mucho más que el personaje soñoliento que deseaba a las chicas y que permitía que Tranio tomase la delantera tanto en sus vidas al margen de las tablas como en cualquier argumento soporífero. Bajo esa máscara apenas desgastada, Grumio era un ser independiente. Transmitir ingenio es un arte solitario que requiere un alma autónoma.

Para mí ser un cómico informal de los que actúan de pie en las cenas de gala en que todos se reclinan suponía un estilo de vida exasperante. Si había alguien capaz de hacerlo, yo estaba dispuesto a pensar que había mercado para los satíricos. Pregunté a Grumio por qué había apelado a algo inferior.

—Por falta de demanda. En los tiempos de mi padre o de mi abuelo, en esta vida sólo habría necesitado mi capa y mis zapatos, mi petaca y mi raspador, un vaso y un cuchillo para llevarme algo a la boca y una bolsa pequeña en la que guardar las ganancias. Todo aquel con recursos suficientes habría invitado de buena gana a un bromista ambulante.

—¡Suena como si fuera lo mismo que un filósofo errabundo!

—Querrás decir un cínico —precisó afablemente—. No vas muy errado. La mayoría de los cínicos son ingeniosos y todos los payasos somos cínicos. Cualquiera que nos encontrara en la carretera se vería en un apuro si tuviera que distinguirnos.

—Pues espero ser capaz de distinguiros. Soy un buen romano y estaría dispuesto a desviarme diez kilómetros con tal de eludir a un filósofo.

Grumio me desengañó.

—Nadie te someterá a esa prueba. Ya no quedan payasos capaces de hacerlo. Los gandules que merodean el depósito elevado de agua y se inventan calumnias me expulsarían de la ciudad como a un mendigo lleno de verrugas. Ahora todos quieren ser cómicos y el único recurso que tenemos las personas como yo es darles coba y proporcionarles material.

No va conmigo porque no soy pelotillero. Estoy harto de hacerle el juego a la estupidez humana. —El tono de Grumio era descarnado. Experimentaba un odio sincero hacia los rivales chapuceros de los que se mofaba, lamentaba realmente la degradación de su oficio. También percibí una notoria fe en su propia genialidad: los payasos son arrogantes—. Además, la moral no existe. El nuevo «humor», si es que podemos definirlo así, se basa en cotilleos maliciosos. En lugar de dar realmente en el blanco, ahora basta con repetir cualquier chiste procaz sin pensar siquiera si es cierto. Si hasta inventarse una mentira malévola se ha vuelto respetable. Los humoristas de nuestros días son verdaderas molestias públicas.

A los investigadores se nos suele acusar de algo parecido. También suponen que somos vendedores amorales de mierda oída al pasar, sabelotodos de las cloacas que inventamos libremente cuando no podemos presentar hechos demostrados; liantes, egoístas y agitadores deliberados. Incluso les parece adecuado insultarnos llamándonos cómicos…

De repente Grumio se puso en pie. Percibí en él un desasosiego en el que hasta ese momento no había reparado; tal vez se debía a que había mencionado su trabajo, tema que deprime a casi todo el mundo.

Fugazmente pensé que lo había fastidiado o alterado. Al cabo de unos instantes, Grumio se despidió cordialmente saludándome con la mano y se alejó.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó Helena curiosa y se acercó, como de costumbre, cuando yo estaba a punto de suponer que estaba ocupada con sus cosas.

—Fue una magistral lección de historia sobre los payasos.

Mi amada sonrió. Helena Justina lograba que una sonrisa pensativa planteara más preguntas que la aparición de un ratón muerto en un cubo de leche.

—¡Ah, cháchara masculina!

Apoyé el mentón en las manos y la contemplé. Probablemente nos había oído y, dado que ella era como era, se había puesto a pensar. Los dos teníamos intuición para ciertas cosas. Me sentí acuciado por una sospecha que Helena debió de compartir conmigo: en algún momento se había planteado una cuestión que podía ser trascendental.

OceanofPDF.com

XXVII

Para gran sorpresa de todos, al cabo de una hora Cremes volvió muy orondo y nos comunicó que había conseguido el teatro, ni más ni menos que para la noche siguiente. Evidentemente los gerasenos no sabían lo que era pedir tanda y aguardar. Cremes y Davos llamaron la atención del sobornable encargado de las reservas en el preciso momento en que se produjo una cancelación. A cambio de la proverbial suma pudimos ocupar el sitio libre y al cuerno con los demás postulantes.

—Aquí les gusta vivir sin complicaciones —dijo Cremes—. El encargado sólo quería cerciorarse de que le untaríamos la mano.

Nos contó a cuánto ascendía el soborno y algunos opinamos que habría sido más rentable abandonar Gerasa e interpretar *El arbitraje* ante un rebaño de ovejas nómadas.

—¿Es el motivo por el que la otra *troupe* lió el petate?

Cremes se molestó porque nos quejamos después de que consiguiera una buena baza.

—Según mi información, no. Se presentan con un número de circo de pésima calidad. Por lo visto, siguieron adelante cuando el trapecista principal sufrió una caída que lo dejó paralizado, pero cuando el oso amaestrado pilló la gripe…

—Perdieron los papeles —intervino Tranio de mala leche—. ¡Que es lo mismo que puede ocurrimos cuando los grupos que llegaron antes a Gerasa se enteren de que nos hemos colado y decidan venir a buscarnos!

—Mostraremos a esta ciudad algo que vale la pena ver y luego nos iremos a la chita callando —replicó Cremes con una actitud indiferente que puso de manifiesto la infinidad de veces que la compañía había abandonado un sitio deprisa y corriendo.

—¡Pues eso se lo dirás a los levantadores de pesos del Quersoneso Táurico! —masculló Tranio.

Claro que nadie es demasiado puntilloso con la ética cuando cree que está a punto de ganar algo de dinero.

La noche era nuestra. Estimulados por la certeza de que mañana trabajaríamos, hicimos fondo común con los alimentos, comimos en grupo

y luego cada uno siguió su camino. Los que tenían pasta podían ver la tragedia griega clásica que representaba un grupo muy sombrío de Cilicia. Helena y yo no estábamos de humor. Ella se fue a charlar con las chicas de la orquesta mientras yo intentaba afinar las escenas de *El arbitraje* que, en mi opinión, el genial Menandro no había acabado de pulir.

Había cosas que hacer durante la visita y aquella parecía la noche idónea. Tenía apremio por sostener una charla con Ione, la tocadora de pandereta, pero la vi formando parte del grupo al que Helena acababa de unirse. Entonces me di cuenta de que lo más probable es que Helena intentase organizar un encuentro discreto. Me pareció una idea brillante. Si Helena la convencía de que hablase, probablemente saldría más barato que si Ione descubría el pastel ante mí. Lleno de entusiasmo, me dije que las chicas no suelen sobornarse a la hora de cotillear.

Me concentré en la desaparecida artista de Talía. Cremes me había dicho que había logrado averiguar que el encargado de las reservas no sabía nada de la organista. Así, mi búsqueda tocaba a su fin en Gerasa. A nadie se le escapa cuando un órgano hidráulico llega a la ciudad: además de que estos instrumentos tienen el tamaño de una habitación pequeña, es imposible librarse del ruido. Sentí que podía olvidarme de Sofrona, aunque estaba dispuesto a comprobarlo por partida doble dando una vuelta por el foro y preguntando si alguien sabía algo de un hombre de negocios que se llamaba Habib y que había estado en Roma.

Musa se ofreció a acompañarme, pues en Gerasa había un templo nabateo que deseaba visitar. Después de su remojón obligado en Bostra yo no estaba dispuesto a dejarlo solo, de modo que aunamos fuerzas.

Cuando partimos vimos que Grumio estaba de pie sobre un tonel en la esquina.

—Grumio, ¿qué haces? ¿Has encontrado chistes viejos y pretendes venderlos?

Aunque el payaso acababa de iniciar su discurso, la gente ya se había arremolinado y el corro era bastante respetable. Grumio sonrió de oreja a oreja.

—¡Pensé que no era mala idea ganar el montante del soborno que Cremes tuvo que pagar para disponer del teatro!

Era muy bueno. Musa y yo lo observamos un rato y nos reímos tanto como el público. Hacía malabarismos con tejos y pelotas y realizaba fabulosos trucos de prestidigitador. Su talento era fuera de serie incluso en

una ciudad plagada de volatineros y magos. Finalmente le deseamos buena suerte y lamentamos tener que partir. Para entonces otros artistas había dejado sus puestos y se habían sumado al hipnotizado público.

La noche era hermosa. El mayor lujo de Gerasa es su clima templado. A Musa y a mí nos encantó pasear y ver lo que merecía la pena antes de abordar el asunto que nos condujo hasta allí. Éramos hombres que habíamos salido de parranda y no buscábamos lujurias, ni siquiera complicaciones, más bien disfrutábamos de la sensación de ser libres. Bebimos algo con toda tranquilidad. Compré unos cuantos regalos para llevar a Roma. Miramos los mercados, a las mujeres y los chiringuitos. Palmeamos burros, probamos el agua de las fuentes, evitamos que los niños fueran aplastados por las ruedas de los carros, fuimos amables con las viejecitas, nos inventamos explicaciones para las personas perdidas que nos tomaron por lugareños y, en un sentido amplio, nos sentimos como en casa.

Al norte del casco antiguo —la zona que tenían pensado convertir en el centro de la nueva metrópolis en expansión— descubrimos una serie de templos dominados por el espectacular santuario de Artemis, la diosa ancestral de la región. Había andamios alrededor de algunas de las doce bellísimas columnas dóricas, lo cual no era una novedad para Gerasa. Al lado se alzaba el templo dedicado a Dioniso. En su interior los sacerdotes nabateos tenían un enclave, ya que al parecer se podía forzar la síntesis entre Dioniso y Dushara. Nos paseamos por ahí y, antes de irme a hacer más averiguaciones sobre la chica de Talía, le pedí a Musa que no abandonara el santuario sin mí.

Mis pesquisas no dieron resultado. Nadie había oído hablar de Sofrona ni de Habib; la mayoría de las personas con las que hablé dijeron que eran forasteras. En cuanto me dolieron los pies emprendí el regreso al templo. Musa charlaba con alguien, así que le hice señas para informarle de mi retorno y me senté a descansar en el agradable pórtico jónico. Dado que su partida de Petra había sido muy precipitada, seguramente Musa deseaba enviar mensajes urgentes a su tierra: a su familia, a sus compañeros sacerdotes del templo del jardín de la montaña y puede que incluso a Hermano. Yo también experimentaba una molesta sensación de culpa porque ya era hora de comunicarle a mi madre que estaba vivo. Tal vez Musa estaba en el mismo brete. Quizás había buscado un mensajero durante nuestra estancia en Bostra, pero si lo hizo yo no me había enterado.

Probablemente ésta era la primera oportunidad que se le presentaba de dar noticias de su paradero y por eso dejé que siguiera charlando.

Cuando aparecieron los acólitos y encendieron las lámparas del templo, ambos comprendimos que las horas habían pasado imperceptiblemente. Musa se alejó de los nabateos. Caminó hasta mí y se acuclilló a mi lado. Me pareció que lo preocupaba.

—¿Va todo bien? —pregunté con tono neutral.

—Sí, claro. —A Musa le gustaba crear un aire de misterio.

El nabateo se cubrió la cara con el tocado y cruzó las manos. Contemplamos el recinto del templo. Como el resto de los santuarios, éste estaba lleno de viejas piadosas que deberían estar en sus casas con un vaso de ponche caliente, de timadores que vendían estatuillas religiosas y de aprovechados que buscaban turistas dispuestos a pagar para pasar la noche con sus hermanas: una escena apacible.

Yo estaba sentado en la escalinata del templo. Cambié de posición para ver de frente a Musa. Como estaba formalmente cubierto, sólo veía sus ojos, que me parecieron honrados e inteligentes. Más de una mujer consideraría romántica su mirada penetrante e inescrutable. Lo juzgué según su comportamiento. Vi a un joven delgado, aguerrido y de actitudes claras pero, cuando puso cara de abstraído, recordé que Musa se había sumado a nosotros porque creía que era lo que Hermano le había ordenado.

—¿Estás casado?

No le habíamos hecho las preguntas de rigor por la forma en que se había unido a nosotros, es decir, como encargado de vigilar nuestra libertad condicional por delegación de Hermano.

Pese a que llevábamos muchos kilómetros de caminos compartidos, yo no sabía nada de la biografía de Musa.

—No.

—¿Y piensas casarte?

—Puede que algún día. ¡Está permitido!

La sonrisa se anticipó a mi curiosidad sobre las normas sexuales que los sacerdotes de Dushara debían respetar.

—¡Me alegro! —También sonreí—. ¿Tienes familia?

—Una hermana. Vivo en su casa cuando no estoy en el sumo palacio del sacrificio. Siempre le envío noticias de mis viajes. —Lo dijo como si se disculpara. Tal vez dedujo que su conducta despertaba mis recelos.

—¡Qué bien!

—También he enviado un mensaje a Shullay.

Una vez más, el ligero matiz de su voz llamó mi atención, pero no supe a qué atribuirlo.

—¿Quién es Shullay?

—El más anciano de mi templo.

—¿Te refieres al viejo sacerdote que vi contigo mientras perseguía al asesino?

Musa asintió con la cabeza. Seguramente yo me había confundido con el matiz de su voz. No era más que un subordinado que se preocupaba por darle a un escéptico superior explicaciones de las razones por las que había faltado a sus obligaciones.

—Aquí había un mensaje para mí —añadió Musa.

—¿Tienes ganas de decirme de qué se trata?

—Lo envió Hermano.

Me dio un vuelco el corazón. Aunque Decápolis estaba bajo autoridad romana, cada ciudad mantenía su autonomía. Yo no sabía qué ocurriría si Nabatea decidía solicitar mi extradición y la de Helena. Seamos realistas: la prosperidad de Gerasa dependía de Petra. Y si Petra nos buscaba, Gerasa nos entregaría.

—Musa, ¿Hermano sabe que estás aquí?

—Envió un mensaje por las dudas. —Musa reveló lo siguiente con gran esfuerzo—: El mensaje dice que no estoy obligado a acompañaros.

—¡Ah! —exclamé aliviado.

En consecuencia, Musa se iría. Me sentí bastante afectado. Me había acostumbrado a tenerlo como compañero de viaje. Helena y yo no teníamos nada que ver con los integrantes del grupo teatral y Musa también era forastero, lo que lo convertía en uno de los nuestros. Ponía mucho de su parte y tenía una personalidad agradable. Separarnos de él a mitad de camino parecía una enorme pérdida.

Musa me observaba sin querer que yo me diera cuenta de que me miraba.

—Falco, ¿te molestaría mucho que te pidiera algo?

Noté que titubeaba más que de costumbre.

—Adelante, somos amigos —le recordé.

—Sí, claro. Si no te molesta, me gustaría ayudarte a encontrar al asesino.

Yo estaba encantado.

—¿Quieres quedarte con nosotros? —Reparé en que Musa no las tenía todas consigo—. Por mí no hay ningún problema.

Hasta entonces no me había dado cuenta de lo tímido que era el nabateo.

—Antes yo estaba bajo las órdenes de Hermano. No teníais por qué acogerme en vuestra tienda, pero lo hicisteis…

Reí a mandíbula batiente.

—¡En marcha, Helena debe de estar preocupada por nosotros! —Me incorporé de un salto y le ofrecí la mano—. Musa, eres nuestro huésped. Te recibiré con los brazos abiertos mientras me ayudes a conducir la maldita carreta y a montar la tienda. ¡Pero no permitas que alguien te ahogue mientras las reglas de la hospitalidad hacen que yo sea responsable de ti!

Una vez de regreso en el campamento nos dimos cuenta de que no hacía falta correr tanto. Tres o cuatro hombres formaban un grupo cerrado y charlaban en voz baja junto a la tienda de Cremes; a juzgar por las apariencias, habían compartido la velada. Las chicas se habían largado a alguna parte… Helena incluida. Esperaba encontrar un mensaje de consolación, pero no hubo suerte.

Musa y yo nos alejamos con la intención de buscar a Helena. Nos convencimos de que no estábamos preocupados, ya que Helena estaba en compañía, pero a mí me apetecía saber en qué se había metido. Tal vez se trataba de algo en lo que nos gustaría participar. Me hice la vana ilusión de que Helena estaba en una fiesta en la que tal vez había una bailarina exótica en un antro lleno de humo, donde te servían almendras tostadas en cuencos muy delicados y el vino era gratis o, por lo menos, muy barato…

Sea como sea, nosotros habíamos pasado varias horas en la ciudad, a veces yo era un buen chico y, probablemente, añoraba a mi amada Helena.

Encontramos a Grumio en la misma esquina de antes, montado sobre el mismo barril. Lo que parecía el mismo corro entusiasta seguía apiñado a su alrededor. Nos sumamos al grupo de espectadores.

Grumio había desarrollado una estrecha relación con su público. De vez en cuando pedía a alguien que lo ayudase a practicar los juegos de manos. Entre una muestra del arte del birlibirloque, insultaba a distintos individuos, pero todo debía de formar parte de la ininterrumpida sucesión de chistes que debió de empezar a contar antes de nuestra llegada. Sus bromas contenían la malicia suficiente para caldear el ambiente, pero nadie

protestó. Grumio decidió explayarse con un solo tema: insultar a las restantes ciudades de Decápolis.

—¿Hay alguien de Escitópolis? ¿No? ¡Menos mal! No diré que los escitopolitanos son tontos… —Percibimos cierta expectación contenida—. No lo diré, pero si alguna vez ven a dos escitopolitanos cavando una enorme fosa en la calle, a las puertas de una casa, pregúntenles… vamos, pregúntenles qué están haciendo. ¡Me juego la cabeza a que dirán que han vuelto a olvidarse la llave de la puerta! ¿Y de Pela? ¿Alguno de ustedes es de Pela? Escuchen, Pela y Escitópolis libran una antigua batalla… ¡Bah, es mejor olvidarlo! No tiene sentido insultar a los pelanos si no están presentes. ¡Probablemente no lograron encontrar el camino! Y no quisieron preguntar porque nadie entiende el acento pelano… ¿Alguno es de Abila? —Por sorprendente que parezca, un hombre levantó la mano—. ¡Señor, no sabe cuánto lo lamento! No diré que los abilanos son tontos pero, ¿quién más está dispuesto a confesar? Se aproxima el momento de la fama… Disculpe, ¿eso que mira por encima de su hombro es su camello o su esposa es de una fealdad supina?

Las bromas eran de muy mal gusto, pero Grumio les daba el tono justo en su condición de artista callejero.

Llegó el momento de introducir cambios y el cómico desgranó un monólogo de carácter más reflexivo.

—Un habitante de Gadara tenía un minifundio, nada del otro mundo, que paulatinamente fue mejorando. Primero un cerdo…

El payaso hizo una imitación de la granja, un animal por vez, al principio muy despacio; luego remedó diálogos breves entre los bichos y, por último, una frenética mezcolanza, por lo que creó la impresión de que todas las bestias graznaban y mugían a la vez. La coronó incorporando al granjero… al que representó mediante un pedo humano realmente repugnante.

—¡Qué asco! ¡Hola, Marco! —me saludó Grumio. Musa me sujetó del brazo, pero llegó tarde. Sin duda nos había visto antes, pero sólo en ese momento se mostró dispuesto a convertirme en víctima propiciatoria—. Les presento a mi amigo Marco. ¡Marco, ven aquí! Hagan el favor de echarle una mano. —Se había establecido una pauta para los nerviosos voluntarios: en cuanto me identificaron, los espectadores me cogieron y me empujaron hacia la zona escénica sin darme la posibilidad de resistirme—. Hola, Marco. —Grumio descendió del tonel para saludarme y, aunque bajó la voz,

su mirada se encendió maliciosamente. Me sentí como un arenque al que están a punto de colocar sobre las brasas—. Marco me ayudará en mi próxima actuación. Quédate donde estás y cambia esa expresión, que parece que te has meado encima. —Me giró hasta ponerme de cara al público. Obedecí y puse jeta de tontarrón—. Señoras y caballeros, les ruego que presten atención a este chico. Parece un don nadie, pero su amiguita es hija de un senador. La tía es tan rígida que cuando quieren hacer ñocoñoco él le patea los tobillos y ella cae de espaldas…

Si hubiera sido otro el individuo que se hubiese atrevido a ser tan irrespetuoso con Helena, yo le habría retorcido el pescuezo. La verdad es que estaba en un callejón sin salida. Me quedé de piedra y resistí mientras los espectadores percibían la tensión. Sin duda se percataron de que me ruboricé y de que me rechinaron los dientes. La próxima vez que Grumio quisiera hablar conmigo sobre la historia del humor me ocuparía de enseñarle unas cuantas palabras serias.

Claro que antes tenía que salir de ese fregado.

Empezamos con trucos de ilusionismo. Yo era el comparsa, por descontado. Sostuve pañuelos mediante los cuales se esfumaron huevos de madera que luego aparecieron en partes de mi cuerpo que desataron las carcajadas del público: un montón de simplones. Saqué plumas de detrás de una oreja y tabas de colores de debajo de la manga. Al final aparecieron una serie de pelotas de una forma cuyo recuerdo aún me ruboriza y nos dispusimos a realizar ejercicios malabares.

Fue fantástico. Recibí una lección improvisada y, de vez en cuando, Grumio me permitió participar. Si la pelota se me caía sonaban risas por mi aspecto ridículo. Si la atrapaba, los espectadores aplaudían mi expresión de sorpresa. Francamente, cogí unas cuantas. No podía ser de otra manera: en ello radicaba la habilidad de lanzador de Grumio.

Poco después las pelotas se trocaron en objetos diversos: una taba, un tejo, una bola, un volante y un vaso. Recogerlos era mucho más difícil y supuse que ya no había nada que hacer. De repente Grumio se agachó y, visto y no visto, me quitó la daga, que llevaba oculta en la bota. Sólo Júpiter sabe cómo averiguó dónde la guardaba. Debía de ser endemoniadamente observador.

Los congregados dejaron escapar un murmullo. Por desgracia, el filo de la daga acabó en su mano sin la funda.

—¡ Grumio! —grité.

No había modo de detenerlo. Todos percibieron el peligro y pensaron que lo había hecho adrede. Fue bastante agorero ver el brillo de la hoja cuando la arrojó por los aires. Enseguida se dedicó a lanzarme más cosas. El público, que se había burlado de mi sorpresa cuando vi la daga, estaba pendiente de todo y en silencio. Me paralizó el terror de que Grumio se cortara la mano. El gentío esperaba que me lanzase la daga sin funda.

Logré atrapar y devolverle el tejo y el vaso. Suponía que Grumio lanzaría la taba o el volante y que con gran elegancia pondría fin a su número. El muy cabrón alargó el momento de la verdad. Me cubrí de sudor mientras intentaba concentrarme.

Algo situado más allá de los espectadores llamó mi atención.

No hizo un solo movimiento: permaneció totalmente inmóvil en las lindes del público. Era una chica alta, de espalda recta, vestida de azul y con el pelo delicadamente recogido: Helena. Parecía enojada y aterrorizada.

Al verla me fallaron los nervios. No quería que fuera testigo de mi situación rayana en el peligro. Intenté advertir a Grumio. Nuestras miradas se encontraron. La expresión de sus ojos era totalmente perversa y amoral. El volante ondeó y la bola rodó.

A continuación Grumio lanzó la daga.

OceanofPDF.com

XXIX

No sé a qué vino tanta sorpresa.

Todos los que habíamos pasado cinco años en las legiones, encerrados en la fortaleza de un gélido estuario del oeste de Britania, habíamos probado suerte con el lanzamiento de cuchillos. No había mucho más que hacer. Las mujeres escaseaban; mejor dicho, las pocas que había querían casarse con centuriones. Después de repetir cien noches la misma estrategia, los juegos de damas resultaban insoportables. Nos bañábamos, comíamos, bebíamos, algunos follaban, todos lanzábamos improperios a la niebla por si algún homúnculo britano nos estaba escuchando y, como éramos buenos chicos que estábamos a miles de kilómetros de nuestras madres, intentábamos suicidarnos jugando con cuchillos.

Sé cogerlos al vuelo. En Britania me especialicé en atrapar dagas después de volverme de espaldas. Cuando tenía veinte años era capaz de hacerlo borracho como una cuba. De hecho, me salía mejor si estaba trompa o, si no exactamente ebrio, al menos pensando en una chavala.

Y en ese preciso instante todos mis pensamientos se concentraron en una chica.

Volví a guardar la daga en mi bota… o sea, en la funda. La gente vitoreaba frenéticamente. Aún divisaba a Helena, que seguía inmóvil. A poca distancia, Musa hacía intentos desesperados por abrirse paso en medio de la turba y llegar hasta ella. Grumio se deshizo en explicaciones:

—Falco, lo lamento. Quería tirarte la taba. Me cogiste desprevenido cuando te moviste…

El muy imbécil pensaba que la culpa era mía. Me obligué a prestarle atención. Grumio había hecho una reverencia en respuesta a los aplausos de los espectadores. Cuando se incorporó vi que tenía los ojos empañados. Estaba sin aliento, como cualquiera que recibe un susto descomunal.

—¡Por todos los dioses, no pensarás que intentaba matarte!

—No pasa nada. —Hablé con serenidad. Probablemente yo estaba tranquilo.

—¿Pasarás o no el sombrero por mí?

Me tendió la gorra de la colecta, uno de esos trastos frigios de lana que se doblan, como si te calzaras un largo calcetín en la cabeza.

—Tengo otra cosa que hacer…

Me fundí con el gentío y dejé que el payaso se las arreglara por su cuenta.

Mientras yo me abría paso, Grumio prosiguió con su discurso:

—Ha sido realmente emocionante. ¡Marco, muchísimas gracias! ¡Mi amigo es todo un personaje…! Veamos, ¿hay alguien de Capitolias?

Musa y yo nos reunimos simultáneamente con Helena.

—Por todo el Olimpo, ¿qué pasa? —pregunté y frené bruscamente.

Musa percibió mi tono de apremio y se replegó un poco.

Helena estaba inmóvil. Como yo la conocía mejor, tardé menos en interpretar su actitud, pero nuestro amigo captó rápidamente su perturbación. No tenía nada que ver con el número de Grumio. Helena había ido a buscarme. Durante unos segundos no pudo explicarme por qué y por mi mente pasaron las imágenes más fatalistas que quepa suponer.

Tanto Musa como yo dedujimos que la habían atacado. Suave y rápidamente la llevé a un rincón tranquilo. Tuve la sensación de que el corazón se me iba a escapar por la boca. Helena se dio cuenta y, después de dar unos pasos, me detuvo y dijo:

—Yo estoy bien.

—¡Amor mío!

La abracé y, para variar, le di las gracias al destino. Mi aspecto debía de ser espeluznante. Fugazmente Helena apoyó la cabeza en mi hombro. Musa se apartó, pues consideró que debía dejarnos a solas. Con la cabeza le hice señas de que esperara. Aún había un problema pendiente y quizá necesitase ayuda.

Helena alzó la cabeza. Su expresión seguía demudada, pero había recuperado el dominio de sí misma.

—Marco, tienes que venir conmigo.

—¿Qué pasa?

El dolor pudo con Helena, que logró murmurar:

—Había quedado con Ione en las albercas de Majuma. Cuando llegué la encontré en el agua. Por lo visto se ha ahogado.

OceanofPDF.com

XXX

Recuerdo las ranas.

Llegamos a un sitio cuya serena belleza tendría que haber alegrado el alma. Durante el día ese lugar sagrado debía de estar iluminado por el sol y rodeado por los trinos de las aves. Al caer la tarde, los pájaros callaban y en torno a esas aguas sensuales y todavía tibias infinidad de ranas entonaban un coro lo bastante delirante para deleitar a Aristófanes. Croaban disparatadamente, sin hacer el más mínimo caso de las crisis humanas.

Los tres nos dirigimos a ese sitio a lomos de burros que recogimos a toda velocidad. Tuvimos que atravesar la ciudad entera en dirección norte y despotricamos las dos veces que quedamos retenidos en los puntos en que la calle mayor —el *Decumano*— hacía intersección con vías principales. Huelga decir que ambas estaban en reparaciones y repletas con el habitual gentío de mendigos y turistas que deambulan sin rumbo fijo. Salimos por la puerta norte, tomamos un camino procesional más calmo que bordeaba un valle fértil y avistamos prósperas villas residenciales pacíficamente erigidas entre los árboles de las colinas onduladas. Hacía fresco y todo estaba en paz. Pasamos delante de un templo que por la noche permanecía desierto.

Estaba demasiado oscuro para avanzar sin dificultades. Cuando franqueamos el arco que comunicaba con las albercas sagradas, descubrimos que de los árboles colgaban lámparas que parecían luciérnagas y que en tierra habían clavado teas de betún. Aunque a la vista no había nadie, alguien debía de estar encargado de ese sitio.

Helena y yo habíamos viajado en el mismo burro, de modo que pude estrecharla en mis brazos. Me dio más detalles de lo acontecido y procuré no gritarle por haber corrido tantos riesgos.

—Marco, teníamos que hablar con Ione sobre las insinuaciones que hizo acerca de Heliodoro.

—No lo discuto.

—Logré cruzar dos palabras con ella y quedamos en hablar tranquilas en las piscinas.

—¿En qué quedasteis… en daros un promiscuo chapuzón en porretas?

—No digas más disparates. Decidimos visitar este sitio. Nos dijeron que habitualmente los gerasanos se bañan aquí cuando no se celebran las fiestas náuticas.

—¡Y que lo digas!

—Marco, te ruego que me escuches. Fue una propuesta muy abierta porque, antes de venir, teníamos otras cosas que hacer. Yo me proponía ordenar nuestra tienda…

—Me alegro. Las buenas chicas siempre hacen las tareas domésticas antes de largarse de cachondeo. ¡Las madres decentes dicen a sus hijas que no pueden tirarse al agua antes de fregar los suelos!

—Te agradecería que dejaras de delirar.

—¡Pues no me alarmes más!

Debo reconocer que me perturbaba la idea de que mi chica se acercara a un sitio donde se practicaba un culto obsceno. Aunque nadie lograría comerle el tarro fácilmente a Helena, a todo investigador que se precie los afligidos parientes le han pedido que intente rescatar de las garras de religiones extrañas a acólitos que supuestamente tienen dos dedos de frente. Yo conocía demasiado bien la sonrisa vacía de las niñas ricas a las que les han lavado el cerebro. Estaba empeñado en que mi amada no se viera arrastrada a participar en una fiesta obscena. Y en Siria, donde los cultos incluían mujeres que, en pleno éxtasis, castraban a los hombres y esparcían los trozos a los cuatro vientos, me sentía muy desasosegado en las cercanías de los santuarios exóticos.

Descubrí que aferraba con tanta fuerza el brazo de Helena que seguramente le hacía daño; enfadado conmigo mismo, la solté y le hice una caricia.

—Tendrías que haberme avisado.

—¡Lo intenté, pero no te encontré por ninguna parte! —espetó acalorada.

—Lo siento.

Me mordí el labio, cabreado por haber permanecido tantas horas fuera con Musa.

Una chica había muerto y nuestros sentimientos no contaban. Helena no quiso discutir y siguió refiriéndome los hechos:

—Si quieres que te dé mi opinión, pensé que lo mejor era tomárselo con calma. Parecía que Ione tenía una cita.

—¿Con un hombre?

—Es lo que deduje. Ione sólo dijo que se adelantaría porque había preparado algunas diversiones… El plan consistía en reunirme con ella en las piscinas antes de que llegara el resto, pero no me apresuré porque no quería aguarle la fiesta. Y ahora no me lo perdono, pues llegué demasiado tarde para ayudarla.

—¿Quién más quedó en reunirse con vosotras?

—Birria. Afrania mostró cierto interés, pero no estoy segura de que estuviese decidida a venir.

—¿Sólo mujeres?

A Helena no se le movió un pelo.

—Así es.

—¿Y por qué decidisteis venir de noche?

—¡No preguntes tantas chorradas! Cuando quedamos no había oscurecido.

Hice grandes esfuerzos por conservar la calma.

—¿Ione estaba en el agua cuando llegaste a las piscinas?

—Encontré su ropa junto a la alberca y cuando la vi quieta supe que estaba muerta.

—Ay, cariño, tendría que haber estado a tu lado. ¿Qué hiciste?

—Por allí no había nadie. Junto al borde hay escalones para recoger agua. Ione estaba en la zona donde se hace pie, junto a los salientes. Fue allí donde la vi. Los escalones me permitieron arrastrarla hasta sacarla del agua, de lo contrario no habría podido hacerlo. Me costó sangre, sudor y lágrimas, pero estaba muy enfadada. Recordé lo que hiciste para tratar de reanimar a Heliodoro. Ignoro si lo hice bien, pero lo cierto es que dio resultado…

Intenté que Helena se calmara.

—No le fallaste. Intentaste reanimarla. Probablemente ya estaba muerta. Prosigue.

—Miré a mi alrededor en busca de pruebas y de repente me asusté porque pensé que quien mató a Ione todavía podía estar allí. El emplazamiento está rodeado de abetos. Tuve la impresión de que alguien me observaba… y eché a correr en busca de ayuda. De regreso a la ciudad me crucé con Birria, que iba a nuestro encuentro.

Me sorprendí.

—¿Dónde está Birria ahora?

—Fue a las piscinas. Dijo que no le tiene miedo a los asesinos y que Ione debería contar con una amiga que la protegiera.

—En ese caso, démonos prisa…

Poco después nos internamos entre los mismos abetos que habían hecho que Helena se sintiese amenazada. Atravesamos el arco y llegamos a las piscinas, apenas iluminadas y resonantes con el frenético croar de las ranas.

Había una inmensa cisterna rectangular, de tan grandes dimensiones que seguramente se utilizaba para abastecer de agua a la ciudad. Estaba dividida en dos por un muro de contención que formaba una esclusa. En los lados más largos, los escalones conducían hasta el agua, que parecía profunda.

Oímos que, en el otro extremo, había gente que retozaba; no sólo se trataba de mujeres. Al igual que las ranas, no hicieron caso del cuadro trágico, pues esos seres estaban demasiado concentrados en su juerga para sentir curiosidad. El cuerpo de Ione se encontraba junto al borde. Una figura de rodillas montaba guardia a su lado: Birria, cuya expresión denotaba que responsabilizaba a un hombre de lo sucedido. Se incorporó al vernos y Helena y ella se abrazaron hechas un mar de lágrimas.

Musa y yo caminamos en silencio hasta la difunta. Debajo de la prenda blanca que la cubría —no tardé en reconocer que era la estola de Helena—, Ione yacía boca arriba. Si exceptuamos el grueso collar, estaba desnuda. Musa lanzó una exclamación de sorpresa. Retrocedió avergonzado ante el llamativo espectáculo de esas carnes. Cogí una lámpara para verla mejor.

Ione había sido hermosa, tan bella como puede desear serlo una mujer o como a un hombre le gustaría que lo fuera la mujer que le pertenece.

—¡Haz el favor de taparla! —La voz de Musa sonó ronca.

Yo también estaba disgustado, pero sabía que perder los estribos no serviría de nada.

—No pretendía faltarle al respeto.

Hice mis observaciones, cubrí el cadáver de Ione y me erguí.

El sacerdote nabateo me volvió la espalda. Clavé la mirada en el agua. Me había olvidado de que Musa no era mi amigo Petronio Longo, el capitán de la guardia del Aventino con el que había examinado tantos cadáveres arrasados por la violencia. Daba igual que fuesen hombres o mujeres. Desnudos, vestidos o desharrapados, lo único que veías era la inutilidad de la muerte. Percibías la falta de sentido y, con un poco de suerte, indicios que apuntaban al criminal.

Afectado pero recobrado el control de sí mismo, Musa se dio la vuelta para mirarme y preguntó:

—Falco, ¿qué has encontrado?

—Musa, más bien se trata de lo que no encuentro. —Expresé en voz baja lo que estaba pensando—. A Heliodoro lo golpearon hasta que pudieron con él, pero Ione no presenta huellas parecidas. —Paseé rápidamente la mirada en torno al sitio en el que estábamos—. Y aquí no hay nada que apunte a la ingestión de alcohol.

Musa aceptó mis explicaciones y se tranquilizó.

—Y eso, ¿qué significa?

—Significa que, si se trata del mismo, el asesino pertenece a nuestra compañía y que Ione lo conocía. Heliodoro también lo conocía. Claro que, a diferencia del dramaturgo, Ione no estaba en guardia. El asesino no tuvo necesidad de sorprenderla ni de reducirla. Era su amigo… o algo más que un amigo.

—Si el asesino era la misma persona de la que estaba dispuesta a hablarte, fue muy temerario de su parte quedar en verse con él antes de hablar del tema con Helena.

—Tienes razón, pero algunas personas se sienten atraídas por el peligro…

—¡Marco!

De repente Helena pronunció mi nombre en voz baja. Cabía la posibilidad de que, después de todo, un juerguista escrupuloso hubiese recordado alguna perturbación. Uno de los siervos del santuario se acercaba a nosotros. Se me cayó el alma a los pies e imaginé que nos pondría pegas.

Se trataba de un sirviente entrado en años que vestía una larga camisa de rayas y gastaba barba de varios días. En una mano sucia portaba una alcuza, por lo que podía simular que llenaba las lámparas. Había llegado en silencio, calzado con unas babuchas de tiras, y en el acto me di cuenta de que su máximo placer en la vida consistía en fisgar entre los abetos y espiar a las mujeres que retozaban.

Cuando el siervo llegó a nuestro lado, tanto Musa como yo cuadramos los hombros a la defensiva. Apartó la estola que cubría el cadáver y le echó un buen vistazo a Ione.

—¡Otro accidente! —comentó con un griego que habría sonado arrabalero incluso en el puerto de El Pireo.

Musa murmuró algo tajante en árabe. Seguramente la lengua materna del cuidador del templo era el arameo, pero sin duda percibió el tono desdeñoso del sacerdote nabateo.

—¿Aquí ocurren muchas muertes? —Mi propia voz me sonó altanera, pues parecía un tribuno envarado adscrito al ministerio de Asuntos Exteriores que informa a los lugareños lo mucho que los desprecia.

—¡Aquí hay demasiada agitación! —canturreó la vieja y lasciva pulga de agua.

Era evidente que pensaba que se había celebrado una peligrosa orgía y que supuso que Helena, Birria, Musa y yo formábamos parte de la jodienda. Yo no me arrepentí de haber hablado con petulancia. Cualquiera que sea el lugar del mundo donde están, algunos individuos merecen ser despreciados.

—¿Cuál es el procedimiento? —pregunté con toda la paciencia de que fui capaz.

—¿Qué procedimiento?

—¿Qué hacemos con el cadáver?

El sirviente se mostró sorprendido.

—Si esta chica es amiga suya, tendrán que llevársela y enterrarla.

Tendría que haberlo sospechado. Hallar el cadáver desnudo de una joven en el lugar donde se celebran fiestas promiscuas en el quinto pino del imperio no es lo mismo que encontrarlo en cualquiera de los sectores de la ciudad de Roma rigurosamente vigilados.

Estuve en un tris de reclamar una investigación oficial. Me sentía tan contrariado que deseé la presencia de la guardia y del magistrado local, que en el foro se pusiera un anuncio solicitando la declaración de los testigos, que nuestra *troupe* fuese retenida hasta que se celebrara la investigación y que seis meses después la vista judicial se desarrollase en un juzgado… pero prevaleció mi sentido común.

Me llevé al salaz cuidador a una parte y le unté la mano con toda la calderilla de que disponía.

—Nos la llevaremos —prometí—. Dígame, ¿vio lo que pasó?

—¡Yo no vi nada!

No había ni la más remota duda de que mentía. En virtud de las barreras idiomáticas y culturales que existían entre Roma y este pajolero parque de atracciones, supe que no lograría desenmascarar ni una sola de sus mentiras. Durante unos instantes me sentí abrumado. Debía volver a Roma y a mis calles porque aquí no podía ser útil a nadie.

Musa se detuvo a mi lado. Habló con su tono más grave y sonoro. No hizo amenazas, sino gala de una autoridad perfectamente definida: Dushara, el severo dios de la montaña, acababa de ingresar en ese sitio.

Cruzaron unas cuantas frases en arameo y, a continuación, el individuo de la alcuza se perdió entre los abetos. Se dirigió al otro extremo de las albercas, de donde procedían los ruidos. Las lámparas de los juerguistas no necesitaban más aceite, pero el sirviente tenía que cumplir otra desagradable tarea.

Musa y yo no nos movimos. La noche pareció tornarse más oscura y el santuario resultó más frío e incluso más sórdido. El coro de ranas sonó discordante. A mis pies rompían las incesantes e inquietas aguas de la alberca. Las moscas enanas se apiñaron en mi cara.

—¡Gracias, amigo! ¿Te has enterado de lo que pasó?

—Ese hombre recoge pinaza y piñas y, en un sentido amplio, mantiene el orden en el santuario —respondió Musa torvamente—. Dice que Ione llegó sola y que poco después un hombre se reunió con ella. El infeliz no puede describirlo porque sólo miró a la chica.

—¿Cómo lograste que hablara?

—Le dije que estabas tan enfadado que montarías un escándalo y que entonces lo responsabilizarían del accidente.

—¡Musa! ¿Dónde has aprendido a intimidar a un testigo?

—Viéndote actuar.

Lo dijo afablemente. Musa ni siquiera perdió el sentido del humor en un trance como aquél.

—¡Ya está bien! Mis métodos son éticos. ¿Qué más le arrancaste al mirón de las piscinas?

—Una vez en el agua, Ione y su acompañante se comportaron como amantes. En medio de la pasión la chica pareció tener problemas, se esforzó por llegar a los escalones y luego dejó de moverse. Su acompañante salió del agua, echó un rápido vistazo a su alrededor y se perdió en la pineda. Este siervo desagradable creyó que se iba deprisa a pedir ayuda.

—¿Y el siervo desagradable no le ofreció ayuda?

—No. —El tono de Musa fue tan tajante como el mío—. Entonces llegó Helena y descubrió que había ocurrido un accidente.

—Por lo tanto, cuando Helena tuvo la sensación de que la observaban estaba en lo cierto y era este espantoso barrendero… Musa, la muerte de Ione no fue accidental.

—Falco, ¿puedes demostrarlo?

—Sí, siempre y cuando estés dispuesto a mirar.

Me arrodillé por última vez junto a la muerta y aparté la estola que la tapaba justo lo necesario. El rostro de Ione estaba totalmente manchado. Le mostré a Musa que las cadenas con cuentas del collar parecían haberle apretado el cuello y dejado huellas. Algunos pares de pesadas cuentas de piedra todavía pellizcaban pequeños pliegues de piel. Las manchas de *kajal* y de otros potingues desfiguraban su rostro. Bajo los morados producidos por el collar y las manchas oscuras, infinidad de pecas rojas teñían su cutis.

—Ésta es la razón por la que hace un rato la examiné de cerca. Cabe la posibilidad de que el collar le pellizcara el cuello mientras se revolvía en el agua, pero creo que indica que sufrió la presión de unas manos masculinas. Los pequeños puntos rojos suelen aparecer en el cadáver de quien ha muerto en determinadas circunstancias.

—¿Quieres decir por inmersión?

—No. Si se hubiera ahogado, su rostro estaría pálido. Ione fue estrangulada —afirmé.

OceanofPDF.com

XXXI

El resto de aquella noche y el día siguiente libramos diversas batallas que nos dejaron extenuados. Envolvimos el cuerpo lo mejor que pudimos. Helena y Birria montaron en un burro mientras Musa y yo caminamos a uno y otro lado del animal que portaba a Ione.

Nos costó lo nuestro mantener cubierta a esa pobre alma e impedir que cayese del lomo del burro. El cadáver no tardó en ponerse rígido en ese clima cálido. De haber estado solo la habría atado metódicamente para que pasara por un fardo de heno. Pero estaba acompañado y esperaban que actuase con respeto.

Aunque robamos lámparas del santuario para iluminar el camino, antes de llegar al final de la vía procesional nos dimos cuenta de que sería imposible atravesar la ciudad de cabo a rabo con esa carga. En mi vida he hecho bastantes extravagancias, pero no podía pasear a la difunta —con el pelo teñido con *henna* aún chorreante y los brazos desnudos extendidos hacia el suelo— por la calle mayor repleta de comerciantes y vecinos que habían salido a dar una vuelta y buscaban a alguien que se hubiese metido en un buen lío para mirarlo. Era probable que el gentío se arremolinara hasta formar una romería codo con codo y nos siguiese.

Nos salvó el templo situado junto a la puerta de la ciudad, el mismo por el que habíamos pasado hacía un rato. Cuando regresamos, había sacerdotes que daban cumplimiento a sus respectivos deberes nocturnos. Musa apeló a ellos en tanto que colegas profesionales del templo de Dioniso-Dushara, y accedieron a que el cadáver quedase bajo su custodia hasta el día siguiente.

Por paradójico que parezca, dejamos a Ione en el templo de Némesis.

Ligeros de equipaje, nos movimos más rápido. Yo montaba con Helena, que volvió a sentarse delante de mí. Birria había aceptado ir con Musa. Los dos parecían incómodos; Musa estaba muy quieto a lomos de la bestia peluda mientras ella se situó detrás, apenas dispuesta a sujetarse del cinto del nabateo.

Cruzar la ciudad fue toda una experiencia y yo habría pagado un pastón con tal de ahorrármela. Por fin llegamos al campamento a oscuras, si

bien en las calles aún había movimiento. Los comerciantes apuestan fuerte y hasta muy tarde. Grumio seguía de pie sobre el tonel. Con la llegada de la noche, su humor había subido de tono y, aunque estaba algo ronco, seguía preguntando machaconamente si había alguien de tal o cual sitio.

Le hicimos señas. Pasó por última vez la gorra, le hizo un nudo para que las monedas no cayesen y se reunió con nosotros. Le dimos la mala nueva y, notoriamente afectado, se alejó para comunicárselo a los demás. En un mundo ideal tendría que haberlo acompañado para observar las reacciones de los actores, pero hay que tener en cuenta que en un mundo ideal los héroes no se cansan ni se deprimen y, además, cobran más que yo… en néctar y ambrosía, vírgenes complacientes, manzanas y vellocinos de oro, amén de fama y prestigio.

Birria me tenía muy preocupado. Apenas había hablado desde que nos reunimos con ella en las piscinas sagradas. A pesar de las manifestaciones iniciales de coraje, ahora estaba aterida, horrorizada y profundamente afectada. Musa se ofreció a acompañarla a su tienda. Le aconsejé que buscara a cualquiera de las otras mujeres para pedirle que acompañase a Birria esa noche. Como no me movía totalmente a ciegas, tenía algo urgente de lo que ocuparme. En cuanto dejé a Helena en nuestro alojamiento, deambulé entre las chicas de la orquesta para tratar de averiguar quién era el fatal amante de Ione. Mis pesquisas no dieron resultado. Fue fácil encontrar a Afrania y a un par de bailarinas por el ruido que hacían. Manifestaron alivio porque no eran ellas, sino Ione la que había tenido problemas. Su llanto histérico sólo varió porque optaron por chillar con falso terror cuando yo —un hombre, es decir, alguien que podía ser ligeramente peligroso— intenté hablarles. Mencioné la célebre cura médica de la histeria, dije que habría bofetones para todas si no dejaban de chillar y una de las tocadoras de zampoña pegó un brinco y me amenazó con hundirme el eje de una carreta en las entrañas. Llegué a la conclusión de que retirarme era lo más aconsejable.

Cuando regresé a la tienda tuve que afrontar otra crisis: Musa no había vuelto. Eché un vistazo a mi alrededor y, con excepción del lejano jaleo de la orquesta —y a esa altura hasta las chicas empezaban a dar muestras de cansancio—, el campamento entero estaba en silencio. En la tienda de Birria, cuyos faldones estaban cerrados a cal y canto, brillaba una débil luz. A Helena y a mí nos parecía imposible que Musa hubiese logrado establecer una relación íntima con Birria, pero ninguno de los dos quería

quedarse con un palmo de narices interrumpiendo algo, si es que lo había. Tanto Helena como yo pasamos casi toda la noche en vela, preocupados por el nabateo.

—Musa ya es adulto.

—¡Pues eso es precisamente lo que me preocupa! —exclamó Helena.

Musa regresó por la mañana. Estaba como siempre y ni siquiera se tomó la molestia de darnos la menor explicación.

—¡Vaya sorpresa! —Ironicé en cuanto Helena salió a avivar el fuego y fuimos libres de hablar de hombre a hombre—. ¿No encontraste ni una sola mujer que le hiciera compañía a Birria?

—No, Falco, ni una.

—¿Y qué hiciste entonces? ¿Decidiste acompañarla? —Esta vez Musa no respondió a mi pulla. Era evidente que no pensaba contarme nada. De acuerdo, pero eso lo volvía presa fácil de las chanzas—. Por Júpiter, no pareces un tío que ha dedicado la noche a consolar a una bella joven.

—¿Y qué aspecto debería tener un hombre que se dedica a esos menesteres? —me desafió quedamente.

—¡Amigo mío, estaría agotado! Venga ya, Musa, es pura broma. Supongo que si le hubieses hecho una proposición, la mundialmente casta Birria te habría puesto de patitas en la calle en plena noche.

—Probablemente —masculló Musa—. Es mejor no decir nada.

Ese comentario daba pie a dos interpretaciones: la mujer acostumbrada a que le hagan proposiciones puede descubrir que la reticencia es extrañamente excitante.

—¿He de suponer que Birria quedó tan impresionada que te lo propuso? ¡Reconozco que parece un buen plan!

—Sí, claro —coincidió Musa y por fin sonrió como un hombre normal —. ¡Falco, te aseguro que es un buen plan!

Por lo visto, sólo lo era teóricamente.

—Disculpa, Musa, pero tengo la impresión de que llevas tu vida del revés. La mayoría de los hombres seducen a la beldad y después son arrojados al abismo por un rival celoso. ¡Tú solventaste primero la parte dolorosa!

—¡Marco Didio, es evidente que eres el experto en mujeres! —Helena había regresado sin que nos percatásemos—. No subestimes a nuestro huésped.

Me pareció que una ligera sonrisa transformaba las facciones del nabateo.

Helena, que siempre sabía detectar el momento justo para cambiar de tema, alisó hábilmente las plumas de Musa.

—Tu anfitrión suele realizar trabajos de intruso y no se acuerda de dejarlo a un lado cuando regresa a casa. Hay muchos otros aspectos que debemos investigar. Anoche Marco intentó averiguar cosas sobre la vida de Ione preguntando a sus amistades.

Aunque bajó la cabeza, Musa dijo:

—Pues yo tengo cierta información.

Como parecía reticente a la hora de citar la fuente, pregunté con tono indiferente:

—¿La obtuviste mientras pasabas la noche consolando a Birria?

Helena me arrojó un cojín.

—La tocadora de pandereta probablemente estuvo relacionada con Cremes el empresario y con el guapo de Filócrates —respondió Musa pacientemente, tan reacio a mencionar el nombre del cadáver que había visto desnudo como a precisar quién era la fuente de esa información.

—Lo sospechaba —murmuré—. Probablemente Cremes la obligó a practicar algunos jueguecitos a cambio de trabajo. Y Filócrates pensó que, en su condición de seductor, debía pulirse a toda la orquesta de la misma forma que la rasera escurre el aceite de la sartén.

—Me han dicho que con toda probabilidad hasta a Davos le gustaba.

—Era una chica agradable —declaró Helena y su tono contenía cierto deje de reproche.

—Exactamente —coincidió Musa muy serio. Sabía afrontar la desaprobación. Alguna vez alguien le había enseñado a mostrarse sumiso. Me pregunté si, por casualidad, la hermana con la que a veces convivía en Petra se parecía a las mías—. Se ha sugerido que, de forma regular, Ione se mostraba más amistosa con los gemelos.

Helena me miró. Los dos nos habíamos dado cuenta de que tuvo que ser Birria la que proporcionó esa información. Me pregunté si podíamos tener en cuenta sus afirmaciones. La consideraba una chica a la que no se le escapa nada. Puede que los hombres no le gustasen, pero era muy capaz de observar atentamente la conducta de las otras. Hasta es posible que las demás le hablasen sin pelos en la lengua sobre sus relaciones, aunque lo

más probable era que evitasen a una mujer con la reputación de Birria por considerarla engreída y mojigata.

—Todo encaja —dije reflexivo—. Los gemelos estaban en Petra. Los dos figuran en nuestra lista de sospechosos del asesinato de Heliodoro. Por lo que parece, podemos centrarnos directamente en uno solo, ya que Grumio pasó toda la noche haciendo que los gerasenos se mondaran de risa con los insultos que dedicó a sus vecinos.

—¡Ay, no! —Helena parecía apesarada—. ¡Todo indica que se trata de Tranio!

Al igual que a mí, siempre le había atraído el ingenio de Tranio.

—Eso parece —insistí pero, por algún motivo, jamás confío en las soluciones que aparecen tan fácilmente.

En lugar de desayunar, actividad que me resultaba inimaginable, decidí molestar al personal desde temprano. En primer lugar, despejé el terreno y eliminé a los que me parecieron que tenían menos probabilidades de estar involucrados. Enseguida comprobé que Cremes y Frigia habían cenado juntos, que Frigia invitó a su viejo amigo Davos y que Filócrates pasó con ellos casi toda la velada. No quedó claro si Cremes invitó deliberadamente al arrogante actor o si se presentó por su cuenta y riesgo. Recordé que la noche anterior había visto tranquilamente sentado al cuarteto junto a la tienda del empresario, lo que confirmaba sus coartadas.

Por añadidura, Filócrates había tenido una cita más tarde, cita que no le dolieron prendas mencionar. Me comentó muy ufano que estuvo retozando con una vendedora de quesos.

—¿Cómo se llama?

—¿Y yo qué sé?

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Pregúntale a las ovejas.

Lo cierto es que me mostró un par de quesos de leche de oveja —uno de ellos a medio comer—, hecho que provisionalmente acepté como prueba.

Me preparé para hablar con Tranio. Lo encontré cuando salía de la tienda de Afrania, la flautista. Parecía esperar mis preguntas y adoptó una actitud agresiva. Me contó que había pasado la velada bebiendo y haciendo otras cosas agradables con Afrania. La hizo salir de la tienda y, como era de esperar, la flautista confirmó sus declaraciones.

Tuve la sensación de que la chica mentía, pero no pude hacerla titubear. Tranio también tenía un aspecto raro, aunque todos sabemos que una expresión extraña no condena a nadie. Si era culpable, sabía cubrirse las espaldas. Cuando una atractiva flautista declara que un hombre en pleno ejercicio de sus facultades se ha ido al lecho con ella, cualquier jurado tiende a creer que dice la verdad.

Miré a Tranio a la cara, sabedor de que sus ojos oscuros y desafiantemente encendidos podían ser los de un hombre que había matado dos veces y que también había intentado ahogar a Musa. Me dominó una extraña sensación. Tranio respondió directa y sarcásticamente a mi mirada. Me desafió a que lo acusara, pero yo no estaba en condiciones de hacerlo.

Cuando me alejé tuve la certeza de que Tranio y Afrania se increpaban para discutir sobre lo que me habían contado. Claro que, si me hubiesen dicho la verdad, no habrían tenido motivos para disentir.

Concluí que mis investigaciones matinales habían sido insatisfactorias. Asuntos más acuciantes me aguardaban. Teníamos que organizar el funeral de Ione y me necesitaban. Lo único que pude añadir a mis pesquisas fue una breve conversación con Grumio.

Lo encontré solo en la tienda de los payasos. Estaba extenuado y tenía una resaca de mil dragones. Opté por plantearle directamente la situación:

—Grumio, no me iré por las ramas. Ione fue asesinada por un hombre que la conocía bien. Me han dicho que Tranio y tú erais sus contactos más habituales.

—Probablemente es así. —Se puso sombrío y no intentó escabullirse —. Tranio y yo nos llevamos bien e intimamos con las chicas de la orquesta.

—¿Alguna relación profunda?

—Francamente, no —reconoció.

—Estoy averiguando qué habéis hecho todos ayer por la noche. Como comprenderás, a ti es fácil descartarte. Sé que te dedicaste a fascinar al respetable. ¿Lo hiciste durante toda la noche? —Era una pregunta de rigor. Grumio asintió con la cabeza. La cosa quedó aclarada porque la noche anterior yo lo había visto dos o tres veces montado sobre el tonel—. Tranio sostiene que estuvo con Afrania. ¿Tenía una relación parecida con Ione?

—Tú lo has dicho.

—¿Era especial?

—No, simplemente se acostaba con ella.

Helena habría dicho que entonces era especial. Pero el error era mío por atribuir una visión romántica a mi amada. Helena había estado casada y, en consecuencia, conocía bien las asperezas de la vida.

—¿Cuando no dormía con Afrania? —pregunté con acritud.

—¡O cuando Ione no dormía con otro! —Grumio parecía preocupado por su compañero. Noté que manifestaba un interés personal por este asunto. Al fin y al cabo, compartía la tienda con Tranio. Quería saber si la próxima vez que bebiera unas cuantas copas de más Tranio no le sumergiría la cabeza en un cubo de agua—. ¿Tranio está libre de toda sospecha? ¿Qué dijo Afrania?

Afrania confirma las palabras de Tranio.

—Falco, ¿hasta dónde has llegado?

—¡Grumio, hasta lo más alto de una palmera!

Con la ayuda de los cofrades nabateos de Musa, dedicamos el resto del día a organizar el funeral. A diferencia de lo que le ocurrió a Heliodoro en Petra, Ione fue reclamada, honrada y enviada junto a los dioses por sus amigos. La ceremonia fue más suntuosa de lo que cabía esperar. Tuvo una despedida muy popular. Hasta los desconocidos colaboraron con donativos para erigirle un monumento. Los colegas del mundo del espectáculo se enteraron de su muerte, aunque no del modo exacto en que se produjo. Eso sólo lo sabíamos el asesino, Musa y yo.

La gente creía que se había ahogado; la mayoría pensaba que se había ahogado en situación flagrante… hecho que no creo que hubiese molestado a Ione.

Como es lógico, esa noche *El arbitraje* se representó como habíamos planeado. Cremes soltó la mentira habitual acerca de que Ione habría querido que la función continuara… Aunque apenas la había tratado, estoy seguro de que lo único que Ione habría querido era seguir viva. Cremes tenía la certeza de que llenaríamos el teatro de bote en bote. Sin duda el mirón de la alberca con su camisa sucia había difundido la fama de nuestra compañía.

Cremes no se equivocó. La muerte repentina fue perfecta para el oficio… pero le sentó fatal a mi estado de ánimo.

Al día siguiente reemprendimos el viaje.

Atravesamos la ciudad antes del alba. Al principio repetimos nuestro camino hacia las piscinas sagradas y salimos por la puerta norte. Al arribar al templo de Némesis, agradecimos por enésima vez a los sacerdotes que

proporcionaron a Ione su última morada y les pagamos para que se ocupasen de erigir un monumento en su memoria junto a la carretera. Habíamos encargado una placa de piedra de estilo romano para que los músicos que pasasen por Gerasa hicieran un alto y la recordaran.

Sé que Helena y Birria pidieron permiso a los sacerdotes, se cubrieron las cabezas y entraron en el templo. Me imagino lo que pidieron cuando le rezaron a la sombría diosa del justo castigo.

No había amanecido cuando cogimos la gran ruta comercial que avanzaba hacia el oeste, atravesaba el valle del Jordán y llegaba a la costa. Era la carretera de Pella.

A medida que nos desplazábamos percibí una diferencia notoria. Durante las primeras horas de la mañana permanecimos alicaídos y mudos. Me di cuenta de que en nosotros había hecho mella una profunda sensación de destino calamitoso. Había tenido la impresión de que la compañía asimiló rápidamente la pérdida de Heliodoro, pero la muerte de Ione afligió a todos por igual. En primer lugar, el dramaturgo era muy poco querido y la tocadora de pandereta tenía amigos en todas partes. En segundo lugar, hasta entonces pudieron pensar que un desconocido le había quitado la vida a Heliodoro en Petra, pero ahora ya no había dudas: albergaban a un asesino en su seno. Todos se preguntaban quién sería la próxima víctima.

Nuestra única esperanza radicaba en que ese miedo hiciese aflorar la verdad.

OceanofPDF.com

XXXII

Pela fue fundada por Seleuco, el general de Alejandro. Poseía una historia antigua muy respetable y un próspero ambiente moderno. Al igual que otros sitios, fue saqueada durante la rebelión, pero se recuperó sin contratiempos. Semejaba un pequeño pote de miel consciente de su importancia.

Nos habíamos desplazado hacia el noroeste, hasta un territorio mucho más fértil en el que podías encontrar tejidos, carne, cereales, maderas, cerámicas, cueros y tintes. Es posible que durante la rebelión de los judíos se redujeran las exportaciones por el valle del río Jordán, pero ahora el tráfico comercial recuperaba su dinamismo. El viejo Seleuco supo escoger un buen sitio. Pela estaba erigida sobre un alargado contrafuerte de las exuberantes estribaciones y contaba con fabulosas panorámicas del valle. Bajo la escarpada acrópolis con cúpula de cimientos helénicos, las zonas residenciales romanizadas se extendían rápidamente por el valle que contaba con un manantial y un río de aguas agitadas. Los pelanos tenían agua, pastos y comerciantes a los que arrancar beneficios: todo lo que necesitaba cualquier ciudad de Decápolis.

Nos habían avisado de la disputa a muerte entre los pelanos y sus rivales del otro lado del valle, los escitopolitanos. Huelga decir que, si esperábamos ver refriegas callejeras, nos llevamos un buena sorpresa. En conjunto, Pela era una ciudad pequeña, aburrida y solemne. Empero, existía una nueva y numerosa colonia de cristianos, gente que había huido de Jerusalén cuando Tito conquistó y destruyó la ciudad. Daba la sensación de que los pelanos consumían sus energías metiéndose con ellos.

Gracias a su riqueza —que era envidiable—, los pelanos construyeron elegantes villas adosadas a las cálidas murallas urbanas, templos para todo tipo de celebración y los acostumbrados edificios públicos que demuestran que una ciudad se considera civilizada, entre los cuales había un pequeño teatro junto al río.

Era evidente que los pelanos gustaban de la cultura. Para fastidiarlos, representamos el texto preferido de nuestra compañía, *Los hermanos*

piratas, una obra sin exigencias que nuestros sobresaltados actores podían interpretar con los ojos cerrados.

—¡Esto es absurdo! Nadie quiere actuar —me lamenté esa noche, mientras preparábamos el vestuario.

—Estamos en Oriente —replicó Tranio.

—¿Qué quieres decir?

—Cabe esperar que esta noche se agoten las localidades. Aquí las noticias vuelan. Seguro que ya saben que hemos sufrido una pérdida en el último sitio en que actuamos. Tenemos el éxito asegurado.

Cuando aludió a Ione lo miré a los ojos, pero en su actitud no había nada excepcional. Ni culpa ni alivio, como si sintiera que se había abstenido de mencionar una desagradable revelación de la muchacha. Tampoco percibí señales del desafío que me pareció que me había planteado en Gerasa cuando lo interrogué. Y, si se percató de que lo miraba fijo, lo cierto es que no se dio por enterado de mi interés.

Helena se había sentado sobre un fardo y cosía galones en una túnica de Frigia que, a su vez, le pasaba clavos al tramoyista que remendaba un decorado desvencijado. Mi chica partió el hilo con los dientes, sin pensar en la seguridad de su dentadura.

—Tranio, ¿por qué supones que los orientales tienen gustos morbosos?

—Por los hechos. ¿No has oído hablar de la batalla de Carres?

Carres era uno de los célebres desastres de Roma. Varias legiones comandadas por Craso fueron arrasadas por los legendarios partos, nuestra política exterior quedó hecha añicos durante varias décadas, el senado se ofendió y las vidas de más soldados rasos se desperdiciaron en expediciones para recuperar el prestigio militar perdido: lo de siempre.

Tranio se explayó:

—La noche siguiente a su triunfo en Carres, los partos y los armenios asistieron a la representación de *Las bacantes* de Eurípides.

—Admito que es fuerte, pero una noche en el teatro es un modo respetable de celebrar la victoria —opinó Helena.

—¿Incluso mientras pateaban por el escenario la cabeza del decapitado Craso? —preguntó Tranio con amargura.

—¡Por Juno! —Helena palideció.

—Lo único que podríamos hacer para dar más alegría al pueblo sería poner *Laureola*, con un monarca ladrón que fuera realmente crucificado vivo en el último acto —añadió Tranio.

—Ya se ha hecho —le informé.

Probablemente Tranio lo sabía. Como Grumio, no dudaba en pavonearse acerca de sus conocimientos sobre la historia del drama. Yo estaba dispuesto a polemizar, pero Tranio se mantuvo distante y no tardó en largarse.

Helena y yo cruzamos una mirada significativa. ¿Acaso el gusto de Tranio por esos macabros detalles del teatro era un reflejo de su propia participación en actos violentos o no era más que un inocente, un hombre deprimido por las muertes acaecidas en la compañía?

Incapaz de comprender la actitud del payaso urbano, dediqué el tiempo previo a la función a preguntar en la ciudad por la organista de Talía. Para variar, no tuve suerte.

Mira por dónde, mis indagaciones me permitieron, inesperadamente, verificar algunas cuestiones sobre el esquivo Tranio. Cuando regresaba al campamento me encontré con su amiga Afrania, la tocadora de tibia. Tenía dificultades para quitarse de encima al grupo de jóvenes pelanos que la asediaban. No los censuré porque Afrania era un bocado exquisito y tenía la peligrosa costumbre de mirar todo lo que pareciese masculino como si quisiera que le arrastraran el ala. Los chicos nunca habían visto nada parecido y, sinceramente, yo no conocía a muchas como ella.

Pedí amistosamente a los muchachos que se largasen y, como no dio resultado, tuve que apelar a la sempiterna diplomacia: les arrojé piedras mientras Afrania los insultaba a gritos. Al fin se dieron por aludidos. Nos felicitamos mutuamente por nuestro convincente estilo y caminamos juntos por si los gamberros conseguían refuerzos y volvían a por nosotros.

En cuanto recuperó el aliento, Afrania me miró y de repente dijo:

—Te aseguro que es cierto.

Me imaginé a qué se refería, pero me hice el despistado.

—¿De qué hablas?

—De Tranio y de mí. Es verdad que aquella noche la pasó conmigo.

—Si tú lo dices… —murmuré.

Puesto que había decidido hablar conmigo, pareció molestarse al ver que no le creía.

—¡Venga ya, Falco, cambia esa cara de memo!

—De acuerdo. Cuanto te interrogué tuve la sensación de que pasaba algo raro —reconocí francamente.

Con las chicas del tipo de Afrania me gusta comportarme como un hombre mundano. Quería que se enterase de que yo había percibido el nerviosismo imperante cuando les hice unas cuantas preguntas.

—No es por mí —aseguró farisaicamente y echó hacia atrás sus abundantes rizos negros, con un gesto que ejerció un efecto de rebote en sus pechos apenas cubiertos.

—Si tú lo dices…

—No tiene nada que ver conmigo. Es por ese idiota de Tranio.

No abrí la boca. Nos acercábamos al campamento. Supe que era muy difícil que se presentara otra ocasión para convencer a Afrania de que confiase en mí; no era probable que se encontrase en otro apuro en el que necesitara que la rescataran de un grupo de hombres porque, normalmente, Afrania aceptaba a cuantos se presentaban.

—Lo que tú digas —insistí con tono escéptico—. Si estaba contigo, no tuvo nada que ver con el asesinato de Ione. Supongo que no mentirías en algo tan grave. Al fin y la cabo, si no he entendido mal era tu amiga.

Afrania no dijo esta boca es mía. Sabía que entre las dos habían existido algunas rivalidades. Su respuesta me dejó de piedra:

—Tranio estaba conmigo, ya lo creo, pero me pidió que lo negara.

—¡Por Júpiter! ¿Por qué te pidió que lo negaras?

Afrania tuvo el buen gusto de poner cara de desconcierto.

—Dijo que era una de sus bromas pesadas y que quería confundirte.

—No hace falta llegar a semejantes extremos para confundirme —reconocí y reí apenado—. No lo entiendo. ¿Por qué Tranio quería exponerse a que lo acusaran de un asesinato? ¿Y por qué tú debías tener algo que ver?

—Tranio no mató a Ione —afirmó Afrania falsamente—. Y no me preguntes qué tramaba el muy cabrón porque no lo sé.

La broma pesada parecía tan traída por los pelos que deduje que era un comentario que Tranio se había inventado para responder a Afrania. Me vi apremiado a buscar otro motivo por el cual el payaso quería que ella mintiera. La única posibilidad remota era la intención de cubrirle la espaldas a un tercero. Sin embargo, Tranio debía de tener una deuda inmensa con alguien si estaba dispuesto a correr el riesgo de que lo acusasen de un crimen que no había cometido.

—¿Sabes de alguien que últimamente le haya hecho un gran favor a Tranio?

—¡Sólo yo! —se burló la tocadora de tibia—. Lo que quiero decir es que me he acostado con él.

Sonreí comprensivo y cambié bruscamente de táctica:

—¿Tienes idea de con quién pudo reunirse Ione en las piscinas?

Afrania meneó la cabeza.

—No. Y éste es el motivo por el que algunas veces tuvimos nuestras diferencias. Yo pensaba que el hombre al que Ione le había echado el ojo era Tranio.

¡Qué conveniente! Tranio era señalado como posible amigo de la difunta al tiempo que se confirmaba su coartada.

Concluí con cierta aspereza:

—No pudo ser el maravilloso Tranio, ya que pasó toda la noche contigo consagrado a ejercicios acrobáticos.

—¡Estuvo conmigo! —espetó Afrania—. Falco, ¿qué vas a hacer? ¡Ione estuvo en la cama prácticamente con toda la compañía!

Ese comentario no sirvió de gran ayuda al investigador que intentaba averiguar quién la había matado.

En cuanto vimos nuestras carretas, Afrania perdió todo interés por charlar conmigo. La dejé partir y me pregunté si sostenía otra conversación con Tranio o si era mejor dar a entender que me olvidaba de él. Decidí no meterme con él y vigilarlo secretamente.

En opinión de Helena, ésa era la salida fácil de los investigadores. Empero, no sabría nada de esta charla. A menos que fuese imprescindible, me abstenía de comentarle a Helena que había recogido información de labios de una chica muy guapa.

Si querían sangre, los pelanos mantuvieron perfectamente a raya sus macabros gustos. A decir verdad, se comportaron correctamente durante nuestra representación de *Los hermanos piratas;* se sentaron con orden y concierto, comieron dátiles cubiertos con miel y nos aplaudieron seriamente. Las pelanas asediaron a Filócrates en cantidad suficiente como para que el galán se tornara insoportable; los pelanos soñaron con Birria pero tuvieron que conformarse con las chicas de la orquesta; Cremes y Frigia recibieron la invitación a cenar del magistrado local, y los demás, para variar, cobramos por nuestro trabajo.

En otras circunstancias nos habríamos quedado unos días en Pela, pero la muerte de Ione inquietó a la compañía. Por fortuna, la siguiente ciudad de nuestra gira se encontraba muy cerca, en la otra orilla del valle del Jordán.

Así que partimos de inmediato y cubrimos el corto trayecto hasta Escitópolis.

OceanofPDF.com

XXXIV

Yo estaba borracho.

Estaba tan ebrio que ni siquiera podía fingir que no me había dado cuenta. Helena, Musa y el visitante, que esperaban mi regreso recatadamente sentados en torno a la hoguera encendida al pie de nuestra tienda, debieron hacerse cargo de la situación en un abrir y cerrar de ojos. Cuando puse cuidadosamente un pie delante del otro para acercarme al acogedor fuego, me di cuenta de que era imposible llegar sin que me viesen. Ya me habían visto y más me valía poner buena cara al mal tiempo. Estaban pendientes de mis movimientos. Tuve que dejar de pensar en ellos para concentrarme en seguir de pie. El parpadeante reflejo de lo que probablemente eran las llamas me advirtió que, al llegar, lo más seguro era que cayese boca abajo sobre los leños encendidos.

Gracias a una trayectoria de diez años de vida disoluta, me las apañé para llegar a la tienda a un paso que, según me convencía, era tranquilo. Seguramente me moví con tanto aplomo como un pajarillo que se cae de un florón del tejado. Nadie dijo ni pío.

Más que ver, oí que Helena se incorporaba y al cabo de unos segundos mi brazo rodeó sus hombros. Me ayudó a andar delante de nuestros huéspedes y a tumbarme en la cama. Como es lógico, me esperaba un rapapolvo pero, sin hablar, Helena me obligó a incorporarme lo suficiente para beber un generoso trago de agua.

En tres años Helena había aprendido unas cuantas cosas. Hacía tres años era una furia con el ceño estiradamente fruncido que habría desdeñado a cualquier hombre en mi estado, pero ahora lo ayudaba a tomar medidas para protegerse de la resaca. Hacía tres años Helena no era mía y yo estaba perdido…

—¡Te quiero!

—Lo sé, Falco, lo sé.

Helena habló en voz muy baja. Me quitó las botas. Yo estaba tendido boca arriba y me movió hasta ponerme de lado. A mí me daba igual, pues no sabía dónde estaban el arriba y el abajo, pero mi amada se sintió dichosa

de protegerme por si me atragantaba. Era una maravilla. ¡Qué digo, era la compañera ideal!

—¿Quién está afuera?

—Congrio. —El invitado dejó de interesarme—. Trajo un mensaje de Cremes para ti. Tiene que ver con la obra que representaremos. —También perdí el interés por el teatro. Helena siguió hablando serenamente, como si yo aún fuera un ser racional—. Me acordé de que no le preguntamos nada sobre la noche de la muerte de Ione, así que lo invité a que nos hiciera compañía a Musa y a mí hasta tu regreso.

—Congrio… —Como suele ocurrirle a quien ha tomado unas copas de más, yo tardaba mucho en entender cada frase—. Me había olvidado de Congrio.

—Por lo visto, éste es el destino de Congrio —murmuró Helena.

Me desabrochó el cinturón, actividad que siempre adquiría ribetes eróticos; disfruté nebulosamente de la situación, aunque no pude reaccionar con mi ardor habitual. Helena tironeó del cinturón y yo arqueé la espalda para que se deslizase bajo mi cuerpo. Recordé con agrado otras ocasiones en que Helena me había quitado el cinturón y yo no había estado tan incapacitado.

En situaciones de crisis, Helena no hacía el menor comentario sobre los factores desencadenantes. Nuestras miradas se encontraron. Le dediqué la sonrisa del desvalido que está en manos de una bellísima enfermera.

De repente Helena se agachó y me besó, aunque supongo que para ella no fue muy agradable.

—Duerme. Yo me ocuparé de todo —me susurró al oído.

Cuando quiso apartarse la sujeté con todas mis fuerzas.

—Lo siento, amor mío, pero tenía algo que hacer…

—Ya lo sé.

Como comprendía lo que pasaba con mi hermano, a Helena se le llenaron los ojos de lágrimas. Intenté acariciar su sedosa cabellera, pero el brazo me resultó inenarrablemente pesado y estuve a punto de darle un golpe en la sien. Helena lo previo y me cogió la muñeca. En cuanto deje de dar golpes de ciego, acomodó el brazo junto a mi cuerpo.

—Duerme —repitió. Tenía razón, era lo más seguro. Percibió mi muda apelación y en el último momento regresó y me besó rápidamente la cabeza —. Yo también te quiero.

Gracias, cariño.

¡Qué rollo! ¿Por qué una idea solitaria pero muy trascendente lleva ineludiblemente a empinar el codo?

Me quedé quieto mientras la tienda a oscuras ondulaba a mi alrededor y me zumbaban los oídos. Una vez acostado, el reposo con el que había soñado me fue esquivo. Me sumergí en mi vertiginoso capullo de tristeza y, sin poder participar, escuché lo que ocurría en torno a la hoguera.

OceanofPDF.com

XXXV

—Marco Didio está meditando otros asuntos.

Helena dio la más endeble de las excusas mientras volvía a ocupar elegantemente su sitio. Ni Musa ni el cartelero respondieron; los dos sabían que era mejor permanecer con la vista fija en el fuego.

Desde mi posición las tres figuras se veían oscuras por el contraluz de las llamas. Musa se echó hacia adelante y avivó el fuego. Las llamas crecieron repentinamente, avisté su rostro joven y serio y percibí el aroma ligeramente resinoso del humo. Me pregunté cuántas noches como ésa había pasado mi hermano Festo, contemplando el mismo humo de leña que se confundía con la negrura del firmamento en el desierto.

¡Claro que yo estaba meditando! Pensaba, sobre todo, en la muerta, que me volvía intolerante.

La pérdida de la vida tiene repercusiones impredecibles. Al igual que los asesinos, los políticos y los generales deben ignorarlas. Perder un soldado en el campo de batalla —o ahogar a un dramaturgo antipático y estrangular a una testigo incómoda— afecta inevitablemente a terceros. Tanto Heliodoro como Ione tenían un hogar en alguna parte. Los respectivos mensajes llegarían lentamente y ejercerían su devastación doméstica: la inagotable búsqueda de una explicación racional, el daño permanente a una cantidad ignorada de vidas ajenas.

En el mismo momento en que yo me comprometía enérgicamente a enderezar esos entuertos, Helena Justina le comentó a Congrio con tono ligero:

—Si me entregas el mensaje que Cremes le envía a Falco, mañana se lo daré.

—¿Podrá cumplir con su tarea?

Congrio debía de ser el tipo de mensajero al que le gusta retornar a las fuentes con un anuncio pesimista como «Es imposible». Habría sido un buen reparador de ruedas de carros en un taller de mala muerte en una calle perdida.

—El trabajo estará terminado —replicó Helena con tono firme y optimista.

Lo más probable es que mañana yo fuera incapaz de leer un pergamino, no hablemos ya de escribirlo.

—Se trata de *Las aves* —informó Congrio.

Lo oí sin inmutarme, incapaz de recordar si se trataba de una obra, si la había leído y qué me había parecido.

—¿La de Aristófanes?

—Eso es asunto vuestro. Yo me limito a escribir los carteles. Prefiero los nombres cortos porque así gasto menos tiza. Si ése es el nombre del que escribió la obra, no lo apuntaré.

—Se trata de una obra griega.

—Eso lo sé. Está llena de pájaros. Cremes dice que animará a todo el mundo. Podrán disfrazarse con plumas, dar saltitos y graznar.

—¿Y alguien se dará cuenta de que no es el estado normal de los actores? —bromeó Helena.

Casi me caigo de la cama a causa de la risa. Oí que Musa lanzaba una risilla, pero tuvo la sensatez de no meterse en líos.

Congrio asimiló con toda seriedad la muestra de ingenio de Helena.

—Lo dudo. Tal vez podría dibujar pájaros en los carteles. Me gustaría probar con buitres.

Helena se abstuvo de hacer más comentarios y preguntó:

—¿Qué quiere Cremes de nosotros? Espero que no sea la traducción completa al latín.

—¡He logrado preocuparte! —se mofó Congrio aunque, en realidad, Helena estaba muy tranquila, salvo el ligero estremecimiento que experimentó cuando lo oyó referir sus planes en tanto artista del dibujo—. Cremes dice que la representaremos en griego y que los pergaminos están en el arcón. Quiere que se haga un repaso general y que se actualice si los chistes son demasiado atenienses.

—Sí, tienes razón, he visto la obra en el arcón. No habría ningún problema.

—¿Calculas que tu hombre está en condiciones de poner manos a la obra?

—Mi hombre está en condiciones de hacer lo que haga falta. —Como la mayoría de las personas con una estricta formación ética, Helena sabía mentir. Su lealtad me pareció impresionante, aunque de tono algo seco—. Congrio, ¿qué pasará con los complicados disfraces de picos y plumas?

—Lo de siempre, los actores tendrá que alquilárselos a Cremes.

—¿Tiene un conjunto de disfraces de aves?

—Y que lo digas. Hace algunos años representamos esta obra. ¡Y la gente que sabe coser más vale que se acostumbre a la idea de pegar las plumas! —amenazó Congrio jovialmente.

—Te agradezco la advertencia. Por desgracia, tengo un horrible panadizo en el dedo de tanto coser sin dedal —repuso Helena y no tuvo problemas en inventarse una excusa—. No podrán contar conmigo.

—¡Eres todo un personaje!

—Muchas gracias.

Por el tono me di cuenta de que Helena había llegado a la conclusión de que ya tenía suficientes detalles sobre el encargo. Aunque las señales apenas eran perceptibles, supe que se agachaba para echar más leña al fuego, que volvía a sentarse y que se recogía un mechón de pelo con una de las peinetas. En su caso, esos actos indicaban una pausa, aunque probablemente no era consciente de lo que hacía.

Musa percibió el cambio de atmósfera. Noté que se cubría mudamente con el tocado y dejaba que Helena interrogase al sospechoso.

—Congrio, ¿cuánto tiempo llevas con Cremes y la compañía?

—No lo sé… algunas temporadas. Me parece que desde que estuvieron en Italia.

—¿Siempre has hecho el mismo trabajo?

A pesar de que a veces parecía taciturno, en ese momento Congrio estaba enormemente deseoso de hablar.

—Siempre me ocupo de los carteles.

—Lo que requiere bastante habilidad.

—¡Ya lo creo! Y es importante. Si no los escribo, nadie asiste a la función y ninguno de nosotros cobra. A la hora de la verdad, todo depende de mí.

—¡Es sorprendente! ¿Qué es exactamente lo que haces?

—Engañar a la oposición. Se deambular por las calles sin que reparen en mí. Hay que moverse y escribir los carteles con mucha rapidez… antes de que los lugareños te vean y se quejen de que ensucias sus blancas paredes. Lo único que quieren es espacio en el que pregonar la actuación de sus gladiadores preferidos y dibujar los groseros letreros que señalan los burdeles. Hay que eludirlos con astucia y yo me sé cómo hacerlo. —Congrio también sabía jactarse como un experto. Se dejó influir por el

interés de Helena y le confió—: En cierta ocasión he actuado. Da la casualidad de que intervine en esta misma obra, en *Las aves.*

—¿Y aún lo recuerdas?

—¿Y a ti qué te parece? Fue toda una experiencia. Hice de lechuza.

—¡Fantástico! ¿Cuál fue tu papel?

—En esta obra, en *Las aves* —explicó Congrio con toda seriedad—, hay escenas, probablemente las más importantes, en las que todas las aves del cielo bajan al escenario. Y yo hice de lechuza. —Por si Helena no había acabado de entenderlo, el cartelero apostilló—: Ululé.

Hundí la cara en la almohada. Helena se las ingenió para reprimir la carcajada que sin duda estaba a punto de soltar.

—¡Es el ave de la sabiduría! ¡Me parece un papel muy importante!

—Iba a representar a otro pájaro, pero Cremes me cambió por los silbidos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sé silbar. Nunca aprendí. Tengo los dientes torcidos o algo así.

Cabía la posibilidad de que mintiera para tener una coartada, pero no le habíamos comentado a nadie que Musa oyó silbar al asesino del dramaturgo cerca de La Cumbre de Petra.

—¿Y cómo hiciste para ulular? —preguntó Helena amablemente.

—Sé ulular muy bien. Reconozco que parece fácil, pero has de calcular bien el momento y ponerle sentimiento.

Congrio estaba muy contento de su intervención. Sin duda había dicho la verdad. Acababa de excluirse como sospechoso del asesinato de Heliodoro.

—¿Disfrutaste de tu papel?

—¡Ya lo creo!

Congrio se sinceró con esa escueta respuesta.

—¿Algún día te gustaría convertirte en actor? —preguntó Helena con cariño y simpatía.

Congrio no pudo aguantar más y espetó:

—¡Puedo serlo!

—No lo dudo —confirmó Helena—. Cuando alguien desea realmente algo, por lo general lo consigue.

Congrio se enderezó esperanzado. Ese tipo de comentario parecía dirigido a todos nosotros.

Volví a ver que Helena se acomodaba la peineta que llevaba sobre la oreja derecha. El sedoso pelo que crecía en sus sienes solía deslizarse y caer, por lo que la molestaba. En esta ocasión fue Musa el que marcó la pausa echando leña fina entre las ascuas. Una chispa traviesa escapó y el nabateo la aplastó con su huesudo pie cubierto por la sandalia.

A pesar de que no hablaba, Musa tenía una forma de permanecer en silencio que le permitía formar parte de la conversación. Simulaba que el ser extranjero le impedía participar de la charla, pero yo me había fijado en que escuchaba con suma atención. En esos momentos volvían a asaltarme las dudas de si trabajaba o no para Hermano. Cabía la posibilidad de que Musa ocultara más chicha de la que revelaba.

—Todos los contratiempos que la compañía ha soportado son muy penosos —musitó Helena—. Primero Heliodoro y ahora Ione… —Oí que Congrio lanzaba un gruñido de asentimiento. Helena prosiguió con toda inocencia—. Al parecer, Heliodoro se la buscó. Todos dicen que era un individuo muy desagradable. Congrio, ¿cómo te llevabas con él?

El cartelero respondió con plena libertad:

—Lo odiaba. Me maltrataba. Cuando supo que me gustaría ser actor se dedicó a atormentarme. ¡Pero yo no lo maté! —se apresuró a añadir Congrio.

—Claro que no —confirmó Helena con tono realista—. Congrio, sabemos algo sobre la persona que lo mató que a ti te excluye.

—¿A qué te refieres? —preguntó interesado.

Helena se abstuvo de hablar del silbador fugitivo. Esta peculiar costumbre era el único dato concreto que teníamos sobre el asesino.

—Congrio, ¿de qué forma te atormentó Heliodoro por tus aspiraciones a ser actor?

—Verás, siempre declaraba a gritos que no sé leer. Pero eso no significa nada porque la mitad de los actores representan sus papeles por intuición.

—¿Alguna vez intentaste aprender a leer? —Vi que Congrio negaba con la cabeza: aquel fue su gran error. Como conocía a Helena Justina, supe que se proponía enseñarle, quisiera o no Congrio—. Algún día alguien podría darte clases…

Me llevé una gran sorpresa cuando repentinamente Musa se inclinó hacia adelante.

—¿Recuerdas la noche que caí en el depósito de agua de Bostra?

—¿Sufriste un traspié? —se burló Congrio.

Musa no perdió la calma.

—Alguien me ayudó a pegarme un chapuzón.

—¡Yo no fui! —se defendió Congrio con vehemencia.

—Tú y yo habíamos estado charlando —le recordó Musa.

—¡No puedes acusarme de nada! ¡Yo estaba muy lejos de ti cuando Davos te oyó chapotear y se puso a gritar!

—¿Viste a alguien cerca de mí antes de que cayera?

—No me fijé.

En cuanto Musa guardó silencio, Helena insistió acerca del mismo incidente:

—Congrio, ¿te acuerdas que Marco y yo le tomamos el pelo a Musa y le dijimos que contaríamos a todo el mundo que en Petra había visto al asesino? Me gustaría saber si lo comentaste con alguien.

Tuve la impresión de que, una vez más, Congrio respondía con sinceridad… aunque no sirviera de nada:

—¡Me parece que lo comenté con todo el mundo!

Estaba claro que era ese tipo de débil infeliz al que le gusta darse aires transmitiendo todos los chismorreos habidos y por haber.

Helena no manifestó la irritación que probablemente sentía y volvió a la carga:

—Me gustaría hacerme una composición de lugar. Por casualidad, ¿hay alguien que pueda atestiguar dónde estabas la noche que mataron a Ione en Gerasa?

Congrio se lo pensó y rió entre dientes. —¡Yo diría que sí! Todas las personas que al día siguiente fueron al teatro.

—¿Qué has dicho?

—Es muy fácil. Cuando las chicas os fuisteis a remojaros a las piscinas sagradas, yo estaba ocupado con los carteles de *El arbitraje*. Gerasa es muy grande y me llevó toda la noche. Si no hubiese hecho mi trabajo a conciencia, nadie habría asistido.

—Pues podrías haber escrito los carteles la mañana siguiente —lo desafió Helena.

Congrio volvió a reír.

—¡Señora mía, es lo que hice! Pregúntale a Cremes. Sacará la cara por mí. La noche que mataron a Ione escribí carteles por toda Gerasa. Cremes los vio a primera hora de la mañana y tuve que repasarlos uno por uno.

Cremes sabe cuántos había y cuánto tiempo me llevó. La segunda vez me acompañó para supervisar el trabajo. Ni te molestes en preguntarme por qué. La primera vez que hice los carteles los escribí mal.

—¿Te refieres al título? ¿A la palabra arbitraje?

—Exactamente. Al día siguiente Cremes insistió en que los borrase todos y los escribiera de nuevo.

Poco después de que Helena dejara de hacerle preguntas, Congrio se hartó porque ya no era el centro de atención, se levantó y se fue.

Musa y Helena permanecieron un rato en silencio, hasta que el nabateo preguntó:

—¿Falco arreglará la obra?

—¿Es una manera elegante de preguntarme qué le pasa? —repuso Helena. Musa se encogió de hombros. Mi amada decidió responder primero literalmente—. Musa, será mejor que Falco la arregle. Debemos insistir en que se represente *Las aves* para que tú, yo y Falco, si es que alguna vez se recupera, nos apostemos entre bambalinas y descubramos quién sabe silbar. Parece que Congrio está excluido como sospechoso, pero aún quedan muchos más y esta ligera pista es lo único con que contamos.

—He enviado recado de nuestros problemas a Shullay —dijo Musa de sopetón. Aunque ese nombre no significaba nada para Helena, yo lo reconocí. El nabateo añadió—: Shullay es el sacerdote de mi templo.

—¿Y?

—Cuando el asesino echó a correr montaña abajo, delante de Falco, yo estaba en el templo y sólo lo vi fugazmente. No puedo describirlo, pero Shullay estaba afuera, cuidando el jardín —dijo Musa serenamente.

El entusiasmo de Helena fue mayor que mi cólera al saber que hasta entonces Musa no nos había dicho nada.

—¿Quieres decir que Shullay lo vio bien?

—Es posible. No tuve ocasión de preguntárselo. Y ahora es difícil recibir un mensaje de Shullay porque no sabe dónde estoy —explicó Musa —. Cada vez que llegamos a una ciudad nueva, pregunto en el templo por si hay noticias. Si averiguo algo se lo diré a Falco.

—Bien dicho, Musa, tienes que hacerlo —murmuró Helena y se contuvo de una manera magistral.

Permanecieron unos minutos en silencio. Poco después, Musa le recordó a Helena:

—No has dicho qué problema afecta a nuestro escriba. ¿Estoy autorizado a saberlo?

—Desde luego. —Oí que Helena suspiraba quedamente—. Creo que puedo responderte porque somos amigos.

Con pocas palabras le habló a Musa del afecto y de la rivalidad entre hermanos, de las razones por las que ella suponía que yo me había emborrachado en Escitópolis. No iba muy descaminada.

Al cabo de un rato Musa se levantó y entró en su zona de la tienda de campaña.

Helena Justina permaneció a solas a la luz de la hoguera casi apagada. Pensé en llamarla. La intención no había tomado cuerpo cuando Helena entró en la tienda. Se acostó y se arrimó a la curva de mi cuerpo. Logré pasar un pesado brazo por encima de ella y acariciarle los cabellos, esta vez con delicadeza. Éramos lo bastante buenos amigos para estar totalmente en paz incluso en una noche como aquella.

Sentí que la cabeza de Helena se apoyaba cada vez con más fuerza en mi pecho y casi inmediatamente se quedó dormida. Cuando tuve la certeza de que mi amada había dejado de preocuparse del mundo en general y de mí en concreto, me preocupé por ella y también me dormí.

OceanofPDF.com

XXXVI

Al día siguiente, cuando desperté, escuché el enérgico chirrido de un estilete. Me hice una composición de lugar: Helena estaba corrigiendo la obra que Cremes quería que yo adaptase.

Me levanté de la cama. Reprimí un gemido, saqué un vaso de agua del cubo, me puse las botas, bebí el agua, me mareé, logré que todo volviera a su sitio y salí de la tienda. La luz estalló en mi cabeza. Hice una pausa para adaptarme y volví a abrir los ojos. Mi frasco de aceite de baño y el raspador estaban encima de la toalla, junto a una túnica limpia: una escueta pero clara insinuación.

Helena Justina se había sentado, a la sombra, con las piernas cruzadas sobre un almohadón y tenía cara de persona activa y eficiente. Llevaba un vestido rojo que me gustaba mucho, estaba descalza y no lucía joyas. Siempre veloz, ya había corregido dos pergaminos e introducía enmiendas en el tercero. Contaba con dos tinteros, uno de los cuales había pertenecido a Heliodoro, que habíamos encontrado en el arcón del repertorio. Había un compartimiento para la tinta negra y otro para la roja; Helena utilizaba esta última para señalar las correcciones que había incorporado. Su letra era inteligible y bonita. Parecía ruborizada de entusiasmo. Me di cuenta de que ese trabajo le encantaba.

Mi amada levantó la cabeza con expresión amistosa. La saludé ladeando mi testa y, sin decir palabra, me dirigí a los baños.

Cuando regresé, andando despacio pero aseado, afeitado y con ropa limpia, supuse que la obra estaba terminada. Helena se había acicalado con pendientes de ágatas y dos brazaletes a fin de recibir al dueño de la casa con el respeto formal digno de un hogar romano bien administrado. Con esa insólita mansedumbre Helena demostraba que se andaba con mucho cuidado después de birlarme el trabajo. Me besó en la mejilla con la formalidad que he comentado y se dispuso a derretir miel en un cacharro a fin de preparar una bebida caliente. Vi panecillos frescos, olivas y una fuente con gachas de garbanzos.

Dediqué unos segundos a mirar a Helena. Hizo como que no se enteraba. Me chiflaba sorprenderla.

—Señora, algún día tendrá una villa llena de alfombras egipcias y de magníficas vasijas atenienses, donde las fuentes de mármol acariciarán sus preciosos oídos y cien esclavos la rondarán a la espera de hacer el trabajo sucio cuando su impresentable amante vuelva a casa tambaleándose.

—Sospecho que me aburriría. Falco, come algo.

—¿Has adaptado *Las aves*?

Helena chilló como una gaviota que se pirra por los arenques, con lo cual confirmó que la tarea estaba cumplida.

Con gran cautela tomé asiento, ingerí pequeñas cantidades de alimentos y, con mi experiencia de ex soldado mundano y aguerrido, me dispuse a comprobar qué pasaba.

—¿Dónde está Musa? —pregunté para hacer tiempo mientras mis perturbadas tripas decidían qué artimaña desagradable lanzaban contra mí.

—Ha ido a visitar un templo.

—¿Para qué? —pregunté inocentemente.

—Musa es sacerdote.

Reprimí una sonrisa y dejé que siguieran compartiendo el secreto de Shullay.

—Ah, ¿tiene que ver con su religión? Creí que perseguía a Birria.

Después de aquella noche en la que pasó o no pasó no sabíamos qué, Helena y yo habíamos estado disimuladamente atentos a cualquier señal de enredo amoroso. Cuando volvieron a encontrarse en público sólo intercambiaron una sombría inclinación de cabeza. Esa tía era una bruja desagradecida o Musa era de un lento muy subido.

Helena me adivinó el pensamiento y sonrió. Comparada con la de ellos, nuestra relación era tan antigua y sólida como el monte Olimpo. A nuestras espaldas había dos años de acaloradas discusiones, de cuidarnos en situaciones imposibles y de irnos al lecho siempre que podíamos. Helena era capaz de reconocer mis pasos a tres calles de distancia y, por la atmósfera de una estancia, yo sabía si Helena había estado allí varias horas antes aunque sólo fuera durante medio minuto. Nos conocíamos tanto que apenas necesitábamos comunicarnos.

Musa y Birria estaban muy lejos de tener ese tipo de relación. Necesitaban algún estímulo. Jamás dejarían de ser amables desconocidos a menos que se insultaran con todos los tacos del mundo, se quejaran de sus respectivos modales en la mesa y coquetearan un poco. Musa había vuelto a dormir en nuestra tienda, lo cual no le serviría de mucho.

Por lo visto, ni Birria ni él parecían el tipo de personas deseosas de llegar a la dependencia mutua que Helena y yo compartíamos… aunque esto no nos impedía hacer todo tipo de suposiciones.

—No pasará nada —sostuvo Helena.

—La gente dice lo mismo de nosotros.

—Y ya lo ves, como siempre la gente no sabe nada. —Mientras yo hacía el burro con el desayuno, Helena atacó el almuerzo—. Marco, tú y yo trataremos de cuidarlos.

—Hablas como si enamorarse fuera un castigo.

Mi amada me dedicó una sonrisa de gozosa dulzura.

—Bueno, eso depende de la persona de la que te enamoras. —En la boca de mi estómago algo pegó un brinco, pero esta vez no tenía nada que ver con la cogorza de la víspera. Cogí otro trozo de pan y puse cara de tío recio—. Vamos, Marco, admito que eres un romántico incurable, pero hay que ser pragmáticos. Proceden de mundos muy distintos.

—Alguno de los dos podría cambiar de cultura.

—¿Quién? Ambos tienen trabajos que los comprometen. Musa ha ampliado sus vacaciones con nosotros, pero no durará. Su vida está en Petra.

—¿Has hablado con él?

—Sí. Marco, ¿qué opinión te merece?

—Nada especial. Me cae bien y me gusta su manera de ser.

Eso era todo. Lo consideraba un sacerdote extranjero normal y no demasiado interesante.

—Tengo la sospecha de que en Petra lo tienen por un chico prometedor.

—¿Eso te ha dicho? No durará mucho. —Reí entre dientes—. Y durará menos todavía si regresa a la fortaleza de la montaña del bracete de una pujante actriz romana.

Ningún sacerdote que obrara así tendría posibilidades de ser aceptado, ni siquiera en Roma. Los templos son paraísos de comportamientos sórdidos, pero hay ciertas normas que no se transgreden.

Helena hizo una mueca de contrariedad.

—¿Qué te lleva a pensar que Birria abandonaría su profesión para colgarse del bracete de un hombre? —preguntó la hija del senador.

Me estiré y le acomodé un mechón de pelo rebelde, lo que me permitió acariciarle el cuello.

—Si está realmente interesado, lo cual es discutible, lo más probable es que Musa sólo quiera pasar una noche en su cama.

—¡Di por supuesto que era lo único que Birria le ofrecería! —afirmó Helena presuntuosamente—. Se siente sola y desesperada y Musa es sorprendentemente distinto a los demás hombres que intentan seducirla.

—Hmmm… ¿Es lo que pensaste cuando me sedujiste? —Recordé la noche que por primera vez nos atrevimos a reconocer que nos deseábamos —. ¡No me molesta que me consideres sorprendente, aunque suponía que meterte en la cama conmigo fue algo más que un acto desesperado!

—Lamento desilusionarte. —Helena solía desesperarme si yo tentaba a la suerte—. Me dije que lo haría sólo una vez para enterarme de qué era la pasión… ¡y el problema fue que aquella única vez condujo a otras!

—Espero que nunca pienses que lo hemos hecho demasiadas veces… —Abrí los brazos de par en par—. Esta mañana no te he besado…

—¡Pues no, no lo has hecho! —exclamó Helena con otro tono de voz, como si el que yo la besara fuera una propuesta interesante.

Me ocupé de besarla de tal manera que sus sospechas se confirmaran.

Al cabo de unos minutos me interrumpió:

—Si te apetece, echa un vistazo a las correcciones que he hecho a *Las aves* y dime si estás de acuerdo.

Helena era una escriba con gran sentido del tacto.

—Para mí tus revisiones valen.

La verdad es que prefería dedicarme al magreo.

—Cabe la posibilidad de que mi trabajo no sirva de nada. Existe la gran duda de si se representará o no.

—¿Por qué lo dices?

Helena suspiró.

—Porque la orquesta se ha puesto de huelga.

OceanofPDF.com

XXXVII

—¡Je, je! ¡Qué mal debe andar todo para que envíen al escritorzuelo a hablar con nosotros!

Mi llegada al sitio en que estaban reunidos los integrantes de la orquesta y los tramoyistas desató una ovación de aplausos burlones. Ocupaban un enclave en un extremo del campamento. Quince o veinte instrumentistas, tramoyistas y parásitos con ganas de dar guerra esperaban a que los principales miembros de la compañía reparasen en sus demandas. Los críos andaban de aquí para allá con las caras sucias. Un par de perros se rascaban. La atmósfera era tan tensa que se me pusieron los pelos de punta.

—¿Qué pasa? —Intenté interpretar el papel de simplón amistoso.

—Pasa lo que te han dicho.

—A mí no me han dicho nada. Estuve durmiendo la mona en mi tienda. Hasta Helena ha dejado de dirigirme la palabra.

Fingí que no reparaba en la desagradable tensión, me sumé al corro y sonreía a los huelguistas como un turista inofensivo. Me observaron con cara de pocos amigos mientras yo tomaba nota de los presentes.

Nuestra orquesta estaba formada por la flautista Afrania, que tocaba la tibia de un solo tubo; por otra chica que le daba a la zampoña; por un viejo arrugado y de nariz ganchuda a quien había visto tocar un par de címbalos pequeños con una delicadeza que no parecía ir con él, y por un joven pálido que tañía la lira cuando le daba la gana. Los dirigía un individuo alto, delgado y calvo que en ocasiones tocaba un enorme instrumento doble de viento con un tubo girado en la punta, a la vez que marcaba el ritmo a los demás con una suerte de castañuela de pedal. Era un grupo numeroso en comparación con las orquestas de otras compañías de teatro, pero hay que tener presente que también bailaban, vendían bandejas de golosinas que dejaban mucho que desear y, después del espectáculo, ofrecían entretenimientos a los espectadores.

A los instrumentistas había que sumar los que trabajaban duro, un conjunto de tramoyistas menudos y patizambos cuyas esposas eran mozas fornidas y de caras correosas ante las que más te valía no colarte en la panadería. A diferencia de los músicos, cuyos orígenes eran diversos y cuyo

alojamiento denotaba cierto abandono artístico, los encargados de los decorados formaban un grupo cerrado, semejante al de los barqueros o los caldereros. Vivían en medio de una pulcritud sin mácula y todos llevaban en la venas la vida errante. Cada vez que arribábamos a un nuevo destino eran los primeros en organizarse. Sus tiendas se extendían en filas rectas, en un extremo de las cuales había complejas instalaciones higiénicas, y compartían un enorme caldero de hierro del que se ocupaban según una imparcial lista de cocineros. En ese momento divisé el caldero, que arrojaba serpentinas de vapor grasiento, por lo cual recordé los sobresaltos de mi estómago.

—¿Por qué el ambiente está tan cargado?

—Falco, ¿dónde te habías metido? —La voz del cimbalero de nariz ganchuda sonó cansina cuando le arrojó una piedra a un perro.

Me consideré afortunado de que escogiese el can como diana.

—Ya lo he dicho. Estaba durmiendo la mona.

—¡Veo que te has adaptado sin problemas a la vida de dramaturgo!

—Si tuvieras que revisar las obras que esta compañía representa tú también empinarías el codo.

—¡O acabarías muerto en una cisterna! —se mofó alguien desde el fondo.

—O acabarías muerto —coincidí sin aspavientos—. Es un asunto que a veces me preocupa. Puede que quien le hizo el viaje a Heliodoro sienta aversión por todos los dramaturgos y yo sea el próximo.

Puse mucho empeño en no mencionar a Ione, aunque estaba seguro de que para ellos la tocadora de pandereta era mucho más importante que el escriba ahogado.

—¡No padezcas, tú no eres tan bueno! —se burló la chica que tocaba la zampoña.

—¡Caray! Y tú, ¿cómo lo sabes? Ni siquiera los actores se leen el argumento de cabo a rabo, por lo que estoy seguro de que los músicos tampoco lo estudiáis. ¿O estás diciendo que Heliodoro era buen dramaturgo?

—¡Era pura basura! —exclamó Afrania—. Plancina sólo quiere incordiarte.

—Qué alivio, durante un momento creí que Heliodoro era mejor de lo que me han dicho… aunque, pensándolo bien, ¿no lo somos todos?

Puse cara de creador humillado. No fue fácil porque, como es comprensible, yo sabía que mi trabajo era de calidad… siempre y cuando lo leyese alguien con verdadero ojo crítico.

—¡Falco, tú no eres mejor! —La tocadora de zampoña, una gachí descarada y de escueta túnica color azafrán a la que Afrania había llamado Plancina, lanzó una carcajada.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Necesitaba que me dieran ánimos… ¿A qué se debe el negro pesimismo que reina en este sector del campamento?

—Esfúmate. No estamos dispuestos a hablar con la dirección.

—Yo no formo parte de la dirección. Ni siquiera actúo. Sólo soy un escriba independiente que por casualidad se sumó a este grupo, alguien que ya está arrepentido de no haber evitado a Cremes.

El murmullo de descontento me advirtió que más me valía andarme con tiento porque, si no, en lugar de convencerlos para que volviesen al trabajo, acabaría encabezando la huelga. Ése era mi estilo: de pacificador a cabecilla de los rebeldes en cuestión de minutos. Buen trabajo, Falco.

—No es ningún secreto —declaró uno de los tramoyistas, un tipo realmente miserable—. Anoche tuvimos una gran pelotera con Cremes y no estamos dispuestos a echarnos atrás.

—No hace falta que me expliquéis nada más, no tengo intención de intervenir en vuestros asuntos.

A pesar de que, a causa de la resaca, mi cabeza parecía el lugar exacto de la puerta de una fortaleza que ha sufrido el embate de un ariete de doce metros, mi aplomo profesional seguía incólume: en cuanto dije que no era necesario que me contasen nada, todos se mostraron dispuestos a darme pelos y señales.

No me había equivocado: el meollo de su descontento era la muerte de Ione. Por fin se habían enterado de que en nuestro seno vivía un maníaco. Les daba igual que se cargara impunemente a los dramaturgos, pero desde el momento en que centró su atención en los músicos todos se preguntaron quién sería la próxima víctima.

—Me parece lógico que estéis alarmados —dije comprensivo—. ¿A qué se debió la discusión de anoche con Cremes?

—No queremos quedarnos —respondió el cimbalero—. Queremos que nos paguen lo que resta de la temporada…

—Espera un momento. Anoche a nosotros nos pagaron nuestro porcentaje de taquilla. ¿Acaso las condiciones de vuestro contrato son distintas?

—¡Ya lo creo! Cremes sabe que actores y dramaturgos buscan faena desesperadamente. No se largan hasta que alguien les pega un buen empujón. Pero como siempre hay trabajo para músicos y tramoyistas, Cremes nos paga una fracción y nos hace esperar para darnos el resto cuando acaba la gira.

—¿Y ahora no está dispuesto a soltar lo que os debe?

—¡Falco, qué inteligente eres! No nos pagará si nos vamos antes de que acabe la gira. Tiene el dinero en el baúl, debajo de la cama, e insiste en que allí permanecerá. Así que le hemos dicho que puede meter *Las aves* en la pajarera y piar de aquí a Antioquía. Si nos obliga a quedarnos, no podrá sustituirnos porque daremos la voz de alarma a todo el que intente reemplazarnos. Pero no pensamos dar golpe. Se quedará sin música y sin decorados. Estas ciudades griegas se reirán de él hasta apearlo del escenario.

— *¡Las aves!* Eso fue la gota que colmó el vaso —se lamentó Ribes, el joven tocador de lira. No podía decirse que fuera un Apolo. No tocaba bien ni despertaba respeto con su majestuosa belleza. A decir verdad, era tan tentador como las gachas frías de ayer—. Pretende que gorjeemos como puñeteros gorriones.

—¡Me parece una licencia en un profesional capaz de distinguir el estilo lidio del dórico!

—¡Falco, si vuelves a hacer otro chiste, te tocaremos con la púa en un sitio y no te gustará nada!

Sonreí al tocador de lira.

—Lo siento, me pagan para escribir chistes.

—Pues ya es hora de que empieces —masculló alguien, pero no vi de quién se trataba.

Afrania se apiadó de mí y preguntó:

—Falco, ¿qué te ha llevado a mezclarte con alborotadores de baja estofa como nosotros?

—Pensé que podría ayudaros…

—¿De qué manera? —preguntó con tono burlón la esposa de un tramoyista.

—Nunca se sabe, soy un tipo de ideas…

—Quiere decir de sucios pensamientos —terció otra mujer de amplia sonrisa que seguramente tenía pensamientos mucho más repugnantes que los míos.

—He venido a consultaros —añadí con coraje—. Quizá podáis ayudarme a averiguar quién cometió las dos muertes. Además, os aseguro que ninguno de vosotros corre peligro.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió el director de la orquesta.

—Vayamos despacio. No haré ningún comentario precipitado sobre un individuo que es capaz de quitar la vida de una forma tan cruel y gratuita. Todavía no tengo una idea clara de las razones por las que mató a Heliodoro aunque, en el caso de Ione, el móvil está muy claro.

—¡Tan claro como el barro que se adhiere al cordón de una bota! —espetó Plancina.

Persistía una gran hostilidad, a pesar de que la mayor parte de los miembros del grupo me escuchaban con atención.

—Ione creía saber quién mató al dramaturgo —añadí—. Se había comprometido a revelarme el nombre del asesino y sin duda se la cargaron para impedir que lo descubriera.

—¿Entonces estamos a salvo mientras vayamos por todas partes proclamando a gritos que no tenemos ni la más remota idea de quién es el asesino? —preguntó con tono irónico, aunque no insoportablemente sarcástico, el director de la orquesta.

No hice caso de sus palabras y anuncié:

—Si supiera con quién se reunió Ione la noche del crimen lo sabría todo. Ione era vuestra amiga. Alguno de vosotros debe de tener alguna idea. Tal vez dijo algo sobre sus actividades de esa velada o en algún otro momento hizo un comentario sobre un hombre con el que sostenía buenas relaciones… —No di pie a que se burlaran y me apresuré a añadir—: Ya sé que era muy popular. Entre vosotros tiene que haber alguien al que ocasionalmente le tocaba la pandereta. ¿Me equivoco?

Uno o dos hombres lo confirmaron de buena gana. En cuanto a los demás, algunos declararon que estaban casados, lo que presuntamente significaba que eran inocentes. Sea como fuere, la presencia de sus esposas los volvía inmunes al interrogatorio. Los que no se habían liado con Ione ciertamente habían pensado en enredarse con ella y todos aceptaron que era así.

—Estas respuestas aclaran mi problema. —Suspiré—. Puede haber sido cualquiera de vosotros… o de los actores.

—¡O tú! —sugirió Afrania.

Estaba contrariada y adoptaba una actitud muy desagradable cada vez que se planteaba el tema.

—Falco no llegó a conocer a Heliodoro —puntualizó alguien con ecuanimidad.

—Tal vez lo conocí —admití—. Dije que cuando lo encontré lo consideré un forastero, pero quizá lo conocía, me lo cargué y después me uní a la compañía por algún motivo perverso…

—Por ejemplo, ¿que te interesaba su trabajo? —sugirió Ribes, el tocador de lira, con un ingenio que en él era sorprendente.

El resto del grupo se desternilló de risa y me declaró inocente.

Nadie podía proporcionarme información útil, pero eso no significaba que no la tuvieran. Quizás oyese un furtivo susurro al otro lado de mi tienda si alguien se armaba de valor y decidía transmitir una pista decisiva.

—No puedo aconsejaros sobre si es mejor quedarse en la compañía o dejarla —reconocí—. Pero me gustaría que lo vierais desde esta perspectiva: si os retiráis la gira se dará por terminada. Cremes y Frigia no pueden representar comedias en las que no haya música ni decorados. Son dos elementos tradicionales y el público los espera.

—Un monólogo de Plauto sin música de flauta que lo realce es como el pan duro —opinó sombríamente el director de orquesta.

—¡Exactamente! —Intenté poner cara de respeto—. Sin vosotros será más difícil reservar teatros y, a la larga, la *troupe* se desbandará. Recordad que si nos separamos el asesino se saldrá con la suya. —Me puse en pie para verlos a todos y apelar a cada conciencia. Me pregunté cuántas veces habían recibido las sentidas apelaciones de un resacoso pálido y nauseabundo que no tenía nada de peso que ofrecerles. Deduje que muchas veces porque trabajaban para actores-empresarios teatrales—. Todo depende de vosotros. ¿Queréis vengar la muerte de Ione u os da igual?

—¡Es muy peligroso! —protestó una de las mujeres que sostenía en brazos un crío pequeño.

—No soy tan lelo como para ignorar que estoy pidiendo demasiado. Cada uno de vosotros ha de tomar su decisión.

—Falco, ¿qué te va en esto? —quiso saber Afrania—. Has dicho que eres independiente. ¿Por qué no reclamas tu paga y te largas?

—Porque estoy involucrado y no puedo evitarlo. Yo encontré el cadáver de Heliodoro y mi chica el de Ione. Tenemos que averiguar quién lo hizo… y cerciorarnos de que reciba su merecido.

—Tiene razón —sostuvo con sensatez el cimbalero—. Sólo podremos atraparlo sin permanecemos unidos y dejamos que el asesino siga estando entre nosotros. Falco, ¿cuánto tiempo llevará?

—Si lo supiera, también sabría de quién se trata.

—El criminal sabe que vas tras él —advirtió Afrania.

—Y yo sé que me vigila.

La miré fijo y recordé sus extrañas afirmaciones acerca de la coartada que le había proporcionado a Tranio. Yo seguía convencido de que Afrania mentía.

—El asesino podría atacarte si piensa que te has acercado demasiado —comentó el cimbalero.

—Es probable que lo haga.

—¿No te da miedo? —inquirió Plancina, como si esperar a verme abatido fuese casi tan trepidante como una sangrienta carrera de cuadrigas.

—Perseguirme será su error. —Lo dije con absoluta seguridad.

—Si a lo largo de las próximas semanas necesitas un trago de agua, me ocuparé de que sólo lo bebas de un vaso muy pequeño —me advirtió el director de la orquesta con su usual tono pesimista.

—No tengo la menor intención de ahogarme.

Crucé los brazos y apoyé firmemente los pies en el suelo como alguien en quien se puede confiar cuando la situación se pone realmente difícil. Sabían muy bien lo que era una buena interpretación y mi actitud no los convenció.

—No puedo tomar una decisión por vosotros —acoté—, pero hay algo que os puedo prometer. Soy algo más que un dramaturgo a destajo que Cremes encontró en el desierto. Mis antecedentes son de peso. He trabajado para los mejores… y no pidáis nombres. He participado en misiones que no estoy autorizado a revelar y tengo habilidades que preferiríais que no os contase. He perseguido a montones de criminales y el que no os hayáis enterado demuestra mi gran discreción. Si accedéis a quedaros, yo también permaneceré en la compañía. De esta forma al menos sabréis que estoy para ocuparme de vuestros intereses…

Supongo que me volví loco. La noche anterior, cuando estaba totalmente obnubilado por el alcohol, tenía más sentido común y más

cordura que en ese momento. El problema no consistía en proteger a los músicos, a los tramoyistas y a sus familias.

Detestaba la idea de tener que explicarle a Helena que había ofrecido protección personal a mujeres desenfrenadas como Plancina y Afrania.

OceanofPDF.com

XXXVIII

Los músicos y los tramoyistas no nos abandonaron y volvieron al trabajo. Representamos *Las aves* en Escitópolis y la ciudad nos brindó… una ovación.

Pese a ser griegos se mostraron sorprendentemente tolerantes.

El teatro de Escitópolis era muy interesante, con un foso semicircular para la orquesta, al que sólo se accedía a través de la escalera. Para una pieza romana no nos habría hecho falta, pero interpretamos una obra griega con numeroso coro y Cremes quería que una bandada de pájaros se mezclase con el público. Los escalones dificultaron la tarea a todos los que actuaban vestidos con un enorme traje acolchado, con garras gigantes en el calzado y una pesada máscara con pico.

Mientras estábamos en el teatro, un vendedor tramposo intentó convencer a los magistrados de que gastaran un dineral en el sistema acústico (unos artefactos de bronce que debían colgar en las paredes del teatro). El arquitecto de la sala señaló muy ufano que ya había incluido siete espléndidos huecos ovalados para colocar el complejo equipo. Era evidente que estaba conchabado con el vendedor y que esperaba recibir un porcentaje de las ganancias.

Probamos las muestras de los juguetes del vendedor hasta el límite de los agudos, los graves y las resonancias y, sinceramente, no había la menor diferencia. Dada la acústica perfecta de la mayoría de los teatros griegos, no era sorprendente. Los contribuyentes de Escitópolis volvieron a repantigarse en sus butacas y se dieron por satisfechos con seguir colocando guirnaldas de flores en los siete huecos. El arquitecto palideció.

Aunque Congrio nos había dicho que no era la primera vez, no llegué a comprender las razones por las que Cremes se desvió repentinamente del repertorio habitual. Con Aristófanes retrocedimos aproximadamente cuatro siglos y pasamos de la nueva comedia romana a la vieja griega de lo mismo. Me gustó. Suele decirse que los chistes antiguos son los mejores. Francamente son mejores que nada. Me gustan las obras con mordacidad. Hablo como republicano y por mordacidad quiero decir con algún sentido político. Y la vieja comedia lo tenía, por lo que variar el cambio era de

agradecer. En mi opinión la nueva comedia es horrible. Detesto los argumentos carentes de sentido sobre tediosos personajes que atraviesan situaciones espantosas en cualquier calle de provincias. Si me apeteciera, podría volver a casa y escuchar a mis vecinos a través de las paredes.

Las aves era famosa. Durante el ensayo Tranio, que siempre tenía una anécdota en la punta de la lengua, comentó:

—No está mal si tenemos en cuenta que sólo obtuvo el segundo premio durante el festival para el que fue escrita.

—¡Qué alarde de sabiduría! Tranio, ¿de qué archivo has sacado este dato? —pregunté con sorna.

—¿Y cuál fue la obra que se alzó con el primer premio? —se interesó Helena.

—Una fruslería titulada *Los juerguistas,* que actualmente la humanidad no conoce.

—Suena divertida. Claro que últimamente uno de los ocupantes de mi tienda se ha dedicado demasiado a la juerga —comentó Helena.

—Esa obra no es ni la mitad de obscena que algunas de Aristófanes —masculló Tranio—. Cierta vez vi una representación de *La paz.*… que no se pone a menudo porque siempre estamos en guerra. Hay dos papeles estelares femeninos para chicas perversas con buenos traseros. A una le quitan la ropa en el escenario y la entregan al hombre que ocupa el asiento central de la primera fila. De buen principio se sienta en sus rodillas y pasa el resto de la obra de fila en fila, «consolando» a otros espectadores.

—¡Cuánta basura! —exclamé y fingí que me horrorizaba.

Tranio frunció el ceño.

—Pues no puede compararse con Hércules convertido en un glotón que ofrece trucos de cocina.

—Es verdad que no tiene parangón, pero convendrás conmigo en que las recetas no harán que nos expulsen de la ciudad —dijo Helena.

Ante la perspectiva de mujeres perversas y de bonitos traseros que «consolaban» a los que habían pagado la entrada, el pragmatismo de mi amada se agudizaba más que de costumbre.

Helena conocía *Las aves.* Estaba bien educada, parcialmente por los tutores de sus hermanos cuando éstos escapaban al hipódromo y, en parte, porque había echado mano de cuanto pergamino escrito encontró en las bibliotecas privadas propiedad de su acaudalada familia, amén de los gastados artículos de quinta mano que yo guardaba bajo mi cama. Como

jamás había formado parte del circuito de orgías y gladiadores que admiraban a las esposas de los senadores, Helena se había dedicado a quedarse en casa y leer. Al menos es lo que me contó.

Había hecho un excelente trabajo de adaptación. Cremes lo aceptó sin introducir cambios y comentó que parecía que, por fin, yo me había enterado de las necesidades de la compañía.

—Has actuado rápido —la felicité.

—Ha sido muy fácil.

—Espero que no se te suba a la cabeza que hayan aceptado tus correcciones la primera vez que se te ocurre darles un repaso. Me sentaría fatal saber que te estás convirtiendo en una intelectual.

—Perdona, lo había olvidado, no te gustan las mujeres cultas.

—Ya me van bien. —Le dediqué una sonrisa—. No soy esnob. Estoy dispuesto a tolerar la inteligencia en casos excepcionales.

—¡Muchísimas gracias!

—No las merezco. Recuerda que jamás me imaginé que acabaría en la cama con una erudita lectora de pergaminos que ha estudiado griego y sabe que *Las aves* es una obra célebre. Supongo que se adhiere a la mente a causa de las plumas, como cuando piensas en los filósofos griegos y sólo recuerdas que la primera premisa de Pitágoras es que nadie debería comer alubias.

—La filosofía es una de tus facetas desconocidas. —Helena sonrió.

—Vamos, puedo mentar la lista de filósofos como cualquier pelmazo que asiste a una cena. Mi favorito es Bías, que inventó el lema de los investigadores… [*]

—¡Todos los hombres son malos! —Además de a los dramaturgos, Helena había leído a los filósofos—. Marco, todos debemos interpretar un pájaro del coro. ¿Qué ave te ha asignado Cremes?

—Escucha, nena. Cuando haga mi debut como actor, será un momento que tendremos que memorizar para nuestros nietos. Seré un héroe trágico que entrará por una puerta central con una corona en la cabeza. Jamás entraré saltando desde bambalinas como un puñetero pajarraco.

Helena se mondó de risa.

—¡Me parece que estás equivocado! Esta obra se presentó en un festival muy próspero. El coro completo incluye veinticuatro piadores con nombre y todos tenemos que participar.

Negué con la cabeza.

—Pues conmigo que no cuenten.

Helena Justina es muy lista. Además, en su condición de adaptadora, era la única persona del grupo que había leído la obra de cabo a rabo. La mayoría le echaba un vistazo hasta encontrar sus intervenciones. Helena no tardó en averiguar que Cremes me había reservado un papel y lo encontró graciosísimo.

Musa, que como de costumbre había permanecido callado, parecía divertirse… aunque no tanto como cuando Helena le explicó que haría de curruca de los juncales.

¿Y qué papel interpretaría yo? De más está decir que el peor.

En nuestra función, el guapo Filócrates y el recio Davos representaban a los dos humanos que huyen de Atenas asqueados de litigios, disputas y elevadas multas. Como era previsible, Filócrates se apoderó del papel principal, el de todos los parlamentos, mientras Davos representó al comparsa que da las réplicas obscenas de una sola línea. Aunque más corto, su papel tenía más mordacidad.

Tranio hacía de Hércules. De hecho, Grumio y él interpretaban una larga sucesión de inoportunos visitantes que se presentan en la tierra de los majaderos de las nubes para ser ignominiosamente expulsados. Frigia representaba una graciosa Iris talludita cuyos rayos no fulminan y Birria hacía de bella esposa de la abubilla y de soberana (papel simbólico que resultaba más interesante en virtud del escueto vestido). Cremes era cabecilla del coro formado por las veinticuatro aves famosas, que incluían al ululante Congrio, a Musa el trinador y a Helena disfrazada del somorgujo más guapo que haya subido a un escenario. Yo no sabía cómo le confesaría a su noble padre y a su señora madre que su elegante hija, con pedigrí de varios siglos, se había presentado ante un aforo de rudos escitopolitanos representando a un somorgujo…

Claro que, a partir de ese momento, siempre tendría material con el que chantajear a Helena.

Mi papel era agotador: hacía de investigador. En esta obra, por lo demás ingeniosa, mi personaje hace acto de presencia después del poeta espectral, del adivino mistificador, del joven rebelde y del filósofo chalado. Una vez que todos han visitado la tierra de los majaderos de las nubes y que los atenienses los han echado, prueba suerte el investigador. Al igual que en mi caso, la suerte no tarda en volverle la espalda… para deleite de los espectadores. El investigador remueve casos judiciales a partir de pruebas

dudosas y quiere unas alas que lo ayuden a desplazarse más rápido a medida que reparte comparendos por las islas griegas. Si alguien hubiera estado dispuesto a escucharme, le habría explicado que la vida del investigador es tan aburrida que resulta respetable, al tiempo que sus posibilidades de conseguir un caso lucrativo son tan altas como las de encontrar una esmeralda en la molleja de una oca. Claro que la compañía estaba acostumbrada a burlarse de mi profesión (de la que el drama no cesa de mofarse), por lo que le encantó dedicarse a insultar a una víctima de carne y hueso. Me ofrecía hacer de cerdo sacrificial, pero me rechazaron. Cabe señalar que, en la obra, el investigador no consigue las alas.

Cremes llegó a la conclusión de que yo podía interpretar el papel sin necesidad de tomar clases, a pesar de que era hablado. Sostuvo que me las apañaría para expresarme bien sin ayuda. Al final de los ensayos me harté de que la gente gritara, se supone que ingeniosamente, «¡Vamos, Falco, sé tú mismo!» Y el momento en que apelaban a Filócrates para que me echara del escenario era enloquecedor. Realmente le gustaba propinar golpes. Me dediqué a tramar una siniestra venganza.

Los demás se lo pasaron pipa montando esta obra. Llegué a la conclusión de que tal vez Cremes sabía lo que hacía. A pesar de que siempre nos quejábamos de sus decisiones, el estado de ánimo general mejoró. En Escitópolis representamos varias funciones. La compañía estaba más tranquila —y con las arcas más llenas— cuando subimos por el valle del Jordán rumbo a Gadara.

OceanofPDF.com

XXXIX

Gadara se preciaba de ser la Atenas de Oriente. De esta avanzadilla del este procedían el cínico Menipo, escritor sarcástico y burlesco; Filodemo, el filósofo y poeta que había tenido de discípulo a Virgilio en Italia, y a Meleagro, el epigramatista elegiaco. Puesto que había leído *El ramillete* —la antología poética de Meleagro—, Helena me puso en antecedentes antes de nuestra llegada.

—Sus temas son el amor y la muerte…

—¡Qué original!

—Compara cada poeta que incluye con una flor.

Manifesté mi opinión en voz alta y Helena sonrió afablemente. El amor y la muerte son temas áridos y el tratamiento adecuado por parte de los poetas no requiere pétalos de mirto ni violetas.

La ciudad dominaba un promontorio que daba a un paisaje rico y decisivo, con panorámicas asombrosas tanto de Palestina como de Siria; por el oeste hacia el lago de Tiberíades y por el norte hacia la lejana cumbre nevada del macizo Hermón. A poca distancia, las prósperas aldeas tachonaban las laderas circundantes, ocupadas por generosas tierras de pastoreo. En lugar de las colinas rojizas y peladas que hasta entonces habíamos visto, esta región abundaba en campos verdes y bosques. En vez de cabreros solitarios y nómadas, vimos grupos de pastores que parloteaban y cuidaban rebaños más entrados en carnes y en vellones. Hasta la luz del sol parecía más intensa, alentada por la presencia próxima y centelleante del gran lago. Seguramente los pastores y los porquerizos de esas pasturas envidiables estaban ocupados componiendo églogas soleadas y elegantemente elegiacas. Si por la noche no podían pegar ojo porque se debatían con las imperfecciones métricas de sus versos, seguro que lograban conciliar el sueño contando óbolos y dracmas. Por lo que vi, la gente de estos sitios no tenía preocupaciones económicas.

Como ya era habitual en nuestra compañía, había una gran discusión sobre la obra que pondríamos en cartel. Al final, aunque sin haber resuelto la cuestión, Cremes y Filócrates —con el apoyo de Grumio— fueron a visitar al magistrado local.

Helena y yo dimos un paseo por Gadara. Hicimos averiguaciones sobre la doncella instrumentista de Talía pero, como de costumbre, fueron infructuosas. La verdad es que no nos importó demasiado porque lo pasamos muy bien el rato que estuvimos a solas. Acabamos por seguir a un mogollón de personas que bajaban de la acrópolis al valle del río.

Por lo visto, lo típico era que los ciudadanos salieran al atardecer, bajaran hasta el río, se bañaran en sus aguas presuntamente bienhechoras y emprendieran el difícil camino cuesta arriba (sin dejar de quejarse) para la dosis nocturna de entretenimientos públicos. Si curaban sus achaques con un remojón en el río, lo más probable era que el escarpado ascenso posterior hasta la ciudad situada en la cima volviese a agarrotarles las articulaciones y la mitad probablemente se resfriaba al llegar al aire de las alturas. Aunque uno o dos acabasen en la cama, quedaba más espacio en las cómodas gradas del teatro para los que habían escalado directamente desde la tienda o el despacho sin poner en riesgo su salud con una sesión de hidroterapia.

En la orilla del río nos sumamos al montón de personas con túnicas a rayas y rebuscados tocados. Helena metió cautelosamente un pie en el agua mientras yo me mantenía al margen, con cara de romano y de superioridad. El sol de última hora de la tarde surtía un efecto positivamente tranquilizador. De buena gana me habría olvidado de mis pesquisas a fin de dedicarme por siempre a la vida de la farándula.

De pronto vi algo más abajo a Filócrates, que no habría reparado en nuestra presencia. Estaba bebiendo —al parecer vino— de una piel de cabra. Cuando acabó se puso de pie, exhibió el palmito ante cualquier mujer que pudiera verlo, hinchó la piel, le hizo un nudo y la lanzó a los niños que jugaban en el agua. Cuando la atraparon y gritaron encantados, Filócrates se quitó la túnica y se dispuso a sumergirse en el río.

—¡Necesitas un montón de esas cosas para llenar un cestito! —se mofó Helena al percatarse de que el actor desnudo no estaba bien dotado.

—El tamaño no lo es todo —aseguré.

—¡Menos mal!

Helena sonrió mientras yo me preguntaba si debía hacer de patriarca autoritario y censurar lo que había leído para bajar tanto el listón del mal gusto humorístico.

—Marco, huele fatal. ¿Por qué las aguas de los balnearios siempre son hediondas?

—Para que creas que son medicinales. ¿Quién te contó el chiste del cestito?

—¡Ajá, te he pillado! ¿Has visto lo que hizo Filócrates con el pellejo de cabra?

—Lo he visto, pero no es posible que se haya cargado a Heliodoro si es amable con los niños —repliqué sarcásticamente.

Helena y yo emprendimos el escarpado ascenso desde la elegante orilla del río hasta la ciudad situada en la cima. Fue muy duro y los dos recordamos nuestra agotadora conquista de La Cumbre de Petra.

En parte para recobrar el aliento, pero también porque me interesaba, hice un alto para echar un vistazo al sistema de abastecimiento de agua de Gadara. Contaban con un acueducto que trasladaba agua potable desde un manantial situado a más de quince kilómetros al este; una vez en la ciudad, la obra hidráulica atravesaba un sorprendente sistema subterráneo. Los trabajadores habían quitado la tapa de una tubería para limpiarla. Me había agachado sobre el edificio y atisbaba las profundidades cuando a mis espaldas resonó una voz que me dio un susto mayúsculo y me hizo brincar.

—¡Falco, la caída es abismal!

Era Grumio.

Helena me sujetó del brazo, aunque probablemente su intervención era innecesaria. Grumio rió con regocijo.

—¡Tranquilo! —advirtió antes de descender por el mismo camino que nosotros habíamos llegado.

Helena y yo intercambiamos una mirada de preocupación. Cruzó por mi cabeza la idea de que si alguien caía en uno de esos túneles y lograba llegar a la salida, aun cuando sobreviviera nadie oiría sus gritos demandando auxilio. Su cadáver no aparecería hasta que se descompusiera lo suficiente para que los ciudadanos comenzaran a sentirse mal…

Si Grumio hubiese sido un sospechoso incapaz de dar cuenta de sus movimientos, yo habría acabado temblando de la cabeza a los pies.

Amorosamente abrazados, Helena y yo regresamos muy despacio al campamento.

No era la primera vez que en la compañía se desataba el pánico. Cremes y los demás llevaban demasiado tiempo fuera. Davos pidió a Congrio que deambulase discretamente por la ciudad e intentara averiguar dónde se habían metido. Cuando nosotros llegamos al campamento, Congrio apareció correteando y gritando:

—¡Los han encerrado!

—Cálmate. —Lo sujeté y lo obligué a quedarse quieto—. ¿Has dicho que los han encerrado? ¿Por qué?

—La culpa es de Grumio. Fueron a ver al magistrado y resultó que el hombre se había desplazado a Gerasa cuando estuvimos allí. Asistió a la interpretación cómica de Grumio, parte de la cual consistió en ofender a los gadareños… —Por lo que yo recordaba de la improvisación de Grumio, en su mayor parte consistía en lanzar pullas contra las ciudades de Decápolis. Pensé en el chiste que Helena acababa de hacer y me dije que, por fortuna, al cómico no se le había ocurrido mencionar los cestitos y relacionarlos con las pollas y los cojones de los pomposos magistrados. Quizá no había llegado a leer el pergamino que Helena había encontrado—. ¡Y ahora los han metido en chirona por difamación! —se lamentó Congrio.

Yo deseaba cenar y mi primera reacción fue de fastidio.

—Si Grumio dijo que los gadareños son apresurados, quisquillosos y que no tienen sentido del humor, ¿cuál es la difamación? ¡Se cae de maduro que dijo la verdad! Además, no es nada comparado con lo que le oí comentar sobre Abila y Dión.

—Falco, sólo transmito lo que sé.

—Y yo sólo decido lo que podemos hacer.

—Montemos jaleo —propuso Davos—. Podemos decirles que informaremos a nuestro emperador de la severa acogida que han prodigado a inocentes visitantes y luego darle un garrotazo en la cabeza al carcelero. Después podemos correr como almas que trasladan los demonios.

Davos era el tipo de individuo con el que yo podía colaborar. Tenía una adecuada comprensión de la situación y una actitud pragmática sobre el modo de resolverla.

Davos y yo nos disfrazamos de respetables empresarios y fuimos a la ciudad. Llevábamos botas recién lustradas y togas del baúl del vestuario. Davos lucía una guirnalda de laureles para conseguir un efecto aún más distinguido, aunque debo decir que me pareció exagerado.

Hicimos acto de presencia en casa del magistrado, sorprendidos de que hubiera un problema. El pez gordo había salido: estaba en el teatro. Nos presentamos en un extremo de las butacas del patio y esperamos que hiciesen una pausa en lo que resultó ser una pésima sátira.

—¡Al menos podrían afinar las malditas zampoñas! —comentó Davos —. Sus máscaras son pésimas y las ninfas no valen nada.

Mientras hacíamos tiempo, logré preguntar:

—Davos, ¿viste alguna vez a Filócrates hinchar un odre de vino y arrojarlo al agua, como hacen los críos? ¿Tiene por costumbre hacer flotadores?

—Yo no lo he visto, pero me he fijado que los payasos lo hacen.

Como de costumbre, lo que parecía una buena pista se trocó en un elemento confuso.

Por fortuna las sátiras son breves. Unos cuantos disfraces, un par de falsas violaciones y enseguida se largan del escenario con sus pantalones de piel de cabra.

Por fin llegó el intervalo en el que los vendedores de golosinas hicieron su ronda con las bandejas. Aprovechamos la ocasión y cruzamos el patio de butacas para desafiar al mentecato electo que había encarcelado a los nuestros. Era un cerdo autoritario. A veces pierdo la confianza en la democracia… debería ser más exacto y decir que la pierdo casi siempre.

No disponíamos de mucho tiempo para negociar, pues oímos el son de las panderetas mientras un grupo de bailarinas entradas en carnes se disponían a aparecer en escena y excitar al personal con alguna frivolidad de conjunto y faldas transparentes. Al cabo de tres minutos de charla, no habíamos avanzado un ápice con el funcionario, que hizo señas a los vigilantes del teatro para que nos acompañaran a la salida.

Davos y yo nos largamos por nuestra cuenta. Enfilamos hacia la cárcel, donde sobornamos al guardián con la mitad de la taquilla obtenida en Escitópolis con la representación de *Las aves.* Como sospechábamos que habría problemas, habíamos dado órdenes a mis amigos los tramoyistas para que cargasen las carretas y los camellos. Una vez organizada la fuga de la cárcel, pasamos unos minutos en el foro y comentamos a gritos nuestro traslado hacia el este, a Capitolias. Nos reunimos con el resto de la *troupe* en la carretera y nos dirigimos velozmente al norte, en dirección a Hipo.

Viajamos deprisa y maldijimos a los gadareños, que resultaron ser una pandilla de cerdos malparidos.

¡Joder con la Atenas de Oriente!

OceanofPDF.com

XL

Hipo es una ciudad crispada, aunque no tanto como algunos de sus visitantes.

Se encuentra a mitad de camino de la orilla oriental del lago de Tiberíades, en la cumbre de la colina: grandes pero inconvenientes panorámicas. El emplazamiento está bastante lejos del lago y no hay ningún río próximo, por lo que escasea el agua para consumo doméstico. Al otro lado del lago se alza Tiberíades, ciudad más convenientemente situada junto a la orilla. El pueblo de Hipo odia a lo tiberianos con apasionada hostilidad… algo mucho más real que la tan cacareada enemistad entre Pela y Escitópolis, enemistad que nos había sido muy difícil detectar.

Hipo tenía que hacer frente a la carencia de agua y a la hostilidad vecinal, lo que tendría que haber anulado la posibilidad de que quitara el dinero a los traficantes y lo utilizase para grandiosos proyectos edilicios pero, con la tenacidad típica de la región, su población hacía ambas cosas. Desde la puerta por la que entramos (a pie, ya que acampamos extramuros por si volvía a plantearse la necesidad de darnos el piro) discurría una arraigada calle principal, larga arteria de basalto negro cuyas elegantes columnatas se extendían a lo largo de la cima que cobijaba la ciudad, desde las que tenías preciosas vistas del lago de Tiberíades.

En virtud de nuestro nerviosismo, es posible que nos pareciera que el populacho estaba crispado. Las calles estaban atestadas de caras cetrinas que te miraban desde detrás de las capuchas con una expresión que sugería no preguntar cómo llegar a la plaza del mercado. Las mujeres mostraban la expresión precavida de quien pasa muchas horas del día abriéndose paso a codazos para llenar de agua los cántaros. Eran menudas, delgadas, estaban agobiadas y tenían los brazos fornidos de tanto acarrear hasta sus casas los cántaros llenos. La función de los hombres consistía en hacer el papanatas y poner mala cara; portaban cuchillos, visibles u ocultos, y estaban dispuestos a clavárselos a cualquiera que los acusase de hablar con acento tiberiano. Hipo era un soterrado e introvertido batiburrillo de recelos. A mi juicio, era el tipo de ciudad de la que debían proceder los poetas y los filósofos a fin

de alcanzar el tono adecuado de cínica desconfianza. Como era de prever, allí no había nacido nadie de renombre.

En una ciudad como Hipo, a la hora de hacer preguntas hasta el más avezado de los informadores se pone frenético. Pero carecía de sentido llegar hasta allí si no cumplía mi misión. Debía tratar de encontrar a la organista desaparecida. Me armé de valor y abordé a varios personajes curtidos. Algunos escupieron; la mayoría no lo hizo directamente… a menos que me equivoque y tuviese una puntería fatal. Casi todos clavaron la mirada en la distancia media y pusieron cara de nada, que en el dialecto hiposo parecía significar: «Lo siento mucho, joven caballero romano, pero jamás he visto a esa doncella deliciosa ni al chabacano hombre de negocios sirio que se la llevó…» Lo cierto es que nadie me clavó un cuchillo.

Descarté otro de los posibles destinos de Sofrona y de Habib (suponiendo que la instrumentista se hubiera largado con él) y emprendí la larga caminata de regreso a nuestro campamento extramuros. Mientras andaba miraba por encima del hombro para comprobar si el pueblo de Hipo me seguía. Acabé tan crispado como los hiposos.

Por suerte la inquietud desapareció de mi mente cuando, a mitad de camino, me encontré con Ribes, el tocador de lira.

Ribes es un joven pálido convencido de que su papel como músico consiste en hacerse un corte de pelo irregular y sentarse a elaborar los planes para amasar ingentes sumas de dinero mediante canciones populares que todavía no ha compuesto. De momento no habían indicios de que los contables egipcios lo hubiesen acosado para despojarlo cobrándole descomunales honorarios como intermediarios. Llevaba el tipo de cinto que daba a entender que era un tío duro, si bien la expresión de su rostro correspondía a la de un ratón de campo lunático. Intenté darle esquinazo, pero ya me había visto.

—¿Qué tal la música? —preguntó en un intento por ser amable.

—Así, así…

Ribes no me preguntó qué tal me iba con las adaptaciones.

Caminamos juntos unos cuantos metros e intenté torcerme el tobillo para quedar rezagado.

—¿Estás buscando pistas? —preguntó con toda seriedad.

—Sólo busco a una chica.

Quizá mi respuesta lo sorprendió porque conocía a Helena. Lo cierto es que aquel era un concepto que a mí jamás me había inquietado.

—He pensado en lo que nos dijiste —añadió Ribes después de dar varias zancadas—. Me refiero a lo que le pasó a Ione…

El tocador de lira se fue por las ramas. Me obligué a poner cara de interesado, pese a que hablar con Ribes era tan emocionante como tratar de limpiarme los dientes en un banquete sin palillo y sin que se enterase la esposa del anfitrión.

—¿Se te ha ocurrido algo que pueda serme útil? —lo estimulé sin demasiada convicción.

—No estoy seguro.

—De momento nadie ha tenido una idea brillante —dije.

Ribes pareció animarse.

—Puede que sepa algo. —Afortunadamente, seis años dedicado a la investigación me han enseñado a saber esperar—. Ione y yo éramos amigos. No me refiero… verás, quiero decir que nunca… bueno, Ione solía hablar conmigo.

Era la mejor noticia en varios días. Los que se habían acostado con la tocadora de pandereta no tenían información valiosa y, a decir verdad, habían tardado en abrir la boca. Me alegré de estar con ese débil junco de tallo doblado en el que la instrumentista probablemente había confiado porque él no podía ofrecerle nada más.

—Ribes, ¿qué te dijo Ione que ahora te parece probablemente importante?

—¿Sabías que en cierto momento tuvo vínculos con Heliodoro? —Podía ser el eslabón perdido. Al hablar conmigo, Ione había dicho que conocía mejor que los demás la vida del dramaturgo—. Heliodoro se jactaba ante ella de lo que había averiguado sobre los otros… tú ya me entiendes, historias que podían afectarlos.

Jamás le dio detalles, sólo hizo alusiones, y la verdad es que no recuerdo casi nada de lo que ella me contó.

No se podía decir que Ribes ardiera en curiosidad sobre el resto de la raza humana.

—Cuéntame lo que recuerdes —propuse.

—Veamos… —Ribes enumeró con los dedos varías referencias que podían levantar ampollas—: Estaba convencido de que tenía a Cremes en sus garras. Solía burlarse de lo mucho que Congrio lo odiaba. Presuntamente era amigo de Tranio, pero entre ellos había algún entripado…

—¿Pasaba algo con Birria?

—No.

—¿Y con Davos?

—Tampoco.

—¿Y con Grumio?

—No. Lo único que recuerdo es que Ione comentó que Heliodoro se había portado muy mal con Frigia. No se cómo Heliodoro se enteró de que Frigia había tenido una hija a la que se vio obligada a dejar en alguna parte y de que estaba desesperada por saber qué había sido de la niña. El dramaturgo le dijo que conocía a alguien que había visto a su hija, pero no quiso decirle quién era ni dónde estaba. Según Ione, Frigia fingió que no le creía. Fue la única manera de que dejase de atormentarla con este asunto.

Me devané los sesos.

—Ribes, tu comentario es muy interesante, pero no creo que se relacione con los motivos por los que Heliodoro murió. Ione me dijo claramente que lo asesinaron por razones estrictamente profesionales. ¿Sabes algo de esto?

Ribes negó con la cabeza. El resto de la caminata me habló de la endecha que había compuesto en memoria de Ione y yo hice lo posible y lo imposible por evitar que la cantase.

En contra de nuestras expectativas, Hipo recibió calurosamente a los artistas teatrales. No nos fue difícil conseguir una reserva en el auditorio pero, como no conseguimos un patrocinador local, tuvimos que actuar vendiendo entradas en taquilla. De todos modos, la recaudación fue buena. No fue fácil saber quién compró billetes y la noche del estreno estábamos algo agitados. Todo romano que se precie conoce anécdotas sobre los follones que se producen en los teatros de provincias. Tarde o temprano podía tocarnos formar parte del folclore ignominioso. Hipo parecía la ciudad idónea para que formáramos parte de esa tradición.

Por lo visto nuestra obra ejerció una influencia tranquilizadora. Representamos *Los hermanos piratas.* Al parecer, los hiposos eran críticos bien informados. Los malos fueron vivamente abucheados (sin duda porque supusieron que eran habitantes de Tiberíades) y aplaudieron a rabiar las escenas de amor.

Hicimos dos funciones más. *La cuerda* fue recibida con calma hasta la escena del tira y afloja bélico, que discurrió de maravillas. Esto supuso más público al día siguiente, cuando representamos *Las aves.* Después de

absurdas disputas del estilo que tanto le gustaban a Cremes y que nosotros detestábamos, el director, actor y empresario decidió arriesgarse, ya que la sátira picante no era lo más adecuado para un público rebosante de sospechas contenidas y siempre a punto de desenfundar la daga. Pero los disfraces lo convencieron. Hipo simpatizó tanto con *Las aves* que al final lo espectadores nos rodearon. Después de unos segundos de pánico, durante los cuales asaltaron el escenario, nos dimos cuenta de que lo único que querían era participar. Tuvo lugar un espectáculo fascinante: sombríos individuos, vestidos con túnicas largas y sueltas, se deshicieron de sus inhibiciones con gozosa alegría y durante media hora saltaron y movieron los codos como si fueran alas, cual pollos que han comido cereales fermentados. Entretanto, nosotros nos quedamos tiesos, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Agotados, esa misma noche nos largamos antes de que Hipo pudiera exigir más emociones de nuestro repertorio.

OceanofPDF.com

XLII

Oficialmente Abila no es una de las diez legendarias ciudades de la región de Decápolis. Sin embargo, al igual que otras, reivindica su pertenencia a Decápolis por el prestigio que reporta y por el sentimiento de protección mutua contra los invasores, privilegio del que disfrutan los integrantes de una auténtica federación. Pero si los agresores se presentaban y exigían pruebas, la reivindicación se iba al garete y no había más remedio que someterse al pillaje.

Abila poseía las bellas características de las mejores ciudades de Decápolis: un magnífico emplazamiento, un río de aguas rizadas, sólidos muros defensivos, una acrópolis griega y un asentamiento más romanizado, un inmenso conjunto de templos en los que se honraba a todas las deidades habidas y por haber y un teatro. La arquitectura local era una suntuosa mezcla de mármol, basalto y granito gris. Abila se encontraba en lo alto de una meseta ondulada donde un viento inquieto bufaba pavorosamente. La ciudad tenía algo remoto y solitario. Sus gentes nos miraron pensativas; aunque no se mostraron abiertamente hostiles, la atmósfera nos llenó de zozobra.

El frustrado viaje a Dión, que supuso un trayecto inesperadamente más largo, hizo que llegáramos en mala hora. Solíamos viajar durante la noche para evitar los peores calores e intentábamos entrar en las ciudades por las mañanas. De esta forma, Cremes investigaba las posibilidades de reservar teatro mientras los demás descansábamos y hablábamos mal de él.

Como utilizamos un camino que dejaba mucho que desear llegamos a Abila después del mediodía. Nadie estaba contento. Una de las carretas acabó con un eje roto, lo que nos retuvo en un camino que parecía patrullado por los bandoleros, y la escabrosidad de la carretera nos dejó aniquilados. Nada más arribar montamos las tiendas y nos retiramos sin ganas de hacer planes.

Musa encendió tenazmente el fuego junto a nuestra tienda. Por muy cansados que estuviéramos, el nabateo siempre encendía la hoguera y recogía agua antes de relajarse. Me obligué a cooperar. Di de comer al buey

y, a cambio de mis obligados esfuerzos, la estúpida bestia me pisoteó un pie. Helena preparó la comida a pesar de que nadie tenía hambre.

Hacía un calor infernal y estábamos demasiado malhumorados para dormir. Nos sentamos con las piernas cruzadas y estuvimos de palique.

—Me siento deprimida —se lamentó Helena—. Ya casi no quedan ciudades y no hemos resuelto nada. ¿Qué ciudades no hemos visitado todavía? Sólo Capitolias, Canata y Damasco.

Helena volvió a animarse y respondió a sus propias preguntas como si esperara que Musa y yo contempláramos letárgicamente el vacío. Durante un rato nos quedamos anonadados, sin intención de fastidiarla, sino porque nos parecía lo más lógico.

—Damasco es grande —dije finalmente—. Al parecer hay muchas posibilidades de que allí encontremos a Sofrona.

—¿Y si está en Dión?

—Probablemente ha contraído la peste. No creo que, en tal caso, Talía quiera recuperarla.

—Marco, tendremos que seguir buscándola.

Helena detesta los esfuerzos inútiles, pero yo, que soy investigador privado, ya estoy acostumbrado.

—Cariño, algo habrá que hacer. Estamos varados en los confines del imperio y hemos de ganar nuestro sustento. Te propongo que visitemos con la compañía las tres ciudades que faltan y así, si Sofrona no aparece, sabremos que tendríamos que haber indagado en Dión. De este modo podremos tomar una decisión sobre la peste.

Fue uno de esos estados de ánimo que afectan a los viajeros, el momento en que pensé que la mejor decisión era tomar rápidamente un barco que nos devolviese a Roma. No dije nada porque los dos nos sentíamos tan frustrados y pesimistas que la mera mención de la retirada nos habría llevado a liar el petate en ese mismo instante. Y esos estados de ánimo acaban por superarse. Si persisten, después tienes derecho a proponer el regreso.

—Tal vez en Dión no pasaba nada —insistió Helena—. Sólo contamos con lo que nos dijeron los integrantes de una caravana. Puede que mintieran o que sólo se trate de un crío al que le han salido granos. La gente se deja arrastrar por el pánico.

Hice esfuerzos por no mostrarme asustado.

—Sería absurdo arriesgar nuestras vidas… y no quiero ser responsable de llevarme de Dión a una organista escapada si con ello me expongo a trasladar la epidemia a Roma. Es un precio demasiado alto a cambio de una tocata y fuga para *hydraulus.*… por muy buena que sea Sofrona.

—Estoy de acuerdo. —Al cabo de unos segundos, Helena acotó—: Te detesto cuando tu sensatez se impone.

—Los caravaneros parecían serios cuando nos aconsejaron que nos largáramos —insistí.

—¡Ya te he dicho que coincido contigo!

Noté que Musa esbozaba una sonrisa. Como de costumbre, estaba presente y en silencio. El día era lo bastante irritante como para perder los cabales por su mutismo, así que me cubrí las espaldas y propuse:

—Creo que es necesario evaluar la situación. —Si pensé que esa idea animaría a mis compañeros, estaba muy equivocado. Los dos siguieron apáticos y taciturnos. Me mantuve en mis trece—: Coincido en que tal vez sea inútil buscar a Sofrona. Sé que a esta altura podría estar en cualquier parte. Ni siquiera estamos seguros de que haya salido de Italia. —La situación rayaba en un exceso de pesimismo—. Lo único que nos queda es ser lo más minuciosos que podamos. A veces hay encargos imposibles de cumplir y otras tienes una racha de suerte y, a pesar de los pesares, resuelves el caso.

Helena y Musa se mostraron tan impresionados como un buitre del desierto que desciende hasta un bulto interesante y descubre que sólo se trata de un trozo de túnica vieja que golpea contra un ánfora rota. Yo procuro estar animado. De todos modos, renuncié a encontrar a la organista. Hacía demasiado tiempo que la buscábamos. Sofrona ya no era real. Nuestro interés por ella había desaparecido, lo mismo que las posibilidades de encontrarla en estos lares.

De sopetón Helena preguntó:

—¿Y qué pasa con el asesino?

Intenté levantar los ánimos con un repaso de la situación.

—Veamos, ¿qué sabernos? Que es un hombre, que sabe silbar, que es muy fuerte, que a veces se cubre la cabeza con un sombrero…

—Y que no pierde el tipo —terció Musa—. Lleva semanas con nosotros, sabe que queremos desenmascararlo y no comete errores.

—Es verdad, está seguro de sí mismo… aunque a veces se pone nervioso. Musa, el pánico lo dominó, intentó dejarte fuera de combate y

poco después silenció a Ione.

—Es implacable —dijo Helena—. Y persuasivo. Logró convencer a Heliodoro y a Ione para que se reuniesen con él a solas, Ione incluso sospechaba que era el asesino, aunque supongo que no puede decirse lo mismo en el caso del dramaturgo.

—Volvamos a pensar en lo que ocurrió en Petra —sugerí—. Los actores principales fueron y volvieron sin el dramaturgo. ¿Qué sabemos de ellos? ¿Quién odiaba lo suficiente a Heliodoro para convertir su paseo en un naufragio?

—Casi todos. —Helena los enumeró con los dedos—. Cremes y Frigia porque los atormentaba con su matrimonio desgraciado y con la hija perdida de la primera actriz. Filócrates porque compitieron sin éxito por los favores de Birria. Ésta también lo odiaba porque intentó violarla. Y Davos, en parte por su lealtad a Frigia y también porque lo consideraba… —Helena titubeó.

—¡Una mierda! —propuse.

—¡No, mucho peor: un pésimo dramaturgo! —Los tres sonreímos y Helena añadió—: Congrio despreciaba a Heliodoro porque lo humillaba, pero el cartelero está excluido porque no sabe silbar.

—Será mejor que lo comprobemos —dije.

—Ya se lo he preguntado a Cremes —aseguró Helena deprisa—.

En cuanto a los gemelos, ya nos han dicho que Heliodoro les caía fatal. ¿Contamos con alguna razón definida, con un móvil lo bastante fuerte para matarlo?

Coincidí con mi amada.

—Si lo hay, todavía no lo hemos averiguado. Me contaron que Heliodoro no pudo fastidiarlos en escena. Si pretendió adjudicarles papeles de poca monta, los gemelos improvisaron. Y, como todos sabemos, es cierto.

—Por consiguiente, no estaban en sus garras —concluyó Helena—. Sin embargo, dicen que lo despreciaban.

—Así es. Si retrocedemos en el tiempo, vemos que al menos uno, y me refiero a Tranio, no tiene una coartada satisfactoria de la noche en que mataron a Ione. Todos los demás pueden dar cuenta de dónde estaban. El pobre Congrio correteaba por Gerasa y corregía las faltas de ortografía de los carteles. Grumio actuaba en la calle. Cremes, Davos y Filócrates cenaron juntos…

—Si exceptuamos el rato en que, según él mismo dijo, Filócrates se fue a la cama con la quesera —me corrigió Helena que, por lo visto, había desarrollado una gran antipatía hacia su admirador.

Reí.

—¡Filócrates me mostró el queso!

Musa rió a carcajadas.

—Creo que el galán está demasiado ocupado y no tiene tiempo de dedicarse al crimen.

—¡Está demasiado ocupado comiendo queso! —me burlé.

Helena mantuvo la seriedad.

—Pudo comprar el queso en cualquier momento…

—¡Siempre y cuando la tienda estuviera atendida por chicas!

—¡Marco, por favor, no digas más sandeces!

—De acuerdo. —Procuré ponerme serio—. Con excepción de Tranio, todos tienen una coartada. Tranio se zafa del lío diciendo que estuvo con Afrania, pero yo no le creo.

—¿Sospechamos realmente de Tranio? —preguntó Helena y presionó para que tomáramos una decisión.

Yo no estaba totalmente seguro.

—La falta de pruebas me preocupa. Musa, ¿es posible que Tranio fuera el que silbó?

—Sí, claro. —El nabateo tampoco las tenía todas consigo—. Sin embargo, la noche aquella en Bostra, cuando me empujaron por el terraplén… —Si por casualidad yo me olvidaba del incidente, Musa se ocupaba de mencionarlo. Volvió a pensar en el tema, cauteloso como siempre—. Estoy seguro de que aquella noche Tranio caminaba delante de mí. Congrio, Grumio y Davos… venían detrás. Pudo hacerlo cualquiera de ellos, pero Tranio no.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—Cuando después del incidente te lo pregunté sin ambages…

—Desde entonces lo he pensado infinidad de veces. Tranio me precedía.

Me lo pensé.

—¿Tenemos la certeza de que lo que te ocurrió aquella noche fue deliberado? No han vuelto a meterse contigo.

—¡Porque me mantengo cerca de ti… cuento con la protección perfecta! —Musa lo dijo inexpresivamente, mientras yo intentaba detectar si su tono contenía cierta ironía—. Noté un fuerte empujón —me hizo recordar—. Quien lo hizo tuvo que darse cuenta de que chocamos, pero no pidió ayuda a gritos cuando caí.

Helena sopesó pensativa las palabras del nabateo.

—Marco, todos saben que intentas atrapar al asesino. Puede que se haya vuelto más cuidadoso. A ti no te ha atacado.

Lo cierto es que el criminal tampoco había atacado a Helena, maniobra que en un momento había sido uno de mis temores no explicitados.

—Ojalá lo intentara —mascullé—. ¡Así podría atrapar al muy cabrón!

Seguí pensando. El asunto no pintaba nada bien. Se nos había escapado algún dato decisivo o sería muy difícil lograr que el criminal pusiera las cartas boca arriba. Alguna prueba crucial nos eludía. Cuanto más tiempo pasase, menores serían nuestras posibilidades de desentrañar el misterio.

—No hemos vuelto a ver a nadie con el sombrero —precisó Helena.

Al igual que el mío, su cerebro no había dejado de funcionar.

—Y ha dejado de silbar —añadió Musa. Era evidente que también había dejado de matar. El asesino debía saber que yo estaba perplejo. Mientras no actuara estaría a salvo.

Yo tendría que obligarlo a actuar.

No quise darme por vencido y seguí evaluando el problema:

—Dados los hechos, todos los sospechosos quedan descartados al menos en lo que se refiere a uno de los ataques. Evidentemente algo falla. Sigo pensando que una sola persona es responsable de todo, hasta del chapuzón obligado de Musa.

—¿Acaso no existen otras posibilidades? —inquirió Helena—. ¿No puede tener un cómplice?

—Desde luego. Tal vez se trata de una conspiración generalizada en la que algunos presentan falsas coartadas. Al fin y al cabo, Heliodoro gozaba del desprecio de todos. Es posible que más de uno participara activamente.

—Pero no crees que haya sido así, ¿eh? —preguntó Musa.

—No, no lo creo. Asesinaron a un hombre por motivos que desconocemos, aunque podemos suponer que cuando los hechos ocurrieron tenía sentido. Luego fue atacado un posible testigo y estrangularon a otra testigo que iba a dar su nombre. Se trata de una progresión lógica. En mi

opinión, coincide con la conducta de un criminal que actúa solo y que también reacciona en solitario cuando intenta impedir que lo descubran.

—Es muy confuso —se quejó Helena.

—No, es muy simple —la corregí y de repente me sentí muy seguro de mis palabras—. En alguna parte hay una mentira, no puede ser de otra manera. No se ve a simple vista ya que, si así fuera, alguno de nosotros habría reparado en la discrepancia.

—¿Qué podemos hacer? —quiso saber Helena—. ¿Cómo podemos averiguarlo?

Musa compartía el desaliento de mi amada.

—El asesino es demasiado inteligente para modificar una mentira simplemente si le hacemos la misma pregunta por segunda vez.

—Comprobaremos hasta el último dato —dije—. No haremos ninguna hipótesis, contrastaremos cada versión y siempre que podamos se lo plantearemos a una persona distinta. Tal vez de esta manera refresquemos la memoria de alguien. Podríamos hacer aflorar más información si los presionáramos. Y si todo esto fracasa no nos quedará más remedio que forzar los hechos.

—¿Cómo?

—Ya se me ocurrirá algo.

Como de costumbre, mis palabras sonaron huecas, pero ni Helena ni Musa las pusieron en cuestión. Tal vez yo encontrara la manera de poner al asesino al descubierto. Cuanto más recordaba lo que había hecho, mayor era mi empeño en superarlo.

OceanofPDF.com

XLIII

A Cremes se le ocurrió representar otra obra en Abila, una soporífera farsa en la que Hércules baja a la tierra a cumplir una misión encomendada por los dioses. Era un arraigado mito griego que, convertido en sátira romana, resultaba tosco. Davos interpretaba a Hércules. Al parecer, los actores conocían el texto y, de buen principio, no tuve que hacer nada. Durante el ensayo, mientras Davos con su ridícula voz de barítono con altibajos repasaba sus parlamentos —sin necesidad de que Cremes lo dirigiera—, yo aproveché para decirle al empresario que, cuando fuera posible, me gustaría hablar en privado con él. Me invitó a cenar esa misma noche.

No hubo función. Nos tocó esperar a que acabara de actuar un grupo local que tenía reservado el teatro durante una semana Y que representaba una suerte de proclama con toques de tambor y rasguidos de arpa. Oí las vibraciones de la música mientras cruzaba el campamento para acudir a mi cita. Tenía un hambre que no veía. Cremes y Frigia cenaban tarde. Delante de mi tienda, Helena y Musa —que no fueron incluidos en la invitación— se ocuparon de darse un banquete mientras yo esperaba a que llegase la hora de partir. A las puertas de las tiendas por las que pasé, dichosas personas que ya se habían atiborrado empinaban ebriamente el codo o me lanzaban huesos de olivas.

Mi destino y mis razones eran más que obvios, ya que en una mano llevaba una servilleta y, bajo el brazo, el obsequio de todo buen invitado: un ánfora. Me había puesto mi mejor túnica (la que tenía menos agujeros producidos por las picaduras de las polillas) y me había sacado de los pelos la arena del desierto. Me sentí muy llamativo al recorrer las hileras de largas tiendas negras que habíamos montado al estilo de los nómadas, o sea, en ángulo recto con relación al camino. Noté que la de Birria estaba prácticamente a oscuras. Los gemelos estaban a las puertas de su tienda y bebían en compañía de Plancina. No había indicios de Afrania. Cuando pasé, me pareció que uno de los payasos se incorporaba y me observaba en silencio.

Cuando llegué a la tienda del empresario se me cayó el alma a los pies. Cremes y Frigia estaban enzarzados en una buena trifulca y la cena ni siquiera estaba preparada. Eran una pareja peculiar y mal avenida. A la luz de la hoguera el rostro de Frigia se veía más demacrado y apenado que nunca, al tiempo que aleteaba cual una altísima Furia que ha preparado severos tormentos para los pecadores. Intenté ser afable mientras, sin orden ni concierto, Frigia procuraba darme de comer. Reconozco que la recepción fue bastante brusca. Hundido y con expresión contrariada, Cremes también parecía mayor, su apostura revelaba muestras de estragos prematuros, tenía bolsas profundas bajo los ojos y por encima del cinturón sobresalía su tripa de bebedor.

Cremes y yo abrimos furtivamente el ánfora de vino que había llevado mientras Frigia entrechocaba platos en el interior de la tienda.

—Joven Marco, ¿a qué viene tanto misterio?

—En realidad, no es nada del otro mundo, sólo quería volver a consultarte sobre la búsqueda del asesino.

—¡Más te valdría preguntar en el sitio donde los viajeros hacen *camellostop*! —gritó Frigia desde el interior de la tienda.

—¡Consulta de una buena vez! —chilló el empresario, como si no hubiera oído a su ahíta consorte.

Es probable que, después de veinte años de movido matrimonio, el oído de Cremes se hubiera vuelto realmente selectivo.

—Verás, la cantidad de sospechosos ha disminuido, pero aún me falta ese dato vital que me permitirá concretar quién es el muy cabrón. Cuando murió la tocadora de pandereta, pensé que obtendría pistas adicionales, pero Ione tenía tantos amigos que clasificarlos es imposible.

Estuve atento a la reacción de Cremes procurando que no notase que lo observaba. Se saltó a la torera mi sutil sugerencia de que tal vez había sido uno de los amiguetes de la chavala. Frigia, que se las sabía todas, salió de la tienda para supervisar nuestra charla. Con unos pocos y hábiles toques se convirtió en una elegante anfitriona: un pañuelo ondulante, probablemente de seda, con el que se cubrió espectacularmente los hombros; pendientes de plata del tamaño de cucharones y fuertes toques de maquillaje facial. Asimismo adoptó una actitud más atenta al tiempo que servía la cena con ademanes lánguidos.

A pesar de mis temores, el festín fue opíparo: grandes bandejas de exquisiteces orientales acompañadas de olivas y dátiles; pan caliente;

cereales, legumbres y carnes con especias; cuencos pequeños con pastas picantes para untar; una gran variedad de pescado salado y encurtido del lago de Tiberíades. Frigia sirvió la cena con actitud displicente, como si estuviera sorprendida de su propio éxito a la hora de organizar ese ágape. Los anfitriones dieron a entender que la comida no era muy importante en sus vidas aunque, por lo que vi, sólo degustaban productos de primera calidad.

La vajilla de viaje era de pintoresca cerámica, las copas de un pesado metal y las elegantes bandejas y fuentes de bronce. Fue como comer con una familia de escultores, personas que entienden de la forma y la calidad, personas que pueden pagar el estilo.

La disputa íntima quedó en suspenso. Probablemente la postergaron en lugar de abandonarla.

—Esa tía sabía lo que hacía —comentó Frigia sobre Ione, sin amargura y sin condenarla.

Me permití disentir.

—Pues no podía saber que por ello la matarían. —Preocupado por mis maneras, ya que la situación parecía más formal de aquellas a las que yo estaba acostumbrado, me serví en el cuenco tantas raciones como pude sin parecer glotón—. La vida le gustaba demasiado para renunciar a ella. Claro que no se debatió. Evidentemente no se esperaba lo que le sucedió en la alberca.

—¡Fue muy estúpida al ir a bañarse! —exclamó Cremes—. Sigo sin entenderlo. Si pensaba que el hombre con el que iba a reunirse había matado a Heliodoro, ¿por qué se la jugó?

Frigia intentó dar respuesta a esa pregunta:

—Era muy joven. Se figuró que quien despreciaba a Heliodoro no podía tener los mismos motivos para odiarla a ella. No sabía que el criminal es una persona ilógica e imprevisible. Marco, sírvete lo que quieras. Que aproveche.

Vertí una salsa de miel en la rebanada de pan y pregunté a Frigia:

—¿Piensas que Ione quería hacerle saber que lo había identificado?

—Estoy convencida —replicó Frigia. Me di cuenta de que había llegado sola a esa conclusión, tal vez quería tener la certeza de que su marido no tenía nada que ver—. El peligro ejercía un gran atractivo en Ione. La muy idiota no se imaginó que ese hombre la consideraría una amenaza. No era el tipo de mujer capaz de chantajearlo, aunque es probable que él se

lo temiera. Yo conocía a Ione y estoy segura de que pensó que no era más que una diversión.

—Por lo tanto, es posible que el asesino sospechara que Ione se burlaba de él. Era lo peor que podía hacer —me lamenté—. ¿Y qué me dices del dramaturgo? ¿Ione no lamentó que Heliodoro fuese separado de la sociedad?

—No le gustaba.

—¿Cómo lo sabes? Por lo que he oído, escribió una obra para ella.

—Heliodoro escribía una obra para cada mujer —intervino Cremes. Por lo que yo sabía, esa respuesta era todo un lujo procediendo de boca del empresario—. Constantemente teníamos que rescatar a las chicas de sus garras.

—¡Vaya! ¿Fuiste tú quien rescató a Birria?

—No, yo diría que Birria sabe cuidar de sí misma.

—¡Es lo que cabe esperar de ti! —exclamó Frigia con desdén.

Cremes apretó los labios.

—¿Sabías que Heliodoro intentó violar a Birria? —pregunté a Frigia.

—Algo así llegó a mis oídos.

—No hace falta tanta reserva. Me lo contó la propia Birria.

Noté que Cremes se servía una segunda ración de todo, así que me incliné en busca de más bocados.

—Bueno, puesto que Birria te lo dijo… Lo sé porque después de que ocurriera vino a verme presa de una gran aflicción y deseosa de abandonar la compañía. La convencí de que se quedara. Es una excelente actriz joven. ¿Crees que tendría que haber dejado que un bravucón acabara con su prometedora carrera?

—¿Le dijiste algo a Heliodoro?

—Y a ti, ¿qué te parece? —masculló Cremes con la boca llena de pan —. ¡Ya conoces a Frigia!

Frigia se lanzó sobre su marido.

—¡Lo hice porque sabía que tú no abrirías la boca! —Cremes se inquietó. Yo también me puse nervioso, claro que sin motivo—. Era un tío imposible y había que ponerlo en su sitio. Tendrías que haberlo echado en el acto.

—¿Le diste un toque de advertencia? —insistí y me chupé los dedos llenos de salsa.

—¡Más que una advertencia fue una amenaza! —Creí en esa respuesta de Frigia porque era toda una señora. Claro que, en vista de lo que Ribes me había contado, dudaba de que Frigia hubiera despedido al dramaturgo mientras creyera que podía saber algo acerca de su hija desaparecida. Empero, la primera actriz parecía muy decidida—. Le dije que si volvía a dar otro paso en falso Cremes no sería blando con él y tendría que largarse. Supo que yo hablaba absolutamente en serio.

Miré a Cremes.

—Estaba muy descontento con él —declaró como si todo hubiera sido idea suya. Disimulé una sonrisa mientras Cremes aprovechaba al máximo una situación en la que llevaba todas las de perder—. Ciertamente estaba dispuesto a seguir los consejos de mi esposa.

—¿Y cuando llegasteis a Petra seguía formando parte de la compañía?

—¡Estaba a prueba, sólo a prueba! —respondió Cremes.

—¡Ya había recibido el aviso! —acotó Frigia.

Llegué a la conclusión de que podía arriesgarme a abordar un tema más delicado.

—Frigia, Davos aludió a que tenías sobradas razones para enemistarte con él.

—Vaya, Davos te contó esa historia, ¿no? —El tono de Frigia era severo y me pareció que Cremes se erguía unos centímetros—. ¡Davos es un buen y leal amigo! —exclamó con entusiasmo.

—No me trasmitió detalles, aunque dijo que, como amigo, le fastidiaba que Heliodoro te atormentase. Sólo lo mencionó para dejar claro por qué pensaba que el dramaturgo era un cabrón —dije e intenté serenar los ánimos.

Frigia seguía enfadada.

—Era un cabrón, ya lo creo.

—Lo lamento, no era mi propósito molestarte…

—No estoy molesta. Le vi claramente las plumas a Heliodoro. Era pura cháchara… como la mayoría de los hombres.

Miré a Cremes de soslayo, como si le pidiera ayuda para entender lo que su esposa decía. El empresario bajó la voz en un fútil intento por parecer sensible:

—Por lo que dijo, tenía información acerca de una parienta con la que Frigia intenta dar. A mi juicio, era una trampa…

—Y ya nunca lo sabremos, ¿verdad? —lo cortó Frigia colérica.

Como yo sabía en qué momento era conveniente hacer mutis por el foro, dejé estar el tema.

Paladeé unas albóndigas en salsa picante. Estaba claro que el aspecto andrajoso del conjunto de la *troupe* se contradecía con la buena vida que llevaban los principales actores. Frigia debía de haber hecho grandes inversiones en pimientas durante sus viajes e incluso en Nabatea y Siria —donde no había que pagar a los intermediarios si comprabas directamente a las caravanas— las especias eran caras. Entendí mejor los atisbos de rebelión de los tramoyistas y los músicos. Francamente, dado lo poco que cobraba como dramaturgo, yo mismo habría sido muy capaz de ir a la huelga.

Me hice una imagen fascinante de la situación de mi predecesor a lo largo de sus últimos días de vida. En Petra ya era hombre condenado. Previamente Davos me había contado que él mismo le dio un ultimátum a Cremes para que despidiese al adaptador. Ahora Frigia decía que ella había hecho lo propio, a pesar de la influencia que Heliodoro había pretendido ejercer en ella apelando al paradero de su hija desaparecida.

Casi me compadecí de Heliodoro porque había heredado su trabajo y llegado a comprender parte de lo que sentía. No sólo estaba mal pagado y detestaban su trabajo, sino que su trayectoria en la compañía se veía gravemente amenazada.

Cuando percibí que la atmósfera se había relajado lo suficiente volví a tomar la palabra:

—Hablemos claro, ¿cuando llegasteis a Petra Heliodoro estaba a punto de dejar la compañía?

Frigia lo confirmó.

Cremes permaneció en silencio, lo cual no quería decir nada.

—¿Todos sabían que había recibido el despido?

Frigia lanzó una carcajada.

—¿Qué te parece?

Era evidente que todos los sabían.

Me pareció muy interesante. Puesto que Heliodoro estaba de manera manifiesta entre la espada y la pared, era muy insólito que alguien hubiese decidido actuar. Por regla general, todos se relajan en cuanto se sabe que un colega agitador ha llamado la atención de la administración. Cuando el cocinero ladrón está a punto de ser devuelto al mercado de esclavos o el aprendiz perezoso debe regresar con su madre, a los demás les gusta

repantigarse y ser testigos de la situación. Y, sin embargo, alguien no pudo esperar a pesar de que Heliodoro estaba en la cuerda floja.

¿Quién lo odiaba tanto como para estar dispuesto a arriesgarlo todo y cargárselo cuando estaba a punto de irse? ¿O acaso era su partida la que originaba el problema? ¿Poseía algo o sabía algo de lo que se estaba aprovechando? *¡Si me voy me llevo el dinero…! Si tengo que irme lo contaré todo…* E incluso *si me voy no diré nada y jamás encontrarás a tu hija…* El tema de la hija desaparecida era demasiado delicado para indagar.

—¿Alguien estaba en deuda con él? Me refiero a una deuda que habría que saldar en el caso de que se marchara.

—Aunque lo hubiera tenido, Heliodoro no habría prestado ni un cuarto —respondió Frigia.

Cremes apostilló con tono taciturno:

—Dado su modo de beber, si alguna vez llevaba algo en la bolsa, se lo gastaba todo en vino.

Pensativos, los dos vaciamos nuestras copas con ese aire de grave sensatez que los hombres adoptan al referirse a un imbécil que se deja dominar por el alcohol.

—¿Le debía dinero a alguien?

—Nadie estaba dispuesto a hacerle un préstamo, sobre todo porque era evidente que jamás lo recuperaría —repuso Frigia.

Era una de las reglas más sencillas y más seguras de las altas finanzas.

Había algo que no me dejaba en paz.

—Si mal no recuerdo, Tranio le prestó algo…

—¿Tranio? —Cremes lanzó una ronca carcajada—. ¡Sinceramente, lo dudo! Tranio jamás ha tenido nada que valga la pena y siempre está en bancarrota.

—¿Los payasos se llevaban bien con el dramaturgo?

Cremes se explayó sin problemas sobre este tema.

—Tenían una relación con altibajos. —Volví a tener la sospecha de que el empresario se escapaba por la tangente—. Por lo que recuerdo, la última vez que los vi estaban disgustados. En el fondo Heliodoro era muy solitario.

—¿Estás seguro? ¿Y qué me dices de Tranio y Grumio? Al margen de las apariencias, tengo la impresión de que los payasos son personajes muy complejos.

—Son buenos chicos —me regañó Frigia—. Les sobra talento.

El talento era el rasero con el que Frigia medía a todo el mundo. Estaba dispuesta a perdonar muchas cosas si había talento de por medio. Y tal vez esta vara de medir deformaba sus criterios. Aunque la posibilidad de albergar un asesino en el seno de la compañía la aterraba, puede que a Frigia un comediante de útiles talentos y con capacidad de improvisación le pareciera demasiado valioso como para entregarlo a la justicia si su único delito había sido eliminar a un escritorzuelo desagradable que no sabía escribir.

Sonreí cordialmente.

—¿Sabes a qué consagraron sus talentos los gemelos mientras Heliodoro escalaba la montaña de Dushara?

—¡Falco, déjalo estar! Ellos no fueron.

Evidentemente transgredí el código de comportamiento de la compañía que Frigia respetaba: los buenos chicos jamás hacen cosas malas. Detesto este tipo de miopía, aunque en el mundo de la investigación no es nada nuevo.

—Estaban preparando el equipaje —me informó Cremes con una actitud que parecía sugerir que era más imparcial y sensato que su esposa —. Hacían lo mismo que el resto.

—¿Los viste preparando el equipaje?

—Claro que no, yo estaba ocupado con el mío.

De acuerdo con esta hipótesis difícil de sustentar, todos los integrantes de la compañía tenían una coartada. Ni me molesté en preguntar a Cremes dónde suponía que habían estado Davos, Filócrates y Congrio. Si estaba dispuesto a que me embaucaran, podía preguntárselo individualmente a los sospechosos, con la esperanza de que, al menos, al asesino se le ocurriera una mentira ingeniosa.

—¿Dónde os hospedasteis?

—El resto de la compañía se alojó en una casa de huéspedes cualquiera. Frigia y yo encontramos un sitio algo mejor.

Era coherente. Aunque les gustaba simular que formábamos una gran familia que lo compartía todo, Cremes y Frigia preferían estar cómodos. Me pregunté si Heliodoro había despotricado contra estas prebendas.

Recordé algo que Grumio había dicho.

—Según Grumio, un payaso sólo necesita la capa, el raspador, el frasco con aceite de baño y la bolsa en la que guardar las ganancias. Desde esta perspectiva, un payaso puede preparar rápidamente su equipaje.

—Grumio tiene una fantasía desmesurada —se lamentó Cremes y meneó la cabeza—. Su fantasía lo convierte en un artista fuera de lo común, pero hay que tener en cuenta que es puro delirio.

Frigia empezó a perder la paciencia:

—Falco, ¿a dónde pretendes llegar?

—Esta charla me es muy útil para hacerme una imagen completa de la situación. —Sé entender las indirectas. Me zampé sus bocados de supremo sacerdote hasta llenarme a reventar. Era hora de volver a mi tienda y dar envidia a mis compañeros eructando satisfecho y describiendo los manjares —. ¡Ha sido un verdadero festín! Quiero daros las gracias…

Como correspondía, los invité a visitar nuestra tienda cuando quisieran, con la habitual indirecta implícita de que sólo les ofreceríamos un par de bígaros en una hoja de lechuga, y me dispuse a alejarme.

—Ah, decidme algo más. ¿Qué fue de las cosas personales del dramaturgo después de su muerte?

Estaba seguro de que Heliodoro poseía algo más que lo que Helena y yo habíamos visto en el arcón de las obras.

—No tenía muchas cosas —replicó Cremes—. Apartamos los objetos de valor, es decir, un anillo y un par de tinteros, y entregamos sus harapos a Congrio.

—¿Y sus herederos?

Frigia rió despectivamente.

—¡Falco, ningún integrante de una compañía de teatro ambulante tiene herederos!

OceanofPDF.com

XLIV

Davos se encontraba de pie detrás del árbol bajo el cual había montado su tienda de campaña. Hacía lo que un hombre hace cuando es de noche, cuando piensa que no hay nadie cerca y no tiene ganas de alejarse hasta campo abierto. El campamento estaba en silencio, lo mismo que la ciudad distante. Debió de oír el crujido de mis pisadas en el sendero pedregoso. Después de pulirme la parte del ánfora que me correspondía, yo también tenía necesidad de aliviarme, así que lo saludé, me detuve a su lado y lo ayudé a regar el árbol.

—He quedado muy impresionado con tu Hércules.

—¡Pues aún no has visto mi sanguinario Zeus!

—¿En la misma obra?

—No, qué va. Pero cuando Cremes se acuerda de una farsa sobre los «dioses retozones», solemos interpretarlas todas.

Una luna inmensa destellaba sobre las tierras altas. La luna siria parecía más grande y las estrellas más numerosas que las que avistábamos en Italia. Si sumamos el viento incansable que no cesaba de susurrar en torno a Abila, se comprenderá por qué experimentaba la brusca e inquietante sensación de estar perdido en un sitio muy aislado. Para eludirla seguí hablando:

—Acabo de cenar con nuestro sociable actor, director y empresario y con su amorosa esposa.

—La comilona suele ser buena.

—Y su hospitalidad es maravillosa… ¿Reciben a menudo?

Davos rió entre dientes porque no era un tipo complicado.

—¡Sólo invitan a los estratos sociales que corresponden!

—¡Ajá! Hasta ahora nunca me habían invitado. ¿He subido de categoría en el mundo o es que, en principio, me había hundido con la ola de desaprobación hacia mi chapucero predecesor?

—¿Te refieres a Heliodoro? Tengo entendido que lo invitaron una sola vez. No tardó en perder categoría. En cuanto Frigia lo calibró, se acabó la historia.

—¿Por casualidad coincidió con el momento en que declaró que sabía dónde estaba su hija?

Cuando mencioné el tema Davos me miró con atención y al cabo de unos segundos comentó:

—Es tan tonta como para buscarla.

Yo estaba bastante de acuerdo con esa declaración.

—Lo más probable es que la niña esté muerta o que no quiera saber nada.

Con su acritud habitual, Davos permaneció mudo.

Terminamos de regar, nos ceñimos los cinturones a la manera secular, introdujimos indiferentemente los pulgares en las presillas y regresamos al sendero. Apareció un tramoyista que vio nuestras expresiones de inocencia, en el acto dedujo lo que acabábamos de hacer, le pareció buena idea y desapareció detrás de la tienda de algún otro integrante de la compañía en pos del árbol más próximo. Davos y yo acabábamos de crear una moda.

Sin decir esta boca es mía, esperamos a ver qué pasaba, ya que la tienda estaba claramente ocupada y las meadas urgentes suelen ser ruidosas. Poco después una voz asordinada empezó a protestar. Lleno de culpa, el tramoyista siguió su camino y el silencio volvió a instaurarse.

Permanecimos en el sendero mientras la brisa se arremolinaba a nuestro alrededor. Aleteó el faldón de una tienda. En algún lugar de la ciudad un perro aulló apesarado. Davos y yo nos pusimos cara al viento y, contemplativos, absorbimos la atmósfera nocturna. Aunque Davos no solía ser muy locuaz, allí estábamos dos individuos que se respetaban mutuamente y que se habían encontrado en plena noche, ninguno de los cuales estaba dispuesto para irse a dormir. Hablamos con toda la tranquilidad del mundo, de una forma que en otro horario habría sido imposible.

—Intento llenar los huecos para los que no dispongo de información —dije—. ¿Recuerdas lo que hacías en Petra cuando Heliodoro subió a La Cumbre?

—Por supuesto: cargaba las malditas carretas. Si te lo piensas un poco, recordarás que los tramoyistas no estaban con nosotros. Cremes había dado órdenes como un gran señor y a continuación se había largado a doblar la ropa interior.

—¿Lo hiciste solo?

—Conté con la lastimera ayuda de Congrio.

—Sólo es un peso mosca.

Davos se apiadó de su compañero.

—Verás, hizo lo que pudo, que no es mucho. Lo que me fastidió fue que Filócrates me supervisara. En lugar de transportar los fardos con nosotros, aprovechó para apoyarse en una columna, hacerse el atractivo con las mujeres y soltar ese tipo de comentarios por los cuales te entran ganas de vomitar.

—Me hago cargo. En cierta ocasión me puso frenético porque se quedó inmóvil como un semidiós mientras yo me las veía tratando de enganchar al condenado buey… ¿Filócrates estuvo todo el tiempo allí?

—Se quedó hasta que ligó con una tía y se perdió con ella en medio de las tumbas.

Se trataba de la esposa del traficante de incienso. El galán le había comentado a Helena aquella aventura.

—¿Cuánto tardaste en cargar los trastos?

—Toda la maldita tarde. Ya te he dicho que lo hice solo. No había terminado de cargar los efectos escénicos… y te aseguro que acarrear dos puertas en solitario es casi imposible, cuando tu chica bajó de la colina y corrió la voz de que alguien había muerto. Para entonces el resto de nuestro grupo se había congregado para ver cómo me las apañaba con los accesorios. Se suponía que estábamos a punto de partir y algunos empezaron a preguntarse dónde se había metido Heliodoro. Alguien preguntó a Helena qué aspecto tenía el cadáver y dedujimos de quién se trataba.

—¿Tienes idea de dónde se encontraban los gemelos mientras cargabas las carretas?

—No.

Davos no intentó ofrecerme un abanico de posibilidades. Ya fueran sospechosos o estuvieran libres de toda sospecha, Davos dejó que la decisión la tomase yo. De todos modos, me di cuenta de que le daba igual que los acusara. Probablemente era un caso más de envidia profesional entre actores.

Lo más probable es que los gemelos se proporcionaran mutuas coartadas, con lo cual yo acabaría como siempre: de hecho, ninguno de los sospechosos conocidos había estado disponible para cometer el crimen. Suspiré.

—Davos, hablemos otra vez de la noche en que Musa fue empujado por el terraplén de Bostra. ¿Ibas detrás de él?

—Yo estaba al final de la hilera.

—¿Eras el último de la fila?

—Exacto. Si quieres saber mi opinión, hacía una noche tan inclemente que casi había perdido el interés por beber en un tugurio con los gemelos, ya que sabía que tendríamos que regresar expuestos a las inclemencias del tiempo justo en cuanto termináramos de secarnos y de entrar en calor. Pensaba desaparecer sin que nadie me viese y regresar a mi tienda. Me había rezagado sigilosamente. De haber pasado dos minutos más, no habría oído el grito del nabateo.

—¿Viste quiénes estaban cerca de Musa cuando lo empujaron?

—No. De haber visto algo te lo habría dicho antes. ¡Me gustaría que el asesino fuera descubierto para librarme de tus preguntas! —Davos sonrió.

—Lo siento. —Yo no estaba de humor para sonreír y no me di por vencido—. ¿Tampoco quieres hablar de la noche de la muerte de Ione?

—¡Por todos los dioses…! —masculló afablemente—. Está bien, acabemos de una vez con esta historia.

—Cenaste con Cremes y con Frigia y también estaba Filócrates.

—Estuvo hasta que, como de costumbre, se largó. Era muy tarde. Si lo que quieres insinuar es que Filócrates ahogó a la chica, a juzgar por la hora en que conocimos la noticia, después de tu regreso de las piscinas, debió de desplazarse con las alas de Mercurio. No, supongo que cuando se cometió el crimen, él estaba acompañado de una dama y probablemente seguía ocupado cuando encontraste el cadáver.

—Todo esto en el supuesto de que la dama existiera.

—Verás, esa parte de la historia tendrás que consultarla con él.

Una vez más, la forma desinteresada en que respondió me pareció convincente. Los asesinos que intentan cubrir sus huellas suelen explayarse con todo lujo de detalles sobre la posible participación de otros. Davos parecía demasiado directo para dedicarse a tamañas tonterías. Sólo decía lo que sabía y dejaba el resto en mis manos.

No había logrado avanzar ni un ápice, así que decidí apretarle las tuercas.

—Alguien me dijo que Ione te gustaba.

—Claro que me gustaba, pero eso fue todo.

—¿No fuiste tú el que se reunió con ella en las piscinas?

—¡Desde luego que no! —Davos se apresuró a desmentirlo—. Sabes perfectamente que esa noche cené con Cremes y Frigia.

—Sí, ya hemos repasado esa conveniente explicación. Lo que me pregunto es si la reunión en la tienda del empresario no fue un montaje. Puede que vosotros formarais parte de una confabulación…

A la luz de la hoguera apenas discerní la expresión de Davos: escéptica, hastiada del universo y totalmente confiable.

—Falco, vete al carajo. Si quieres decir disparates, vete con la música a otra parte.

—Hay que pensar en todo. Dame un motivo de peso para descartar esta posibilidad.

—No puedo. Tendrás que confiar en nuestra palabra.

A decir verdad, para mí la palabra de Davos era harto convincente. Era un hombre en el que se podía confiar.

Hay que tener en cuenta que probablemente Bruto y Casio parecían individuos correctos, confiables e inofensivos hasta que alguien los ofendía.

Palmeé el hombro de Davos y estaba a punto de irme cuando me acordé de otra cuestión.

—Algo más. Acabo de tener una extraña conversación con Cremes. Estoy seguro de que oculta algo. Dime, ¿es posible que supiera algo importante acerca de las finanzas del dramaturgo?

Davos guardó silencio. Me percaté de que lo había atrapado. Me di la vuelta y lo miré a los ojos.

—¡Conque ésas tenemos!

—Falco, ¿qué es lo que tenemos?

—¡Vamos, Davos, tu cálculo del tiempo en escena es perfecto, pero en cuanto abandonas las tablas eres un espanto! Tu silencio duró demasiado. Hay algo que no quieres contarme y estás pensando cómo hacer para no cooperar. No padezcas. Has tardado demasiado. A no ser que me lo digas, presionaré en otras partes hasta que alguien hable.

—Falco, déjalo estar.

—Sólo si me lo dices.

—Es agua pasada… —Tuve la impresión de que Davos intentaba tomar una decisión—. ¿Frigia estaba presente cuando tuvisteis esa extraña charla? —Asentí con la cabeza—. Ahora sí que está claro.

De haber estado solo, tal vez Cremes te lo habría dicho. Lo cierto es que Heliodoro subvencionaba la compañía. Pero Frigia no lo sabe.

Me quedé de piedra.

—¡No me lo puedo creer! Explícamelo.

Davos parecía elusivo.

—¿No puedes deducir lo que falta?

—He visto que a Cremes y a Frigia les gusta vivir bien.

—A un nivel que supera lo que cubren nuestros ingresos.

—¿O sea que se pulen la taquilla?

—Frigia no lo sabe —repitió Davos erre que te erre.

—Vale, vale, Frigia es una vestal. ¿Qué me dices del pesado de su marido?

—Cremes gastó lo que le debe a los tramoyistas y a la orquesta. —Eso explicaba muchísimas cosas. Davos añadió sombríamente—: No está desesperado por el dinero, pero teme que Frigia lo deje definitivamente si su nivel de vida baja demasiado. Al menos está convencido de que ésa es la situación. Yo lo dudo. Frigia se ha quedado tanto tiempo que ya no está en condiciones de irse, pues si lo hiciera todo su pasado dejaría de tener sentido.

—¿Y por eso Cremes pidió dinero prestado a Heliodoro?

—Sí, Cremes es así de gilipuesto.

—Pues empiezo a creer que lo es… —Además, era mentiroso, pues me había contado que Heliodoro se gastaba todo lo que ganaba en alcohol —. Tenía entendido que Heliodoro se bebía sus ingresos.

—Le gustaba gorronear de las jarras de los demás.

—En la escena del crimen encontré una piel de cabra y una botella revestida con mimbre.

—Pues yo diría que la botella le pertenecía y que probablemente se ocupó de vaciarla. Quizá la piel de cabra era propiedad de quien lo acompañaba, en cuyo caso estoy seguro de que Heliodoro no puso reparos a ayudarlo a vaciar su contenido.

—Volvamos a la deuda de Cremes. En el caso de que se trate de una suma considerable, ¿de dónde salió el dinero?

—Heliodoro era muy agarrado y amasó una fortuna.

—¿Y prestó dinero a Cremes para hacerse con el poder?

—¡Eres más espabilado que Cremes en cuanto a los razonamientos de Heliodoro! Cremes entró sólito en una situación de chantaje: pidió dinero prestado a Heliodoro y luego no tuvo forma de devolvérselo. Todo esto se habría evitado si hubiese hablado claro con Frigia. A ella le gusta darse la

buena vida, pero no es absurdamente despilfarradora. Sería incapaz de arruinar a la compañía a cambio de unos cuantos lujos. Es evidente que lo discuten todo… salvo lo más importante.

—Como la mayoría de las parejas.

Davos, que evidentemente no quería meter en líos a sus amigos, exhaló como si le costara respirar.

—Por todos los dioses, qué desastre… Falco, Cremes no lo mató.

—¿Estás seguro? Estaba metido en un apuro. Frigia y tú insististeis en que había que echar a Heliodoro de la compañía. Entretanto, el dramaturgo debió de morirse de risa porque sabía que Cremes no podía saldar la deuda. Antes de que se me olvide, ¿es ésta la razón por la que duró tanto?

—Se cae de maduro que sí.

—¿Siguió en la compañía por este motivo y porque Frigia esperaba averiguar dónde podía encontrar a su hija?

—Verás, ya no confiaba en que él se lo dijera, si es que alguna vez lo supo.

—¿Cómo te enteraste del aprieto de Cremes?

—Fue en Petra, cuando me presenté para decirle que tenía que elegir entre Heliodoro y yo. Cremes se derrumbó y me confió los motivos por los que no podía expulsar al dramaturgo.

—¿Y qué pasó?

—Yo estaba hasta el mismísimo gorro. No pensaba quedarme y ser testigo de cómo chanteajeaba Heliodoro a la *troupe*. Le comuniqué que cuando llegáramos a Bostra dejaría la compañía. Cremes sabía que a Frigia le sentaría fatal porque hace muchos años que somos amigos.

—Frigia sabe cuánto vales para la compañía.

—Si tú lo dices…

—¿Por qué no hablaste directamente con Frigia?

—Porque no era necesario. Querría conocer las razones de mi partida… y se ocuparía de averiguar la verdad. Si Frigia lo presionaba, Cremes se derrumbaría y le daría una explicación. Tanto él como yo sabía que así ocurriría.

—Empiezo a vislumbrar cuál era tu plan. Pensabas quedarte hasta que se supiera la verdad.

—Exactamente. —Tuve la impresión de que a Davos le daba una gran serenidad hablar del tema—. Supuse que, en cuanto Frigia se enterara de la

situación, se aclararían las cosas con Heliodoro… de alguna manera se saldaría la deuda y lo echarían.

—¿Se le debía una cifra elevada?

—Devolverle el préstamo nos habría obligado a apretarnos mucho el cinturón, pero no era imposible. Además, merecía la pena con tal de sacárnoslo de encima.

—¿Confiabas en que este asunto quedaría esclarecido? —A mi juicio esta pregunta era muy importante.

—¡Por supuesto!

Davos se sorprendió de que se lo preguntara. Era de las personas a las que les gusta tener las cosas resueltas; todo lo contrario de Cremes, que se venía abajo cuando surgían problemas. Davos sabía afrontar las crisis (yo lo había visto actuar cuando en Gadara encarcelaron a los nuestros) pero, si era posible, prefería enfrentarse con quien se pasaba de listo.

—Davos, éste es el quid de la cuestión. Dime, ¿Cremes creía que se salvaría?

Davos meditó mucho antes de responder. Comprendió perfectamente lo que le planteé: si Cremes estaba tan desesperado como para ver en el crimen su única salida.

—Falco, sin duda sabía que cuando se lo dijera a Frigia estallarían discusiones terribles y desgarradoras pero, después de tantos años, se han acostumbrado a vivir desesperadamente. Para ella no habría sido una sorpresa porque lo conoce. Con tal de salvar la compañía, tanto Frigia como yo lo habríamos apoyado. Supongo que me estás preguntando si interiormente se sentía optimista. Yo diría que, en el fondo, lo estaba.

Fue la única vez que Davos intentó demostrar activamente la inocencia de un tercero. A mí me tocaba decidir si mentía, quizá para proteger a su vieja amiga Frigia, o si decía la verdad.

OceanofPDF.com

XLV

No actuamos en Abila. Cremes se enteró de que, una vez que los aficionados locales terminaran de impresionar a sus primos, seguiríamos en la cola detrás de los acróbatas de Panfilia.

—¡Es fatal! No podemos esperar una semana y que para colmo se nos adelanten unos condenados críos que sólo hacen el pino…

—Estaban antes que nosotros —lo corrigió Frigia y apretó los labios —. Ocurre que hemos llegado en plena celebración cívica y que la han planificado hace seis meses. ¡Lamentablemente nadie comunicó a los concejales que debían consultarte antes de tomar una decisión! Los buenos ciudadanos de Abila festejan su ingreso oficial en el imperio de Comagene…

—¡A la mierda con Comagene!

Después de este acedo comentario político —opinión que la mayoría compartió porque sólo Helena Justina tenía una idea aproximada de dónde quedaba Comagene o si los hombres bien informados debían adjudicarle alguna importancia—, Cremes nos condujo a Capitolias.

Capitolias presenta los atributos habituales de cualquier ciudad de Decápolis. Como no soy un condenado escritor de viajes, que cada uno le añada los detalles que más le plazcan.

También es fácil deducir los resultados de la búsqueda de Sofrona. Al igual que en Abila y en las restantes ciudades visitadas, no había indicios del prodigio musical de Talía.

Reconozco que empezaba a ponerme de muy mala leche y a estar harto de buscar a la chica. Me había cansado de una puñetera acrópolis tras otra. Me daba lo mismo ver otro conjunto de bonitas murallas con un templo de buen gusto rodeado de costosos andamios. ¿A la mierda con Comagene? Comagene daba exactamente lo mismo. Era un reino pequeño, anteriormente autónomo, situado unos cuantos kilómetros al norte, y poseía un atributo maravilloso: jamás nadie le había propuesto a M. Didio Falco que liara el petate y recorriese sus alrededores. No, más valía olvidarse de las inofensivas bolsas de pintoresquismo que aspiraban a romanizarse y a la mierda con la presumida, codiciosa y helenística Decápolis.

Estaba harto. No quería saber nada de piedras en el calzado ni del mal aliento de los camellos. Echaba de menos monumentos soberbios y altísimas y rebosantes casas de vecindad. Deseaba que me vendieran algún pescado dudoso con sabor a barro del Tíber y comerlo contemplando el río desde mi modesta morada del Aventino, al tiempo que esperaba que un viejo amigo llamara a la puerta. Soñaba con oler el aliento a ajo de un edil. Deseaba pisotear a un banquero. Me apetecía oír la vocinglería sostenida que recorre la pista de carreras del Circo Máximo. Añoraba escándalos espectaculares y una gigantesca tasa de crímenes. Necesitaba dejarme sorprender por la magnitud y la sordidez. Quería volver a Roma.

—¿Tienes dolor de muelas o te pasa algo? —preguntó Helena.

Rechiné los dientes para demostrarle que mi dentadura funcionaba perfectamente.

La situación de la compañía mejoró. En Capitolias hicimos una reserva para dos noches. Primero interpretamos la obra de Hércules, que habíamos ensayado hacía muy poco. Como Davos había vaticinado, Cremes se fascinó con esa especie espantosa y nos asignó otra obra sobre los «dioses retozones», con lo cual vimos a Davos representando su celebérrimo Zeus. El que al público le gustara dependía de que le hubieran cogido el tranquillo a las farsas plagadas de escaleras que llegaban a las ventanas de las habitaciones de las mujeres, con maridos traicionados que aporreaban inútilmente puertas cerradas a cal y canto, implacables burlas a las divinidades y Birria con una camisa de dormir que lo dejaba ver prácticamente todo.

Dedujimos que a Musa le encantaba o no le gustaba nada. Permaneció mudo. En el fondo, era bastante difícil percibir la diferencia con la normalidad, si bien la calidad de su silencio adquirió un nuevo matiz. Era cavilante y, si acaso, directamente siniestro. Me pareció muy alarmante porque se trataba de un individuo cuya vida profesional consistía en cortar gaznates en honor de Dushara.

Helena y yo no sabíamos si el nuevo silencio de Musa significaba que sufría todo tipo de padecimientos mentales y físicos por la fuerza de la atracción de la belleza o si el indecente papel de Birria en la obra sobre Zeus le había provocado un asco profundo. Fuera como fuese, a Musa le costaba dominar sus sentimientos. Aunque estábamos más que dispuestos a solidarizarnos, era evidente que el nabateo prefería resolverlo por su cuenta.

Con el fin de darle otra cosa en que pensar, lo involucré un poco más en mis investigaciones. Habría preferido moverme solo, pero me desagrada dejar a un buen tipo al albur del amor. Mi veredicto sobre Musa presentaba dos variantes: era maduro pero inexperto. Se trataba de la peor combinación que quepa imaginar para perseguir una presa tan hostil como Birria. La madurez descartaba toda posibilidad de que ella lo compadeciese y la falta de experiencia podía desembocar en situaciones embarazosas y en torpezas si es que alguna vez se decidía a dar un paso. Una mujer que se había distanciado tan enérgicamente de los hombres necesitaba una mano con mucha práctica si el fin era conquistarla.

—Si quieres oírme, te daré un consejo. —Sonreí—. Pero también debo decir que los consejos casi nunca dan resultado. Los errores existen para que los cometamos… y tendrás que superarlos por tu cuenta y riesgo.

—Sí, desde luego —repuso Musa vacuamente. Como de costumbre, su aparente respuesta afirmativa parecía ambigua. No conozco a nadie que sea capaz de hablar tan esquivamente de las mujeres—. Falco, ¿que hay de nuestra tarea?

Si Musa prefería sumirse en el trabajo, para mí era una de las mejores opciones. Dado su provincianismo, era muy difícil organizar al nabateo.

Le expliqué que hacer preguntas sobre cuestiones económicas sería tan difícil como aconsejar a un amigo que vive una aventura amorosa. Esbozó una sonrisa y luego nos dedicamos a comprobar la historia que Davos me había contado.

No quería interrogar directamente a Cremes sobre la deuda. Planteárselo sería inútil mientras no dispusiéramos de pruebas de que había causado una u otra muerte. Yo estaba casi convencido de que no encontraríamos esas pruebas. Tal como le dije a Musa, Cremes no ocupaba un lugar destacado en mi lista de sospechosos.

—Es lo bastante fuerte para haber hundido a Heliodoro, pero no estaba en el terraplén de Bostra cuando te arrojaron al agua y, a menos que alguien mienta, no tuvo nada que ver con la muerte de Ione. Musa, todo esto es muy deprimente… y típico de mi oficio. Davos acaba de proporcionarme el mejor móvil imaginable para el asesinato de Heliodoro aunque, a la larga, lo más probable es que no tenga relación.

—De todos modos, debemos contrastarlo, ¿no es así?

—¡Ya lo creo!

Encomendé a Musa que hablara con Frigia para confirmar que Cremes realmente estaba preparando el equipaje cuando mataron a Heliodoro. Frigia sacó la cara por él. Si todavía ignoraba que Cremes estaba en deuda con el dramaturgo, no tenía motivos para pensar que estábamos cercando a un sospechoso ni para mentir.

—Veamos, Falco, ¿podemos olvidarnos de la historia de la deuda? —preguntó Musa. Al cabo de unos segundos se respondió a sí mismo—: No, no podemos. Ahora debemos cotejarla con Davos.

—Exacto. ¿Sabes por qué?

—Porque es amigo de Cremes y muy leal a Frigia. Tal vez cuando se enteró de lo de la deuda se cargó a Heliodoro… para proteger a sus amigos del chantaje del acreedor.

—Musa, no sólo a sus amigos… También habría salvaguardado el futuro de la compañía y su propio trabajo que, según dijo, abandonaría. Sí, es obvio que tenemos que comprobar sus afirmaciones… aunque parece inocente. Si escaló la montaña, ¿quién embaló los efectos escénicos en Petra? Sabemos que alguien lo hizo. Seguramente Filócrates considera que no le corresponde hacer trabajo duro y, además, la mitad del tiempo estuvo desaparecido con un ligue. Preguntemos a los gemelos y a Congrio dónde estaban. Es necesario que lo averigüemos.

Abordé personalmente a Congrio.

—Sí, Falco, ayudé a Davos a cargar las cosas pesadas. Nos llevó toda la tarde. Filócrates nos observó un buen rato, pero luego desapareció…

Los gemelos explicaron a Musa que estaban juntos en la habitación que compartían: prepararon el equipaje, tomaron la última copa —más generosa de lo que previeron para no tener que trasladar el ánfora hasta el camello— y durmieron la mona. Esa respuesta coincidía con la que ya sabíamos de su estilo de vida desorganizado y algo desprestigiado. Otros coincidieron en que, cuando la compañía se reunió para dejar Petra, los gemelos fueron los últimos en presentarse, con cara de sueño, la ropa arrugada y quejas porque les dolía la cabeza.

¡Fantástico! Cada sospechoso de sexo masculino contaba con alguien que refrendaba su inocencia. Todos salvo, quizá, Filócrates durante el rato que estuvo de cachondeo.

—Tendré que presionar al muy cabrón calentorro. ¡Cuánto disfrutaré!

—¡Ten cuidado. Falco, ya que podría asfixiarse con un sombrero de ala ancha! —replicó Musa con tono vengativo.

Era evidente que esa respuesta zanjaba definitivamente una cuestión: en la farsa sobre Zeus, Filócrates aparecía en varias escenas mimando a la bella Birria. El cabreo de Musa parecía esclarecer sin lugar a dudas cuáles eran sus sentimientos hacia la joven.

OceanofPDF.com

XLVI

El desasosiego hizo mella en la compañía después de la representación en Capitolias. Entre otros factores, se debió a la necesidad de tomar decisiones. Era la última ciudad del grupo central de las poblaciones de Decápolis. Damasco se encontraba a cien kilómetros al norte, más de la distancia que estábamos acostumbrados a recorrer entre una ciudad y otra. La que faltaba, Canata, estaba muy aislada del grupo, bastante al este, sobre la llanura de basalto del norte de Bostra. Ciertamente, en virtud de su aislamiento la mejor vía de acceso era a través de Bostra, lo que aumentaba en cincuenta o sesenta kilómetros la distancia a recorrer si no se iba en línea recta.

La idea de volver a visitar Bostra produjo en todos la sensación de que estábamos a punto de cerrar el círculo, después de lo cual lo más lógico sería que nos separáramos.

El estío estaba en pleno apogeo. El calor era casi insoportable. Resultaba difícil trabajar con temperaturas tan altas, si bien el público parecía acoger de buena gana las funciones nocturnas, en cuanto las ciudades refrescaban ligeramente. Durante el día la gente se amparaba en el más mínimo rinconcito de sombra que encontraba, las tiendas y los negocios permanecían muchas horas con las persianas bajadas y nadie se desplazaba a menos que se produjese una muerte en la familia o que, como nosotros, fuesen forasteros sin dos dedos de frente. Por la noche los lugareños salían para verse y divertirse. Para un grupo como el nuestro, esa costumbre planteaba problemas: necesitábamos ganar dinero y no podíamos darnos el lujo de dejar de trabajar, por muy elevado que fuese el precio que el calor se cobraba en desgaste de energías.

Cremes nos convocó a todos a una reunión. Su hato de trotamundos se apiñó en el suelo, formando un círculo irregular, y se dedicó a las mofas y a darse codazos. El empresario trepó a un carro para pronunciar un discurso. Parecía muy seguro, pero todos sabíamos que lo mejor era no hacernos ilusiones.

—Como sabéis, hemos cumplido un circuito natural y ahora tenemos que decidir a dónde vamos. —Me parece que alguien propuso a Cremes que

probáramos en el Hades, aunque lo dijo furtivamente, o sea en voz muy baja—. Cualquiera que sea el destino que elijamos, nadie está obligado a continuar. Si es necesario, la compañía puede disolverse y reformarse.

Esa sí que era una mala noticia para los que deseábamos mantenernos unidos con el propósito de identificar al criminal. El asesino sería de los primeros en la fila para rescindir el contrato y largarse.

—¿Qué hay de lo que nos debes? —preguntó uno de los tramoyistas.

Me pregunté si habían oído algún rumor acerca de que Cremes se había pulido los beneficios de la temporada. Aunque a mí no me dijeron nada cuando hablamos de sus quejas, eso explicaría parte de su cólera. Sabía que temían que yo los delatara a la dirección, por lo que era muy probable que no me hubiesen transmitido sus temores.

Noté que Davos se cruzaba de brazos y miraba sardónico a Cremes. Sin inmutarse, el empresario anunció:

—Ahora mismo saldaré las cuentas con vosotros.

Cremes se mostraba disparatadamente seguro de sus actos. Al igual que Davos, yo también podía sonreír. Cremes había jugado a los dados con el desastre y a ultimísimo momento lo había salvado el maníaco que le hizo el viaje a su acreedor. Son contados los que tienen tanta suerte. Cremes mostraba la actitud satisfecha de aquellos a los que las Parcas salvan constantemente del desastre. Yo nunca había tenido esa ventura, pero sabía de la existencia de individuos tan afortunados. También sabía que jamás aprendían de sus errores porque no llegaban a padecerlos. Para Cremes la consecuencia más dolorosa consistía en unos pocos instantes de pánico. Flotaría por la vida, se corre orlaría tan mal como pudiera, arriesgaría la felicidad del resto del universo y jamás tendría que hacer frente a sus responsabilidades.

Claro que podía pagar el dinero que adeudaba a su mano de obra: Heliodoro lo había sacado del apuro. A pesar de que tendría que haber saldado sus cuentas con el dramaturgo, era evidente que el descarado de Cremes no tenía la menor intención de acordarse de esa deuda. De haber podido hacerlo, habría estafado a Heliodoro, por lo que sin duda también estaba dispuesto a robar al muerto. Mi pregunta sobre los herederos y la relajada respuesta de Frigia en el sentido de que se suponía que Heliodoro no los tenía adquirió una paradójica importancia. Como no estaba enterada de la deuda de su esposo, Frigia no entendía lo irónico de la situación.

En ese momento analicé con más rigor que nunca la actitud del empresario. Empero, Cremes ya estaba claramente descartado como sospechoso. Tenía coartadas para las horas de ambos asesinatos y estaba en otro sitio la noche que atacaron a Musa.

Cremes tenía un motivo de peso para cargarse a Heliodoro aunque, por lo que yo sabía, lo mismo le ocurría a la mitad de la compañía. Yo había tardado una eternidad en enterarme de la deuda de Cremes y, si removía la caca de vaca adecuada, era muy posible que encontrase otros gusanos acechantes.

Como quien no quiere la cosa, me senté a los pies de nuestro empresario en la plataforma del carro, con lo cual quedé de cara a los congregados. Divisaba casi todos los rostros, entre los cuales tenía que estar el que me interesaba. Me pregunté si el asesino también me miraba, sabedor de que mi desconcierto era absoluto. Procuré mirar a cada individuo como si yo pensara en algún dato decisivo que el criminal no sabía que conocía: Davos, que era casi demasiado confiable (¿podía existir alguien tan honrado como parecía serlo Davos?); Filócrates, con el mentón en alto para destacar su perfil (¿había alguien más tan obsesionado consigo mismo?); Congrio, desnutrido y feúcho (¿qué ideas retorcidas albergaba ese fantasmón delgado y pálido?); Tranio y Grumio, tan listos, tan sagaces y seguros del dominio de su oficio… oficio que se basaba en pensamientos tortuosos, el ingenio agresivo y el engaño visual.

Las caras que respondieron a mi mirada estaban, para mi gusto, demasiado animadas. Si alguien tenía preocupaciones, no era yo quien las había propiciado.

—Las opciones consisten, en primer lugar, en recorrer el mismo circuito y aprovechar el éxito anterior —declaró Cremes dándose aires de importancia. Algunos se mofaron—. Yo también rechazo esta posibilidad porque no plantea desafíos dramáticos… —Esta vez varios reímos descaradamente—. Además, una o dos ciudades son de amargo recuerdo… —Cremes optó por hacer silencio. La alusión pública a la muerte no iba con su estilo discursivo—. La segunda opción consiste en que nos internemos en Siria…

—¿Se puede ganar mucho? —pregunté en voz bastante alta.

—¡Falco, muchas gracias! Sí, tengo entendido que Siria acogerá de buena gana a un acreditado grupo de teatro como el nuestro. Contamos con un amplio repertorio que aún no hemos explorado a fondo…

—¡La obra espectral de Falco! —propuso un satírico.

Hasta entonces yo ignoraba que el deseo de escribir mi propia obra había circulado de boca en boca.

—¡Júpiter no lo permita! —exclamó Cremes mientras sonaban roncas risas.

Sonreí valerosamente. Mi obra espectral sería muy superior a lo que los muy cabrones conocían, pero ya me había convertido en un escritor profesional y, en consecuencia, sabía que me convenía apaciguar mi humeante genio.

—¿A dónde nos dirigimos? Tenemos varias elecciones —insistió Cremes.

Aunque las opciones del empresario se habían convertido en elecciones, el dilema seguía sin resolver.

—¿Completamos nuestra gira por las ciudades de Decápolis o nos desplazamos rápidamente al norte y actuamos en sus sofisticadas urbes? El desierto no interesa, pero después de Damasco hay una buena ruta de una región bastante civilizada que atraviesa Emesa, Epifanía, Béroe y llega a Antioquía. Además, durante el trayecto podemos pasar por Damasco.

—¿Cuál es la pega? —inquirí.

—Básicamente, las distancias.

—¿El camino es más largo que el de Canata? —insistí.

—Muchísimo más largo. Canata sólo representa un desvío para volver a pasar por Bostra…

—¿Y has dicho que después hay una buena carretera que llega a Damasco?

Había estudiado personalmente los itinerarios porque no confío en que otro escoja una ruta.

—Veamos… sí. —Cremes se sentía muy presionado, situación que detestaba—. Falco, ¿estás especialmente interesado en que vayamos a Canata?

—El recorrido de la compañía depende de ti. Personalmente no tengo opciones. Me encantaría quedarme con vosotros como dramaturgo, pero debo cumplir un encargo en Decápolis, una misión que debo ultimar…

Intentaba transmitir la sensación de que la búsqueda de Sofrona era más importante que descubrir al asesino. Quería que el criminal bajase la guardia. Abrigaba la esperanza de hacer que se distendiera.

—Yo diría que podemos adaptarnos a tu deseo de visitar Canata —accedió Cremes graciosamente—. Tal vez una ciudad que está al margen del camino trillado esté en condiciones de asistir a alguna de nuestras funciones de primera categoría…

—¡Vamos, yo diría que tienen sed de cultura! —lo alenté, sin precisar si, en mi opinión, nuestras producciones eran culturales.

—¡Iremos donde diga Falco! —declaró uno de los tramoyistas—. Es nuestro talismán de la suerte.

Otros miembros de la *troupe* ladearon la cabeza y guiñaron el ojo para expresar de manera poco sutil que me querían cerca a fin de que los protegiese. La verdad es que hasta entonces no había hecho mucho por ellos.

—En ese caso, celebremos una votación a mano alzada —dijo Cremes y, como de costumbre, se abstuvo de tomar una decisión.

Como la mayoría de los individuos incapaces de organizar una orgía con veinte gladiadores aburridos que una bochornosa noche de martes se encuentran en una casa de baños para mujeres, el empresario sentía un profundo respeto por la sutil idea de la democracia.

Mientras los tramoyistas arrastraban los pies y paseaban la mirada a su alrededor, tuve la sensación de que el asesino debió de percibir la extendida conspiración que lo envolvía cada vez más. Si se percató, no se dio por aludido. Una mirada fugaz a los sospechosos me permitió comprobar que nadie soltaba tacos de forma notoria. Nadie estaba resentido porque se hubiese postergado la posibilidad de deshacerse de mí o de desbandar la *troupe.*

De modo que optamos por ir a Canata. La compañía permanecería unida para visitar otras dos ciudades de Decápolis, Canata y por último Damasco. Empero, una vez en Damasco —que era un importante centro administrativo con amplias ofertas de trabajo—, cabía la posibilidad de que algunos miembros de la compañía optaran por disgregarse.

Todo lo cual significaba que el tiempo escaseaba cada vez más si yo quería poner al descubierto al asesino.

OceanofPDF.com

XLVII

Las altas temperaturas nos afectaban notoriamente. Los viajes diurnos, hasta entonces poco aconsejables, se habían vuelto materialmente imposibles. Desplazarse en la oscuridad era doblemente agotador porque avanzábamos más despacio mientras los conductores atisbaban el camino sin cesar, pues necesitaban de toda su concentración. Nuestras bestias estaban inquietas. El temor a una emboscada se incrementó cuando volvimos a entrar en Nabatea y ante nosotros apareció la extensión desértica en la que, según nuestros patrones, los nómadas eran anárquicos y su sustento dependía abiertamente de la secular tradición de asaltar a los viajeros. Sólo nos protegía la certeza de que no éramos una caravana de mercaderes ricos, aunque parecía suficiente, no podíamos bajar la guardia.

Cada día que pasaba el calor iba en aumento. Era implacable e ineludible… hasta que la noche caía bruscamente y se producía un frío intenso a medida que el bochorno se alzaba como una cortina hacia el firmamento. Iluminados por unas pocas teas, volvíamos a ponernos en marcha y emprendíamos recorridos que nos parecían mucho más largos, incómodos y agotadores de lo que lo habrían sido en pleno día.

El clima era agobiante y deshidratador. Apenas veíamos el contorno y prácticamente no nos cruzamos con nadie. Musa nos explicó que en verano las tribus locales se trasladaban a las montañas. En las paradas a la vera del camino, nuestra gente daba patadas en el suelo para estimular la circulación sanguínea, tomaba abatida un refresco y hablaba en voz baja. Millones de estrellas nos contemplaban y probablemente se preguntaban qué hacíamos allí. Durante el día nos dejábamos caer en las tiendas, a través de las cuales el calor abrasador no tardaba en colarse con asfixiante ímpetu e impedía el reposo que necesitábamos desesperadamente. Dábamos vueltas y nos removíamos, nos quejábamos y discutíamos, amenazábamos con emprender el regreso, dirigirnos a la costa y retornar a Roma.

Durante el trayecto me resultó muy difícil volver a interrogar a los integrantes de la *troupe.* Todo era tan adverso que cada uno se ocupaba de su camello o de su carreta. Los más fuertes y de vista más aguda eran necesarios para conducir. Los pendencieros se peleaban coléricos con sus

amigos y no me hacían el menor caso. Ninguna mujer estaba dispuesta a prestar un solo favor personal, por lo que no desarrollaron esos celos que por lo general hacen que corran a confiar en el investigador más cercano. Ningún hombre quería dejar de amenazar con el divorcio a su esposa el tiempo suficiente para responder a preguntas racionales, sobre todo si sospechaban que dichas preguntas se referían a la generosa Ione. Nadie estaba dispuesto a compartir alimentos y un bien tan precioso como el agua, por lo que no eran habituales los tramos en otra carreta que no fuera la propia. Cuando hacíamos un alto en el camino, todos estábamos demasiado ocupados comiendo, alimentando a los animales o espantando moscas.

Logré sostener una única conversación útil cuando nos acercábamos a Bostra. Filócrates perdió el macho de una rueda de su vehículo. Afortunadamente no se rompió nada, el macho se aflojó y cayó. Davos, que viajaba detrás, lo vio y lanzó gritos de advertencia antes de que la rueda se saliera. Parecía que la vida de Davos consistía en evitar desastres. Un cínico habría pensado que se trataba de un farol, pero yo no estaba de humor para tanta sutileza.

Filócrates logró parar suavemente su elegante carro. Ni siquiera intentó pedir ayuda; sabía que lo habrían abucheado después de todas las veces que se había negado a colaborar con los demás. Se apeó sin decir esta boca es mía, analizó el problema, maldijo su mala suerte y se dispuso a descargar el carro. Como nadie estaba dispuesto a echarle una mano, me ofrecí voluntariamente. Los demás hicieron un alto carretera arriba y aguardaron mientras yo colaboraba en las reparaciones.

Filócrates tenía un ligero y veloz vehículo de dos ruedas, con brillantes radios soldados a las llantas metálicas. Quienquiera que le hubiese vendido esa preciosidad le había hecho una buena faena: una de las ruedas tenía un cubo correcto que probablemente era el original, pero la otra estaba remendada con una pieza de museo: un perno encajado en el eje.

—¡Alguien te vio venir! —comenté, pero Filócrates no respondió.

Suponía que el galán era un verdadero inútil, pero resultó ser un buen técnico, sobre todo porque la alternativa era quedar tirado en un solitario camino de Nabatea. Filócrates era menudo pero musculoso y estaba en forma. Tuvimos que desenganchar el mulo —que se dio cuenta de que algo pasaba— e improvisamos bloques para sustentar el peso del vehículo. El actor tuvo que destinar parte de la valiosa provisión de agua para enfriar la

caja del eje. En otras condiciones yo la habría meado, pero jamás se me ocurriría hacerlo en presencia de testigos burlones.

Empujé la rueda que estaba en buenas condiciones mientras Filócrates enderezaba la que se había aflojado y luego colocamos el macho. El problema consistía en clavarlo lo suficiente para que no volviera a moverse. La hija de uno de los tramoyistas nos proporcionó un mazo en el preciso momento en que nos preguntábamos cómo hacerlo. La niña me entregó la herramienta —probablemente porque había recibido instrucciones de que la dejase en mis manos— y esperó para recogerla y devolvérsela directamente a su padre. Calculé que yo era el más fuerte, pero Filócrates me arrebató el mazo y clavó el macho. Lo dejé porque, después de todo, se trataba de su vehículo. Era el que acabaría con el eje roto y la rueda destrozada si la pieza volvía a soltarse. Como Filócrates tenía un pequeño martillo, lo cogí y también di unos cuantos golpes.

—¡Por fin! Formamos un buen equipo —comentó el actor cuando hicimos un alto para recuperar el aliento y observar nuestro trabajo. Lo miré con cara de pocos amigos—. Supongo que aguantará. En Bostra pediré a un carretero que le eche un vistazo. Gracias —se obligó a decir. Su agradecimiento fue muy parco, pero esto no le quita validez.

—¡Me educaron para que arrimase el hombro a la comunidad!

Por mucho que se diera cuenta de que mi broma era una indirecta, el rostro altanero de pómulos altos de Filócrates no cambió de expresión.

Devolvimos el mazo a la pequeñaja, que se alejó corriendo, y ayudé a Filócrates a cargar el vehículo. Era propietario de un montón de chismes… sin duda obsequios de mujeres agradecidas.

Por fin llegó el momento tan esperado por mí: Filócrates tuvo que volver a enganchar el mulo. Fue delicioso. Como en cierta ocasión me había visto perseguir a mi estúpido buey, consideré que me merecía el privilegio de cruzarme de brazos a la vera del camino mientras el galán se movía patosamente de un lado a otro y ofrecía heno a su bestia retozona. Como la mayoría de las mulas, aquel ejemplar dedicaba toda su inteligencia a llevar la vida de un personaje malvado.

—Me encantaría charlar —dije al tiempo que me acomodaba sobre una piedra. No era eso lo que Filócrates deseaba oír en ese momento, pero yo estaba empeñado en divertirme—. Me parece justo avisarte que eres el principal sospechoso de asesinato…

—¿Qué has dicho? —Filócrates se sintió ultrajado y se quedó paralizado. El mulo aprovechó la ocasión, le quitó el heno y se alejó—. Jamás había oído tantos disparates…

—Se te ha escapado —informé amablemente y señalé la bestia con la cabeza—. Evidentemente tienes derecho a demostrar tu inocencia.

Filócrates respondió con una oración corta que aludía a una zona de su anatomía de la que abusaba. Pensé en lo fácil que resulta desconcertar a un hombre seguro de sí mismo diciendo algo totalmente injusto.

—¿A demostrar mi inocencia de qué? —inquirió. Evidentemente estaba acalorado, pero no tenía nada que ver con el clima ni con el esfuerzo de hacía unos minutos. La vida de Filócrates giraba en torno a dos temas: el teatro y la seducción. En ambos aspectos era muy competente, pero empecé a sospechar que en otros campos era una auténtico paleto—. ¡Falco, yo no tengo que demostrar mi inocencia! ¡No he hecho nada y nadie puede sugerir que haya hecho algo!

—¡Venga ya! ¡No seas patético! Sin duda hay un mogollón de maridos y padres cabreados que te acusan. Suponía que, con tanta práctica a tus espaldas, tu defensa sería más sólida. ¿Dónde has dejado tu célebre chispa escénica? Te será imprescindible porque las acusaciones son muy graves —musité pensativo—. Filócrates, es posible que algunos adulterios y algún que otro bastardo alfombren tu pálido pasado, pero estamos hablando de un delito grave. Del asesinato se piden cuentas en la arena pública…

—¡No me arrojarás a los condenados leones por algo con lo que no he tenido nada que ver! Para algo existe la justicia.

—¿Estás seguro? ¿En Nabatea?

—¡No tendré que defenderme de esa acusación en Nabatea!

Yo lo había amenazado con los bárbaros y el pánico lo dominó en el acto.

—Tendrás que hacerlo si presento los cargos en Nabatea, que es donde estamos. Bostra se encuentra carretera arriba. Uno de los crímenes se cometió en su ciudad hermana y conmigo viaja un representante petrano. Musa ha recorrido tanto camino por orden del primer ministro nabateo, con el propósito concreto de condenar al asesino que cometió un sacrilegio en La Cumbre.

Me chifla este tipo de oratoria rimbombante. Los conjuros pueden ser pura hojarasca, pero es indudable que ejercen un efecto maravilloso.

—¿Musa? —Repentinamente Filócrates se puso en guardia.

—Sí, Musa. Tiene pinta de adolescente enamorado, pero es el emisario personal de Hermano y ha recibido el encargo de arrestar al asesino… que se parece muchísimo a ti.

—Sólo es un sacerdote de poca monta y no tiene autoridad.

Tendría que haber sabido que, frente a un actor, no se puede confiar en la oratoria. Cremes conocía a la perfección el poder de las palabras, sobre todo de las huecas.

—Pregúntale a Helena. Ella hablará claro. Musa ha sido escogido para ocupar un alto cargo. Esta embajada por el extranjero forma parte de su formación. Tiene suma urgencia en entregar al criminal para mantener su reputación. Lo siento mucho, pero tú eres el candidato más adecuado.

El mulo del actor estaba aburrido con tanta inactividad. Se acercó y hocicó el hombro de su amo para pedirle que siguiera persiguiéndolo.

—¿Cómo? —espetó Filócrates, lo cual no sirvió de nada al mulo amante de la juerga.

Con una oreja en alto y la otra caída, la bestia juguetona me miró con pesar y se lamentó de su suerte.

—Filócrates, eres el único sospechoso que no tiene coartada —le comenté como si fuera mi hermano.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Hay que reconocer que los interrogantes se le daban bien.

—Tío, vayamos a los hechos. Dices que, cuando mataron a Heliodoro, estabas jodiendo en un sepulcro en las rocas. Cuando Ione encontró la muerte en las albercas de Majuma contaste exactamente la misma historia que no se sustenta: te estabas tirando una vendedora de quesos. Suena bien y parece coherente pero, ¿tenemos un nombre, unas señas o a alguien que te haya visto con cualquiera de esas dos mujeres? ¿Hay algún padre o un prometido frenéticos que quieran cortarte el pescuezo por tamaña afrenta? No, no tenemos nada. Afróntalo, Filócrates, todos los demás han presentado testigos y tú sólo me cuentas mentiras que no resisten el menor análisis.

El que la palabra «mentiras» coincidiera perfectamente con el personaje le permitiría defenderse y que yo supiera que no había estado en el terraplén de Bostra cuando atacaron a Musa demostraba totalmente su inocencia, pero Filócrates estaba demasiado azorado para plantarme cara.

Seguí presionándolo mientras el actor golpeaba una piedra con su elegante bota, pues se sentía ultrajado e inerme.

—Creo que la noche que murió Ione estabas con una chica… yo diría que con la mismísima Ione.

—¡Falco, no digas más chorradas!

—Creo que eres el amante con el que Ione se encontró en las albercas de Majuma.

Me fijé en que, cada vez que mencionaba a Ione, Filócrates pegaba un brinco y ponía cara de culpable. Los criminales de verdad no se ponen tan nerviosos.

—Falco, es cierto que tuve una aventura con ella… ¿y quién no? Te aseguro que fue hace mucho tiempo. Me gusta variar. Y, si a esto vamos, a ella también. Además, no te complicas tanto la vida si vuelcas tus atenciones fuera de la compañía.

—Ione nunca fue tan escrupulosa.

—No, no lo fue —coincidió.

—¿Sabes quién era su amante favorito en la compañía?

—No lo sé, pero es probable que cualquiera de los payasos pueda aclarártelo.

—¿Quieres decir que uno de los dos, Tranio o Grumio, era su preferido?

—¡Yo no he dicho eso! —Filócrates se tornó irascible—. Sólo digo que eran lo bastante amigos de esa imbécil como para que ella misma les contase qué se proponía. Lo cierto es que tampoco se tomaba muy en serio a esos infelices.

—Dime, Filócrates, ¿a quién se tomaba en serio Ione? ¿A ti?

—Tendría que haberlo hecho. Se tendría que haber tomado en serio a alguien que valiera la pena.

Automáticamente se pasó la mano por la brillante cabellera. La arrogancia del galán era intolerable.

—¿Eso crees? —La actitud de Filócrates colmó mi paciencia—. Hay algo sobre ti que más te vale saber: tu intelecto no es ni remotamente tan despierto como tu polla.

Sospecho que lo tomó como un cumplido.

Hasta el mulo había reparado en la inutilidad de su amo. Se acercó a Filócrates por detrás, de repente le dio un empujón con su largo morro y derribó al furioso actor boca abajo.

El resto de la *troupe* lanzó una exclamación. Sonreí y caminé hasta mi lenta carreta, de ruedas sólidas y tirada por un buey.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Helena.

—Acabo de comunicarle a Filócrates que su coartada es nula. Ya ha perdido una rueda, el mulo, los estribos y la dignidad…

—¡Pobre hombre! —murmuró Musa sin la menor muestra de solidaridad—. ¡Se ve que tiene un mal día!

El actor no me dijo prácticamente nada, pero obró maravillas en mi ánimo, lo cual puede ser tan útil como una prueba. He conocido investigadores que me han comentado que, para tener éxito, no sólo necesitan dolor de pies, resaca, una complicada vida amorosa y una enfermedad progresiva, sino un panorama negro y sombrío. Disiento. Nuestro trabajo crea suficientes desdichas. Ser feliz crea un estímulo que puede ayudarte a resolver los casos y la confianza es importante.

Entré en Bostra acalorado, cansado, cubierto de polvo y sediento, pero cada vez que me acordaba de que el mulo había arrojado al suelo a Filócrates, experimentaba la sensación de que podía comerme el mundo.

OceanofPDF.com

XLVIII

¡Otra vez en Bostra!

Parecía haber transcurrido una eternidad desde la última vez que habíamos estado en la ciudad y representado bajo la lluvia *Los hermanos piratas;* desde que todos habían ignorado mis primeros esfuerzos como dramaturgo y desde que me había adaptado a las críticas demoledoras. El sitio siguió sin gustarme incluso cuando recordé mis primeras decepciones.

Todos nos alegramos de hacer un alto. Cremes partió en busca de una sala. Estaba agotado, no tenía idea de las prioridades y sin duda haría una chapuza. Era evidente que, en lo que a nosotros se refería, retornaría con las manos vacías.

Nabatea o no, Bostra era una capital y disponía de excelentes comodidades. Los que estábamos dispuestos a gastar en un buen lecho soñábamos con dejar las tiendas en las carretas y buscar verdaderas habitaciones en las que hospedarnos: paredes, techos, suelos con telarañas en los rincones, puertas bajo las cuales se colaban gélidas corrientes de aire. El aura desesperanzada de Cremes echó todo a perder. Me aferré a mi optimismo y seguí decidido a buscar alojamiento para Helena, para Musa y para mí, un sitio sencillo que no cayera muy lejos de una casa de baños, que no fuese un burdel descarado, un lugar donde el casero se rascara las pulgas discretamente y donde el alquiler fuese modesto. Como no estaba dispuesto a desperdiciar ni siquiera un mínimo depósito en habitaciones de las que quizá no disfrutaríamos durante mucho tiempo, aguardé el regreso del empresario antes de reservar alojamiento.

Como de costumbre, parte de la *troupe* montó el campamento. Simulé que era mi día de la solidaridad y, de una manera casual, me planté ante la carreta que Congrio conducía. Nuestro canijo cartelero viajaba ligero de equipaje. En los traslados se ocupaba de uno de los carros de accesorios y cuando parábamos, en lugar de montar una tienda, colgaba un toldo de un lado del carro y se acurrucaba bajo ese gran sombrero. Hice mucha alharaca a la hora de echarle una mano para descargar sus escasos trastos.

Congrio no era tonto.

—Falco, ¿qué pretendes?

Sabía que nadie ayuda al cartelero a menos que necesite un favor.

Opté por ir al grano:

—Alguien me dijo que te hiciste cargo de las pertenencias de Heliodoro. Me gustaría saber si estás dispuesto a mostrarme sus efectos.

—Si eso es lo que pretendes, ya hablaremos —replicó contrariado.

Casi en el acto abrió el petate, apartó varias cosas y colocó ordenadamente ciertos objetos a mis pies. Era evidente que lo descartado le pertenecía y que lo que alineó para que yo lo inspeccionara era la herencia del ahogado.

Lo que Frigia le había dado no habría despertado mucho entusiasmo en una subasta en las que se liquida una casa. Mi padre, que pertenece a ese oficio, habría destinado el vestuario del difunto dramaturgo al encargado de los artículo de cristal a fin de que lo utilizase como trapos de embalar. Entre los harapos vi un par de túnicas, cuyos hombros Congrio había recogido mediante tablas que cosió con grandes puntadas para adaptarlas a su delgado cuerpo; un par de repugnantes y viejas sandalias, un cinto retorcido y una toga que ni siquiera yo habría elegido en un tenderete de ropa usada porque las manchas de vino parecían tener veinte años de antigüedad y eran indelebles. También distinguí un vapuleado morral (vacío); un montón de plumas, algunas parcialmente afiladas a fin de usarlas para escribir; un yesquero bastante bonito; tres bolsas de las que se cierran con una cinta (dos vacías y la tercera con cinco dados y una moneda de bronce, una de cuyas caras era lisa, por lo que evidentemente se trataba de una falsificación); un farol roto y una tablilla de cera con una esquina desconchada.

—¿Algo más?

—Éste es el lote completo.

Hubo algo en la actitud del cartelero que llamó mi atención.

—Lo has desplegado con orden y corrección.

—¡Es pura práctica! —se mofó Congrio—. ¿Qué te lleva a pensar que eres el primer entrometido que quiere hacer inventario?

Al cartelero le divertía ponerme las cosas difíciles.

Enarqué perezosamente una ceja.

—¡No me imagino a un tribuno de finanzas intentando cobrarte el impuesto de sucesión de este lote! Por lo tanto, ¿quién se mostró tan interesado en estas cosas? ¿Quién tiene envidia de que fueras a recoger las limosnas?

—Me limité a aceptar estas cosas cuando me las ofrecieron. Si alguien quiere verlas, las muestro. ¿Has terminado?

Congrio volvió a guardarlo todo. Aunque los objetos eran horrorosos, los guardó ordenadamente y dobló las prendas con esmero. Mi pregunta seguía atormentadoramente sin respuesta.

Dado que Congrio contestaba con evasivas, mi interés fue en aumento. Las prendas olían mal y a humedad. Era imposible saber si el hedor correspondía al propietario anterior o si se habían usado desde que fueron heredadas, aunque era evidente que nadie que se preciara de tener gusto o discreción las querría. Los restantes objetos también componían un lamentable conjunto. Era muy difícil percibir un móvil o una pista en esa mescolanza.

Agité dos dados en la mano y los dejé caer sobre una túnica extendida. Los dos mostraron la cara del seis.

—¡Vaya, vaya! Parece que el dramaturgo te dejó un juego de dados de la suerte.

—Pues descubriste justo el par que había que lanzar —dijo Congrio. Cogí los dados y los sopesé. Tal como sospechaba, estaban cargados. Congrio sonrió—. Los demás son corrientes. Creo que no tengo valor para usarlos, pero no lo comentes con nadie por si cambio de idea. Además, ahora sabemos por qué Heliodoro ganaba siempre.

—¿De veras?

—Era famoso por su buena suerte.

Lancé un silbido de admiración.

—No sabía nada. ¿Tenía por costumbre jugar?

—Lo hacía constantemente. Fue así como juntó un pastón.

—¿Un pastón? Eso no forma parte de tu herencia. ¿Te he entendido bien?

—¡Ja, ja! Claro que no lo heredé. Cremes dijo que se ocuparía del dinero contante y sonante.

—¡Cuánta generosidad! —Los dos sonreímos con ironía—. ¿Heliodoro jugaba a los dados con otros integrantes de la compañía?

—Habitualmente no porque Cremes le había dicho que creaba problemas. Le gustaba salir a darse un garbeo y esquilmar a los lugareños la noche en que abandonábamos un sitio. Cremes también lo regañaba por esto, pues decía que algún día la multitud enardecida nos seguiría y la emprendería con todos nosotros.

—¿Cremes sabía por qué Heliodoro siempre tenía tanta suerte? —pregunté y agité los dados expresivamente.

—¡Claro que no! Jamás tuvo pinta de tramposo.

Sin duda había un fullero sutil. Por lo que ya sabía sobre su capacidad para evaluar a las personas y descubrir astutamente sus flaquezas, me parecía lógico que también hubiera sido capaz de utilizar la secular triquiñuela de los dados cargados sin que lo descubrieran. Heliodoro había sido un hombre inteligente y profundamente desagradable.

—¿Heliodoro sabía que no debía perturbar el orden de la compañía engañando a los suyos? Puesto que Cremes le hizo una llamada de atención, ¿ocurrió alguna vez?

—Hubo algunas peloteras —murmuró Congrio y su cara pálida se arrugó furtivamente.

—¿Quieres decirme quién más tuvo algo que ver?

—Las deudas de juego son un asunto privado —respondió.

Era un caradura y yo no estaba dispuesto a sobornarlo.

—Me parece correcto. —Puesto que ya tenía una pista en la que basarme, me limitaría a consultar a un tercero—. Davos me dijo que durante una época Heliodoro sostuvo buenas relaciones con los gemelos.

—Ah, entonces estás enterado…

No fue más que una conexión azarosa de mi parte, pero al cartelero le irritó lo atinado de mis suposiciones.

—¿Te refieres a que en cierto período bebían juntos? Pues sí, lo sé. ¿También jugaban a los dados? Congrio, más vale que me lo digas. De lo contrario, tengo la opción de preguntárselo a Davos. ¿Había cruce de apuestas entre esos tres?

—Supongo que sí —admitió Congrio—. Aunque nadie me cuenta nada, tengo la sospecha de que Heliodoro les ganó mucho dinero y que a partir de entonces dejaron de beber con él.

—¿Ocurrió una sola vez? ¿Fue hace mucho tiempo?

—Nada de eso —precisó Congrio—. Sucedía constantemente. Durante unas semanas eran carne y uña y de pronto ni se dirigían la palabra. Al cabo de unos días se olvidaban de que habían reñido y todo volvía a comenzar. Lo notaba porque cuando estaban en buenos términos con Heliodoro, los gemelos se contagiaban sus peores costumbres. El dramaturgo siempre me trató mal y, cuando los payasos sostenían buenas relaciones con él, yo también pagaba los platos rotos de ellos.

—¿En qué fase de este dichoso ciclo estaban cuando llegasteis a Petra?

—Se ignoraban mutuamente. Me alegra reconocer que hacía meses que no se hablaban.

Puse expresión de inocencia y de sopetón inquirí:

—Aparte de mí, ¿quién ha querido examinar tu fabulosa herencia?

—Bueno, nuevamente los payasos —respondió Congrio.

—¿No te caen bien? —pregunté discretamente.

—Son demasiado inteligentes. —Para el derecho romano la inteligencia no es un delito, aunque a menudo yo había compartido la opinión de Congrio de que debería serlo—. Cada vez que los veo me hago un lío y me siento acosado.

—¿Por qué?

Impaciente, el cartelero dio una patada a su petate.

—Porque te miran como si fueras inferior. Contar unos cuantos chistes no es cosa del otro mundo. Por si lo ignoras, no son ellos los que los inventan. Se limitan a repetir lo que un viejo payaso pensó y escribió hace un siglo. Si yo tuviera un texto original podría contar chistes.

—Siempre y cuando supieras leer.

—Helena me da clases. —Pensé que tendría que habérmelo imaginado. Congrio no dejó de jactarse descaradamente—. Sólo necesito un ramillete de chistes para convertirme en payaso.

Me dije que tardaría muchísimo tiempo en reunir suficientes chistes para convertirse en un cómico callejero del nivel de Grumio. Además, no me lo imaginaba calculando el momento y el tono adecuados.

—Congrio, ¿de dónde sacarás la colección de chistes?

No quise mostrarme condescendiente… pero fracasé.

Por alguna razón el cartelero no se inmutó.

—¡Venga ya, Falco, hay montones de antologías de chistes!

Cambié de tema para evitar una discusión bizantina.

—Dime, ¿los payasos vinieron juntos a ver tu herencia? —El cartelero asintió con la cabeza—. ¿Sabes qué buscaban?

—No.

—¿Iban en pos de algo concreto?

—No lo dijeron.

—¿Tal vez intentaban recuperar unos pagarés?

—No, Falco.

—¿No querían los dados? Al fin y al cabo, los gemelos hacen trucos de magia…

—Vieron los dados, pero ni se les ocurrió pedírmelos. —Al parecer, no se percataron de que estaban cargados—. Mira, se acercaron caminando, riendo y me preguntaron qué tenía. Temí que fueran a birlarme las cosas o a arruinarlas. Ya sabes cómo se ponen cuando tienen ganas de montarla.

—¿Los gemelos? Sé que pueden convertirse en una amenaza, pero no creo que sean delincuentes, ¿eh?

—No —admitió Congrio a regañadientes—. Sólo son un par de entrometidos hijos de puta.

Por alguna razón esa respuesta me dejó pensativo.

OceanofPDF.com

IL

Congrio tenía razón: los payasos eran inteligentes. Haría falta algo más que una expresión amable y un brusco cambio de tema para pillarlos en falta. Antes de empezar tomé conciencia de que, en cuanto sospecharan que intentaba obtener cierta información sobre ellos, repelerme se convertiría en un juego divertidísimo. Eran sediciosos y yo debería encontrar el momento exacto y oportuno para abordarlos. Cuando lo hiciera tendría que apelar a todas mis habilidades.

Regresé a mi tienda sin dejar de pensar en el momento más oportuno para hablar con los gemelos.

Helena estaba sola y me contó que, tal como yo había vaticinado, Cremes había fastidiado la posibilidad de reservar teatro.

—Mientras esperaba al concejal que se ocupa de los espectáculos, Cremes lo oyó comentar con un subalterno: «Ay, ¿es esa tribu de fantasmones que puso en escena una horrorosa pieza de piratas?» Cuando por fin Cremes logró hablar con el jefazo, las relaciones tampoco mejoraron, de modo que continuamos el viaje…

—¿Hoy mismo? —Yo estaba francamente horrorizado.

—Esta noche. Descansaremos durante el día y luego partiremos. —Ya podía despedirme de reservar habitaciones. Ningún casero me cobraría el alquiler de una noche cuando sólo podría dormir unas pocas horas diurnas. Helena tampoco estaba muy contenta—. Cremes, al que un crítico descortés le ha dislocado la nariz, no soporta un insulto más. ¡Canata, allá vamos! Todo el mundo está furioso…

—¡Yo incluido! ¿Dónde se ha metido Musa?

—Ha ido a buscar un templo para enviar un mensaje a su hermana. Lo noto bastante deprimido. No es que sea muy expresivo, pero creo que deseaba pasar unos días aquí, en su tierra. Espero que el mensaje que Musa le envía a su hermana no diga que le prepare las zapatillas porque está a punto de volver a casa…

—¿Entonces tiene morriña? ¡Vaya mala noticia! Ya estaba bastante triste por su enamoramiento de Birria.

—En ese aspecto intento ayudarlo. He invitado a Birria a cenar con nosotros en cuanto hagamos un alto prolongado. Hemos viajado tanto que debe de sentirse bastante sola en su carreta.

—Es la única culpable si se siente sola. —En ese momento la caridad no figuraba entre mis prioridades—. ¡Podría haber contado con un nabateo joven y fornido que restallara el látigo por ella! —Si a eso vamos, podría haber tenido prácticamente a cualquier hombre de la *troupe*, salvo los que contaban con compañeras estables—. ¿Sabe Musa que estás haciendo de casamentera? ¡Me lo llevaré para que le corten el pelo y lo afeiten como corresponde!

Helena suspiró.

—Es mejor no llamar demasiado la atención.

—¿De veras? —Sonreí y repentinamente la abracé—. En mi caso llamar la atención siempre me ha dado resultado.

Estreché lo suficiente a Helena para que mis llamativos sentimientos no pasaran desapercibidos.

—Ahora no. —Helena, que tenía muchísima práctica, escapó de mi abrazo—. Es imprescindible que descansemos si vamos a continuar el viaje. ¿Qué averiguaste a través de Congrio?

—Que Heliodoro era un fullero de tomo y lomo y que es posible que entre sus timados figuraran Tranio y Grumio.

—¿Juntos o por separado?

—No está claro.

—¿Había mucho dinero en juego?

—Es otra de las incógnitas.

Yo suponía que probablemente las cifras eran muy elevadas.

—¿Te propones interrogarlos?

—Me propongo saber qué busco antes de actuar. Esos dos se las traen.

En realidad, me sorprendía que un hábil tramposo se las hubiera apañado para timarlos. Si estaban tan habituados a estar seguros de sí mismos, que los desplumaran debió de suponer una desagradable sorpresa. Congrio tenía razón: eran arrogantes. Estaban tan acostumbrados a burlarse de los demás que yo no quería ni pensar cómo reaccionarían si se daban cuenta de que les hacían una jugarreta.

—¿Crees que ocultan algo? —preguntó Helena—. Me refiero a algo importante.

—Cada vez más pienso que sí. Amor mío, ¿qué opinas?

—Opino que con esos dos cualquier cosa es incluso más complicada de lo que parece —vaticinó Helena.

Durante el trayecto a Canata pregunté a Davos por las apuestas. Sabía que habían existido. También recordó que ocasionalmente Heliodoro y los gemelos habían discutido, aunque nunca se pelearon de forma escandalosa. Asimismo había descubierto que el dramaturgo solía timar a los lugareños. Davos no había tenido nada que ver y, como era un individuo que se olía los problemas, en cuanto los percibía tomaba distancias.

Me daba no sé qué hablar con Cremes sobre las manchas financieras de Heliodoro. Rozaba peligrosamente sus propios problemas, tema que, de momento, había decidido aparcar. Hablé con Frigia. En su opinión, todos los hombres se dedicaban a las apuestas y los embustes formaban parte del proceso. Dijo que prefería ignorarlo, como la mayoría de los repugnantes hábitos masculinos.

Helena se ofreció a preguntar a Filócrates, pero me pareció que podíamos arreglarnos sin su cooperación.

Si Birria mostraba una actitud receptiva, se lo preguntaríamos cuando nos reuniéramos a cenar.

OceanofPDF.com

L

A mitad de camino de Canata —situada en una elevada y llana planicie volcánica, con vistas a la cumbre de nieves eternas del Hermón—, Helena y yo probamos suerte como casamenteros. Perdíamos el tiempo… por motivos que sólo supimos después.

Es muy duro agasajar a dos personas que gustan de ignorarse mutuamente. En tanto anfitriones pusimos vinos exquisitos, peces deliciosos, dátiles rellenos (por mí, que me había caracterizado de gran cocinero), acompañamientos aliñados con diversas especias, olivas, frutos secos y empalagosas golosinas. Intentamos sentar juntos a los miembros de la romántica pareja, pero se hicieron los osos y se sentaron a uno y otro lado de la hoguera. Helena y yo nos pusimos juntos. Mi chica se puso a charlar con Birria mientras yo miraba cabreado a Musa. El nabateo descubrió que tenía un hambre canina, hundió la cabeza en su cuenco y no hizo el menor esfuerzo por quedar bien. Como pretendiente, su técnica dejaba mucho que desear. Birria no le hizo el menor caso. En su condición de víctima de los ardides del sacerdote, la actriz se defendió como una fiera. Todo el que pretendiese arrancar esta silvestre tendría que tirar con fuerza.

La calidad de la cena compensó la falta de actividad. Me zampé buena parte del vino mientras convidaba a los invitados y mis esfuerzos por animarlos con una generosa ración de caldo no sirvieron de nada. Al final apoyé la cabeza en el regazo de Helena, me relajé totalmente —lo que no fue nada difícil dado el estado en que me encontraba— y exclamé:

—¡Me doy por vencido! Cada cual debe conocer sus límites.

Hacer de Eros no va conmigo. Es evidente que las flechas de mi carcaj no son las adecuadas.

—Lo lamento —murmuró Birria—. Ignoraba que se trataba de una invitación condicionada.

Fue un reproche desenfadado. Hasta cierto punto el vino que le había servido la suavizó. Fue el alcohol o, de lo contrario, era demasiado pragmática para tratar de moverse deprisa y bruscamente si estaba piripi.

—La única condición es que todos aceptemos de buena gana la naturaleza romántica del anfitrión. —Dicho esto, Helena sonrió.

Birria inclinó afablemente su copa de vino ante mí. No había ningún problema. Estábamos soñolientos, satisfechos y de buen humor.

—Tal vez Musa se ha situado tan lejos de nuestra bella invitada para contemplarla a través de las llamas —le comenté a Helena.

Mientras nos referíamos a ella, Birria permanecía sentada en la plenitud de su belleza. Lo hacía muy bien. Yo no tenía derecho a quejarme.

Helena Justina me acarició la barbilla al tiempo que confirmaba mis oníricos pensamientos.

—¿Crees que la admira en secreto a través de las chispas que saltan?

—A menos que la evite porque no se ha lavado.

—¡Eso es injusto!

Helena tenía razón. Musa estaba siempre de punta en blanco. Dado que se había sumado inesperadamente a nosotros en Petra y que llevaba muy poco equipaje, me sorprendía que el nabateo siempre estuviera presentable. Como compartíamos la tienda, Helena y yo nos habríamos dado cuenta enseguida si sus hábitos higiénicos hubieran dejado que desear. En ese momento su peor cualidad se centraba en su expresión avergonzada mientras yo intentaba presentarlo como un amante experto.

Aquella noche vestía como siempre: la larga túnica blanca. Sólo tenía una, pero se las arreglaba para lavarla. Estaba limpio y pulcro e indudablemente se había afeitado, algo que casi ninguno hacía cuando estábamos de viaje. Lo sometí a un análisis minucioso y percibí otros cambios para realzar la ocasión: de su pecho colgaba un amuleto, un escarabajo de esteatita, que si mal no recordaba había comprado cuando paseó conmigo por Gerasa; un cinturón de cuerda que parecía tan nuevo que seguramente se lo había agenciado en Bostra y, como remate, llevaba la cabeza descubierta a la manera romana. Tenía un aspecto muy juvenil y yo se lo habría desaconsejado, pero no me había pedido consejo en cuanto al vestuario.

Era probable que Birria también se hubiera acicalado más que de costumbre en respuesta a nuestra invitación. Iba de verde, con una túnica muy sencilla, de falda larguísima y mangas también largas para protegerse de las moscas que solían abatirse sobre nosotros cuando caía el crepúsculo. Era todo un cambio con relación a sus trajes escénicos transparentes y llenos de lentejuelas y significaba que esa noche hacía de sí misma. Y hacer de sí misma también incluía largos pendientes de bronce que no cesaban de

tintinear. Si yo hubiera sido menos indulgente, esos pendientes me habrían dado en las narices.

Helena estaba muy guapa con un vestido pardo que me era desconocido. Yo había preferido cierta informalidad y me puse una larga túnica oriental de rayas que compré para resguardarme del calor. Me sentía como un cabrero y me picaba todo, aunque esperaba que se debiese a que era nueva.

Mientras le tomábamos el pelo, Musa puso cara de persona paciente y se incorporó, aspiró una bocanada de fresco aire nocturno y miró hacia el sur.

—Sé amable con él —pidió Helena a Birria—. Creemos que Musa siente nostalgia.

El nabateo se giró hacia Helena como si lo hubiera acusado de ser descortés y continuó de pie. Al menos en esa posición Birria podía verlo mejor. Era un tío pasable y nada más.

—Sólo se trata de una estratagema —dije confidencialmente a la actriz —. Alguna vez alguien le dijo que a las mujeres les gustan los hombres que irradian un aire de misteriosa tristeza.

—Falco, no estoy triste. —Musa me dedicó la mirada mesurada de quien intenta superar el malestar de la indigestión después de darse un atracón.

—Puede que no, pero resulta sorprendente que ignores a la mujer más bella de toda Siria.

—¡Pero si no la ignoro!

Esa respuesta me gustó un poco más. Su forma de hablar sombría y decidida podía parecerse lejanamente a una forma de admiración. Helena y yo sabíamos que Musa siempre hablaba en ese tono, que Birria podía interpretar como ardor contenido.

—Ya lo has oído. —Sonreí a Birria y fomenté la situación—. Haces bien en estar al tanto. Bajo esa postura glacialmente distante se oculta un galanteador apasionado. Comparado con este hombre, Adonis era un petimetre canallesco con mal aliento y caspa. Dentro de unos minutos arrojará rosas a tus pies y se pondrá a recitar poemas.

Musa sonrió educadamente.

—Falco, la poesía se me da bien.

Aunque faltaban las flores, el nabateo se acercó a la fogata, se acomodó frente a Helena y a mí y por fin se acercó a la chica a la que

supuestamente tenía que enamorar, aunque se le olvidó mirarla. Se dejó caer sobre un cojín… convenientemente colocado por Helena antes de la cena, para dar pie a los juegos si eran lo que los invitados querían. Musa empezó a recitar. Era evidente que se trataba de un poema larguísimo en árabe de Nabatea.

Birria lo escuchó con una leve sonrisa y fijando en el suelo la mirada de sus ojos verdes y sesgados. No era mucho más lo que la pobre podía hacer.

Helena permaneció inmóvil. Musa adoptó para recitar la postura de mirar al frente, lo que significó que Helena fue el blanco de casi toda su actuación. La ligera presión que con el pulgar Helena me aplicó en la tráquea me aconsejó no interrumpir. Seguí apoyado en su regazo, cerré los ojos y abandoné a su suerte a nuestro idiota compañero de tienda.

Musa calló antes de lo que yo esperaba… mejor dicho, hizo una pausa lo bastante prolongada para hablar sin ofenderlo. Me acomodé, sonreí a Birria y murmuré quedamente:

—Creo que cierta joven acaba de ser favorablemente comparada con una gacela de tierna mirada, gacela que corretea libremente por las montañas…

—¡Falco! —exclamó Musa, afortunadamente con expresión risueña—. Por lo visto, conoces mi lengua mejor de lo que aparentas.

—Soy poeta en mis ratos de ocio y he aprendido a hacer deducciones más que traducciones.

—Eres dramaturgo a destajo y deberías interpretar los versos bien recitados. —El tono de Birria contenía cierta dureza—. Falco, ¿qué más has deducido? —Sin la menor descortesía, Birria se las ingenió para cambiar el rumbo de la conversación.

Sus largos pendientes tintinearon, no sé si por diversión o por incomodidad, ya que era una joven que no revelaba sus pensamientos—. ¿Estás más cerca de identificar al asesino de Ione?

Me alegré del cambio de tema y dejé de preocuparme por el sacerdote en cuanto vi cuál era su técnica de seducción.

—Sigo buscando al amante anónimo de Ione y agradecería cualquier sugerencia. En lo que atañe al dramaturgo, de pronto han aparecido móviles como los percebes que se agarran al fondo de un bote. Los últimos aluden a Tranio, a Grumio y a la posibilidad de que existan onerosas deudas de juego. ¿Sabes algo?

Birria negó con la cabeza. Parecía aliviarla el cambio de ritmo de la charla.

—No, no sé nada, salvo que Heliodoro apostaba con el mismo estilo con que bebía: mucho, aunque jamás perdía el control. —La actriz evocó al dramaturgo y se estremeció. Sus pendientes temblaron, esta vez sin hacer ruido, y reflejaron las diminutas ondulaciones de luz de la hoguera. Si Birria hubiera sido mi amada, me habría acercado para acariciarle los lóbulos… y quitarle hábilmente las joyas—. Nadie lo superaba…

—¡Con dados fabricados por encargo! —expliqué. Al saberlo la joven lanzó una exclamación de contrariedad—. Birria, ¿qué piensas de Heliodoro en relación con los gemelos?

—Yo diría que estaban en condiciones de vérselas con él.

Me di cuenta de que les tenía simpatía e impulsivamente pregunté:

—¿Piensas decirme cuál de los dos te rescató aquella vez que Heliodoro se metió contigo?

—Fue Grumio —replicó sin dramatismo.

Me pareció que Musa se tensaba junto a ella. Birria estaba muy quieta y ya no traslucía cólera por la mala experiencia vivida. A decir verdad, toda la velada se había mostrado reservada. Parecía observarnos… mejor dicho, parecía observar a alguno de nosotros. Prácticamente tuve la impresión de que era Birria y no Musa el forastero que compartía nuestra hoguera y que sometía a un sorprendido examen nuestras extrañas costumbres.

—Antes no quisiste decirme quién te rescató —le recordé—. ¿Por qué has decidido hablar ahora?

—Antes me negué a que me interrogaran como a una delincuente, pero ahora estoy entre amigos.

Viniendo de ella era todo un cumplido.

—¿Qué pasó?

—En el momento preciso… al menos para mí, apareció Grumio. Se acercó para pedirle algo a Heliodoro. No sé muy bien qué quería, pero lo cierto es que Grumio apartó al muy bestia y le preguntó algo sobre un pergamino… creo que se trataba de una obra. Entonces logré huir. —Tras una pausa añadió con toda sensatez—: Como es lógico, espero que ahora no me digas que Grumio es el principal sospechoso.

—Los gemelos tienen coartadas, al menos en lo que se refiere a la muerte de Ione. Grumio, sobre todo, está bien cubierto. Además, yo mismo

lo vi ocupado. En cuanto a lo que sucedió en Petra, cada uno ha sacado la cara por el otro. Claro que podría tratarse de una confabulación…

Birria puso cara de sorpresa.

—Vamos, no creo que se lleven tan bien.

—¿Qué quieres decir? —Helena lo había captado en el acto—. Pasan mucho tiempo juntos. ¿Acaso existe alguna rivalidad?

—¡A montones! —repuso Birria deprisa, como si todos debiéramos saberlo. Inquieta, apostilló—: A decir verdad, como actor cómico Tranio tiene más talento. Sé que Grumio considera que no es más que un reflejo de que, en las obras, Tranio interpreta papeles más vistosos. Grumio es mucho más hábil para improvisar y para entretener al público, aunque últimamente no se ha dedicado mucho a estas actividades.

—¿Discuten? —intervino Musa.

Era el tipo de pregunta directa que a mí me encanta plantear.

—Tienen sus más y sus menos. —Birria sonrió a Musa. Sin duda era una aberración. Musa se armó de valor para burlarse de sí mismo y gozar de ese favor. Me pareció que Birria se ruborizaba, aunque tal vez se debió a que se encontraba muy cerca del fuego.

Sospecho que yo tenía cara de estar sumido en mis pensamientos—. Falco, ¿lo que he dicho te sirve de algo?

—Aún no lo sé. Quizá me proporcione un modo de abordarlos. Birria, te lo agradezco.

Era tarde. Al día siguiente reemprenderíamos viaje a Canata. A nuestro alrededor, el resto del campamento estaba en silencio. Muchos ya se habían ido a dormir. Aparentemente, nosotros éramos el único grupo que permanecía en pie. Había llegado el momento de despedirse. Miré a Helena y renuncié a todo intento de unir a esa pareja reticente.

Helena bostezó, con lo cual agregó sutileza a la indirecta. Se puso a recoger los platos y Birria la ayudó. Musa y yo limitamos nuestros esfuerzos a actividades masculinas como atizar el fuego y acabar las olivas. Cuando Birria nos dio las gracias por la invitación, Helena se disculpó:

—Espero que nuestras bromas no te hayan resultado insoportables.

—¿En qué sentido? —preguntó Birria secamente.

La actriz volvió a sonreír. Era una joven insólitamente bella y de pronto resultó más evidente que apenas rondaba los veinte años. Esa noche lo había pasado bien y con eso podíamos darnos por satisfechos. Esa noche se había aproximado al contento tanto como podía. Para variar, parecía

vulnerable. Incluso Musa tenía pinta de más maduro y parecía estar más a la altura de Birria.

—Por nosotros no te preocupes —dijo Helena informalmente, mientras se chupaba la salsa que se le había adherido a la mano—. Has de hacer tu vida como más te plazca. Lo importante es encontrar verdaderos amigos y conservarlos. —Reacia a dar demasiada importancia a sus palabras, entró en la tienda con una pila de platos.

Yo no estaba en disposición de darme por vencido tan fácilmente.

—¡Pero eso no significa que deba temer a los hombres!

—¡Yo no le temo a nadie! —espetó Birria en un alarde de enfado. Fue una actitud pasajera y nuevamente bajó la voz. Fijó la mirada en la bandeja que sostenía y añadió—: Puede que le tema a las consecuencias.

—¡Muy inteligente! —exclamó Helena, que no tardó en volver a aparecer—. Piensa en Frigia, que se ha amargado y arruinado la vida teniendo una hija y haciendo un mal matrimonio. Perdió a su hija, dejó escapar la ocasión de realizarse plenamente como actriz y creo que además renunció al hombre con el que en realidad tendría que haber estado todos estos años…

—Pues tú das muy mal ejemplo —intervino Musa con gran concisión —. Yo podría decir que basta miraros a Falco y a ti.

—¿A nosotros? —Sonreí. Era imperioso que alguien hiciera el ridículo y quitara hierro a la conversación—. Somos dos seres totalmente inadecuados que, aunque supimos que juntos no teníamos futuro, quisimos irnos a la cama una noche porque nos gustamos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces? —preguntó Birria acaloradamente.

Esa chica no entendía nada de ironías.

—Dos años —confesé.

—Conque una noche, ¿eh? —se mofó Birria—. ¡Qué despreocupados y cosmopolitas! Didio Falco, ¿cuánto tiempo calculas que durará esa relación tan inadecuada?

—Más o menos toda una vida —repliqué jovialmente—. No nos hacemos demasiadas ilusiones.

—¿Qué intentas demostrarme? Lo que dices suena contradictorio.

—En ocasiones la vida es contradictoria, aunque la mayoría de las veces sólo es un asco. —Suspiré. No hay que dar consejos porque la gente descubre tus mentiras y se debate—. En un sentido amplio, estoy de

acuerdo contigo. La vida es repugnante, las ambiciones se frustran, los amigos mueren, los hombres se destruyen y las mujeres se anulan. Mis queridos Birria y Musa, yo diría que si oís una palabra amable en boca de un amigo y si encontráis afecto sincero jamás les volváis la espalda.

Helena, que estaba de pie a mis espaldas, rió cariñosamente. Me agitó los cabellos, se inclinó y me besó la frente.

—Esta pobre alma necesita reposo. Musa, ¿serás tan amable de acompañar a Birria a su tienda?

Nos despedimos y Helena y yo los vimos partir.

Caminaron incómodos, dejando un espacio en medio. Avanzaron despacio, como si tuvieran cosas que decirse, pero no los oímos hablar mientras se alejaban. Aunque parecían desconocidos, si me hubieran pedido una opinión profesional yo habría respondido que cada uno sabía del otro más de lo que Helena y yo suponíamos.

—¿Hemos cometido un error?

—Marco, no sé a qué te refieres.

Habíamos metido la pata, pero yo tardaría en comprender lo obvio.

Helena y yo recogimos los restos de la cena y ultimamos el equipaje, preparados para salir antes del alba. Helena ya se había acostado cuando oí regresar a Musa. Salí y lo encontré acuclillado junto a las brasas. Debió de oírme y, como no intentó eludirme, me agaché a su lado. Se tapaba la cara con las manos.

Segundos después le palmeé el hombro a modo de consuelo.

—¿Pasó algo?

El nabateo meneó la cabeza.

—Nada importante.

—Me lo temía. Tienes el penoso aspecto de un individuo con la conciencia limpia. ¡Esa chica es una insensata!

—Nada de eso, fue muy amable. —Musa habló con gran desenvoltura, como si fueran amigos.

—Musa, si te apetece lo hablamos. Sé que es grave.

—Falco, nunca me había sentido así.

—Te comprendo. —Dejé pasar unos instantes antes de retomar la palabra—. A veces los sentimientos se diluyen.

El nabateo levantó la cabeza. Su expresión era tensa y lo asolaban emociones profundas. El pobre infeliz me caía bien y me dolía ser testigo de su desdicha.

—¿Y si no desaparecen? —preguntó con dificultad.

Sonreí apesadumbrado.

—Si no desaparecen, existen dos alternativas. Casi siempre, y supongo que ya lo sabes, todo se resuelve en el momento en que la chica se va.

—¿Cuál es la segunda?

Aunque sabía que las probabilidades eran mínimas, tenía que reconocer esa posibilidad fatal porque Helena Justina dormía a pocos metros de distancia:

—En contadas ocasiones tus sentimientos persisten… y la chica también.

—¡Ah! —exclamó Musa suavemente, casi para sus adentros—. En este último caso, ¿qué puedo hacer?

Supuse que me estaba preguntando qué podía hacer en el caso de que conquistara a Birria.

—Musa, lo superarás. Confía en mí. Tal vez mañana despiertes y descubras que adoras a una rubiales lánguida que siempre soñó con darse un revolcón con un sacerdote nabateo.

La verdad es que tenía mis dudas, pero confié en la remota posibilidad de que Musa necesitara todas sus fuerzas y lo ayudé a ponerse en pie para que se fuese a la cama.

Si llegaba a la conclusión de que una fría ducha de cordura no le haría daño, mañana le explicaría a Musa mi hipótesis, según la cual es mejor mostrar a las mujeres tu personalidad multifacética en su propia lengua, en lugar de aburrirlas recitando poemas que no entienden. Si fracasaba, tendría que apañármelas para despertar su interés por el alcohol, las canciones obscenas y las cuadrigas veloces.

OceanofPDF.com

LII

A causa de los contratiempos que habíamos sufrido durante la travesía, nos vimos obligados a reagruparnos. Casualmente Tranio se situó junto a mi carreta y noté que, para variar, Grumio estaba algo rezagado. Me encontraba solo, pues Helena había ido a pasar un rato con Birria y, diplomáticamente, se había llevado a Musa. La ocasión era demasiado buena para desaprovecharla.

—Además, ¿a quién le interesa vivir por toda la eternidad? —bromeó Tranio y aludió a los cristianos a los que acabábamos de ajustar las cuentas.

Hizo ese comentario sin fijarse quién iba a su lado.

—¡Yo podría interpretar esas palabras como una revelación involuntaria! —exclamé y aproveché para meterme con él.

—Marco Didio, ¿una revelación involuntaria de qué?

Detesto a los que intentan desconcertarme con familiaridades presuntamente espontáneas.

—De culpa —respondí.

—Falco, ves la culpa hasta en la sopa.

Tranio se apresuró a volver a dirigirse formalmente a mí.

—Tranio, hasta en la sopa me topo con culpables.

Me gustaría pensar que mi fama de investigador era tan grande que Tranio se sintió tentado a quedarse y desafiar mis habilidades, pero lo que realmente ocurrió fue que hizo cuanto pudo por zafarse. Hundió los talones en su montura para espolearla, pero el animal no reaccionó porque era un camello y el dolor en las costillas era preferible a ser sumiso. Esa bestia de alma sigilosa como la de los revolucionarios era el habitual ejemplar de color polvo, con desagradables pelones en su pellejo descuidado, actitud malhumorada y queja atormentada. Aunque podía correr velozmente, sólo lo hacía como excusa para derribar al jinete. Su máxima ambición consistía en entregar a un ser humano a los buitres, preferiblemente a sesenta kilómetros de un oasis. El camello es un buen animal de compañía… sobre todo si tienes ganas de morir lentamente a causa de una mordedura infectada.

Tranio hizo disimulados intentos por largarse, pero el camello decidió moverse torpemente junto a mi buey con el propósito de desequilibrarlo.

—Me parece que no tienes salida. —Sonreí—. Tranio, hablemos de la comedia.

—Se basa, fundamentalmente, en la culpa —reconoció con sorna.

—¿De veras? Yo creí que se utilizaba para explotar temores ocultos.

—Falco, ¿desde cuándo eres un teórico?

—¿Qué tiene de malo? El que Cremes me encargue trabajo de rutina no significa que jamás analizo los textos que corrijo.

Me resultaba difícil observarlo con atención mientras avanzaba a mi lado. Si giraba la cabeza, notaba que en Canata había visitado al barbero. El pelo de la nuca estaba cortado tan pegado a la piel que tenía irritado el cuero cabelludo. Sin moverme en el asiento percibía el aroma del bálsamo asfixiante que se había puesto después de afeitarse: era la compra errónea de un joven que, dada su condición de pobreza, tenía que joderse hasta consumirlo. Una que otra mirada de soslayo me permitieron vislumbrar brazos de vello oscuro, una sortija de sello de piedra verde con una cuchillada y los nudillos casi blancos de tanto luchar contra la férrea voluntad del camello. Pero Tranio cabalgaba en el punto ciego de mi campo de visión. Como debía concentrarme en calmar a nuestro buey —alterado por la dentadura que le mostraba el dromedario salvaje de Tranio—, me era imposible mirarlo directamente a los ojos.

—Me limito a hacer remiendos —añadí y tuve que hacer fuerza con todo el peso del cuerpo cuando el buey hizo un intento de encabritarse—.El tema me interesa. ¿Heliodoro lo veía desde la misma perspectiva que yo? ¿Para él también era trabajo a destajo? ¿Se consideraba merecedor de cosas mucho mejores?

—Tenía dos dedos de frente —admitió Tranio—. ¡Y el muy rastrero lo sabía!

—Supongo que los utilizaba.

—¡Falco, no los malgastaba en las adaptaciones!

—Lo sé, como demuestran los pergaminos del arcón de las obras. Sus correcciones son pésimas y chapuceras… incluso en los casos en que resultan legibles.

—¿Por qué te intrigan tanto Heliodoro y su imponente falta de talento?

—¡Por camaradería!

Sonreí y no revelé mis verdaderos motivos. Quería indagar algo que Ione me había dicho: que la muerte del anterior dramaturgo era una cuestión estrictamente profesional.

Tranio lanzó una carcajada, aunque puede que con cierta inquietud.

—¡Venga ya! Supongo que no pretendes afirmar que, más allá de todo, Heliodoro era, en secreto, un genial autor cómico. Te aseguro que no es así. Cuando se trataba de manipular al prójimo su capacidad creativa era inmensa, pero en lo que a la ficción se refiere no era más que un cero a la izquierda. ¡Y te aseguro que lo sabía!

—¿He de suponer que se lo dijiste? —pregunté secamente.

Si detestaba mi trabajo, la gente no tenía pelos en la lengua a la hora de decírmelo.

—Su falta de aptitudes intelectuales quedaba lastimeramente al descubierto cada vez que Cremes desempolvaba una vieja obra maestra griega y le pedía que modernizara las chanzas. No era capaz de hacer sonreír a un bebé ni haciéndole cosquillas. Es algo que se tiene o no se tiene.

—Y, si no se tiene, te compras una antología de chistes y a otra cosa. —Recordé algo que Congrio me había dicho—. No sé quién me dijo que aún pueden comprarse.

Tranio dedicó varios minutos a maldecir a su camello, que había decidido ensayar una danza de guerra. Parte del baile consistía en deslizarse de lado sobre mi carreta. Me sumé a los tacos. Una de las piernas de Tranio quedó fuertemente apretada contra una rueda, mi buey mugió a modo de protesta y los que viajaban detrás nos obsequiaron con una tanda de insultos.

En cuanto se restableció el orden, el camello de Tranio se mostró más interesado que nunca en arrimarse a mi carreta. El payaso hizo lo imposible por apartarlo mientras yo comentaba pensativo:

—Sería agradable tener acceso a una fuente inagotable de material de calidad, a algo parecido a aquello de lo que habla Grumio, es decir, a un tesoro ancestral de chistes.

—Falco, no se puede vivir anclado en el pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Grumio está obsesionado… y va muy despistado. —Por lo visto acababa de tocar un antiguo desacuerdo profesional entre los payasos—. El humor no se subasta. Todo eso ha desaparecido. Es posible que antaño

existiera la edad de oro de la comedia, en la que los materiales eran sagrados y cualquier cómico podía amasar una fortuna rifando el precioso pergamino de pornografía antigua y viejos retruécanos del tatarabuelo. Pero actualmente cada día necesitas un argumento nuevo. La sátira ha de ser tan fresca como una caja de ostras. Los gastados chistes de ayer no provocan una sola risa en el escenario cosmopolita del presente.

—Dime, en el caso de que heredaras una antología de chistes antiguos, ¿la tirarías a la basura? —Tuve la sospecha de que iba por buen camino y me devané los sesos por recordar detalles de la conversación que había sostenido con Grumio—. ¿Estás diciendo que no debo creerme la magnífica retórica que utiliza tu compañero de tienda para referirse al antiguo y hereditario oficio de hazmerreír, al bufón profesional, que se valora según su repertorio? ¿No debo creer en las viejas ocurrencias que puedes vender si estás en las últimas?

—¡Pura basura! —exclamó Tranio.

—Más que ingenioso has sido breve.

—Falco, ¿de qué le han servido a Grumio sus relaciones familiares? Si hasta yo he tenido más éxito gracias a una inteligencia despierta y a mis cinco años de aprendizaje, en los que hice de telonero en el Circo de Nerón antes de que comenzaran los espectáculos de los gladiadores.

—¿Te consideras superior a Grumio?

—Falco, no se trata de lo que yo considere o deje de considerar, sé que lo soy. Grumio podría ser tan bueno como se lo proponga, pero tendría que dejar de quejarse de la degradación de los niveles teatrales, aceptar lo que realmente demanda el público y olvidar que su padre y su abuelo sobrevivían con unos pocos chistes de mala muerte, la imitación de una granja y cuatro juegos malabares. Por todos los dioses, para no hablar sobre esos bocadillos terribles acerca de los extraños forasteros: ¿sabes por qué las calles romanas son rectas interminables? —bromeó Tranio seriamente y remedó a todos los cómicos callejeros de los que yo había huido como de la peste—. ¡Para impedir que los vendedores tracios monten tenderetes de comida caliente y fría en las esquinas! Y, por si esto fuera poco, las burdas indirectas: ¿qué le dijo la vestal al eunuco?

Parecía un buen chiste, pero Tranio calló porque se vio obligado a tirar del camello, que pretendía cruzar la carretera. No quise poner en evidencia mi mal gusto preguntándole cuál era la respuesta.

La carretera descendía ligeramente y más adelante avistamos una brusca interrupción en el paisaje reseco, el corte que anuncia Damasco, oasis que pende del borde del desierto cual un próspero puerto a orillas de un inmenso mar estéril. Por doquier vimos vehículos que se dirigían al antiguo bote de miel. En cualquier momento Grumio se acercaría para reunirse con su presunto amigo o Tranio me abandonaría.

Había llegado la hora de presionar sin piedad.

—Volvamos a Heliodoro. Lo considerabas un escritor mediocre, con menos genio que una vieja lámpara. ¿Por qué Grumio y tú estabais a partir un piñón con él y permitisteis que el muy cabrón os fastidiara con horrorosas deudas de juego?

Me percaté de que había tocado un punto sensible. Sólo me faltaba deducir dónde le dolía.

—Falco, ¿quién te lo ha dicho?

Tuve la impresión de que Tranio palidecía bajo la cabellera lisa que caía sobre sus sagaces ojos oscuros. Su tono también fue sombrío y transmitía cierta peligrosidad difícil de interpretar.

—Es voz popular.

—¡El pueblo miente! —La palidez se trocó súbitamente en rubor, como el de quien está desesperado por la fiebre de las marismas—. Casi nunca apostábamos dinero. Jugar a los dados con Heliodoro era una temeridad. —Casi daba la sensación de que los payasos conocían las trampas del dramaturgo—. Jugábamos por fruslerías, por prendas sin importancia.

—En ese caso, ¿por qué te has salido de tus casillas? —quise saber.

Tranio estaba tan enojado que en un contenido rapto de ira logró dominar a su camello. Tiró violentamente de la brida, lo obligó a darse la vuelta y galopó hasta el final de la caravana.

OceanofPDF.com

LIII

Damasco se jactaba de ser la más antigua ciudad habitada del mundo. Hacía falta alguien de inmensa memoria para poner en duda semejante afirmación. Como había dicho Tranio, ¿a quién le interesa vivir por toda la eternidad? Para colmo, las pruebas estaban a la vista: hacía siglos que Damasco practicaba sus perversos sistemas y se conocía todas las triquiñuelas. Sus cambistas eran celebérrimos. Entre los tenderetes de piedra que poblaban su pintoresca cuadrícula viaria había más embusteros, malversadores y ladrones que en cualquier otra ciudad que yo hubiese visitado. Era eminentemente famosa y próspera. Sus pintorescos habitantes practicaban una sorprendente variedad de maldades. Como romano me sentí a mis anchas.

Se trataba de la última ciudad de nuestra gira por Decápolis y tenía que ser la joya de la colección. Al igual que Canata, estaba aislada de las demás ciudades, pero en este caso el alejamiento era una cuestión de distancias más que de atmósfera. No se trataba de un superpoblado baluarte que daba a hectáreas y más hectáreas de yermas extensiones, por mucho que en varias direcciones hubiera desiertos. Lisa y llanamente, Damasco palpitaba con su poderío, su comercio y su propia seguridad.

Presentaba los rasgos distintivos más frecuentes en Decápolis. Fundada en un próspero oasis en el que río Barada discurría por una garganta abierta en la larga cadena montañosa, sus sólidas murallas y las atalayas estaban rodeadas por una amplia zona de prados y agua. En el emplazamiento de la antigua ciudadela intramuros había un modesto campamento romano. El acueducto transportaba agua a los baños públicos y a las residencias privadas. Como terminal de la antigua y celosamente salvaguardada ruta comercial nabatea que salía del mar Rojo y cruce de carreteras principales, estaba bien surtida de mercados y caravasares. En su condición de ciudad griega, contaba con su propia planificación urbana y con instituciones democráticas. Como adquisición romana, disponía de un amplio programa de edificación municipal, centrado en el grandioso plan de convertir el enclaustramiento del culto local en un inmenso santuario en

honor de Júpiter, santuario que se situaría en un recinto desmesuradamente grande y sobrecargado con columnatas, arcos y puertas monumentales.

Entramos en Damasco por el este, a través de la puerta del Sol. La algarabía nos asaltó en el acto. Después del desierto, eran desconcertantes los gritos de los vendedores callejeros, que semejaban animales de rapiña, así como el jaleo de las guasas y los trueques. De todas las ciudades que la compañía había visitado, ésta era la más parecida a la ambientación de una dinámica obra griega, un sitio donde se regalaban recién nacidos, se robaban tesoros, los esclavos huidos acechaban detrás de cualquier columna y las rameras casi nunca alcanzaban la edad del retiro. Indudablemente en esta ciudad las esposas mundanas regañaban a sus debilitados maridos por no dar la talla en el lecho, los hijos díscolos embaucaban a sus temblequeantes padres, y las hijas sumisas eran raras aves. Con toda probabilidad, cualquiera que se hiciese pasar por sacerdotisa había hecho carrera preparando vírgenes para que fuesen desfloradas por los soldados libres de servicio en un húmedo burdel contiguo al muelle y más valía evitar a toda la que reconocía ser una madama por si acaso resultara ser tu abuela, desaparecida allá lejos y hace tiempo…

Desde la puerta del Sol hasta la puerta de Júpiter —situada en el otro extremo de la ciudad— discurría la Vía Recta, calle bautizada por un topógrafo con sentido del humor. Era una arteria que se las traía. No se trataba del sitio ideal donde alquilar una habitación tranquila para dedicar una semana a la contemplación y el conocimiento del alma. Tendría que haber sido el majestuoso eje de la ciudad pero, por singular que parezca, le faltaba grandeza. En léxico romano era el Decumano Máximo, pero trazaba diversos contoneos degradantes para rodear altozanos e incómodos edificios antiguos. Se trataba de la línea fundacional de lo que tendría que haber sido la clásica cuadrícula viaria griega. Frente a este ejemplo, a Hipódamo de Mileto —que había establecido los principios de la elegante planificación urbana— se le habría atragantado la cena.

Esa calle era el caos por excelencia y se caracterizaba por un bosque de columnas que sostenían los toldos de tela. En medio del intenso calor que no tardaba en acumularse bajo el pesado entoldado a medida que el sol cumplía su trayectoria, los negociantes oficiales trabajaban en sus tiendas de sólida construcción. También existían numerosos tenderetes ilegales que, en desordenadas hileras, ocupaban casi todo el ancho de la calle. A cualquier edil romano le habría dado un ataque de apoplejía. Habría sido

imposible controlar ese caos irreverente. Poco después del alba el tráfico se paraba y la gente hacía un alto para sostener conversaciones interminables, inamoviblemente plantada en medio de la calzada.

Aferramos posesivamente las bolsas con el dinero, formamos un corro, intentamos avanzar a través del atasco generalizado y nos sentimos agobiados por el estrépito. Nos asaltaron los aromas fascinantes de las enormes pilas de especias y entrecerramos los ojos ante el relumbrón de los dijes que colgaban de cintas en los tenderetes. Tuvimos que agacharnos para esquivar las pacas de finos tejidos que lanzaron al desgaire. Miramos boquiabiertos la diversidad de esponjas, joyas, higos, panales enteros, cacharros para la casa, altos candelabros, cinco tonos de *henna* en polvo y siete variedades de frutos secos. Nos empujaron de aquí para allá. Individuos que arrastraban carretillas nos obligaron a pegarnos a las paredes. Los miembros de nuestro grupo que se quedaron mirando una ganga exótica —una chuchería de cobre, alabeada y con pitorro oriental— fueron presas del pánico cuando se giraron un segundo y nos perdieron de vista entre el gentío que se abría paso a empellones.

Huelga decir que casi recorrimos de punta a punta esta caótica calle. El teatro en el que Cremes había hecho la reserva estaba en un extremo, ligeramente al sur de la arteria principal, cerca de la puerta de Júpiter. Se encontraba cerca de los puestos de los vendedores de ropa usada, en el sector que la gente llamaba ecuánimemente el mercado de pulgas.

Puesto que tendríamos el honor de actuar en el teatro monumental erigido por Herodes el Grande, podíamos convivir con unas pocas pulgas.

No logramos averiguar qué hizo Cremes para sacar aquel as de debajo de la manga. Dio a entender sin muchas complicaciones que todos subestimábamos su capacidad como organizador, cerró el pico con altanería y se negó a dar explicaciones.

Dejó de importarnos en cuanto averiguamos a qué precio se pagaban las localidades de teatro en Damasco y empezamos a venderlas. En ese momento nuestro ánimo subió como la espuma. Estábamos en un buen sitio (para variar) y llenar el auditorio no supuso ningún esfuerzo. En esta colmena pletórica de compradores y vendedores, la gente pagaba las entradas a toca teja sin pararse a pensar en el repertorio. Los damascenos se enorgullecían de hacer buenos negocios y, en cuanto se libraban de las mercancías en que eran expertos, la mayoría se convertía en seres de trato afable. Aquí la cultura era otra faceta de la venta al detalle. Muchísimos

agentes comerciales deseosos de impresionar a sus clientes compraban billetes para agasajarlos, sin molestarse en averiguar qué había en cartelera. La hospitalidad comercial es un invento genial.

Durante un par de días convinimos en que Damasco era una ciudad maravillosa. Cambiamos de opinión en cuanto los habitantes se percataron de que los cambistas les habían dado el pego y en cuanto una o dos bolsas desaparecieron en las callejuelas que salían de las arterias principales. Una mañana yo salí y compré de regalo para mi madre una copiosa cantidad de mirra; en cuanto volví Musa la olió y, apesarado, me comunicó que era bedelio, una resina aromática mucho menos pura que se vendía a un precio mucho menos aromático. Volví al tenderete para protestar, pero el encargado había desaparecido.

Teníamos reserva en el teatro para tres noches. Cremes se decantó por las obras que consideraba las joyas de nuestro repertorio: *Los hermanos piratas*, una farsa sobre los dioses fornicadores y *La muchacha de Mícono.* Esta última era un refrito pergeñado por Heliodoro poco antes de morir: tal vez tendría que haberse muerto de vergüenza. «Se basaba aproximadamente» en la serie de comedias *La muchacha de…,* señuelo para los mercaderes libidinosos que habían dejado a sus esposas en casa para ir de juerga a la gran ciudad. La mencionada comedia incluía todo lo que le faltaba a las de Samos, Andros y Perinto: Grumio se caía haciendo el truco de la escalera, Birria aparecía vestida pero interpretaba una danza reveladora en la que simulaba que se volvía loca y las chicas de la orquesta tocaban con los senos al aire. (Plancina reclamó que le abonaran una compensación después de pillarse un pezón con las castañuelas.)

Las elecciones de Cremes desataron protestas. Lo cierto es que nuestro director y empresario no entendía nada de nada. Sabíamos que esas obras no eran las adecuadas y, después de pasar una mañana mascullando, el resto de la compañía —encabezado por mí como experto literario— se reunió para deshacer el entuerto. Decidimos poner en escena *La muchacha de Mícono,* que sin duda daba buenos resultados en una mala ciudad, y descartamos las otras dos. Por votación democrática escogimos *La cuerda,* con su popular tira y afloja bélico, y una obra que a Davos le gustaba porque le permitía pavonearse en el papel de soldado presumido. Es probable que Filócrates —tan pagado de sí mismo y tan dependiente de la adulación pública— se hubiera quejado de que su papel en la última obra era ínfimo, pero tuvo que ocultarse en su tienda porque vio una mujer a la

que había seducido durante nuestra visita a Pela en compañía de un pariente musculoso con cara de que sólo tenía una idea fija.

Y ése era el problema de Damasco: todo los caminos desembocaban en la ciudad.

—Y dentro de tres días todos los caminos saldrán de Damasco —me recordó Helena—. Marco, ¿qué haremos?

—No lo sé. Reconozco que no nos trasladamos a Oriente para pasar el resto de nuestra vida en una compañía dramática de pacotilla. Ganamos lo suficiente para vivir… pero no alcanza para hacer un alto en el camino y tomar vacaciones y, desde luego, no basta para pagar nuestro viaje de regreso a Roma si Anacrites no le da el visto bueno.

—Marco, yo podría hacerme cargo de los gastos de viaje.

—En cuyo caso yo perdería la dignidad.

—No es para tanto.

—Está bien, puedes pagar los billetes, pero antes intentaré cumplir al menos un encargo.

Conduje a Helena por las calles de Damasco. Me cogió del brazo sin protestar. La mayoría de las mujeres de su categoría se habrían horrorizado al adentrarse sin litera ni guardaespaldas en el barullo público de una metrópoli extranjera, ruidosa e indecorosa. Muchos damascenos la miraron con notorio recelo por su osadía. Pese a ser hija de un senador, Helena siempre había tenido un sorprendente sentido del decoro. Si yo estaba con ella no necesitaba nada más. No se sentía incómoda ni se asustaba.

Súbitamente las dimensiones y la animación de Damasco me recordaron las normas que habíamos dejado en Roma, normas que Helena también transgredía en su ciudad natal… que para eso lo era. En Roma estaba de última moda el comportamiento escandaloso de las féminas de familias patricias. Crear dificultades a los parientes de sexo masculino se había convertido en excusa para todo. Las madres se sentían obligadas a educar a sus hijas para que fuesen rebeldes. Y las hijas se regodeaban, se lanzaban a los brazos de los gladiadores, se unían a extrañas sectas o se convertían en prominentes intelectuales. En contraste, los vicios a los que los chicos tenían acceso parecían aburridos.

Por mucho que ésta fuera la situación, largarse a convivir con un investigador privado fue una decisión más rupturista que la mayoría de las otras opciones. Helena Justina tenía buen gusto en lo que a hombres se

refiere, pero era una mujer insólita. Y en ocasiones yo olvidaba hasta qué punto podía ser sorprendente.

Paré en la esquina, atenazado por la necesidad de comprobar cómo se encontraba mi chica. La rodeaba firmemente con un brazo para protegerla del ajetreo. Ladeó la cabeza para mirarme con expresión inquisitiva. La estola dejó de cubrirle el rostro y el borde se enredó en su pendiente. Aunque intentaba separar los delgados hilos de oro, Helena me escuchó cuando dije:

—Tú y yo llevamos una vida extraña. A veces tengo la sensación de que, si te cuidara correctamente, me ocuparía de que estuvieses en un sitio más adecuado.

Helena se encogió de hombros. Se mostraba paciente ante mis incesantes intentos de volverla más convencional. Soportaba bien la pomposidad siempre y cuando se tratara de un pariente próximo que la manifestaba con una picara sonrisa.

—Me gusta mi vida. Estoy con un hombre interesante.

—¡Muchas gracias! —Me eché a reír. Tendría que haber sabido que Helena me desarmaría, pero todavía se las apañaba para cogerme desprevenido—. Claro que no durará por siempre jamás.

—Así es —coincidió solemnemente—. Algún día te convertirás en un estirado burócrata de clase media que cada mañana se cambia de toga. Durante el desayuno hablarás de economía y sólo tomarás lechuga para almorzar. Y yo tendré que quedarme en casa, con la cara metida en un saco de harina muy grueso, repasando sin cesar las facturas de la lavandería.

Me costó reprimir la risa.

—¡Qué alivio! Temí que quisieras poner pegas a mis proyectos.

—Marco, yo nunca pongo pegas. —Me tragué la risa. Helena añadió pensativa—: ¿Tienes morriña?

Probablemente la tenía, pero mi amada sabía que jamás lo reconocería.

—Todavía no puedo volver. Detesto dejar los casos sin resolver.

—¿Cómo te propones resolverlos?

Me chiflaba la confianza que depositaba en mí.

Afortunadamente había dispuesto los medios para esclarecer, como mínimo, uno de los encargos. Señalé la pared de una casa y le mostré el astuto artilugio que había inventado. Helena lo examinó.

—La escritura de Congrio va cada vez mejor.

—Tiene buenos maestros —repliqué para transmitirle que yo sabía quién le enseñaba.

Congrio había redactado el cartel de costumbre, en el que se anunciaba que esa noche representaríamos *La cuerda*. Junto al cartel teatral había escrito otro anuncio:

HABIB
(visitante de roma) mensaje urgente: pregunta por falco
en el teatro de herodes
el contacto inmediato será
ventajoso para ti

—¿Responderá? —inquirió Helena, que era muy cauta.

—No te quepa la menor duda.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque Talía dijo que es un hombre de negocios y pensará que el anuncio es una promesa de dinero.

—¡Así me gusta! —exclamó Helena.

OceanofPDF.com

LIV

Los individuos de nombre Habib que se presentaron en el teatro y preguntaron por Falco eran variopintos y sórdidos… lo cual estaba en consonancia con mi trabajo. Los estaba esperando. Les hacía varias preguntas a las que podían responder por pura deducción y a continuación me lanzaba al planteo crucial:

—¿Visitaste la casa de fieras imperial que se encuentra en el Esquilino?

—Sí, claro.

—¡Qué interesante! —Debo decir que la casa de fieras se encuentra fuera de la ciudad, junto al campamento pretoriano. Hasta en Roma hay muchas personas que lo ignoran—. No me hagas perder más tiempo con mentiras. ¡Fuera de aquí!

A la larga le cogieron el tranquillo y enviaron a sus compinches para que respondieran que no a la pregunta clave. Un listillo realmente descarado intentó engañarme con la frase secular «puede que sí y puede que no». Empezaba a desesperar de mi estratagema cuando por fin dio resultado.

La tercera noche, un grupo de los nuestros nos mostramos muy interesados en colaborar con el vestuario y ayudamos a las instrumentistas a desvestirse para sus estelares papeles, semidesnudas, en *La muchacha de Mícono.* En el mejor momento apareció alguien que preguntó por mí. Sin saber a qué carta quedarme entre la belleza y el deber, finalmente opté por salir.

El enano que tal vez pudiera ayudarme a cumplir el encargo de Talía llevaba una larga camisa a rayas. Lucía una inmensa faja de cuerda que rodeaba varias veces su cuerpo enclenque. Tenía un ojo vago, facciones de lelo y mechones de fino cabello que tachonaban su cabeza cual una vieja alfombra que se desgasta deprisa. Aunque con estructura física de joven, su rostro era de persona madura, enrojecido por el oficio de fogonero o por el miedo cerval a que lo pillaran en cualquiera de sus trastadas habituales.

—¿Eres Habib?

—No, señor.

¡Vaya, eso sí que era toda una novedad!

—¿Te envía Habib?

—No, señor.

—¿Te sientes cómodo hablando en griego? —pregunté secamente, pues su conversación me parecía muy limitada.

—Sí, señor.

Le habría dicho que podía saltarse el «señor» a la torera, pero nos habría enmudecido y nos habríamos mirado como dos críos el primer día de clase.

—Habla de una buena vez. Me necesitan en el escenario como apuntador.

Me moría de ganas de verle las tetitas a la tocadora de zampoña que, al parecer, eran casi tan alarmantemente perfectas como los saltarines atributos de cierta bailarina con cuerdas con la que me había entretenido en mis tiempos de solterón. Por motivos puramente nostálgicos deseaba hacer una evaluación crítica… y, si era posible, tomar medidas.

Me pregunté si el visitante se había presentado para gorronear una entrada. Como es obvio, habría accedido con tal de largarme y volver al teatro. Claro que, como mangante, era penosamente lento, así que le facilité el trámite:

—Mira, si quieres una entrada, aún quedan uno o dos sitios libres en el gallinero. Si te apetece, puedo arreglarlo.

—¡Caramba! —El enano parecía sorprendido—. ¡Sí, señor!

Le entregué una ficha de hueso que saqué de la bolsa que colgaba de mi cinturón. Los chillidos y las exclamaciones que oímos a nuestras espaldas procedían del teatro y me indicaron que las chicas de la orquesta habían salido a escena. El visitante no se movió.

—¿Todavía estás aquí?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—El mensaje.

—¿Qué pasa con el mensaje?

—Vengo a buscarlo.

—Pero si tú no eres Habib.

—Habib se ha ido.

—¿A dónde?

—Al desierto.

¡Benditos dioses! Ese maldito país era puro desierto. No estaba de humor para rastrillar las arenas de Siria en busca del esquivo hombre de negocios. En el resto del mundo había caldos que probar, raras obras de arte que coleccionar, exquisitos alimentos que birlar a los bufones que están forrados… y, a la vuelta de la esquina, mujeres a las que contemplar.

—¿Cuándo se fue?

—Hace dos días.

Me lo merecía. En Canata tendríamos que haber seguido de largo.

Nada de eso, si nos la hubiéramos saltado, seguro que el cabrón vivía en Canata. Como de costumbre, el destino me era adverso. Si alguna vez decidían ayudarme, podía contar con que los dioses extraviarían el mapa y se perderían al bajar del Olimpo.

—Veamos… —Respiré hondo y volví a probar suerte con ese diálogo escueto e improductivo—. ¿Por qué se fue?

—Para recuperar a su hijo. Jaled.

—¡Un momento! Has dado dos respuestas a una pregunta y todavía no te he hecho la segunda.

—¿Qué?

—¿Cómo se llama su hijo?

—¡Se llama Jaled! —replicó mosqueado el carirrojo proyecto de cuajo.

Lancé un suspiro.

—Dime, ¿Jaled es joven, apuesto, rico, porfiado y totalmente insensible a los deseos y las ambiciones de su ultrajado progenitor?

—¡Se ve que lo conoces!

Ni falta que me hacía. Llevaba varios meses adaptando obras plagadas con aburridas versiones del mismo personaje. Todas las noches veía a Filócrates quitarse diez años de encima, ponerse la peluca roja y meterse algunos pañuelos en el taparrabos para representar al fornido delincuente juvenil.

—¿Y dónde se las da de seductor?

—¿Quién, Habib?

—Habib o Jaled, ¿qué más da?

—En Tadmor.

—¿En Palmira? —pregunté usando el nombre romano de la ciudad.

—Sí, en Palmira.

En ese caso el enano no había faltado a la verdad. Palmira se encontraba realmente en el desierto. Yo había jurado evitar este desagradable rasgo geográfico de Siria porque soy muy quisquilloso. Mi difunto hermano militar había contado bastantes anécdotas sobre escorpiones, sed, tribus belicosas, infecciones letales a causa de pinchazos con espinas y hombres que deliraban mientras los sesos les hervían en los cascos a causa del calor. Festo había narrado hechos espeluznantes… tan espeluznantes como para descorazonarme.

Tal vez el enano y yo hablábamos de otra familia.

—Respóndeme a la siguiente pregunta: ¿el joven Jaled tiene una amiguita?

El lelo de la camisa larga se puso en guardia. Acababa de toparme con un escándalo. No es tan raro. Al fin y al cabo, es la historia sempiterna y, a la larga, el muy imbécil lo admitió con regocijo e intriga.

—¡Ah, sí! Por eso Habib ha ido a buscarlo.

—¡Era previsible! ¿Papá no está de acuerdo?

—¡Está que trina!

—No te preocupes, lo sé todo. La chica es instrumentista y, aunque posee cierta elegancia romana, tiene tanta alcurnia como un mosquito, carece de relaciones y no tiene un cobre.

—Eso dicen… ¿Dónde está mi dinero?

—Nadie te prometió dinero.

—Entonces quiero el mensaje para Habib.

—De eso, nada. Obtendrás una generosa recompensa —afirmé y le entregué arrogantemente una moneda de cobre—. Has recibido una entrada para ver a las bailarinas casi en porretas. Debido a que has erizado mis delicados oídos con esta historia escandalosa, ahora tendré que ir a Palmira para transmitir personalmente el mensaje a Habib.

OceanofPDF.com

Tercer acto: PALMIRA

Finales de verano en un oasis. Las palmeras y los granados se apiñan elegantemente alrededor de un manantial de aguas que parecen turbias. Varios camellos deambulan a medida que una caravana poco respetable se acerca a la escena…

SINOPSIS: *Falco,* personaje descarado y de baja estofa, llega a la graciosa ciudad de Palmira en compañía de los *actores ambulantes.* Ha averiguado que *Sofrona* —la organista huida y largamente buscada— tiene una aventura con *Jaled,* parásito rico cuyo padre se ha cabreado. Si es necesario, Falco apelará a cualquier ardid con tal de esclarecer los hechos. Entretanto, el peligro surge de un sector inesperado cuando el drama que se desarrolla en el escenario se torna más real de lo que esperaban los intérpretes…

OceanofPDF.com

LV

Mi hermano Festo había sido realista cuando aseguró que allí los peligros acechaban por doquier. Sin embargo, Festo había estado en las legiones romanas, por lo que se había perdido algunas costumbres peculiares. Por ejemplo, en el desierto todo se basa en la «hospitalidad» hacia los forasteros, por lo que nada es gratis. A Festo se le olvidaron mencionar minucias como «la contribución voluntaria» que tuvimos que dar por narices a los palmirenos que nos ofrecieron «protección» para atravesar el desierto. Cruzarlo sin escolta habría sido suicida. Existían reglas. Roma había encomendado al mandamás de Palmira que vigilara las rutas comerciales, pagando de sus arcas bien provistas a los milicianos, como correspondía a un hombre rico con conciencia cívica. Por consiguiente, el mandamás ponía la escolta y los que disfrutaban de este servicio se sentían obligados a manifestar una inmensa gratitud. Los que lo rechazaban se exponían a pasar un mal trago.

Las patrullas regulares de protección nos aguardaban pocos kilómetros al norte de Damasco, donde la carretera se bifurca. Haraganeaban a la vera del camino y, en cuanto cogimos el giro a la derecha en dirección a Palmira, se ofrecieron como guías y dejaron que dedujésemos, por nuestra cuenta y riesgo, cuáles serían las consecuencias si nos negábamos. En solitario nos convertiríamos en blanco fácil de los merodeadores de las tribus. Y si los miembros de las tribus no sabían nada de nuestra presencia, la escolta rechazada no tardaría en señalarnos con el dedo. Debía de hacer mil años que en el desierto funcionaba este chanchullo y no era probable que un reducido grupo teatral que acarreaba equipaje pesado desbaratase la risueña tradición de la extorsión. Pagamos. Como todos los demás, sabíamos que llegar a Palmira sólo era una parte del problema porque, una vez allí, también querríamos regresar.

No era la primera vez que me acercaba a los confines del imperio. Incluso había atravesado sus límites cuando no tenía nada mejor que hacer que arriesgar mi vida en una misión descabellada. A medida que nos dirigíamos al este y nos internábamos en Siria, me di cuenta de que nunca había experimentado con tanta fuerza la sensación de que nos veríamos las

caras con bárbaros desconocidos. En Britania o en Germania sabes qué hay más allá de la frontera: más britanos o germanos de naturaleza demasiado impetuosa para conquistarlos, cuyas tierras son excesivamente difíciles de cercar. Más allá de Siria, que ochenta kilómetros tierra adentro se convierte en territorio ignoto, se encuentran los inconquistables partos. Allende existen legendarias extensiones de territorio inexplorado, reinos misteriosos de los que proceden artículos exóticos transportados por individuos reservados y acarreados a lomos de extrañas bestias. Palmira es el fin de nuestro imperio y el final de la larga carretera que va de ellos a nosotros. Nuestras vidas y las de ellos se encuentran en un mercado que sin duda es el más exótico del mundo. Ellos traen jengibre, especias, hierro, tinta, piedras preciosas y, sobre todo, seda; a cambio les vendemos cristal, ámbar del Báltico, piedras para camafeos, *henna,* amianto y animales para sus casas de fieras. Para un romano, lo mismo que para un indio o un chino, Palmira es lo más lejos que puede llegar.

Teóricamente tenía la lección bien aprendida. Había leído mucho, con las limitaciones propias de la educación de un chico pobre, aunque había tenido acceso a las bibliotecas de los muertos que acababan en las subastas de mi padre. Además, conmigo viajaba una chica sorprendentemente cultivada. Lo que su padre podía proporcionar a Helena jamás había tenido límites. Décimo Camilo había permitido que su hija pidiera obras literarias… con la esperanza de que, en cuanto pillara la nueva caja con los pergaminos y se los zampara en una noche, ocasionalmente él también podría echarles una ojeada. Yo sabía lo que pasaba en Oriente porque mi padre se había dedicado a estudiar el comercio de artículos de lujo. Helena lo sabía porque todo lo que fuera insólito la fascinaba. Y al aunar nuestros conocimientos, Helena y yo quedábamos prevenidos de casi todo lo que podíamos encontrar. Empero, antes de emprender el viaje llegamos a la conclusión de que tal vez la mera teoría no era preparación suficiente para la auténtica Palmira.

Había convencido a la *troupe* de que nos acompañara. Muchos manifestaron su curiosidad en cuanto se enteraron de que dar con Sofrona era posible. Los tramoyistas y los músicos no querían dejarme partir mientras nuestro asesino campara por sus respetos. El largo trayecto por el desierto nos ofrecía una última oportunidad de obligarlo a revelar su identidad. El plan de Cremes de desplazarse tranquilamente hasta Emesa fue rechazado por amplia mayoría. Ni los gigantescos molinos de agua a

orillas del Orontes ni la famosa decadencia de Antioquía ejercían el atractivo del pelado desierto, de los mercados de sedas exóticas y la promesa de la resolución de nuestros misterios.

Ya no me cabían dudas de que había hallado algunas soluciones. Había conseguido la señas en Palmira del empresario cuyo hijo se había fugado con la organista. Estaba convencido de que, si daba con Sofrona, también me las apañaría para devolvérsela a Talía. Daba la impresión de que Habib estaba empeñado en que así fuese. Si el sirio lograba separarla de su amiguito, Sofrona aceptaría de buen grado mi ofrecimiento de volver a ocupar su puesto en Roma.

En lo que al asesino se refiere, tenía la certeza de que le pisaba los talones. Puede que, mentalmente, ya hubiese resuelto quién era. Por cierto, mi lista de sospechosos se había reducido a dos nombres. Aunque podía aceptar que uno había escalado la montaña con el dramaturgo sin que nadie lo viese, me parecía imposible que se hubiese cargado a Ione. Por lo tanto, aparentemente sólo quedaba el otro como principal sospechoso… a menos que en algún sitio descubriera una mentira.

Cuando montábamos el campamento entre las colinas pardas y onduladas en las que el viento gemía agoreramente sobre las faldas arenosas, a veces me sentaba a pensar en el asesino. Aún no estaba en condiciones de mencionar su nombre ni siquiera a Helena. Sin embargo, durante aquel recorrido me permití ponerle rostro.

Nos habían dicho que el viaje a Palmira duraba cuatro días. Es el tiempo que habría tardado nuestra escolta, a lomos de camello, sin el estorbo de los carros con los accesorios y las tribulaciones y los contratiempos de los aficionados quejicas. En primer lugar, insistimos en viajar con nuestros vehículos. Los palmirenos hicieron lo posible y lo imposible para convencernos de que abandonáramos nuestros vehículos de ruedas. Temimos que se tratara de un ardid para que sus camaradas asaltaran las carretas en cuanto las aparcáramos y nos alejásemos. Al final aceptamos que su insistencia tenia fundamento. Deseaban prestarnos un buen servicio a cambio de lo que habíamos pagado. Los bueyes y los mulos tardan mucho más que los camellos en atravesar el desierto. Portan menos peso y están sometidos a más tensiones. Nuestros guías añadieron generosamente que en Palmira tendríamos que hacernos cargo de un punitivo impuesto por cada vehículo que quisiéramos introducir en la ciudad.

Replicamos que, como no éramos comerciantes, dejaríamos nuestros vehículos en las afueras de la ciudad. Nuestra escolta pareció apenarse. Explicamos que sería muy difícil cargar en un camello dos umbrales escénicos enormes, puertas incluidas, más la rueda rotatoria de la máquina elevadora que permitía que los dioses volasen. Precisamos que nos negaríamos a emprender el recorrido si no podíamos utilizar nuestros transportes habituales para acarrear nuestros peculiares arreos. Al final los miembros de la escolta menearon la cabeza y se rindieron ante nuestra pertinaz locura. Incluso parecieron enorgullecerse de escoltar a un hato de excéntricos.

De todos modos, hay que reconocer que su insistencia tenía sentido. No tardamos en empezar a quejarnos de la lentitud mientras los carros traqueteaban por esa carretera perdida en medio de un calor opresivo. Algunos nos salvamos de tener que hacer la dolorosa elección entre cuatro días de sufrimiento a lomos de un camello o cuatro días de ampollas cada vez más grandes mientras guiábamos el camello a pie. A medida que el recorrido se prolongaba y éramos testigos de los padecimientos de nuestros animales de tiro, la opción más veloz se tornaba cada vez más en la que tendríamos que haber elegido. Los camellos preservan la humedad porque dejan de sudar… seguramente es su único acto de moderación en lo que atañe a las funciones corporales. Los bueyes, los mulos y los burros estaban tan agotados como nosotros. Podían hacer ese recorrido, pero lo detestaban… como nosotros. Con un poco de cuidado, era posible conseguir agua suficiente para sobrevivir. Aunque salada y desagradable, nos permitía seguir vivos. Para un romano se trata del tipo de experiencia que has de tener aunque sólo sea para recordar que en tu civilizada ciudad la vida es infinitamente superior.

El desierto era tan tedioso como incómodo. El vacío de las infinitas mesetas de color pardo sólo quedaba interrumpido por un chacal del mismo color que se escabullía furtivamente a ocuparse de sus asuntos o por el vuelo lento y en círculo de un buitre. Si divisábamos un lejano rebaño de cabras cuidado por una figura solitaria, esa vislumbre de humanidad nos producía asombro en medio del yermo. Cuando nos cruzábamos con otras caravanas, los camelleros de escolta se saludaban y charlaban entusiasmados, pero nosotros, los viajeros, nos cubríamos con las túnicas y adoptábamos el comportamiento furtivo de los desconocidos cuyo único interés común se refiere a las quejas sobre los escoltas… tema que

debíamos evitar. Asistimos a gloriosos crepúsculos seguidos por noches iluminadas por las estrellas. Pero eso no compensó los días que tuvimos que enrollar cada vez más fuerte los tocados para protegernos del polvo urticante que un viento perverso arrojó sobre nuestros rostros, ni las horas que perdimos golpeando nuestro calzado contra las rocas o sacudiendo la ropa de cama para cumplir con el ritual matinal y vespertino de la búsqueda del escorpión.

Calculamos que estábamos a mitad de camino cuando ocurrió un desastre. Los rituales del desierto ya se habían vuelto rutinarios, pero todavía no estábamos a salvo. Remedábamos la mecánica de acatar los consejos que nos daban los lugareños, pero carecíamos del instinto y de la experiencia que protegen de verdad.

Exhaustos, nos habíamos detenido para montar el campamento. El sitio no era más que un alto en la carretera, al que los nómadas se acercaban para vender pellejos de agua procedente de una distante salina. Aunque el líquido elemento sabía mal, los nómadas no tenían dificultades en venderla. Recuerdo unas pocas matas de arbustos achaparrados y espinosos, de los cuales salió revoloteando un pequeño pájaro de sorprendentes colores, puede que una especie de pinzón del desierto. Atados en cualquier parte estaban los habituales camellos solitarios, que no tenían un propietario definido. Los rapaces ofrecían dátiles. Un anciano de encantadores modales vendía infusiones de hierbas, muy calientes, que llevaba en una bandeja que colgaba de su cuello mediante una cuerda.

Musa encendió el fuego mientras yo desenjaezaba a nuestro fatigado buey. Helena estaba junto a nuestra tienda recién montada y sacudía las alfombras como Musa le había enseñado —las separaba de nuestro equipaje una por una y las desenrollaba—, aprestándose a amueblar nuestro hogar. Cuando se produjo el desastre, mi amada no gritó, aunque la ecuanimidad y el horror de su tono llegaron hasta mí, que estaba junto a la carreta, y hasta varias personas que se encontraban más lejos.

—¡Socorro, Marco, tengo un escorpión en el brazo!

OceanofPDF.com

LVI

—¡Apártalo suavemente! —dijo Musa con tono apremiante.

Nos había enseñado a espantar escorpiones sin correr riesgos. Helena no se acordaba o estaba paralizada.

Musa dio un salto. Helena estaba rígida. Aún sostenía la manta de la que debió de salir el escorpión y la aterrorizaba la idea de estirar los dedos. En su antebrazo extendido se movía la agorera criatura negra, de medio dedo de longitud, semejante a un cangrejo, con la larga cola erguida en una perversa floritura. Una vez perturbados, los escorpiones son violentamente agresivos.

Salvé los metros que nos separaban con pies de plomo.

—Amor mío…

Llegué tarde.

El escorpión supo que me acercaba. Reconoció su propio poder. No habría podido salvar a Helena ni aunque me hubiese encontrado a su lado cuando el bicho salió de su escondite.

La cola trazó un arco sobre la cabeza. Helena lanzó una exclamación de horror. El aguijón se clavó y el escorpión cayó.

Apenas trascurrieron unos segundos.

Vi que el escorpión correteaba por el suelo y saltaba velozmente, como las arañas. Musa se abalanzó sobre el bicho, gritó frustrado y lo golpeó con una piedra. Sus golpes frenéticos retumbaron mientras yo cogía a Helena en brazos.

—Estoy aquí, a tu lado… —La verdad es que mi presencia no le serviría de mucho si el letal veneno la paralizaba—. ¡Musa! ¡Musa! ¿Qué debo hacer?

El nabateo alzó la cabeza. Su rostro estaba pálido y parecía surcado de lágrimas.

—¡Un cuchillo! —gritó desaforadamente—. Hazle un corte donde la picó. Haz una incisión profunda y aprieta con fuerza…

¡Era imposible! ¡Yo no podía hacerle eso a Helena!

Aparté la manta de su mano, le sostuve el brazo, la acurruqué en mi pecho e intenté que el tiempo retrocediera unos pocos segundos para

ahorrarle esos sufrimientos.

Mis ideas se aclararon. Saqué fuerzas de flaqueza, arranqué uno de los cordones de mis botas y apliqué un torniquete en el brazo de Helena.

—Te quiero —susurró con apremio, como si pensara que era la última vez que podría decírmelo. Helena tenía una idea muy suya de las prioridades. Apoyó el brazo en mi pecho y añadió—: Marco, haz lo que Musa te dice.

A duras penas, Musa había logrado volver a ponerse en pie. Sacó un cuchillo de hoja corta y delgada y de mango oscuro, pulido y decorado con hilo de bronce. Parecía ferozmente afilado. No quise pensar en qué uso le daba un sacerdote de Dushara. El nabateo intentaba entregármelo. Como reculé, Helena le ofreció el brazo a Musa, que retrocedió espantado. Musa era tan incapaz como yo de hacerle daño.

Helena volvió a apelar rápidamente a mí. Tanto ella como el nabateo no me quitaban ojo de encima. Yo era el tío duro y la tarea me correspondía. Y tenían razón. Haría lo que fuera con tal de salvarla porque, por encima de cualquier cosa, era incapaz de perderla.

Musa sostenía el cuchillo del revés, con la punta hacia mí. Nuestro huésped carecía de dotes castrenses. Estiré la mano por encima de la hoja, aferré el gastado mango y giré la muñeca hacia abajo para que no me cortase la mano. Aliviado, Musa soltó bruscamente el arma.

Ya tenía el cuchillo, pero me fallaba el coraje. Recuerdo que pensé que tendríamos que haber llevado un médico. Nada de viajar tan ligeros de equipaje. Daba igual lo que costara. Nos encontrábamos en pleno corazón de la nada y yo estaba a punto de perder a mi amada por carecer de un cirujano. Nunca más la llevaría de viaje, a menos que nos acompañase alguien en condiciones de practicar una intervención quirúrgica, así como un baúl repleto de drogas de boticario y la farmacopea griega completa…

Mientras yo titubeaba, Helena intentó arrebatarme el cuchillo.

—¡Marco, ayúdame!

—No te preocupes —dije escuetamente, aunque con tono colérico. La conduje hasta un bulto de nuestro equipaje, en el que la hice sentarse. Me arrodillé a su lado, la abracé y le besé el cuello. Hablé en voz baja, casi con los dientes cerrados—: Mujer, escúchame. Eres lo mejor de mi vida y haré cuanto pueda por conservarte.

Helena temblaba. Su anterior fuerza de voluntad decreció notoriamente en cuanto me hice cargo de la situación.

—Marco, fui cuidadosa, debí de hacer algo mal…

—No tendría que haberte traído a estas tierras.

—Yo quise venir.

—Quería tenerte a mi lado —confesé.

Le sonreí, nuestras miradas se encontraron con profundo amor y Helena se olvidó de mirar lo que yo hacía. Hice dos tajos en forma de cruz sobre la picadura. Helena emitió un suave sonido, más que nada de sorpresa. Me mordí el labio con tanta fuerza que rasgué la piel.

La sangre de Helena pareció salpicarlo todo. Yo estaba horrorizado. Aún me quedaban cosas que hacer —extraer todo el veneno que pudiera—, pero me flaquearon las fuerzas al ver esas gotas de color rojo brillante que manaron a borbotones. Musa, que no había participado, cayó desmayado.

OceanofPDF.com

LVII

Apretar la herida fue bastante complicado y restañar la sangre resultó aterradoramente difícil. Utilicé las manos porque, como siempre, era lo mejor. Algunas personas se acercaron corriendo. Una chica —me parece que Afrania— me pasó unos trozos de tela. Birria sostenía la cabeza de Helena. Aparecieron varias esponjas. Alguien dio de beber agua a Helena. Otra persona me apretó el hombro para darme aliento. En el fondo oí varias voces de tono apremiante.

Un palmireno se acercó a la carrera. Le pregunté si tenía un antídoto y no me entendió o no lo tenía. ¡Qué desgracia, ni siquiera había una telaraña para cubrir la herida!

Volví a maldecirme por mi falta de previsión y utilicé un ungüento para todo que siempre llevo conmigo antes de vendar el brazo de Helena. Intenté convencerme de que tal vez los escorpiones de esa zona no eran letales. El palmireno pareció murmurar que mi tratamiento era el correcto, lo que me llevó a deducir que consideraba que quizá mi empeño valía la pena. Asentía desaforadamente con la cabeza, como si quisiera convencerme. Me tragué el pánico e intenté creerle.

Oí el siseo de la escoba cuando alguien barrió coléricamente el escorpión muerto hasta quitarlo de nuestra vista. Vi a Helena, tan pálida que estuve a punto de lanzar un alarido de desesperación, mientras se debatía por sonreír y tranquilizarme. De repente la tienda se vació. Unas manos que no vi bajaron los laterales. Retrocedí cuando Birria ayudó a Helena a quitarse las ropas empapadas en sangre. Salí a buscar agua tibia y una esponja limpia.

Un corro pequeño aguardaba en silencio junto a la hoguera. Musa permanecía mudo y ligeramente apartado. Alguien me entregó un cuenco con agua. Nuevamente me palmearon la espalda y me dijeron que no me preocupase. Regresé junto a Helena sin hablar con nadie.

Birria se dio cuenta de que yo quería cuidar de Helena y se retiró discretamente. La oí regañar a Musa. En mi cabeza algo me indicó que probablemente el nabateo necesitaba que lo atendieran.

De repente, mientras la aseaba, Helena sufrió un vahído a causa de la hemorragia. La tumbé y le hablé hasta que recuperó la conciencia. Al cabo de un rato logré ponerle una túnica limpia y la acomodé en medio de alfombras y cojines. Apenas hablamos y nos transmitimos lo que sentíamos a través del tacto.

Demacrada y sudorosa, Helena me observó mientras la limpiaba. Cuando me arrodillé a su lado volvía a sonreír. Me cogió la mano y la apoyó en el grueso fajo de vendas, como si mi calor fuera reparador.

—¿Te duele?

—No mucho.

—Sospecho que te dolerá. —Permanecimos un rato en el más absoluto de los silencios, mirándonos, ya que los dos estábamos conmocionados. Nunca habíamos estado tan próximos—. Quedarán cicatrices. No he podido evitarlo. ¡Ay, amor mío! Tu hermoso brazo…

Helena ya no podría volver a salir con los brazos al descubierto.

—¡Se soluciona con un montón de brazaletes! —murmuró Helena pragmáticamente—. Piensa en lo mucho que te divertirás cuando tengas que elegirlos.

Mi amada me tomaba el pelo y me amenazaba con el pastón que tendría que gastar.

—¡Ha sido un golpe de suerte! —Logré sonreír—. Ya no tendré que romperme la cabeza pensando qué te regalo para las saturnales…

Hacía media hora yo imaginaba que no volveríamos a compartir otras fiestas invernales, pero ahora mi chica intentaba convencerme de que su tenacidad le permitiría salir airosa. Los acelerados y dolorosos latidos de mi corazón recuperaron su ritmo normal mientras conversábamos.

Segundos después Helena susurró:

—No te preocupes.

Aún me quedaban muchas cosas de las que preocuparme.

Mi amada me acarició los cabellos con la mano sana. De vez en cuando noté que tironeaba suavemente de los peores enredos de los rizos sin peinar que, según decía, adoraba. Por enésima vez juré que, en el futuro, cuidaría de mi peinado para que Helena se sintiese orgullosa de que la vieran hablar conmigo. Y por enésima vez rechacé esa idea. Helena no se había enamorado de un tío elegante, emperejilado y perfumado. Me había elegido a mí, que tenía un cuerpo así así, inteligencia suficiente, humor, buenas intenciones y que llevaba media vida ocultando con éxito mis malas

costumbres a las mujeres que me interesaban. Yo no era nada del otro mundo, pero tampoco daba asco.

Me relajé con las conocidas caricias de sus dedos. Poco después, mientras me calmaba, Helena se quedó dormida.

Mi amada seguía durmiendo. Estaba arrodillado junto a ella, con la cara hundida en las manos, cuando un ruido en la entrada de la tienda me llevó a levantar la cabeza. Era Musa.

—Falco, ¿puedo ayudar?

Temeroso de que la despertara, negué enérgicamente con la cabeza. Me di cuenta de que había recogido su cuchillo, que levantó inseguro del sitio donde yo lo dejé caer. Había algo que podía hacer, pero sé que si lo decía sonaría descortés, así que logré callar: todo hombre debe limpiar su propia arma.

Musa desapareció.

Un rato más tarde Plancina, la tocadora de zampoña, pasó a ver cómo estábamos. Helena dormitaba, así que salí y me dieron un enorme cuenco con el caldo que habían preparado los tramoyistas. Incluso en los sitios más recónditos, en cuanto hacíamos un alto en el camino, los tramoyistas ponían a calentar el caldero. La chica se quedó mientras comía y se sintió muy ufana de su actitud solidaria.

—Te lo agradezco. Está delicioso.

—¿Cómo está Helena?

—Entre el veneno y las heridas, ahora sólo pueden ayudarla los dioses.

—¡Será conveniente esparcir un poco de incienso! Pero no te preocupes, somos muchos los que estamos dispuestos a orar por ella.

De pronto me vi interpretando el papel del hombre cuya esposa está enferma. Mientras yo cuidara de Helena Justina, las restantes mujeres de la compañía querrían actuar como mi madre. No se imaginaban que mi verdadera madre las habría echado y enérgicamente se habría hecho cargo de todo mientras yo me quedaba con la bebida y la corrupción como únicas ocupaciones. Hay que reconocer que mamá había aprendido una dolorosa lección de los hombres, ya que había estado casada con papá. Yo siquiera tuve que plantearme qué habría hecho mi madre con Plancina, ya que la había visto poner en la calle a montones de mujerzuelas cuyo único error social consistía en ser demasiado complacientes conmigo.

—Estuvimos hablando con los escoltas —comentó Plancina con tono confidencial—. Dicen que, en esta zona, los escorpiones no son letales,

aunque hay que tener cuidado con las infecciones de las heridas.

—Evitar las infecciones no es tan fácil como parece.

Muchos adultos sanos habían acabado con una enfermedad terminal a raíz de lo que parecía un accidente de poca monta. Ni siquiera los generales del imperio, que tenían a su disposición toda la medicina griega y romana, eran inmunes a una rozadura profunda a un arañazo séptico. Y nosotros estábamos rodeados de arena y polvo que se colaban por todas partes. No había agua dulce. Si hablamos sin tapujos, el agua para beber apenas alcanzaba, así que mejor no decir nada de usarla para limpiar heridas. Los boticarios más próximos debían de encontrarse en Damasco o en Palmira. Eran mundialmente conocidos… pero estaban a varios días de distancia.

Hablábamos en voz baja, en parte para no perturbar el sueño de mi chica y, parcialmente, a causa de la conmoción. Yo estaba desesperadamente cansado y me alegraba de tener con quien hablar.

—No me lo perdono.

—Falco, calma, fue un accidente.

—Se podría haber evitado.

—Esos bichos horribles están en todas partes y Helena tuvo muy mala suerte. —Como yo seguía apenado, Plancina añadió con inesperada solidaridad—: Helena siempre fue más cuidadosa que los demás y no se lo merecía.

Hasta entonces había supuesto que la tocadora de zampoña era una fresca. Tenía una boca temible, unas réplicas feroces y le gustaba ponerse faldas con un tajo de los bajos a la axila. En una doncella espartana que baila alrededor de un jarrón de cerámica roja esa moda osada es el colmo de la elegancia, pero en la vida real y en una menuda y regordeta intérprete de un instrumento de viento, el resultado era directamente vulgar. La consideraba una de esas tías de rostro inmaculado que detrás de los ojos no tienen nada. Como a la mayoría de las chicas, lo que mejor se le daba era echar por tierra las ideas preconcebidas de los hombres. A pesar de mis prejuicios, Plancina era muy lista.

—Te fijas en los demás —comenté.

—No soy tan hueca como pensabas, ¿eh?

Plancina rió afablemente.

—Siempre te consideré la espabilada —mentí como un bellaco. Fue un acto reflejo, pues en el pasado había sido un mujeriego impenitente, y es algo que nunca se pierde.

—¡Soy lo bastante espabilada para saber algunas cosillas!

Se me cayó el alma a los pies.

Hablar en privado de esa guisa y al amparo de una situación muy distinta a veces produce pruebas que modifican el caso si uno de los oyentes es investigador. Plancina parecía deseosa de sostener una charla íntima. Puede que, en un día menos aciago, yo hubiera aprovechado la ocasión.

Pero hoy había perdido el deseo de seguir adelante. La resolución de misterios era lo último que me interesaba. Pero como el destino es una zorra a la que le gusta pillarte en pelotas, me sirvió las pruebas en bandeja.

Logré reprimir un gemido. Sabía que Plancina me hablaría de Heliodoro o de Ione y lo único que yo deseaba era verlos, junto con su asesino, en el fondo del mar.

Si hubiera estado charlando con nosotros, Helena me habría pateado por mi falta de interés. Me sumí unos segundos en el ensueño de ese tobillo de maravillosas curvas con el que me habría golpeado… y en su capacidad de dejarme un morado memorable.

—¡Deja de estar tan triste! —me ordenó Plancina.

—¡Olvídalo! Lo siento muchísimo, pero esta noche estoy fuera de servicio.

—Tal vez sea tu única oportunidad.

Indudablemente Plancina era muy lista y conocía las veleidades de los testigos.

Recordé un juego que solíamos practicar en el ejército con mi amigo Petronio: nos preguntábamos cuáles nos gustaban más, las espabiladas con caras de estúpidas o las estúpidas que estaban estupendas. En conjunto, cuando teníamos veinte años ni las unas ni las otras nos hacían el menor caso, aunque yo solía fingir que ligaba a troche y moche y supongo que Petronio hacía conquistas de las que jamás llegué a enterarme. A decir verdad, más adelante se convirtió en un réprobo sigiloso.

La conmoción debió de desencadenar mi nostalgia. Volvía a sumirme en el ensueño y me pregunté qué habría dicho Petronio al enterarse de que yo había permitido que Helena sufriera semejante accidente. Mi leal amigo Petro siempre había coincidido con la opinión unánime de que Helena era demasiado para mí. De hecho, solía ponerse de su parte y en mi contra.

Yo conocía sus opiniones. Me consideraba un irresponsable total si me iba al extranjero con una mujer… a no ser que fuese espantosamente fea y yo estuviera en la línea de sucesión en el caso de que los piratas o la peste

se la cargaran. Según lo que Petro denominaba rectitud romana de buen gusto y gran arraigo y que yo llamaba pura hipocresía, Helena tendría que haber estado encerrada en casa con un eunuco de ciento veinte kilos como guardaespaldas y sólo habría podido salir para ver a su madre, siempre y cuando estuviese acompañada por un amigo de confianza de la familia (sin ir más lejos, el mismísimo Petro).

—¿Quieres o no quieres que hablemos? —preguntó Plancina casi a gritos, pues estaba harta de mis ensueños.

—Siempre fui de los que gustan de huir —murmuré y la pifié con la antigua réplica.

—¿Besas y desapareces?

—Siempre queda la esperanza de que te atrapen y vuelvan a besarte.

—Eres más aburrido que una ostra —se quejó. Estaba claro que, después de todo, yo había perdido mis dotes de seducción—. Creo que no me tomaré más molestias.

Suspiré.

—No seas mala. Estoy muy nervioso. De acuerdo, ¿qué quieres decirme?

—Sé quién fue —reconoció Plancina con tono hueco—. ¡Sé quién es el muy cabrón! Sé a quién prefería Ione.

Dejé que las llamaradas subieran y bajaran unos instantes. Algunos momentos han de ser saboreados. —¿Ione y tú erais amigas?

—Éramos carne y uña.

—Ya, ya… —Se trataba de la historia clásica. Probablemente habían competido encarnizadamente por los tíos y ahora la superviviente estaba empeñada en delatar al malo del drama. Lo llamaría lealtad hacia su querida amiga, pero no era más que gratitud porque fue Ione la que se lió con el tipo equivocado—. Plancina, ¿por qué me lo dices ahora?

Tal vez se avergonzó o, simplemente, era una descarada.

—Porque es agradable y todo está tranquilo y oscuro. Tengo una excusa para detenerme junto a tu tienda y aparentar que te consuelo.

—¡Qué cómodo! —opiné con voz ronca.

—Falco, déjate de monsergas, conoces la situación. A nadie le interesa acabar chorreando agua y más muerto que mi abuela.

—No creo que ocurra en el desierto —espeté irritado—. Al asesino le gusta ahogar a sus víctimas.

—¿Cuánto vale la información? —preguntó Plancina sin rodeos.

Simulé que me escandalizaba.

—¿Estás haciendo una propuesta comercial?

—¡Te estoy pidiendo que me pagues! Después de todo, eres investigador. ¿No ofrecéis dinero a cambio de información?

—La cosa consiste en obtener datos mediante nuestra pericia y astucia —expliqué pacientemente y me abstuve de mencionar los robos, los fraudes y los sobornos—. A continuación, para que podamos ganarnos la vida, otros nos pagan a nosotros a cambio de esos datos.

—Pero si soy yo la que tiene la información —insistió.

Plancina no era la primera mujer que conocía que, a pesar de no haber ido nunca a la escuela, tenía una perspicaz comprensión de la economía.

—Plancina, ¿de qué información hablamos?

—¿Te pagan para dar con el asesino?

Esta tía se pasaba de perseverante.

—¿Estás preguntando si Cremes me paga? No digas sandeces. Lo considera un encargo, pero le tengo bien tomado el tiempo. Claro que no me paga, sólo lo hago por mi extraordinario sentido de la moral.

—¡Falco, vete a la mierda!

—¿Me creerás si te digo que lo hago por civismo?

—Lo único que creo es que eres un cabrón entrometido.

—Lo que tú digas, encanto.

—¡Qué macabro!

Los insultos de Plancina eran bastante afables. Deduje que quería aclarar la situación sin discusiones porque, de lo contrario, no habría planteado el tema.

Estos diálogos contienen un ritual y por fin llegamos al quid de la cuestión. Plancina se cubrió las piernas con la falda (tanto como pudo, es decir, muy poco), se hurgó la nariz, se miró las uñas y se dispuso a contarme todo lo que sabía.

OceanofPDF.com

LVIII

—Fue uno de los payasos —declaró Plancina.

Esperé a que dijese algo más, pero gradualmente mis expectativas se esfumaron.

—¿Eso es todo?

—Ah, ¿quieres los detalles escabrosos?

—Quiero algunos detalles, pero no me escandalices, pues soy una tímida florécilla. ¿Cómo es esto? ¿Cuál de los dos payasos fue?

—Por todos los dioses, pides demasiado —masculló sombríamente—. Por lo que tengo entendido eres investigador. ¿Por qué no lo deduces?

Tuve la sensación de que Plancina intentaba quedarse conmigo. Decidí que había llegado la hora de que yo la escandalizase.

—Puede que lo haga —repliqué secamente—. Tal vez ya lo he hecho.

Plancina me miró a los ojos. Una expresión de pánico y fascinación surcó su rostro. Se estremeció. A pesar de que hablábamos en voz queda, bruscamente habló en un susurro:

—¿O sea que lo sabes?

—Y tú, ¿no? —pregunté. Era una bonita réplica, pero no tenía significado.

—No sé cuál de los dos —reconoció—. Pensarlo me pone los pelos de punta. ¿Qué harás?

—Intentaré demostrarlo. —Plancina puso mala cara y de repente estiró los dedos de las dos manos. Tenía miedo de lo que había averiguado por curiosidad—. No padezcas. No es la primera vez que el tío Marco se encuentra con un montón de caca —añadí apaciblemente—. Si lo que te preocupa es haber hablado, nadie tiene por qué enterarse.

—Me desagrada la idea de encontrarme con ellos.

—Piensa que sólo se trata de hombres a los que acompañas. ¡Estoy seguro de que puedes hacerlo! —Plancina sonrió con picardía y yo carraspeé—. Sólo necesito saber aquello de lo que te has enterado. Cuéntame toda la historia.

—Hasta ahora no dije nada porque tenía miedo. —La confianza de la instrumentista se desvaneció, lo cual no significaba que no tuviese algo

interesante que decir. Hay que cuidarse de los que se acercan rebosantes de respuestas claras—. En el fondo, lo único que sé es que Ione tenía una aventura con los dos.

—¿Dónde encaja Afrania? Por lo que tengo entendido era el juguete de Tranio.

—¡Y que lo digas! Afrania se habría puesto verde. Claro que fue ese el motivo por el que Ione lo hizo… para fastidiar a Afrania. Ione la consideraba una vaca estúpida. En cuanto a Grumio… —Por algún motivo, la riada de recuerdos de Plancina se secó.

—¿Qué pasa con Grumio? ¿También tenía otra amiguita?

—No.

—Tu respuesta es muy lacónica. ¿No hay una larga explicación?

—Grumio no es como los demás.

El comentario me sorprendió.

—¿Qué quieres decir? ¿Le gustan los tíos o no sabe entenderse con las mujeres? —Me contuve para no enumerar opciones más desagradables.

Desvalida, Plancina se encogió de hombros.

—Es difícil de explicar. Es un buen compañero, los dos lo son, pero ninguna de nosotras quiere liarse con Grumio.

—¿Es conflictivo?

—No. Todas pensamos que nunca dispone de mucho tiempo para eso.

—¿Para qué? —pregunté inocentemente.

—¡Sabes perfectamente de qué hablo!

Reconocí que tenía razón.

—Habla mucho del tema.

—¡Falco, que hable no significa nada! —Los dos reímos. Plancina intentó ser más explícita—. Probablemente es normal, pero no se toma muchas molestias.

—¿Está muy pagado de sí mismo? —pregunté y acerté.

—Exactamente. —Juraría que se ruborizó. Algunas chicas que parecen dispuestas a todo son muy gazmoñas cuando se trata de hablar del tema. Plancina hizo un esfuerzo por ser más clara—: Si tuvieras algo que ver con él, tendrías la impresión de que, a tus espaldas, se mofa de ti. Y si él hiciera algo no querría disfrutar.

Probablemente Grumio no servía ni para una ni para otra cosa.

—Lo que dices es muy interesante. —Hablar de la impotencia de un hombre, o de su indiferencia, no formaba parte de mis competencias.

Recordé que la noche que cené con Cremes y Frigia vi que Plancina había sido invitada a la tienda de los gemelos—. Tú has tenido relaciones con los payasos. Una noche, en Abila, te vi beber con ellos…

—Sólo bebimos. Me convenció otra chica, Frosine, que le ha echado el ojo a Tranio.

—¡Por lo visto es muy popular! ¿Y tú chupaste de la paja de Grumio?

—¡Ni lo sueñes! Volví a mi tienda. Recuerdo lo que Ione solía decir de él.

—¿Qué decía?

—Que si era capaz de hacerlo y disfrutaba nadie más se divertía.

—Al parecer Ione tenía cierta práctica.

Pregunté a Plancina cómo había conocido Ione esos detalles íntimos si Grumio casi nunca tenía relaciones sexuales.

—Porque le gustaban los desafíos y fue tras él.

—¿Cuál era exactamente la situación? —recapitulé—. Ione se acostaba con Tranio y con Grumio, con el primero por añadidura y con el segundo tal vez a su pesar. ¿Tenía otros amiguitos?

—Nadie importante. Los demás ya no le interesaban. Por eso digo que tiene que haber sido uno de los payasos. Ione me contó que tenía las manos llenas, ya que trataba de pillar a Tranio sin que Afrania se enterase y luego tenía que apelar a todas sus habilidades para seducir a Grumio. Me contó que tenía ganas de mandar todo a paseo, regresar a su aldea en Italia y engatusar a un campesino bobalicón para que se casara con ella.

—Toda una lección para ti —opiné—. Plancina, no esperes demasiado para retirarte.

—¡No me jubilaré en esta maldita compañía! —aseveró—. No te he servido de mucho, ¿eh?

—No te creas.

—Sigues sin saberlo.

—Plancina, sé lo suficiente.

Me di cuenta de que tendría que presionar a los payasos.

—Entonces ten cuidado.

No di demasiada importancia a esa advertencia. La vi alejarse con el cuenco de sopa que me había traído. Con esa extraña habilidad propia de los payasos para aparecer en el preciso momento en que pienso en ellos, uno de los gemelos se acercó lentamente a mi tienda.

Era Grumio. En guardia, yo estaba preparado para todo menos para lo que estaba a punto de suceder. Ciertamente, no estaba en condiciones de acusarlo de nada y, además, aún apostaba por Tranio como culpable.

Como quien no quiere la cosa, Grumio me hizo varias preguntas sobre Helena y de repente inquirió:

—¿Dónde está Musa?

Fue tal su indiferencia que supe que la cuestión era importante.

—No tengo ni idea.

Me había olvidado de Musa. Tal vez Birria se había ocupado de él.

—¡Qué interesante! —exclamó Grumio sagazmente.

Tuve la sensación de que me tomaba el pelo y me espiaba, como si me preparara para convertirme en víctima de una de sus bromas pesadas. Era típico de los gemelos aprovecharse de un individuo cuya amada acaba de sufrir la picadura de un escorpión. Incluso me preocupé por la posibilidad de que hubieran vuelto a atentar contra la vida de Musa.

Me esforcé por no traslucir el menor interés, me puse de pie y entré en la tienda como si fuera a ver a Helena. Grumio no me aclaró nada más. Esperé a que se largase y, sin tenerlas todas conmigo, pronuncié el nombre de Musa. Al no obtener respuesta, alcé el faldón que delimitaba su parte de la tienda que compartíamos.

Estaba vacía. Musa no estaba en la tienda. Mejor dicho, no había nada. El nabateo y sus escasas pertenencias habían desaparecido.

Yo había pensado que el sacerdote añoraba su tierra, pero esto era absurdo.

Incapaz de asimilar lo que estaba ocurriendo, me erguí y observé el suelo de la tienda vacía. Aún estaba absorto cuando a mis espaldas sonaron pisadas. Birria me rozó y me empujó para echar un vistazo al interior de la tienda.

—¡Entonces es verdad! —exclamó—. Grumio acaba de decírmelo.

Falta un camello. Por lo que dice, Grumio vio a Musa alejarse por el mismo camino por el que hemos llegado.

—¿Viaja solo? ¿Pretende cruzar el desierto?

Musa era nabateo y probablemente no corría ningún riesgo, pero la situación me parecía increíble.

—Sí, había dicho que lo haría.

Me percaté de que la muchacha no estaba sorprendida y me sentí realmente contrariado.

—Birria, ¿qué está pasando? —Cualquiera que fuese la extraña relación que sostenían, me pareció que Musa confiaría en ella—. ¡No entiendo nada!

—Claro que no. —La voz de Birria sonó apacible, menos brusca que de costumbre, aunque extrañamente monocorde. Parecía haberse resignado a una terrible fatalidad—. Es evidente que no entiendes nada.

—Birria, estoy agotado, el día ha sido espantoso y mis angustias por Helena no han desaparecido. ¡Por favor, explícame qué ha perturbado a Musa!

Sólo en ese momento me di cuenta de que Musa estaba perturbado. Recordé su expresión de aflicción cuando, presa del frenesí, se cargó a golpes al escorpión. También recordé que más tarde volvió para ofrecer ayuda… ayuda que yo rechacé sin miramientos. Su aspecto era ensimismado y vencido. Se trataba de un aspecto que no me gustaba ver pero que, de todos modos, reconocí.

—¿Se debe a que se ha encariñado con Helena? Me parece lógico, pues hemos convivido muy unidos, somos amigos.

—Falco, vas descaminado. —El tono de Birria denotaba una gran amargura—. Musa se encariñó contigo, te admira y te respeta como a un héroe, pero por Helena experimenta sentimientos mucho más profundos.

Me negué tercamente a aceptar las palabras de la actriz.

—No tenía por qué irse, es nuestro amigo.

Yo estaba muy acostumbrado a que Helena Justina atrajese a una retahíla de seguidores. Sus admiradores procedían de algunas extrañas profesiones y de todas las clases sociales, incluidas las más altas esferas. Como era una chica moderada y competente que escuchaba a los demás, atraía a los seres vulnerables y también a los de gustos refinados, individuos que gustaban de creer, en su fuero más íntimo, que la habían descubierto. Y su siguiente error consistía en descubrir que, íntimamente, Helena me pertenecía.

Birria reaccionó de mala baba porque me quedé anonadado.

—¡No había lugar para Musa! ¿Te acuerdas de lo que pasó hoy mientras cuidabas a Helena? Te ocupaste de todo y ella sólo quería estar contigo. Como sabes, Musa jamás se habría atrevido a revelaros sus sentimientos, pero le resultó insoportable la idea de que no podía ayudarla.

Suspiré lentamente.

—No sigas.

Al final —demasiado tarde— los malentendidos se desembrollaron. Me pregunté si Helena lo sabía. Recordé la noche que invitamos a cenar a Birria. De haber estado al tanto de la situación, Helena jamás habría accedido a que tomáramos el pelo a Musa o a Birria. La actriz lo confirmó y pareció adivinarme el pensamiento.

—Musa se moriría de vergüenza si Helena se enterara, así que no le digas nada.

—¡Tendré que explicarle que se ha ido!

—¡Ya se te ocurrirá algo! Eres hombre y no te será muy difícil contarle una mentira.

La ira con la que habló subrayaba su desdén por todo lo masculino. Sin embargo, su amargura de hacía unos minutos me recordó otra cosa.

—Birria, ¿qué sientes por él?

La actriz me volvió la espalda. Sin duda percibió en mi tono que estaba al tanto. Sabía que yo no le haría daño y necesitaba confiar en alguien. Incapaz de contenerse, lo reconoció.

—¿Yo? Falco, ¿tú qué crees? Es el único hombre que no puedo tener… así que, como era de prever, me enamoré de él.

Me conmoví ante las penas de Birria pero, sinceramente, yo estaba ocupado con más graves pesares.

Me enteré de que hacía horas que Musa había partido. Aún así, tendría que haberlo perseguido a lomos de camello, pero Helena estaba tan mal que me resultó imposible.

OceanofPDF.com

LIX

Pese a mis intentos de impedir que el veneno entrara en el torrente sanguíneo, al cabo de un rato Helena volaba de fiebre.

Sabía que en Palmira había una pequeña guarnición romana y en Damasco había quedado otra. En cualquiera de las dos podía haber alguien con conocimientos médicos. Y en el caso de que no lo hubiera, los soldados habrían sondeado a los médicos locales para recomendar al menos peligroso. En mi condición de antiguo militar y de ciudadano romano, estaba dispuesto a utilizar mis influencias para recabar ayuda. La mayoría de las guarniciones de frontera están dotadas de personal denigrante, pero el mero hecho de mencionar que el padre de Helena ocupaba un escaño senatorial alentaría a los trepadores. Y también existía la posibilidad de que, entre los vapuleados legionarios, me encontrase con un conocido que también había combatido en Britania.

Llegué a la conclusión de que necesitábamos imperiosamente a un médico. Al principio no pareció tener importancia el rumbo que tomábamos; pronto lamenté que no hubiésemos emprendido el regreso a Damasco, ciudad situada más cerca de la civilización. ¿Quién podía decir hacia qué nos dirigíamos?

Helena yacía inerme. Ni siquiera en los momentos de lucidez sabía claramente dónde estaba. El brazo le dolía cada vez más. Necesitaba descansar en lugar de viajar, pero no podíamos detenernos en medio de la nada. Los guías palmirenos había adoptado esa molesta peculiaridad de los extraños: se mostraban muy comprensivos pero, en la práctica, ignoraban mis peticiones de ayuda.

Seguimos avanzando y tuve que ocuparme de conducir la carreta todo el tiempo porque Musa había abandonado el campamento. Helena no se quejó ni una sola vez, lo cual era muy insólito en ella. Su fiebre me ponía frenético. Sabía que el brazo le dolía mucho, de una forma punzante que podía deberse a los tajos que tuve que hacerle o a algo peor. Cada vez que le cambiaba los vendajes, veía que la herida estaba más enrojecida e irritada. Para calmar el dolor le di extracto de adormidera mezclado con miel porque no confiaba en la potabilidad del agua. Frigia me había dado beleño para

complementar mis medicinas. Para mí lo peor fue ver a Helena tan soñolienta e irreconocible. Tuve la sensación de que estaba muy lejos. Mientras dormía —es decir, casi todo el tiempo— añoraba no poder hablar con ella.

Los compañeros no dejaban de venir a ver cómo estábamos. Eran muy amables, pero sus visitas me impedían sentarme a pensar. La conversación que mejor recuerdo es la que sostuve con Grumio. Hablamos el día siguiente al accidente. El payaso volvió a aparecer, con la actitud de quien pretende deshacerse en disculpas.

—Falco, tengo la impresión de que te he fallado. Me refiero a Musa. Tendría que habértelo dicho antes.

—Su ayuda no me vendría nada mal —comenté secamente.

—Lo vi alejarse, pero no pensé que te abandonaría definitivamente.

—Era libre de irse o quedarse.

—Pues me parece muy raro.

—La gente es rara.

Supongo que mi voz sonó muy severa. Lo cierto es que estaba muy tenso. Después de un duro día en la carretera del desierto y sin expectativas de llegar al oasis a causa del ritmo lentísimo que llevábamos, yo estaba en mis horas más bajas.

—Falco, lo lamento. Me parece que no estás muy locuaz. Por si te sirve de algo, te he traído una botella de vino.

Era una buena idea. Me vi obligado a invitarlo a quedarse para que compartiésemos el primer trago.

Hablamos de bueyes perdidos, de nada concreto y de la mejoría o la ausencia de mejoría de Helena. El vino me ayudó. Era un tinto del desierto, bastante común. Petronio Longo, el enólogo del Aventino, lo habría comparado con un colorante, pero Petronio era así. Ese caldo era totalmente aceptable para un hombre cansado y desanimado como yo.

Me recuperé y estudié la botella. Era de un tamaño corriente, adecuado para una merienda campestre siempre y cuando después no tuvieras que trabajar. El culo era redondo y estaba forrado con mimbre; una cuerda delgada y ligeramente trenzada servía para transportarla.

—Vi una igual en un escenario que jamás olvidaré.

—¿Dónde? —preguntó Grumio ladinamente.

—En Petra, en el sitio donde Heliodoro apareció ahogado.

Era evidente que el payaso estaba pendiente de mi mirada, así que clavé la vista en el fuego como si recordarse la macabra escena. Me mantuve atento a cualquier tensión o tic súbitos del payaso, pero no percibí nada.

—Es el tipo de botella más común que existe —afirmó.

Era cierto y asentí afablemente con la cabeza.

—Sí, claro. No estoy diciendo que proceda del mismo vinatero ni de la misma cesta de la compra. —De todos modos, podía formar parte del mismo encargo—. Grumio, hay algo que quiero preguntarte y nunca encuentro el momento. Varias personas han insistido en que Heliodoro fue asesinado a causa de su costumbre de apostar.

—Se lo has preguntado a Tranio.

Me llamó la atención saber que lo habían hablado.

—Así es, se lo pregunté y perdió los papeles —añadí y lo miré con toda la serenidad del mundo.

Grumio se rascó la barbilla y pareció ponerse a reflexionar.

—No entiendo por qué se puso nervioso.

El payaso habló con esa ligerísima malicia que yo ya había percibido antes. Apenas se notaba y podía pasar por un amaneramiento lamentable… salvo aquella vez que la percibí cuando divertía al gentío de Gerasa arrojándome una navaja. Recordaba aquel episodio con toda claridad.

Mantuve la calma.

—Lo más obvio es que tiene algo que ocultar.

—Pues parece demasiado obvio, ¿no? —Lo dijo como una pregunta que yo tendría que haber formulado.

—Pues tiene que existir alguna explicación.

—Tal vez temió que hubieses averiguado algo que lo ponía en evidencia.

—¡Qué respuesta más sagaz! —exclamé vivamente, como si yo no hubiera sido capaz de encontrarla. Hacíamos fintas y cada uno fingía que era más simplón que el otro. Mi voz adquirió un tono ronco—. Grumio, hablemos de las partidas de dados que tu compañero de tienda y tú jugabais con el dramaturgo.

Se dio cuenta de que negarlo carecía de sentido.

—Que yo sepa, apostar no es un delito.

—Tampoco lo es tener una deuda de juego.

—¿A que deuda te refieres? Sólo jugábamos esporádicamente. Pronto aprendimos a no hacer apuestas altas.

—¿El dramaturgo era buen jugador?

—Sí, desde luego.

No había indicios de que Heliodoro hubiese hecho trampas. A veces me pregunto cómo se las apañan los timadores… y me basta hablar con un inocente para saberlo.

Quizá Tranio sabía que los dados de Heliodoro estaban cargados; cuando hablé con él pensé que estaba al tanto, de modo que ahora evalué la interesante posibilidad de que el payaso urbano no le hubiese transmitido la información a su presunto amigo. ¿Qué relación existía entre los gemelos? ¿Eran cómplices que se cubrían las espaldas o rivales encarnizados?

—¿Cuál es el gran secreto? Sé que existe —lo azuzé y puse cara de investigador sincero y triunfalista—. ¿De qué se queja Tranio?

—No hay secreto, ni grande ni pequeño. —El secreto ya no existía porque su amistoso compañero de tienda estaba a punto de revelarlo sin remordimientos—. Probablemente no quiso decirte que cierta vez que nos peleamos jugó con Heliodoro mientras yo me largaba por mi cuenta…

—¿Con una chica? —Yo también podía ser falso.

—¿Con quién más querías que estuviera? —Después de la charla con Plancina no le creí un ápice—. Resumiendo, estaban en nuestra tienda, Tranio necesitaba una prenda y apostó algo que no era suyo, sino mío.

—¿Algo valioso?

—Claro que no. Como yo estaba en plan pendenciero, le dije que tenía que recuperarlo y ya conoces a Heliodoro…

—Si he de serte sincero, no.

—Ah, es verdad. Reaccionó de una forma típica en él: en cuanto supo que tenía algo importante entre manos, decidió conservarlo y atormentar a Tranio. A mí me divertía tener sobre ascuas a nuestro espabilado amigo. Le di a entender que estaba furioso. Tranio hizo lo posible y lo imposible por resolver el problema mientras yo me reía en secreto y me desquitaba viendo sus esfuerzos.

Hay que reconocer que Grumio poseía todos los ingredientes de la espontánea veta de crueldad de los cómicos. Asimismo, me imaginé a Tranio asumiendo la responsabilidad y angustiándose.

—¡Es tan sensible que ahora deberías perdonarle ese error! Grumio, ¿cuál era la prenda?

—No tiene la menor importancia.

—Heliodoro debió de atribuírsela.

Y Tranio también.

—A Heliodoro le gustaba tanto torturar a los demás que perdió el contacto con la realidad. Era un anillo —dijo Grumio y se encogió ligeramente de hombros—. No era más que un simple anillo.

Su presunta indiferencia me convenció de que mentía. ¿Por qué? Tal vez porque no quería decirme cuál era la verdadera prenda…

—¿Un anillo con una piedra preciosa?

—¡Qué va! Falco, déjalo estar. Lo heredé de mi abuelo. No era más que chuchería, con una piedra de color azul oscuro. Yo simulaba que era lapislázuli, pero ni siquiera creo que fuera sodalita.

—¿Apareció después de la muerte del dramaturgo?

—No. Lo más probable es que el cabrón lo vendiera.

—¿Se lo has preguntado a Cremes o a Frigia? —insistí solícito—. Sabrás que pegaron un repaso a las pertenencias del dramaturgo. Ahora que me acuerdo, lo hablamos y estoy seguro de que afirmaron claramente que habían encontrado un anillo.

—No es el mío. —Creí detectar una ligerísima irritación en el joven Grumio—. Sin duda era uno de los suyos.

—También podría tenerlo Congrio…

—Pero no lo tiene.

Según el propio Congrio, los payasos nunca le habían dicho claramente qué buscaban.

—Dime, ¿por qué Tranio tuvo miedo de hablarme de la prenda desaparecida? —pregunté afablemente.

—¿No es obvio? —Por lo visto, para Grumio había muchas cosas obvias. Se mostró notoriamente satisfecho de cargar con las culpas a Tranio —. Nunca se ha metido en líos, menos aún relacionados con un asesinato, y se exalta. El muy infeliz cree que todos saben que se peleó con Heliodoro y que esa disputa lo deja mal parado.

—Pues es mucho peor que lo oculte. —Vi que Grumio enarcaba las cejas sorprendido, como si esa idea no se le hubiera ocurrido. Por alguna razón sospeché que lo había pensado y añadí secamente—: ¡No sabes cuánto te agradezco que me lo hayas dicho!

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Grumio sonrió—. Tranio no mató a Heliodoro.

—Hablas como si supieras quién lo mató.

—A esta altura puedo hacer afinadas conjeturas.

Se las ingenió para decirlo como si me criticara por ser negligente a las hora de evaluar las posibilidades.

—¿Quién supones que lo hizo?

Inopinadamente Grumio me dejó de una pieza:

—¡Puesto que se ha dado el piro tan repentinamente, yo diría que el principal sospechoso es tu presunto intérprete!

Me mondé de risa.

—¡No me lo puedo creer! ¿Musa? ¿Has dicho Musa?

—Te engañó, ¿no? —preguntó el payaso con tono gélido.

Si el joven Musa hubiera estado en el campamento, supongo que se habría dejado dominar por el pánico por muy inocente que fuera.

—En absoluto. ¿Por qué no me explicas tu razonamiento?

Grumio expuso sus deducciones como un prestidigitador que se digna explicar un juego de manos. Su tono era sereno y cuidadoso. Mientras hablaba, me imaginé presentando esas afirmaciones ante el juez, como si fueran pruebas.

—Todos los miembros de la compañía tienen una coartada para la hora de la muerte de Heliodoro. Es posible que, sin que nadie lo supiera, el dramaturgo tuviese en Petra un contacto ajeno a la *troupe*. Tal vez aquel día tenía una cita con alguien del lugar. Has dicho que encontraste a Musa muy cerca, por lo que tuvo que ser el hombre que seguiste desde La Cumbre. En cuanto al resto… todo tiene coherencia.

—¡Sigue, sigue! —exclamé azorado.

—Es muy simple. Después Musa mató a Ione porque ella sabía que Heliodoro tenía un contacto personal en Petra. Se había acostado con él y Heliodoro lo habría comentado. Nuevamente, todos nosotros tenemos coartadas, pero aquella noche Musa pasó varias horas solo en Gerasa.

Espantado, recordé que lo había dejado en el templo de Dioniso mientras yo hacía pesquisas sobre la organista de Talía. No creía que en mi ausencia Musa hubiera visitado las albercas de Majuma… pero tampoco podía demostrar lo contrario.

Y como Musa ya no se encontraba en el campamento, me era imposible preguntárselo.

—Grumio, ¿cómo explicas lo ocurrido en Bostra, cuando Musa estuvo a punto de ahogarse?

—Es muy simple. Cuando lo incorporaste a la compañía, algunos pensamos que era un tío raro. Para anular nuestras sospechas, en Bostra decidió arriesgarse, se lanzó deliberadamente al agua y luego tuvo la desfachatez de declarar que alguien lo había empujado.

—¡No es la única desfachatez que he oído!

Lo dije con la desagradable sensación de que todo lo que Grumio sostenía podía ser. Cuando alguien te plantea algo tan inverosímil con tanta convicción y ardor, hasta tu sentido común se trastorna. Me sentí como un imbécil, como un torpe aficionado que es incapaz de ver lo que ocurre ante sus narices, que no se percata de lo más rutinario.

—Grumio, lo que dices es sorprendente. De acuerdo con tus deducciones, he perdido tiempo y esfuerzos buscando al asesino cuando lo cierto es que en todo momento estuvo a mi lado.

—Falco, el experto eres tú.

—Por lo visto, no… ¿Cómo explicas lo del contacto en Petra?

—No lo tengo muy claro. Supongo que Heliodoro era espía y le tocó las narices a los nabateos. Musa es el tipo que se ocupa de espantar a los agentes extranjeros…

Volví a reír, con gran amargura porque, por extraño que parezca tenía visos de credibilidad.

Normalmente captó las desviaciones inteligentes. Como era indiscutible que entre nosotros había un agente secreto, que en ese momento representaba el papel de dramaturgo a destajo, la solemne explicación de Grumio ejercía un espeluznante atractivo. Imaginé una escena en la que Anacrites había enviado a Petra a más de un lacayo de incógnito —tanto a Heliodoro como a mí— y en la que Hermano había conspirado para deshacerse de cada uno de nosotros con la colaboración de Musa. Helena me había dicho que Musa estaba destinado a cosas mejores.

Cabía la posibilidad de que, mientras yo defendía su juventud y su inocencia, Musa fuera en realidad un competente verdugo. Quizá los mensajes a su «hermana», depositados en los templos nabateos, no eran más que informes cifrados para su jefe. Y tal vez la «carta de Shullay», que tanto deseaba recibir, no contendría la descripción del asesino, sino instrucciones para hacerme el viaje…

Tal vez debía tumbarme tranquilamente y refrescarme el cerebro con rodajas de pepino hasta que esta locura pasara.

Grumio se puso en pie y esbozó una recatada sonrisa.

—¡Por lo visto te he dado mucho en qué pensar! Transmite a Helena mis deseos de una pronta recuperación.

Apenas logré saludarlo con una inclinación de cabeza y lo miré alejarse.

La conversación no contenía una sola payasada. Perduró en mí la desagradable sensación de que yo había sido el blanco de una pésima broma.

Todo estaba muy bien calculado.

Como habría dicho Grumio, el humorista trágico, era demasiado obvio para ser cierto.

OceanofPDF.com

LX

Estaba deprimido. Tenía la sensación de que vivía una pesadilla: todo estaba muy próximo a la realidad, pero inmensamente distorsionado.

Entré en la tienda para ver a Helena. Estaba despierta, arrebolada y febril. Su aspecto me indicó que, a no ser que yo hiciera algo, tendríamos gravísimos problemas. Me di cuenta de que Helena se percató de que yo tenía problemas de los que quería hablar, pero ni se interesó por ellos, lo cual era, en sí mismo, un augurio deprimente.

Dado mi estado de ánimo no me esperaba lo que ocurrió inmediatamente.

Oímos una conmoción. Los palmirenos gritaron y lanzaron exclamaciones. Aunque no parecía un ataque de las tribus del desierto, mis peores miedos cobraron alas. Salí de la tienda disparado. Todos corrían en la misma dirección. Hice amago de coger el cuchillo, pero no lo saqué de la bota para poder moverme libremente.

A la vera del camino un agitado grupo se había apiñado alrededor de un camello, un bicho recién llegado que el polvo que había levantado aún creaba niebla por encima de la carretera. Noté que el animal era blanco, mejor dicho, lo que consideran blanco al referirse al color de los camellos. Los arreos eran más brillantes de lo habitual y con adornos más lujosos. Cuando la gente se apartó lo vi mejor e incluso mi ojo de lego se percató de que era un magnífico ejemplar. Evidentemente se trataba de un camello de carreras. El propietario debía de ser el jefe de una tribu local, un nómada rico que había amasado varias fortunas con el tráfico de mirra.

El recién llegado dejó de interesarme y estaba a punto de volver a la tienda cuando alguien gritó mi nombre. Los hombres del grupo señalaron a una persona que no veía y que estaba arrodillada a los pies del camello. Me acerqué con la esperanza de que fuera Musa. La gente me abrió paso y volvió a cerrar filas pues quería ver qué ocurría. Me obligué a caminar hasta la bestia con los talones ampollados y un humor del carajo.

En el suelo, junto al magnífico camello, una figura cubierta por la vestimenta del desierto registraba una pequeña bolsa de su equipaje.

Quienquiera que fuese, se puso en pie y giró hacia mí. Evidentemente no era Musa.

La persona recién llegada se quitó el rebuscado tocado y dejó al descubierto un rostro sorprendente. La intensa sombra para párpados, a base de antimonio, relampagueó mientras pendientes del tamaño de la palma de mi mano repiqueteaban cual un gozoso carillón. Asombrados, los palmirenos se quedaron boquiabiertos y se replegaron a toda velocidad.

La persona que acababa de llegar era una mujer. Habitualmente las mujeres no viajan solas por las carreteras del desierto, pero ésta podía moverse por donde le diera la gana. Era notoriamente más alta que cualquiera de los palmirenos y tenía un cuerpo escultural. Me di cuenta de que había elegido el camello con habilidad y buen gusto y a continuación había corrido alegremente por toda Siria sin más compañía que la propia. Si alguien hubiera osado atacarla, ya se las habría arreglado; además, su guardaespaldas se retorcía enérgicamente en un gran cesto colgado sobre su llamativo pecho.

En cuanto me vio, la mujer lanzó una exclamación de mofa antes de mostrarme un pequeño pote de hierro.

—¡Falco, maldito tonto! ¡He venido a ver a tu chica enferma… pero antes acércate y saluda como es menester!

—Hola, Jasón —acaté obedientemente cuando la pitón de Talía logró sacar la cabeza del cesto de viaje y buscó con la mirada a alguien dócil a quien aterrorizar.

OceanofPDF.com

LXI

En el corro había un montón de hombres asustados, no todos a causa de la presencia de la pitón.

Talía metió rápidamente a Jasón en el cesto y lo colgó del cuello del camello. Lo señaló con un dedo ensortijado y se dirigió lenta y con toda claridad (e innecesariamente) a los nómadas congregados:

—¡Todo aquel que se atreva a tocar al camello será espantado por la serpiente!

Esa advertencia no cuadraba con lo que siempre me había dicho sobre el carácter afable de la pitón. Sin embargo, fue muy útil y noté que los palmirenos coincidían con mi cautelosa opinión acerca de Jasón.

—Ese camello es maravilloso —comenté admirado—. Jamás me imaginé que me reuniría en pleno desierto con su espectacular amazona. —No se por qué, pero me parecía positivo. La aparición de Talía ya había contribuido a levantar mi decaído ánimo—. Talía, en nombre de los dioses, ¿cómo has llegado aquí?

—¡Cariño, te estaba buscando! —afirmó emocionada y, por raro que parezca, me sentí dispuesto a creerle.

—¿Cómo me encontraste?

—Damasco está llena de carteles con tu nombre. Después de dedicar unos días a ganarme el sustento bailando, se me ocurrió leer uno de los carteles. —Esa es la pega de los murales: son muy fáciles de escribir, pero nadie se toma la molestia de borrarlos. Es probable que, dentro de veinte años, la gente aún se presente en el teatro de Herodes e intente contactar con un tal Falco para obtener dinero—. El portero del teatro me dijo que habías ido a Palmira. Era una buena excusa para comprar un camello. ¿No es fantástico? Si consigo otro y logro que compitan dejará azorados a los idiotas romanos que ocupan el palco de honor.

—¿Desde cuándo sabes organizar carreras de camellos?

—¡Falco, cualquier persona capaz de menear el palmito con una pitón puede montar a lomos de lo que sea! —Las insinuaciones aumentaban a cada paso que dábamos—. ¿Cómo está tu pobre chica? La ha picado un

escorpión, ¿verdad? Como si no le bastara con un bicho desagradable con una cola perversa entre las piernas…

Me costó mucho preguntarlo, pero finalmente lo logré:

—¿Cómo te has enterado?

—Me crucé con un tío extraño… con un sacerdote taciturno.

—¿Con Musa?

—Cabalgaba hacia mí como la cabeza de la muerte envuelta en una nube de polvo? Le pregunté si te había visto y me lo contó todo.

La miré con atención.

—¿Todo?

Talía sonrió.

—¡Bueno, lo suficiente!

—¿Qué le hiciste?

—Lo mismo que a todos.

—¡Pobre chico! ¿No te parece que es demasiado joven para ti?

—¡De acuerdo con mis pautas, todos lo son! Falco, sigo reservándome hasta que decidas concederme tus favores.

Ignoré esa peligrosa propuesta y logré averiguar más cosas. Talía había llegado a la conclusión de que yo no podría cumplir el encargo de encontrar a Sofrona, por lo que se le había metido en la cabeza la idea de viajar a Oriente. Al fin y al cabo, Siria era un buen mercado de animales exóticos. Antes de adquirir el camello de carreras había comprado un cachorro de león y varias cotorras indias, para no hablar de una peligrosa serpiente. Se había pagado el viaje ofreciendo su célebre danza con Zenón —la gran pitón— hasta que vio el cartel con mi nombre.

—¡Y aquí me tienes, Falco, real como la vida misma y el doble de excitante!

—¡Por fin tendré la oportunidad de ver tu actuación!

—¡Mi número no es apto para cardíacos!

—De acuerdo, me quedaré entre bambalinas y cuidaré de Jasón. ¿Dónde está la serpiente con la que bailas?

Debo reconocer que no tenía el gusto de conocer al legendario reptil.

—¿Te refieres a la gran serpiente? Me sigue lentamente. A Zenón le disgustan las perturbaciones. Jasón es más polifacético. Además, cuando le digo que va a verte se pone cachondo…

Gracias a Júpiter llegamos a mi tienda.

Talía contuvo el aliento a ver a Helena.

—Tesoro, te he traído un regalo, pero no quiero que te agites: no se trata de otro hombre. —Talía volvió a sacar el pequeño pote de hierro—. Es pequeño pero increíblemente potente…

—¡Como prometió el chico del altar! —se burló Helena y empezó a animarse.

Seguramente había vuelto a leer el pergamino de chistes verdes.

Talía ya se había hincado sobre una espectacular rodilla y desvendaba el brazo herido de Helena como si cuidara de uno de sus animales enfermos.

—¡Memeces! ¡Querida, es evidente que un carnicero descuidado ha hecho una chapuza!

—Te aseguro que hizo lo que pudo —musitó Helena lealmente.

—¡Hizo lo que pudo por desfigurarte!

—¡Talía, te estás pasando! —protesté—. No hace falta que me conviertas en el tipo de bestia capaz de acuchillar a su chica. Dime, ¿qué contiene tu botecito mágico?

Me sentí obligado a ser cauteloso antes de que ungieran a mi amada con un medicamento extraño.

—Mitridato.

—Me parece que nunca lo he oído nombrar.

—¿Has oído hablar del oro y del incienso? Comparados con el mitridato, son tan baratos como el polvo que se acumula en los cojines. Falco, este ungüento se compone de treinta y tres ingredientes, cada uno de los cuales es tan caro como para dejar a Creso en bancarrota. Es un antídoto multiuso y sirve no sólo para picaduras de serpiente, sino para uñas frágiles.

—No está mal —admití.

—Más vale que dé resultado —advirtió Talía y desenroscó la tapa con fruición, como si se tratara de un potente afrodisíaco—. Primero lo extenderé sobre tu mujer… y luego te diré qué me debes.

Declaré solemnemente que si el mitridato ayudaba a Helena, Talía podía ponerle una capa de tres centímetros con la mano del mortero.

—¡Vaya, vaya, lo que hay que oír! —comentó Talía sorprendida y maravillada a su paciente—. Este tío es muy ridículo… ¡pero estoy segura de que adoras sus mentiras!

Helena, que se animaba siempre que tenía ocasión de burlarse de mí, sonrió saludablemente.

Cuando partimos hacia Palmira, Talía cabalgaba a mi lado como una majestuosa amazona y de vez en cuando se alejaba al galope y trazaba giros sorprendentes para que el camello de carreras no perdiese la práctica. Jasón disfrutó de un viaje más apacible, en un cesto de la parte trasera de mi carreta. El calor sirio casi había podido con él. Estaba prácticamente aletargado y había que bañarlo cada vez que podíamos prescindir de un poco de agua.

—Mi pitón no es el único reptil de este grupo —murmuró Talía furtivamente—. ¡Veo que tenéis al cómico sabelotodo de Tranio!

—¿Lo conoces?

—Nos hemos cruzado alguna vez. El mundo del espectáculo es muy pequeño cuando llevas en él tanto tiempo como yo y, además, solemos encontrarnos en sitios peculiares. Tranio solía actuar en el Circo Vaticano. Es muy ingenioso, pero tiene una opinión harto excelsa de sí mismo.

—Representa un excelente tira y afloja bélico. ¿Conoces a su compañero?

—¿El que tiene el pelo como una fuente y mirada solapada?

—Se llama Grumio.

—Es la primera vez que lo veo, aunque no puedo decir lo mismo de todos los miembros de la *troupe*.

—Dime, Talía, ¿a quién más conoces?

—No pienso responderte. —Talía sonrió—. Han pasado unos cuantos años. Veamos si quien yo me sé me reconoce.

Una posibilidad remota picó mi curiosidad.

Las divertidas indirectas de Talía aún nos sorprendían a Helena y a mí cuando nuestro largo recorrido tocó a su fin. Habíamos viajado toda la noche y todavía no había empezado a clarear. Desaparecidas las estrellas y a medida que el sol cobraba fuerzas, nuestro grupo estaba cansado y deseoso de hacer un alto. La carretera se había vuelto serpenteante y ascendía por una zona más accidentada. Finalmente el camino seguido por las caravanas coronó un llano. Debíamos de estar aproximadamente a mitad de camino entre la fértil y lejana costa del Mediterráneo y la cuenca aún más remota del río Éufrates.

Al norte y a nuestras espaldas se extendían cordilleras de poca altura, interrumpidas por *uadis* largos y resecos. Hacia adelante se perdía en el infinito el desierto llano, rojizo y cubierto de acumulaciones de piedras y rocas. A la izquierda, en un valle pedregoso, se alzaban torres cuadradas

que, según nos enteramos después, eran sepulcros colectivos de familias acaudaladas. Esas torres mantenían una solitaria vigilancia junto a un antiguo sendero al que daban protectoras colinas. En las peladas laderas, un pastor montado en burro conducía un rebaño de ovejas carinegras. Más cerca percibimos un verde resplandor. Captamos la expectación que dominó a nuestros guías nómadas. Desperté a Helena. Cuando nos acercamos se produjo un efecto mágico. La bruma se solidificó rápidamente. La humedad que surgía de las salinas y las lagunas no tardó en convertirse en campos que rodeaban anchas franjas de palmeras datileras, granados y olivos.

En el corazón del inmenso oasis, junto al manantial de aguas presuntamente terapéuticas (que, como la danza de Talía, no era apto para cardíacos), se alzaba la antigua y célebre villa de Tadmor, antaño un simple campamento en pleno desierto y actualmente la ciudad de Palmira, romanizada y en rápida expansión.

OceanofPDF.com

LXIII

Me pareció mejor resolver primero el encargo de Talía, antes de que Cremes recabara mis servicios como desafortunado autor teatral. Además, tenía muchas ganas de visitar los sitios de interés.

A todo el que quiera visitar Palmira le sugiero que lo haga en primavera. Aparte de que no hace tanto calor, en abril se celebran las famosas procesiones del gran templo de Bel. En cualquier otro mes te hartas de que le gente te cuente lo maravillosas que son las fiestas y sus trovadores, sus palanquines de deidades y los larguísimos desfiles de animales adornados con guirnaldas… para no hablar del posterior derramamiento de sangre ni de la descomposición del orden social que acompaña inevitablemente las religiones. Las celebraciones (que cualquier romano serio habría considerado con desconfianza, aunque a mí me parecieron muy divertidas) tuvieron lugar aproximadamente en la misma época en que Helena y yo planificamos el viaje. Sólo entonces existe la posibilidad de ver abiertos los imponentes portales que separan al público de la tríada del sancta sanctórum, de modo que si te gusta contemplar a los dioses o la construcción en piedra, se impone ir en abril. Incluso en esas fechas las probabilidades son reducidas debido al sigilo de los sacerdotes y a la magnitud de las multitudes.

En agosto sólo puedes deambular por el inmenso patio cual una pulga de agua que se ha extraviado en el lago Volusiano, mientras todos te dicen que te has perdido algo incomparable. Fue lo que hice. Me paseé entre el altar y la pila del rito de purificación —excelsos ejemplos artísticos— y luego miré apenado las puertas cerradas del inmenso porche de entrada opulentamente decorado. (Por si te interesa, hay vigas monolíticas talladas y travesaños escalonados.) Me habían dicho que el santuario interior era un prodigio arquitectónico. Claro que si está cerrado no sirve para dar realce a tus memorias.

El calor y el resplandor insoportables son dos motivos más para abstenerse de visitar Palmira en agosto. Había cruzado la ciudad a pie desde nuestro campamento en las afueras de la puerta de Damasco. Fui desde el templo de Allath —una severa diosa protegida por un león de semblante

jovial y tres metros de altura, que cobijaba a una ágil gacela— hasta el otro extremo del oasis, cuyo templo de Bel alberga al señor del universo propiamente dicho y a dos colegas —un dios lunar y otro solar—, llamados Aglibol y Yarhibol. La profusión de divinidades honradas en la ciudad daba pie a que los doce dioses del Olimpo romano sólo parecieran un grupo que se reúne para una merienda campestre. Como la mayoría de los templos de Siria están rodeados por inmensos patios al descubierto que cumplen la función de recolectores solares, cada una de las cientos de divinidades palmirenas se recocía, incluso en el interior de sus hornacinas protegidas por oscuras cortinas. De todas maneras, no tenían tanto calor como los desgraciados que, como yo, se atrevían a andar por las calles.

Los manantiales de aguas sulfurosas apenas brotaban, los jardines que los rodeaban sólo exhibían tallos y plantas carnosas que a duras penas sobrevivían. El olor del caliente vapor terapéutico no podía competir con las penetrantes vaharadas de una ciudad cuyo principal producto de importación eran los aceites perfumados. El sol de justicia rebotaba en los caminos de tierra, cocinaba a fuego lento las pilas de estiércol de camello y rodeaba de calidez millares de vasijas de alabastro y botellas revestidas en piel de cabra. La mezcla de las fragancias de los bálsamos orientales y de los aceites finos recalentados me cerró los pulmones, se coló por mis poros y se adhirió a las arrugas de mi vestimenta.

Estaba mareado. Mis ojos quedaron deslumbrados por las tambaleantes pilas de placas y estatuas de bronce, las infinitas pacas de sedas y muselinas, el brillo profundo del jade y el resplandor verde oscuro de la alfarería oriental. Marfiles del tamaño de troncos se apilaban al desgaire junto a tenderetes en los que vendían grasas o carne y pescado disecados. El ganado atado con ronzal aguardaba a los compradores y bramaba contra los comerciantes que vendían pilas multicolores de especias y *henna*. Los joyeros pesaban perlas en pequeñas balanzas de metal con la misma indiferencia que los romanos vendedores de chucherías meten pistachos en un cucurucho. Los trovadores tocaban una suerte de tambor de mano y recitaban poesías en lenguas y con una métrica que yo ni siquiera atiné a comprender.

Palmira es un emporio todopoderoso y depende de prestar ayuda a los visitantes para que firmen contratos. En las atiborradas calles hasta los comerciantes más ocupados se mostraron dispuestos a escucharme. Apenas nos entendíamos en griego. La mayoría intentó indicarme qué dirección

debía tomar. En cuanto se percataron de que era un hombre con una misión que cumplir intentaron ayudarme. Mandaron a los chavales a que preguntaran a otros comerciantes si conocían las señas que yo buscaba. Ancianos encorvados sobre nudosos bastones me acompañaron por serpenteantes callejas en busca de la casa que buscaba. Reparé en que el cincuenta por ciento de la población tenía la dentadura hecha cisco y en que había una extendida epidemia de brazos contrahechos. Quizá las fuentes termales no eran tan medicinales como parecían y las aguas sulfurosas provocaban esas deformidades.

Al final, en el centro de la ciudad, di con la morada de un próspero palmireno que era amigo de Habib, el individuo que yo buscaba. Se trataba de una casa de grandes dimensiones, que no tenía una sola ventana en las paredes que daban al exterior. Franqueé una puerta de dintel exuberantemente tallado y me encontré en un patio fresco, bastante oscuro y con columnas corintias alrededor del pozo. Un esclavo de piel oscura, amable pero firme, me hizo esperar varias veces en el patio mientras entraba a consultar no sé qué con alguien.

Expliqué que había viajado desde Roma (no tenía sentido decir otra cosa) como amigo de la familia de Sofrona. Abrigaba la esperanza de parecer respetable e imaginaba que los padres del noviete querrían comprobar toda posibilidad, por remota que fuese, de que el pródigo Jaled se había enamorado de una chica aceptable. Evidentemente no fue así, pues me resultó imposible concertar una entrevista. Ni el palmireno dueño de la casa ni Habib, su invitado, se dignaron aparecer personalmente. Tampoco intentaron negar que Habib estaba allí. Me comunicaron que el señor y su esposa pensaban regresar a Damasco y llevarse a su hijo. Eso significaba que Jaled también vivía allí, probablemente coercionado. Lo que no estaba claro era el destino de su ligue musical. Cuando mencioné a Sofrona el esclavo esbozó una sonrisa burlona y aseguró que no estaba en la casa.

Sabedor de que había dado con el sitio adecuado, hice lo que pude y no perdí la calma. La mayor parte del trabajo de un investigador consiste en mantener la cabeza fría. Mi insistencia habría desencadenado una conmoción. Tarde o temprano el joven Jaled se enteraría de mi visita y se preguntaría qué pasaba. Incluso me pregunté si intentaría contactar a su amada en el caso de que sus padres lo hubiesen castigado sin salir.

Esperé en la calle. Como sospechaba, al cabo de media hora un joven salió disparado y miró furtivamente en todas direcciones. En cuanto se

cercioró de que ningún habitante de la casa lo seguía, se alejó deprisa.

Rondaba los veinte años y era bajo y rechoncho. Tenía el rostro cuadrado y cejas tupidas con remolinos; éstas casi se unían en el centro de la frente, de la que sobresalía un mechón cual un pequeño y oscuro diamante. Llevaba el suficiente tiempo en Palmira para ponerse un pantalón parto, aunque vestía una austera túnica occidental con rayas sirias y sin bordados. Se lo veía deportivo y afable, aunque no parecía muy despejado. Francamente, no era mi ideal de héroe con el que valía la pena fugarse… pero yo no era una tontuela que suspira por un admirador extranjero que la arranque del trabajo que tenía la suerte de desempeñar.

Sabía que Sofrona era corta de entendederas porque Talía me lo había dicho.

El joven se movía a paso vivo. Por fortuna se dirigía al oeste, la zona en la que se habían asentado los míos, así que me deprimí. El cansancio empezó a hacer mella en mí. Lamenté no haber alquilado una mula. Es posible que los jóvenes enamorados no reparen el calor agotador, pero a mis treinta y dos años nada me habría venido mejor que un prolongado reposo a la sombra de una palmera datilera. Necesitaba reposar y beber, después de lo cual podría interesarme retozar un rato con Helena, siempre y cuando antes me acariciase provocadoramente el entrecejo. La persecución de este robusto galán pronto dejó de preocuparme.

La proximidad cada vez mayor de mi tienda era muy tentadora. Estaba dispuesto a mandarlo todo al garete. Una carrera suicida por el Decimotercer distrito romano en pleno agosto es fatal, pero al menos conozco las bodegas y las letrinas públicas del barrio. Y lo que estaba haciendo era una tortura. No podía beber ni mear. Y todo en aras de la música, el arte que menos me atrae.

A la larga Jaled miró por encima del hombro, no reparó en mí y apretó el paso. Abandonó la calle principal y bajó por una calleja serpenteante, entre pequeñas y modestas casas en las que las gallinas se movían a su aire junto a alguna que otra cabra que estaba en los huesos. Entró en una de las viviendas. Esperé lo suficiente para que el pánico hiciera presa en la joven pareja y me lancé tras él.

A diferencia de la mansión del amigo de Habib, esta casa tenía un sencillo umbral rectangular en la pared de ladrillos de adobe. Del otro lado había un patio minúsculo, sin peristilo ni pozo. Aquí todo era de tierra. En un rincón vi un taburete volcado. Las alfombras de lana colgaban del balcón

de la planta superior. Parecían limpias, pero percibí el olor mortecino de la pobreza.

Me dejé guiar por las voces angustiadas. Me acerqué de sopetón a la pareja y encontré a Jaled con el rostro bañado en lágrimas y a la chica pálida pero sin cejar en sus trece. Me miraron. Sonreí. El joven se golpeó la frente y puso cara de desvalido mientras la muchacha lanzaba un chillido.

A mi juicio, era la escena de rigor.

—¡Eres Sofrona!

No era mi tipo, lo cual era una suerte pues tampoco se trataba de mi enamorada.

—¡Váyase! —ordenó.

Debió de darse cuenta de que yo no había recorrido tantos kilómetros para comunicarle un legado que nos esperaba.

Era muy alta, incluso más que Helena, que ya es decir. Su cuerpo era más flacucho de lo que había supuesto y me recordaba vagamente a alguien… aunque aseguro que no a Helena. Sofrona era morena y se recogía con sencillez el pelo liso. Sus ojazos llamaban la atención. Eran de color castaño, rodeados de pestañas inmensamente largas y se los podía considerar hermosos si uno no se preocupaba por los ojos que revelan inteligencia. Sofrona sabía que sus ojos representaban una ventaja y dedicaba gran parte del tiempo a mirarte de soslayo.

Alguna vez alguien debió de admirarla por eso, aunque a mí no me convenció. Tuve ganas de cogerla de la barbilla y decirle que desistiera de esa pose deplorable. Pero carecía de sentido. El hábito estaba demasiado arraigado y nadie conseguiría arrancárselo. Sofrona pretendía que, llegado el momento, la inmortalizaran en la lápida sepulcral con esa expresión irritante, cual un cervato constipado y paralizado de miedo.

Tenía alrededor de veinte años y no llevaba velo, lo cual la deshonraba. Cubría su cuerpo longilíneo con un vestido azul, calzaba ridículas sandalias y llevaba demasiadas joyas: disparatados y minúsculos animales colgantes y anillos de hilo de plata torneada que le llegaban a los nudillos. Esos adornos habrían estado bien en una cría de trece años, pero Sofrona ya tendría que haberlo superado. Claro que no necesitaba madurar: había colocado al hijo del ricachón donde quería tenerlo. Hizo de minina, lo engatusó y ahora se aferraba a lo que tenía.

—¡Da igual quién es ella! —exclamó Jaled con brío.

Lo maldije interiormente. Detesto a los briosos cuando abrazan a la chica que yo pretendo arrebatarles. Si intentaba defenderla de un ilustre desconocido cuyos motivos podían ser inofensivos, no quería ni pensar en los problemas que estallarían cuando, una vez aclarada la situación, intentase arrancarla de sus brazos.

—Y usted, ¿quién es? —preguntó Jaled.

—Me llamo Didio Falco y soy amigo de la familia. —Eran chapuceros a ultranza: ni siquiera se les ocurrió preguntarme de qué familia—. Por lo visto estáis enamorados —resumí con pesimismo. Ambos asintieron con una actitud desafiante que habría resultado conmovedora de no ser tan inoportuna—. Creo que conozco parte de vuestra historia. —No era la primera vez que me tocaba separar a parejas imposibles, así que decidí adoptar un enfoque ganador—. De todos modos, me gustaría que vosotros mismos me la contarais.

Como todos los jóvenes a los que no se les ha inculcado el sentido de las obligaciones morales, estaban muy orgullosos de lo que habían hecho. Se despacharon de lo lindo: se habían conocido en la casa de fieras de Talía cuando Habib visitó Roma y su hijo adolescente lo acompañó con fines educativos. Al principio Jaled mantuvo la calma y regresó obedientemente a Siria con papá. Poco después Sofrona lo arrojó todo por la borda para seguirlo: los niños de familia bien son tan interesantes… Logró llegar a Damasco y en el trayecto no fue violada ni se ahogó. Impactado por su devoción, Jaled se consagró dichoso a esa relación secreta. Cuando los padres del joven se enteraron, la pareja huyó a Palmira. Detectado y reconocido por el amigo de su padre, Jaled fue arrancado del nidito de amor y estaban a punto de trasladarlo a Damasco, donde le buscarían urgentemente una esposa conveniente.

—¡Qué terrible!

Me pregunté qué pasaría si le daba un mamporro en la cabeza a Jaled, cargaba a Sofrona al hombro y me largaba con ella. Es un buen ardid siempre y cuando puedas llevarlo a la práctica… y yo lo había hecho con mujeres más bajas, en mi territorio y con menos calor. Descarté la posibilidad de interpretar el papel de hombre de acción, lo que me obligó a apelar a las habilidades más mundanas de un detective del impero romano: las mentiras descaradas.

—Comprendo vuestro problema y estoy de vuestra parte. Quizá pueda ayudaros… —añadí.

Los críos se tragaron la píldora. Me aceptaron como el clásico embaucador listillo y no necesité coartadas ni explicaciones sobre lo que hacía en Palmira. Podría haber sido el peor chulo de Corinto o un capataz que recluta mano de obra a la que luego obliga a deslomarse en una mina ibérica de cobre. Empecé a entender por qué los mercados de esclavos y los burdeles siempre están llenos a rebosar.

Revolví mi bolsa hasta encontrar algunas de las fichas que repartíamos cuando regalábamos entradas. Dije a Jaled que estuviera atento a los carteles donde se anunciaba la actuación de la compañía de Cremes y le aconsejé que llevase a sus padres como muestra de afecto filial. La misma noche Sofrona también tenía que ir al teatro.

—¿Y qué piensa hacer por nosotros?

—Me parece que lo que necesitáis salta a la vista: hay que casaros.

Esta disparatada promesa podía convertirse en un grave error. Talía se cabrearía conmigo. Aunque yo lo consiguiera —lo cual era más que improbable—, Talía no estaba dispuesta a permitir que su producto costosamente educado quedara atado al yugo de un muchacho sin dos dedos de frente que vivía en los mismísimos confines del imperio. Talía sólo soñaba con proporcionar a Roma espectáculos de primera categoría… espectáculos que ella misma poseía y controlaba.

Todos hacemos lo que podemos. Yo necesitaba reunir a todos los protagonistas en alguna parte y eso fue lo que en ese momento se me ocurrió para juntarlos.

Si entonces hubiera podido decirles cómo sería aquella noche en el teatro, estoy seguro de que no habrían dudado en asistir.

Y tampoco habrían hecho falta entradas gratis.

OceanofPDF.com

LXIV

Regresé tan tarde al campamento que Helena y Talía prescindieron de mí y se pusieron a cenar. Cremes y Frigia estaban en las cercanías de mi tienda. Como se habían presentado sin anunciarse, el empresario y su esposa no se atrevían a ponerse las botas, aunque yo sabía que Helena los habría invitado de buen grado. Para ahorrarles la incomodidad de querer más de lo que podían tomar, me ocupé personalmente de vaciar todos los cuencos con alimentos. Utilicé una rebanada de pan de sésamo para meter las sobras en un recipiente con crema de pepinos, que a continuación convertí en mi cuenco. Helena me miró significativamente. Fingí entender que mi amada aún tenía apetito, saqué de mi atiborrado cuenco una hoja de parra rellena y la puse en un plato para ella.

—Disculpa que use los dedos.

—¡Estoy disculpando algo más que el uso de los dedos!

De todos modos, Helena se zampó la hoja de parra rellena.

—Tienes una miga en la barbilla —le advertí con falsa severidad.

—Y tú, una semilla de sésamo en el labio.

—Tienes un grano en la punta de la nariz…

—¡Marco, ya está bien!

Lo de la espinilla era un cuento. Aunque pálida, la piel de Helena se veía limpia y sana. Me sentí feliz de que ya no tuviera fiebre y de que se hubiese recuperado lo suficiente como para burlarse de mí.

—¿El día ha sido provechoso? —quiso saber Talía.

La bailarina había terminado de cenar antes de mi llegada y, pese a ser una mujer de grandes dimensiones, comía como un pajarito. Talía tenía más músculos y nervios de los que a mí me gustaba ver.

—Bastante provechoso. He encontrado a la pareja de tortolitos.

—¿Cuál es tu veredicto?

—Ella es tan excitante como una bayeta raída y él es un pedazo de alcornoque.

—¡La pareja perfecta! —se mofó Helena y se tocó la nariz disimuladamente para comprobar si era verdad mi broma sobre el grano.

—Seguro que es Sofrona la que hace que permanezcan unidos —dijo Talía.

Me di cuenta de que pensaba que, en ese caso, le bastaría con arrancar a Sofrona de los brazos de su amado para que el problema se resolviera.

Calculé que sería muy difícil separar a Sofrona de su presa.

—Está decidida a quedarse con el niño pijo. Me he comprometido a casarlos.

Era mejor desembuchar sin más dilaciones y capear el temporal.

Entre las mujeres se desató una animada conmoción, lo que me permitió cenar en paz mientras ellas se entretenían denigrándome. No obstante, Helena y Talía eran sensatas, por lo que su indignación no tardó en desaparecer.

—Falco tiene razón. Basta con unirlos…

—¡…para que se separen!

Si lograban estar juntos, acabarían burlándose de todos nosotros. Evidentemente, de los presentes yo no era el único con una visión tan pesimista del matrimonio como para excluir el final feliz.

Todo lo cual resultaba muy inquietante porque uno de los presentes era la persona con la que yo pretendía casarme en cuanto pudiera convencerla de que firmara el contrato.

Cremes y Frigia asistieron a nuestra pelotera con cierto distanciamiento. De pronto se me ocurrió que tal vez venían con novedades sobre nuestra próxima actuación. Si hacían falta dos para hablarme de la obra, me aguardaba más trabajo del que a esa altura de la gira estaba dispuesto a realizar. Como lo más probable es que Palmira se convirtiese en el fin de nuestra andadura compartida, esperaba algo sereno e idiotizar al público con una pieza adaptada hacía tiempo mientras me relajaba en el oasis. Puede que incluso representáramos la perfecta versión actualizada que Helena había hecho de *Las aves*. Su extravagancia neobabilónica atraería a los palmirenos de sombreros y pantalones bordados. Mi pensamiento ya discurría como el de un crítico impostor. ¡Evidentemente había llegado la hora de presentar la dimisión!

Como Cremes y Frigia permanecieron en silencio, Helena planteó jovialmente el asunto de la reserva de teatro.

—Pues sí, alguna cosilla he arreglado. —Cierto deje de cautela por parte de Cremes me advirtió que no era portador de buenas noticias.

—¡Qué bien! —lo alenté.

—Espero que te parezca bien… —Se expresó con gran imprecisión. En el acto supuse que no iba a estar de acuerdo con él—. Ha surgido un ligero contratiempo…

—Lo que Cremes quiere decir es que afrontamos un gran desastre —precisó Frigia.

Era una mujer bastante directa. Noté que Talía la observaba con expresión sardónica.

—¡No, nada de eso! —se defendió Cremes—. La cuestión es que no podemos actuar en el teatro municipal. La verdad es que tampoco está a la altura de nuestra categoría…

—Adelante —musité sombríamente—. Si exceptuamos Damasco, hemos representado nuestro repertorio en agujeros cavados en el suelo y con unos pocos bancos de madera alrededor. ¡Este teatro debe de ser bastante malo!

—¡Falco, creo que tienen el proyecto de construir una buena sala!

—En toda Siria tienen planes para hacer esto, lo otro y lo de más allá —espeté—. Dentro de veinte o treinta años esta provincia equivaldrá al sueño de todas las compañías de teatro: libar ambrosía en el Olimpo. Algún día tendrán una acústica perfecta, una majestuosa arquitectura escénica y mármoles por todas partes. ¡Pero, por desgracia, no podemos esperar tanto!

—Verás, aquí la situación también es la típica. —Esa noche me pareció que Cremes estaba más desesperado que nunca. Enumeró una serie de desventuras—: Las condiciones son las mismas en todas partes… incluso en Roma. Las artes escénicas están en franca decadencia. Mi compañía se ha esforzado por mantener alto el listón, pero lo cierto es que el auténtico teatro en vivo no tardará en desaparecer. Podremos considerarnos afortunados si las obras se representan a modo de lectura por parte de grupos de aficionados que forman un corro de taburetes plegables. En nuestros días la gente sólo está dispuesta a pagar para ver pantomimas y musicales. Si quieres llenar el aforo tienes que incluir mujeres en porretas, animales y víctimas sacrificadas en escena. La única obra que tiene el éxito garantizado es la puñetera *Laureola.*

Laureola es esa basura sobre el bandolero, la obra en la que el malo es crucificado en el último acto… que tradicionalmente es la manera de desocupar un sitio en la cárcel cargándose a un criminal de carne y hueso.

—Cremes, ¿cuál es el problema? —intervino Helena—. Por lo general eres optimista.

—Ha llegado la hora de plantar cara a los hechos.

—Hace veinte años que habría que haber plantado cara a los hechos. —Frigia estaba, si cabe, más deprimida que su odiado esposo.

—¿Por qué no pudiste reservar la sala? —insistió Helena.

Cremes suspiró desalentado.

—Porque a los palmirenos no les interesa. Utilizan el teatro para celebrar reuniones públicas o, al menos, eso dicen, aunque yo no les creo. O los espectáculos no les gustan o lo que ofrecemos los deja indiferentes. La riqueza no garantiza la cultura. Los palmirenos sólo son pastores y camelleros vestidos con lujosos brocados. Alejandro tendría que haber entrado aquí y a saco, pero seguramente se lo pensó mejor y siguió de largo. Carecen de acervo helénico. Ofrecer a un edil palmireno la posibilidad de ver selectas comedias griegas o latinas es como echar margaritas a los puercos.

—Y ahora, ¿qué podemos hacer? —pregunté cuando el empresario concluyó su perorata—. ¿Emprendemos el regreso a través del desierto y retornamos a Damasco sin representar una sola obra?

—¡Ojalá pudiéramos! —exclamó Frigia en voz baja.

Estaba más claro que el agua que la primera actriz destilaba tanto rencor que esa noche hasta le impedía ser constructiva con su amada compañía.

Quizá se debía a que, después de tantas vicisitudes, la *troupe* empezaba a desintegrarse. Cremes se volvió hacia mí y el valor pareció abandonarlo.

—Hoy los chicos y las chicas estaban en pie de guerra. —Al principio supuse que venía a recabar mi colaboración, dado el éxito que había tenido al impedir la huelga de músicos y tramoyistas. ¡Cuánto me equivocaba!—. Lo peor es que Filócrates ha presentado la dimisión. La falta de teatro en Palmira es más de lo que puede soportar.

Reí secamente.

—¿Estás diciendo que se ha deprimido por la falta de mujeres ligeras de cascos?

—¡Eso tampoco ayuda! —coincidió Frigia con amargura—. Para colmo, ha sugerido que está afectado porque cierto individuo lo acusó de acontecimientos pretéritos…

—Ese cierto individuo soy yo —la interrumpí—. Sólo pretendía remover el avispero y no puedo creer que se lo haya tomado tan a pecho.

—¡Es increíble! —terció Talía—. Si Filócrates es el chaval que interpreta el papel principal y que tiene una excelsa opinión de sí mismo, la ha cagado.

A Talía no se le escapaba nada. Sólo hacía unos días que nos acompañaba y ya había detectado al presumido.

—Falco, Filócrates no es el único que desea marcharse. —La primera actriz parecía dispuesta a tirar la toalla y, si a eso vamos, yo también—. Son muchos los que reclaman la indemnización por despido.

—Sospecho que la troupe está a punto de desmembrarse —dijo Cremes—. De todos modos, compartiremos una última función.

Como de costumbre, remató sus palabras con un floreo lamentable. Su «última función» parecía una fiesta malparida en la que aparecen los acreedores, el vino se acaba y una ostra en mal estado te produce retortijones de estómago.

—Cremes, ¿no has dicho que te resultó imposible conseguir teatro?

—Verás, Falco, siempre me esfuerzo por no fracasar… —Hice esfuerzos por mantener una expresión impávida—. Hay una pequeña guarnición romana —me informó Cremes, como si cambiara de tema—. No destaca, aunque sospecho que eso responde a que no quieren llamar la atención. Los han destinado para realizar un estudio topográfico… algo a lo que los palmirenos no pueden plantear objeciones.

—Los partos podrían poner obstáculos si las carreteras se dirigen al Éufrates. —Sin darme cuenta había dado en el meollo de la problemática política. Por fin me percaté de lo que el empresario decía y empecé a protestar—. ¡Ay, no quiero creerlo…! ¡Cremes, dinos de una vez lo que nos espera!

—Conocí casualmente a uno de los oficiales y ha puesto a nuestra disposición el pequeño anfiteatro que los soldados construyeron para sus propios espectáculos.

Yo estaba horrorizado.

—¡Vaya por Zeus! ¿Alguna vez has estado en el teatro de una guarnición?

—¿Y tú? —Como de costumbre, el empresario escurrió el bulto.

—¡Muchísimas!

—Estoy seguro de que nos apañaremos…

—No tienes en cuenta una cuestión tan nimia como que no hay escenario —lo interrumpió Frigia con regodeo y confirmó que Cremes

había accedido a actuar en un sitio imposible—. Habrá que interpretar en la arena. Ya podemos olvidarnos de los decorados, de las salidas y las entradas, de los escotillones y del sitio para ocultar la maquinaria elevadora si queremos representar escenas de dioses voladores. Entregaremos el alma a un público formado por matones, que gritarán reclamando obscenidades y las proporcionarán por su cuenta si no se las damos…

—¡Cálmate! —Helena intentó aplacarla. Finalmente su sentido común se impuso—. Reconozco que puede ser difícil que los soldados estén entretenidos durante una obra completa…

—¡Será una tortura! —auguré—. Podremos considerarnos afortunados si sólo lanzan piedras.

—Pues es aquí donde te toca intervenir —me comunicó Cremes con impaciencia.

—Lo dudo. —Ya estaba pensando en cargar la carreta y largarme por piernas a Damasco esa misma noche—. Creo que en este punto descubrirás que no cuentas conmigo.

—Marco Didio, te ruego que me escuches. Estoy seguro de que nuestra idea te atraerá. —Sinceramente, lo dudaba—. Lo he hablado con la compañía y todos compartimos la opinión de que tenemos que retener la atención de los soldados con una pieza breve, ligera, dramática y, sobre todo, distinta.

—¿Y a mí qué me cuentas? —inquirí al tiempo que me preguntaba por qué de repente Helena rió tras la estola.

En cuanto a Cremes, tuve la sensación de que se ruborizaba.

—Nos gustaría saber si estás dispuesto a dejarnos ensayar tu famosa obra espectral.

Así fue como mi genial creación, *El espectro que habló,* se representó por única vez durante una abrasadora velada de agosto en el anfiteatro de la guarnición de Palmira. Si a alguien se le puede ocurrir algo peor, me gustaría que me lo dijera. Dicho sea de paso, los soldados sólo asistieron porque se enteraron de que una de las actuaciones colaterales incluía a una sugerente bailarina con serpientes.

Los soldados obtuvieron más de lo que esperaban… y no sólo la tropa, sino todos.

OceanofPDF.com

LXV

Uno de nuestros problemas consistía en que, debido a lo mucho que se habían burlado de mi idea, la mayor parte de la obra ni siquiera estaba escrita. Sin duda todos los escritores conocen esta agobiante sensación que se experimenta cuando te reclaman el texto con la firme expectativa de que lo entregues y tú sabes que es imposible… Claro que para entonces yo era tan profesional que la mera falta de argumento ni me movía un pelo. Aspirábamos a que el drama tuviese agilidad y garra. ¿Había algo mejor que la improvisación?

Enseguida me enteré de que mi obra no tendría que durar toda la noche porque la atracción ambulante de Talía se había sumado a la compañía.

Al principio reparé en algo novedoso cuando en nuestra tienda hizo acto de presencia un cachorro de león. Era encantador pero desmadejado y tan revoltoso que te ponía la piel de gallina. Una somera investigación me permitió descubrir más vehículos. Uno se componía de dos carros grandes unidos, sobre los cuales se veía una inmensa estructura cubierta por pieles y sábanas.

—¿Qué es eso?

—El órgano hidráulico.

—¡Pero si no tienes intérprete!

—Falco, ya te ocuparás de resolverlo.

Me amilané.

—Ni se te ocurra respaldar esa apuesta con dinero…

Entre los recién llegados figuraban uno o dos personajes desastrados que formaban parte de la *troupe* romana de Talía.

—También ha llegado mi compañero de danza —dijo Talía aludiendo a la célebre serpiente a la que llamaba «el grande».

—¿Dónde está?

—Bajo los cuidados de mi nuevo y competente cuidador de ofidios. —Habló como si supiera algo que a los demás se nos había escapado—. ¿Queréis verlo?

La seguimos hasta una carreta aparcada en la otra punta del campamento. El cachorro de león correteó a nuestro alrededor.

—¿Qué hace falta para cuidar una serpiente? —preguntó Helena amablemente mientras caminábamos y no le quitó ojo de encima al leoncito.

—Atrapar ratones o bichos más grandes y meterlos en un cesto, en la medida de lo posible vivos. Una gran pitón come muchísimo. En Roma contaba con una panda de chavales que me traían ratas. Les divertía ver cómo se las zampaba. Cierta vez tuvimos problemas porque hubo una epidemia de gatos desaparecidos en las calles del Quirinal. La gente no entendía por qué se esfumaban sus mininos mimados… Y una vez Zenón se merendó una cría de avestruz, pero se trató de un error.

—¿Es posible tragarse un avestruz por error? —Lancé una carcajada.

—¡Bueno, para Zenón no fue un error! —Talía sonrió—. Por aquel entonces Fronto era el propietario del circo y se puso frenético. —La casa de fieras de Fronto estaba plagada de historias de seres que se convertían en improvisadas merendolas. El mismísimo Fronto había corrido esa suerte. Talía siguió con sus evocaciones—: Aparte de perder las plumas, lo peor fue ver cómo desaparecía el largo cuello… y las protestas de Fronto.

No podíamos ocultarlo, pues el bulto se deslizaba lentamente de cabeza por el interior de Zenón y las patas aún sobresalían. Aunque no siempre actúa así, para cerciorarse de que Fronto no olvidara el incidente, Zenón regurgitó los restos de lo que habían sido los huesos.

Helena y yo no habíamos terminado de tragar saliva cuando subimos a la carreta.

Había poca luz. En el fondo de la carreta vi un inmenso cesto rectangular, inquietantemente zarandeado y con varios orificios.

—Durante el viaje tuvimos algún que otro percance —comentó Talía —. El cuidador está buscando una nueva cuna para el pequeñajo…

Me abstuve de preguntarle cuáles había sido los percances, con la esperanza de que los daños se debieran más a los baches de la carretera en el desierto que a las actividades delictivas de la serpiente gigante.

Talía levantó la tapa del cesto, se inclinó y acarició cariñosamente lo que había en el interior. Oímos un perezoso susurro procedente del fondo del cesto.

—Aquí está mi precioso y descarado bichito… No temáis. Ya ha comido. Además, hace demasiado calor y no quiere moverse. Vamos, Falco, acércate y hazle cosquillas en la barbilla.

Helena y yo miramos el interior del cesto y nos retiramos velozmente. Por lo que vimos de la gran pitón amodorrada, se trataba de un ejemplar inmenso. Los anillos dorados del grosor de medio torso humano serpenteaban cual una inmensa madeja de lana para telar. Zenón ocupaba el cesto en su totalidad, pese a que era tan grande que hacían falta varios hombres para moverlo. Calculé a ojo de buen cubero y llegué a la conclusión de que Zenón medía de cuatro y medio a seis metros de longitud. La verdad es que no me atraía nada.

—¡Caray, Talía, levantarlo debe requerir grandes esfuerzos!

—Si te he de ser sincera, no lo suelo levantar. Está domesticado y le gusta el jaleo, pero si se excita demasiado piensa que va a copular con algo. En cierta ocasión vi cómo subía una serpiente por las faldas de una mujer. ¡Su expresión era indescriptible!

Talía rió estridentemente y Helena y yo nos limitamos a sonreír echándole agallas a la situación.

Me había apoyado en un cesto más pequeño y de repente noté que se movía.

—Es Faraón. —La sonrisa de Talía no era alentadora—. Falco, no se te ocurra abrir el cesto. Es mi nueva cobra egipcia y todavía no está domada.

El cesto volvió a dar un brinco y retrocedí de un salto.

—¡Talía, por todos los dioses! ¿Para qué quieres una cobra? Por lo que tengo entendido, son letalmente ponzoñosas.

—Así es —replicó con desenvoltura—. Tengo ganas de darle vida a mi número… ¡y Faraón supondrá todo un desafío!

—¿Cómo te las apañas para danzar con la cobra sin correr riesgos? —quiso saber Helena.

—¡Aún no he empezado a utilizarla! —Incluso Talía se cubría las espaldas—. Ya encontraré la forma durante el regreso a Roma. Faraón es una auténtica maravilla —declaró con admiración—. Pero a una cobra no se le puede decir que venga con mamá ni cogerla en brazos para hacerle mimos… Algunos artistas les arrancan los colmillos y otros llegan al extremo de coserles la boca, lo que significa que las pobres se mueren de hambre. Todavía no sé si le extraeré el veneno antes de la función o si utilizaré el método más sencillo.

Cargado de presentimientos, me sentí obligado a preguntar:

—¿En qué consiste el método más sencillo?

—¡Hombre, en bailar fuera de su alcance!

Contentos de irnos, nos apeamos de la carreta de un salto y nos encontramos cara a cara con el «nuevo y competente cuidador de ofidios». Se había arremangado y arrastraba uno de los baúles de disfraces de la compañía que, por lo visto, estaba destinado a convertirse en el nuevo lecho de la gran pitón. El cachorro de león corrió hacia el cuidador, que lo tumbó boca arriba para rascarle la panza. El nuevo cuidador era Musa. Me lo esperaba porque conocía a Talía.

El nabateo esquivó hábilmente las inmensas garras. Con tantas caricias el cachorro de león estaba dichosísimo.

Sonreí.

—Estoy seguro de que la última vez que nos vimos eras sacerdote pero, por lo visto, te has convertido en un experto cuidador de animales.

—Las serpientes y los leones rebosan simbolismo —repuso con gran calma, como si estuviera pensando en montar una casa de fieras en La Cumbre de Petra.

No le pregunté por qué nos había abandonado. Vi que miraba discretamente a Helena, como si quisiera cerciorarse de que su recuperación iba bien. Helena todavía estaba un poco pachucha.

La rodeé con los brazos. No estaba dispuesto a olvidar lo grave que había estado. Tal vez me apetecía demostrar que todo mimo que necesitara se lo daría yo.

Tuve la impresión de que Musa estaba bastante retraído, pero no enfadado. Trepó a la carreta de las serpientes y sacó algo que colgaba de un gancho del oscuro interior.

—Falco, mira lo que me estaba esperando en el templo de Palmira. —Me mostró un sombrero—. También había una carta de Shullay, pero aún no la he leído.

El sombrero era de ala ancha y copa redonda, de aspecto griego, como los que se ven en las estatuas de Hermes. Lancé un silbido de sorpresa.

—Es el tocado de un viajero. ¿No lo has visto antes… viajando cuesta abajo a toda velocidad?

—Sí, desde luego. Creo que aquel día se lo había puesto un asesino.

No me pareció el momento adecuado para comentarle que, en opinión de Grumio, el asesino era él. Me entretuve recordando la disparatada hipótesis de Grumio según la cual era un agente secreto plenipotenciario al que Hermano había encomendado la misión de destruir.

Musa utilizó sus habilidades de asesino a sueldo para recoger un montón de mierda de león.

Helena y Talía emprendieron el regreso a nuestra tienda. Como quien no quiere la cosa me retrasé. Musa, al que el cachorro de león había vuelto a agarrar, alzó la cabeza lo suficiente para que nuestras miradas se cruzaran.

—Helena se ha recuperado, pero estuvo muy grave. Enviar el mitridato con Talía ha sido una ayuda providencial. Musa, no sabes cuánto te lo agradezco.

El nabateo se separó del pequeño y activo león cubierto de pelusa. Estaba más tranquilo de lo que yo sospechaba, aunque empezó a decir:

—Quisiera dar una explicación…

—Musa, no es necesario. Espero que esta noche cenes con nosotros. Tal vez puedas comunicarme buenas noticias de Shullay. —Le palmeé el hombro y me volví para seguir a las chicas—. Lo siento, pero Talía es una vieja amiga y le hemos dejado tu sector de la tienda.

Yo sabía que entre Helena y él no había pasado nada, pero tampoco me chupaba el dedo. Me daba igual lo mucho que la apreciara siempre y cuando respetara las reglas del juego. Y la primera regla consistía en que yo no arriesgaba a Helena permitiendo que otros hombres que soñaban con ella viviesen en nuestro hogar.

—No hay nada personal, pero algunos de tus animales no son de mi agrado —añadí jovialmente.

Musa se encogió de hombros y sonrió en cuanto aceptó la nueva situación.

—Soy el nuevo cuidador de ofidios y mi obligación consiste en estar con Zenón.

Di dos pasos y me giré nuevamente en dirección a Musa.

—Te hemos echado de menos. Musa, me alegro de que vuelvas a estar con nosotros.

Lo dije absolutamente en serio.

Volví a reunirme con Helena cuando por casualidad me crucé con Birria. Le conté que había visto a la gran pitón, le recomendé la experiencia y añadí que al cuidador le encantaría mostrarle su casa de fieras.

Nunca hay que darse por vencido.

OceanofPDF.com

LXVI

Esa noche estaba sentado en el exterior de la tienda con Helena y Talía esperando a que Musa viniera a cenar. Se acercaron Cremes, Davos y la desgarbada Frigia, que evidentemente también iban a cenar. Cremes se detuvo para hablar de un problema de mi obra que aún estaba pendiente. Mientras charlábamos y yo hacía el menor caso posible de las pequeñeces que planteaba el empresario, por casualidad oí que Frigia le preguntaba a Talía:

—¿No nos hemos visto antes?

Talía rió roncamente.

—¡Me preguntaba cuándo caerías en la cuenta!

Noté que la estratégica Helena se ponía a conversar con Davos.

Frigia parecía muy tensa.

—¿Nos hemos visto en Italia o en Grecia?

—¿Te suena Tegea? —sugirió Talía, que había vuelto a adoptar una actitud sardónica.

Frigia lanzó una exclamación como si la hubieran pellizcado.

—¡Necesito hablar contigo!

—Intentaré hacerte un hueco en mi agenda —prometió Talía con cinismo—. Tengo que ensayar la danza de la serpiente. —Daba la casualidad de que yo sabía que Talía se jactaba de no ensayar jamás sus números, en parte por los peligros que entrañaban—. Además, debo supervisar a los acróbatas…

—¡Eso es pura crueldad! —masculló Frigia.

—No te equivoques —dijo Talía con la intención de que Frigia la escuchara atentamente—. Tomaste una decisión. Si después de tantos años repentinamente cambias de idea, la otra parte merece ser advertida. ¡Y no me presiones! Puede que te presente después de la función…

Cremes se dio cuenta de que era inútil todo intento de interesarme en sus problemas. Con expresión frustrada, Frigia guardó silencio y se dejó conducir por su marido.

No fui el único que oyó ese interesante fragmento de la conversación. Davos se quedó y oí que le decía a Talía:

—¡Yo también me acuerdo de Tegea! —Helena me pateó el tobillo y la seguí sumiso para simular que estábamos muy ocupados preparando la cena. Como de costumbre, Davos fue directo al grano—: Quiere dar con su niña.

—Me lo sospechaba —espetó Talía secamente, ladeó la cabeza y le dedicó una mirada desafiante—. ¡Pero es un poco tarde! De hecho, la niña ya no existe.

—¿Qué pasó? —quiso saber Davos.

—Tengo por costumbre criar a los niños que la gente me da porque no los quiere.

—¿Está viva?

—Lo estaba la última vez que la vi.

Helena me miró mientras Talía proporcionaba esa información a Davos. Sospecho que tanto mi amada como yo ya habíamos atado cabos.

—¿Y ahora es adulta?

—Ahora es una joven y prometedora artista —replicó Talía con animosidad.

Para algunos de nosotros esa respuesta tampoco fue una sorpresa.

Aparentemente satisfecho, Davos lanzó un gruñido y echó a andar en pos de Cremes y Frigia.

—Dime, ¿qué sucedió en Tegea? —pregunté inocentemente a nuestra amiga en cuanto comprobé que nadie podía oírnos.

Esperaba que Talía me respondiese que los hombres nunca son inocentes, pero se encogió de hombros y fingió indiferencia.

—Nada del otro mundo. Tegea es una ínfima ciudad griega, una simple peca del Peloponeso.

—¿Cuándo estuviste en Tegea?

—Veamos… ¿hace alrededor de veinte años?

—¿De veras? —Los dos sabíamos exactamente a dónde conducía la conversación—. ¿Más o menos en la misma época en que la esposa de nuestro empresario desaprovechó la célebre posibilidad de interpretar a Medea en Epidauro?

Al oírme Talía dejó de hacerse la indiferente y se desternilló de risa.

—¡No jodas! ¿Eso te contó?

—Es de dominio público.

—¡Y una mierda! Falco, la muy puta miente.

El tono de Talía no era rencoroso. Sabía que casi todas las personas dedican sus vidas a engañarse a sí mismas.

—Talía, ¿piensas contarnos la verdadera historia?

—Es lo que estaba intentando… ¡incluidos los juegos malabares y toda la pesca! —Bajó la voz, casi con pesar—. ¿Os imagináis a Frigia en el papel de Medea? ¡Qué risa! Algún asqueroso productor que quería tocarle el culo la convenció de que le daría el papel, pero era imposible. En primer lugar… y tú, Falco, deberías saberlo, los griegos no tienen actrices.

—Es verdad.

La presencia de mujeres también era rara en el teatro romano. Claro que desde hacía muchos años en Italia las actrices representaban pantomimas, que era una forma harto elocuente de referirse a los números de desnudismo. En las compañías como la nuestra y con un empresario como Cremes, que era pan comido para cualquier persona decidida, las mujeres podían ganarse el sustento haciendo papeles hablados. Claro que *troupes* como la nuestra jamás participaron en los festivales de la antigua Grecia continental.

—Talía, ¿qué pasó?

—No era más que una partiquina del montón. Iba de aquí para allá con la cabeza llena de pajaritos y esperaba al primer cabrón que la convenciera de que podía dar el gran salto. Creo que, al final, quedar preñada fue su salida.

—Y tuvo a su hija…

—Es lo que suele ocurrir.

—¿Y la dio en Tegea?

A esa altura los hechos estaban muy claros. Ayer mismo yo había visto a una chica alta, delgada, con un aire ligeramente familiar y de más o menos veinte años que había tenido una buena niñez gracias a que la adoptaron. Recordé que, al parecer, Heliodoro le había dicho a Frigia que alguien que conocía había visto a su hija en alguna parte. Tal vez se refería a Tranio. Éste había actuado en el circo Vaticano, donde Talía lo había conocido, y probablemente conocía a la *troupe* de la bailarina, sobre todo a las chicas si su estado actual era indicativo de algo.

—Talía, ¿he de deducir que te la dejó? ¿Dónde está ahora la jovencita? Me pregunto si Frigia no tendría que buscarla en un sitio como Palmira…

Talía intentó sonreír con expresión cómplice.

Helena tomó la palabra y dijo en voz baja:

—Marco, creo que podemos decirle a Frigia quién es su hija.

—¡Ni lo intentes! —ordenó Talía.

Helena sonrió.

—¡Vaya, vaya, Talía! No me dirás que estás pensando en cómo engañar a Frigia.

—¿Quién? ¿Yooo?

—Por supuesto que no —tercié con inocencia—. Por otro lado, ¿no sería un incordio que en el preciso momento en que encuentras a tu valiosa organista apareciera de la nada una pesada parienta que se muere de ganas de contarle que tiene familia y que está empeñada en incorporarla rápidamente a una compañía que no es la tuya?

—¡Ya lo creo que sería un incordio! —coincidió Talía con un peligroso tono que dejaba traslucir que no estaba dispuesta a que Sofrona sufriera semejante sino.

En ese momento llegó Musa, lo que permitió que Talía dejara de hablar de Frigia.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡Temí que Faraón se hubiera escapado!

—Llevé a Zenón a nadar a los manantiales y no quería volver.

Me sobresalté ante lo que suponía tratar de convencer a una pitón gigante de que se portara bien.

—¿Qué pasa cuando se le mete algo en la cabeza y empieza a hacer el tonto?

—Lo agarras del cuello y le soplas la cara —respondió Musa serenamente.

—¡No lo olvidaré! —Helena rió y me sonrió burlonamente.

Musa traía un papiro redactado con la letra angulosa que, según recordaba vagamente, aparecía en las inscripciones de Petra. Cuando nos sentamos a cenar me lo mostró y tuve que pedirle que lo tradujera.

—Falco, ésta es la carta de la que te hablé, la que me envió Shullay, el anciano sacerdote de mi templo. Le mandé recado pidiéndole que describiese al individuo que descendió de La Cumbre justo antes de que te viésemos.

—Eso es. ¿Dice algo interesante?

Musa deslizó un dedo por la carta.

—En principio recuerda el día, el bochorno, la paz que reinaba en el jardín de nuestro templo… —Todo eso era muy bucólico, pero no se atenía a lo que yo considero pruebas—. Ah, aquí está. Shullay dice: «Me

sorprendió oír que alguien bajaba de La Cumbre a toda velocidad. Tropezaba y trastabillaba aunque, por lo demás, era de paso ligero. En cuanto me vio redujo la marcha y se puso a silbar despreocupadamente. Musa, era un hombre joven de aproximadamente tu edad y tu estatura. Su cuerpo era delgado. No tenía barba. Llevaba el sombrero…» Un rato después Shullay encontró el sombrero, desechado montaña abajo, detrás de unas rocas. Falco, a nosotros se nos escapó.

Mi cabeza era un torbellino.

—¡No añade muchos datos, pero lo que dice es realmente útil! Tenemos seis sospechosos. Sin el menor atisbo de dudas podemos eliminar a algunos exclusivamente gracias a las pruebas que Shullay aporta. Cremes y Davos son demasiado mayores y gruesos para responder a la descripción.

—Y Filócrates es demasiado pequeño —apostilló Musa y los dos reímos.

—¡Además, Shullay habría hecho algún comentario de haberse cruzado con un hombre tan apuesto! Supongo que Congrio es muy canijo. Es tan enclenque que estoy seguro de que, de haberlo visto, Shullay se habría explayado sobre su corta estatura. Además, no sabe silbar. Por lo tanto, sólo nos quedan Grumio y Tranio —concluí en voz baja.

Expectante, Musa se echó hacia adelante.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—De momento, nada. Puesto que ahora estoy seguro de que el asesino es uno de los gemelos, tendré que identificar cuál es el que buscamos.

—¡Falco, no puedes dejar de lado tu obra! —exclamó Talía con tono reprobador.

—Claro que no, sobre todo porque una guarnición violenta la reclama a gritos. —Puse cara de persona competente, pero probablemente no convencí a nadie—. También tendré que poner mi obra en escena.

OceanofPDF.com

LXVII

Ensayar una obra nueva y a medio escribir con una pandilla de subversivos engreídos que por nada del mundo se la tomaban en serio estuvo a punto de poder conmigo. Me resultó imposible entender sus problemas. *El espectro que habló* era una pieza sencilla y clara. El héroe —interpretado por Filócrates— se llama Moschión, que tradicionalmente es el nombre de un joven que deja mucho que desear. Ya se sabe: problemático para sus padres, inútil en el amor e inseguro cuando, en el último acto, tiene que elegir entre ser un golfo o un buen muchacho.

No tuve tiempo de decidir dónde se desarrollaría la acción, probablemente en algún distrito que a nadie se le ocurre visitar, tal vez en Iliria.

La primera escena era el banquete de bodas, mi intento de enjuiciar todas esas obras en las que el festín nupcial tiene lugar al final. La madre de Moschión, que es viuda, vuelve a casarse, en parte para permitir que Tranio haga su número de «cocinero inteligente», pero también para que las tocadoras de zampoña deambulasen en medio de los comensales para deleite del público. En medio de las bromas de Tranio acerca de comidas picantes de formas grotescas, el joven Moschión se quejaría de su madre y, si nadie podía pararse a escucharlo, mascullaría para sus adentros. A mi juicio, este retrato de la temida adolescencia estaba finamente trazado (era autobiográfico).

Las protestas de Moschión quedaban interrumpidas por el sorprendente encuentro con el espectro de su difunto padre. En mi proyecto original, la aparición salía de un escotillón del escenario, algo que en el anfiteatro era imposible, por lo que decidimos introducir varios cofres y altares. El espectro, espeluznantemente escenificado por Davos, se ocultaría en medio del decorado hasta que su presencia fuese requerida. Funcionaría siempre y cuando a Davos no le dieran calambres.

—Davos, si se te duermen las piernas, disimula. ¡Los espectros no cojean!

—Falco, no me jodas. Dale órdenes a quien esté dispuesto a oírte. Yo soy un profesional como la copa de un pino.

Ser dramaturgo y productor era muy duro.

El espectro acusaba al nuevo marido de la viuda de haberse cargado al anterior (es decir, a sí mismo), con lo que Moschión se sentía muy angustiado y no sabía qué hacer. Como se deduce, el resto de la pieza se refería a los intentos fallidos que Moschión hacía para que el espectro apareciese como testigo ante el tribunal. En la versión completa, la obra era un conmovedor drama de salón, si bien la guarnición vería una breve farsa en la que Zeus aparece en la última escena y lo aclara todo.

—¿Estás seguro de que es una comedia? —preguntó Filócrates con arrogancia.

—¡Y que lo digas! —exclamé—. Tío, ¿dónde están tus dotes dramáticas? ¡En la tragedia no hay espectros que aparecen de sopetón y lanzan sórdidas acusaciones!

—Querrás decir que en la tragedia no hay espectros —precisó Cremes.

Nuestro empresario hacía de segundo marido y de estrafalario médico extranjero en una escena posterior, en la cual la madre de Moschión se volvía loca. El papel de la madre recayó en Frigia y todos deseábamos ver la escena en la que pierde la cordura, a pesar de que Cremes comentó deslealmente que, por su parte, no percibiría ninguna diferencia con relación a la conducta cotidiana de su esposa.

Birria interpretaba a la chica. Tenía que haber una chica, aunque todavía yo no sabía muy bien qué hacer con ella (la duda eterna del varón). Por suerte estaba acostumbrada a representar pequeños papeles.

—Falco, ¿no puedo volverme loca? Me encantaría delirar de una punta a la otra del anfiteatro.

—No digas disparates. Para casarse con el héroe la doncella virtuosa tiene que salvar todos los obstáculos sin perder el equilibrio.

—¡Pero si el héroe es un jodido!

—Birria, está claro que vas aprendiendo. Los héroes siempre son muy jodidos.

Me miró significativamente.

Tranio y Grumio interpretaban a diversos criados absurdos y a los preocupados amigos del héroe. Por insistencia de Helena incluso creé un papel de un solo bocadillo para Congrio. Por lo visto, había elaborado planes para alargar su discurso: ya se había convertido en un actor prototípico.

Me enteré de que habían enviado a uno de los tramoyistas a comprar el cabrito que Tranio llevaría en escena. Podía dar por seguro que el animal levantaría la cola y haría un desastre, lo que sin duda sería del agrado del mal gusto de nuestro selecto público. Aunque nadie me dijo nada, tuve la clara impresión de que, si todo iba de mal en peor, por orden de Cremes, Tranio asaría en vivo a la pobre bestia en el escenario. Estábamos deseosos de satisfacer el morbo del aforo cuartelero y el cabrito no era el único entretenimiento. Al comienzo de la velada pondríamos en escena los bailes impúdicos de las chicas de la orquesta y, como remate, el número de circo que aportarían Talía y su troupe.

—Será suficiente —declaró Cremes ostentosamente.

Bastó que lo dijera para que todos tuviésemos la certeza de que los espectadores se quedarían con las ganas.

Me desviví por preparar a los intérpretes, que me echaron con cajas destempladas mientras ensayaban sus trucos, canciones y acrobacias.

Helena reposaba a solas en la tienda. Me dejé caer a su lado y la apoyé en el ángulo del codo mientras con la otra mano le acariciaba el brazo que aún llevaba vendado.

—¡Te quiero! Fuguémonos y montemos un tenderete de venta de pescado.

—¿Estás diciendo que las cosas no van bien? —preguntó Helena amablemente.

—Creo que estamos al borde del desastre.

—Me pareció que eras un chico triste. —Se arrimó para consolarme—. ¿Me das un beso?

La besé sin hacerle mucho caso.

—Bésame correctamente.

Volví a besarla y logré dedicarle las tres cuartas parte de mi atención.

—Cariño, representaré esta obra y aquí se acaba mi gloriosa carrera de dramaturgo. Después volveremos directamente a Roma.

—No será porque estás preocupado por mí, ¿verdad?

—¡Señora, usted siempre me preocupa!

—Marco…

—Se trata de una sensata decisión que he tomado hace algún tiempo. —Lo decidí aproximadamente un segundo después de que la picara el escorpión, pero sabía que si lo admitía Helena se rebelaría—. Añoro Roma.

—¡Seguro que piensas en tu confortable apartamento del Aventino! —Fue toda una grosería de su parte. Mi apartamento romano consta de dos habitaciones, techo en goteras y un balcón inestable a seis plantas de un barrio con la misma distinción que una rata muerta hace dos días—. No quiero que mi accidente te perturbe —añadió sin jocosidad.

Yo estaba empeñado en llevarla de regreso a Italia.

—Debemos embarcar hacia el oeste antes de que comience el otoño.

Helena suspiró.

—De modo que debo empezar a pensar en preparar el equipaje… Pero esta noche resolverás la situación de los jóvenes enamorados. No pienso preguntarte cómo lo harás.

—¡Será mejor que no! —Sonreí.

Helena se dio cuenta de que yo no había elaborado un plan. Sofrona y Jaled tendrían que cruzar los dedos con la esperanza de que tuviera un arranque de imaginación. Para complicar un poco más las cosas, Talía estaba decidida a ocultar la verdad sobre el nacimiento de Sofrona.

—Marco, ¿qué pasará con el asesino?

Esa era otra cuestión. Por la noche se presentaría mi última oportunidad de descubrirlo porque, de lo contrario, jamás le ajustarían las cuentas.

—Tal vez pueda ponerlo al descubierto durante el desarrollo de la obra. —Reflexioné en voz alta.

Helena rió.

—¡Ahora entiendo! ¿Te propones socavar su seguridad en sí mismo influyendo en sus emociones con el ímpetu y la trascendencia de tu drama?

—¡No te burles! Convendrás conmigo en que la obra trata de un asesinato. Tal vez pueda afectarlo trazando paralelismos…

—Es demasiado complicado.

Helena Justina se las apañaba para devolverme a la cordura siempre que me iba por las ramas.

—En ese caso estamos atascados.

Fue entonces cuando mi amada añadió taimadamente:

—Al menos sabes quién es.

—Tienes razón, lo sé.

Había pensado que era un secreto celosamente guardado pero, por lo visto, Helena me observaba con más atención de lo que yo suponía.

—Marco, ¿piensas decirme quién es?

—Estoy seguro de que tienes tus propias ideas.

—Puedo deducir por qué mató a Heliodoro —respondió Helena pensativa.

—¡Me lo sospechaba! Anda, dímelo.

—No, antes tengo que hacer una comprobación.

—Ni se te ocurra, es un hombre letalmente peligroso. —Apelé a mi táctica de los momentos de desesperación y le hice cosquillas en diversos puntos que, como muy bien sabía, la dejarían paralizada—. Al menos dame una pista. —Mientras Helena se debatía y procuraba no ceder, repentinamente la solté—. ¿Qué le dijo la vestal al eunuco?

—¿Yo estaría dispuesta si tú pudieras?

—¿De dónde lo has sacado?

—Marco, acabo de inventármelo.

—Vaya. —Me sentí muy decepcionado—. Esperaba que fuese de ese pergamino que lees constantemente.

—Vaya —repitió Helena, adoptó un tono ligero y evitó recalcar las palabras—. ¿Qué pasa con ese pergamino?

—¿Te acuerdas de Tranio?

—¿De qué quieres que me acuerde?

—¡En primer lugar, de que es un pesado! Me refiero a la noche en que, poco después de unirnos a la compañía, estábamos en Nabatea y vino en busca de algo.

Estaba claro que Helena recordaba exactamente a qué me refería.

—¿Quieres decir la noche en que regresaste borracho a la tienda, acompañado por Tranio, que nos dio la lata porque se quedó y se dedicó a revolver el arcón con las obras del repertorio?

—¿Te acuerdas de que estaba frenético? Comentó que Heliodoro había tomado prestado algo que él no pudo encontrar. Amor mío, me parece que estabas tumbada encima del objeto desaparecido.

—Tienes razón, yo también estuve pensando en este asunto, pero como insistió en que el objeto desaparecido no era un pergamino, tampoco me sentí obligada a mencionarlo. —Helena sonrió.

Pensé en la absurda historia que Grumio me había contado sobre el anillo de la piedra azul que había perdido. En ese momento me di cuenta de que había acertado al desconfiar de sus palabras. Es imposible pensar que hallarás algo tan pequeño como una sortija en un enorme arcón lleno de

pergaminos. Los dos me habían mentido y hacía muchísimo que tendría que haber sabido cuál era la famosa prenda que Tranio le entregó a Heliodoro.

—Helena, ¿comprendes a qué responde todo esto?

—Tal vez.

A veces mi amada me pone frenético. Le gusta hacer las cosas a su manera y se niega a aceptar lo que yo sé.

—No des más rodeos. Soy el hombre de la casa y debes hablar claro.

Naturalmente, como buen macho romano, tengo ideas fijas sobre el papel de la mujer en la sociedad. Naturalmente, Helena sabe que estoy muy equivocado. Se mondó de risa. ¡Viva el poder patriarcal!

Acabó por ponerse seria. Al fin y al cabo, la situación era bastante grave.

—Creo que ahora comprendo qué es lo que estaba en litigio. Y la pista siempre estuvo en mis manos.

—El pergamino —declaré—. La lectura con la que te regodeas antes de dormirte es la colección de chistes de Grumio, su atesorada herencia familiar, su talismán, su obra magna.

Helena respiró hondo.

—Por eso a veces Tranio adopta una actitud tan extraña. Se siente culpable porque lo apostó con Heliodoro.

—Y por eso murió Heliodoro: se negó a devolver el pergamino.

—Marco, ¿ése es el motivo por el que uno de los payasos lo mató?

—Los dos debieron de discutir con el dramaturgo por este asunto. Me parece que es la causa por la que Grumio fue a verlo el día que impidió que Heliodoro violara a Birria. Ella dice que los oyó discutir por un pergamino. Y varias personas me han contado que Tranio cruzó acaloradas palabras con mi predecesor. Grumio no debía de estar muy sobrado de chistes y Tranio debió de inquietarse sobremanera cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

—¿Y qué pasó en Petra? ¿Uno de los payasos escaló la montaña para intentar convencer a Heliodoro de que entregase el pergamino y subió con la intención de matarlo.

—Puede que no. Tal vez la situación se desbordó. Ignoro si lo que sucedió estaba planeado y, en este caso, si los dos payasos tuvieron algo que ver. Se supone que en Petra habían bebido hasta perder el conocimiento en la habitación alquilada mientras le hacían el viaje a Heliodoro. Es evidente que uno de los dos no se emborrachó. ¿Hay uno que miente descaradamente

o de verdad su compañero le dio tanto de beber que se quedó roque y no se enteró de que abandonaba la habitación? En este caso, si el primero se abstuvo deliberadamente de beber para tener una coartada…

—¡Entonces ha habido premeditación! —exclamó Helena.

Me pareció que, si Grumio era culpable pero Tranio aún estaba arrepentido de haber perdido la prenda, era muy probable que el payaso urbano sacara voluntariamente la cara por el payaso rural en Petra; tal vez eso también explicaría el chapucero intento de Tranio de que Afrania mintiera sobre su coartada en Gerasa. Sin embargo, un mogollón de personas podían responder de dónde estaba Grumio cuando se cargaron a Ione. ¿Acaso Afrania no había dejado de mentirme y Tranio era el asesino de Ione? En este caso, ¿los acontecimientos de Petra habían ocurrido del revés? ¿Tranio mató a Heliodoro y Grumio le cubrió las espaldas?

—Todo empieza a aclararse, pero el móvil parece disparatado. —Helena estaba preocupada por otro asunto. Retomó la palabra sin la menor ironía—: Marco, eres un artista creativo. Dime, ¿la pérdida de material bastante antiguo te alteraría tanto como para matar con el fin de recuperarlo?

—Depende —repliqué lentamente—. Si fuera voluble, si con ese material me ganara la vida, si me perteneciera por derecho y, sobre todo, si la persona que se lo queda fuera un escribidor maleducado capaz de refregarme por las narices ese amado material… Tenemos que contrastar esta hipótesis.

—No habrá muchas ocasiones de hacerlo.

De repente mi tolerancia tocó a su fin.

—¡Al cuerno, cariño! Ésta es la noche de mi estreno y no quiero seguir pensando en esta historia. Todo se resolverá.

Todo: mi obra del espectro, Sofrona, dar con el asesino, absolutamente todo. Aunque no existieran motivos para ser optimista, a veces estoy seguro de que las cosas saldrán bien.

Helena era más moderada.

—No bromees, es un asunto muy grave. Tú y yo no nos tomamos a broma la muerte.

—Ni la vida —añadí.

La había deslizado debajo de mi cuerpo y puse mucho empeño en no rozarle el brazo vendado. Le enmarqué el rostro con las manos mientras la contemplaba. Estaba más delgado y pálido desde el envenenamiento, pero

todavía reflejaba una inteligencia inquisitiva. Sus cejas eran rectas y denotaban curiosidad; los huesos eran perfectos, adorable la boca y los ojos de un tono castaño tan oscuro y solemne que me hacían estremecer. Siempre había amado su seriedad. Adoraba la atolondrada idea de que había logrado que una mujer seria se interesase por mí. También amaba ese irresistible reflejo risueño, casi nunca compartido con otros, que se encendía cada vez que la mirada de Helena y la mía se cruzaban en la intimidad.

—Ah, amor mío, qué feliz me siento de tenerte a mi lado. Y pensar que estuve a punto de perderte…

—Estaba aquí. —Sus dedos siguieron la curva de mi mejilla mientras yo giraba la cabeza para acariciar con los labios la tersa piel de su muñeca —. Siempre supe lo que hacías por mí.

Como ahora podía pensar en la picadura del escorpión, recordé que una noche en la que deliraba por la fiebre, repentinamente Helena había exclamado con claridad «¡Gracias, Marco!», como si yo hubiese entrado en una habitación para rescatarla de una pesadilla. A partir de entonces su reposo había sido más tranquilo. Se lo conté y, aunque no logró recordar el sueño, sonrió. ¡Qué hermosa era cuando me miraba de ese modo y sonreía!

—Te quiero —susurró Helena de repente.

Su voz denotaba un tono peculiar. Fue imperceptible el instante en que nuestro estado de ánimo cambió. Nos conocíamos tanto que bastaba con un levísimo cambio de tono, con un ligero aumento de la tensión de nuestros cuerpos. Sin dramatismos ni evasivas, los dos deseábamos hacer el amor.

Afuera reinaba la tranquilidad. Los actores seguían ensayando, lo mismo que Talía y los artistas circenses. En el interior de la tienda un par de moscas indiscretas zumbaban junto al recalentado techo de piel de cabra. Todo lo demás estaba inmóvil. Mejor dicho, casi todo.

—Yo también te quiero…

Aunque ya se lo había dicho, no me molesta repetírselo a una chica que posee cualidades excepcionales.

No tuvo que pedirme que la besara y esta vez apliqué hasta mi último ápice de concentración. Llegó el momento de ir a buscar el frasco con la mezcla de cera y alumbre y los dos lo sabíamos. Ninguno quiso perturbar esa profunda intimidad ni separarse del otro. Nuestras miradas se encontraron, se consultaron en silencio y descartaron mudamente la idea.

Nos conocíamos mucho, lo suficiente para correr riesgos.

OceanofPDF.com

LXVIII

Hicimos cuanto pudimos por registrar a la tropa en la entrada. Logramos confiscar casi todas las botellas y algunas de las piedras que pensaba arrojarnos. Nadie pudo impedir que una gran cantidad de soldados mearan junto a la pared exterior antes de entrar… aunque eso era mejor que lo que podían hacer más tarde en el anfiteatro. Siria nunca había sido un puesto de moda y los hombres de pro solicitaban destino en fuertes de frontera de Britania o Germania, donde al menos existían algunas probabilidades de rajar cabezas extranjeras. Estos soldados eran poco más que bandidos. Como todas las legiones orientales, cada mañana se volvían para saludar al sol. Lo más probable era que su diversión nocturna consistiera en asesinarnos.

El comandante nos había ofrecido acomodadores militares, pero le dije que, en mi opinión, era buscarse problemas porque no es posible controlar a los legionarios con otros legionarios. Aceptó el comentario con una ligera y cómplice inclinación de cabeza. Era un oficial de carrera de cara cuadrada, vigoroso y con el pelo cortado recto. Recuerdo que me llevé una agradable sorpresa al toparme con una autoridad que se dio cuenta de que era aconsejable evitar un motín.

Hablamos un rato. Sin duda se percató de que mi formación era más sólida que la necesaria para escribir comedias ligeras. De todos modos, me quedé turulato cuando reconoció mi apellido.

—¿Falco? ¿Didio Falco?

—Señor, me gusta ser famoso, pero francamente no imaginaba que mi reputación hubiese llegado a una vexilación encargada de construir carreteras en pleno desierto, a mitad de camino de la maldita Partia.

—He recibido una nota en la que me piden que responda de cualquier avistamiento.

—¿Un mandamiento judicial? —pregunté risueño, con la esperanza de evitar contratiempos.

—¿Por qué lo dice? —El comandante parecía divertido y escéptico a la vez—. Más bien va por el lado de «Se necesita ayuda. Se ha perdido un agente que podría estar en dificultades».

Para entonces yo estaba realmente desconcertado.

—¡En ningún momento me he perdido! ¿Quién firma la nota?

—No estoy autorizado a decirlo.

—¿Quién es el gobernador de Siria?

—Ulpio Trajano.

Por aquel entonces ese nombre no sonaba demasiado, aunque los que llegamos a cumplir muchos años vimos la jeta angulosa de su hijo en las monedas.

—¿Es él quien la rubrica?

—No.

—Si se trata de un infeliz estrecho de miras llamado Anacrites, un funcionario de la oficina política…

—¡Desde luego que no!

Mi irreverencia escandalizó al comandante de la guarnición. Yo sabía muy bien lo que significaba.

—¿La firma el emperador?

Hacía mucho que le había perdido el respeto a los secretos oficiales. Sin embargo, el comandante se ruborizó por mi indiscreción.

El misterio se resolvió. Sin duda el padre de Helena estaba detrás de esa nota. Si hacía cuatro meses que no tenía noticias de su hija, era lógico que Camilo se preguntara dónde estaba. Su amigo el emperador no preguntaba por mí, sino por su díscola hija.

Por todo el Olimpo, era hora de llevar a Helena de regreso a Roma.

El comandante carraspeó.

—¿Tiene alguna dificultad?

—No —respondí—. Le agradezco su interés. ¡Espero que vuelva a preguntármelo después de que hayamos actuado ante sus hombres!

Invitó a Helena a ocupar un asiento en la tribuna, toda una cortesía de su parte. Accedí porque me pareció demasiado buen tipo como para intentar meterle mano y porque consideré que era el único sitio en el que esa noche una mujer respetable estaría a salvo.

Helena se puso furiosa de que la quitara de en medio.

En el anfiteatro no cabía un alfiler. Congregamos cerca de mil soldados y a un grupo de arqueros palmirenos que habían estado con Vespasiano en Judea y que conocían los espectáculos romanos, más un puñado de ciudadanos. Entre estos últimos se encontraban Jaled y su padre, otro damasceno bajo y rechoncho. Aparte de una lejana semejanza en la

línea del nacimiento del pelo, en lo que a las facciones del rostro se refiere no guardaban mucho parecido.

—Jaled debe de parecerse a su madre… ¡pobre mujer! —le comenté a Talía.

Cuando la madre apareció —tal vez se retrasó porque le encomendaron que aparcara el carro— comprobé que, por desgracia, tenía razón: no era precisamente un modelo de belleza femenina. Les asignamos butacas en primera fila y esperamos que los soldados sentados detrás no les arrojasen objetos demasiado contundentes.

Sofrona había llegado antes y le pedí que acompañara a Helena como carabina. Mantuvimos a la chica fuera del alcance de Talía, por si Sofrona se daba cuenta de los planes que teníamos para ella e intentaba hacer otro mutis por el foro. Como era de prever, la familia Habib no tardó en detectar a Sofrona en el palco de autoridades, junto al comandante de la guarnición y a Helena, que lucía todos sus atributos como hija de senador y estaba resplandecientemente ataviada con nueva seda palmirena, para no hablar de los brazaletes de bronce que le llegaban hasta el codo. Mi chica era muy leal. Puesto que se trataba del estreno de mi primera obra incluso se había puesto una tiara para sujetar el imprescindible velo.

La familia estaba impresionada, lo cual jugaba en mi favor. Aún no sabía con exactitud cómo resolvería sus problemas pero, después de tres meses de estar sumido en dramas sentimentales, se me ocurrieron infinidad de ideas disparatadas.

El anfiteatro era de reducidas dimensiones como teatro y no estaba bien equipado para crear efectos dramáticos. Lo habían construido, sobre todo, para celebrar combates entre gladiadores y espectáculos con animales salvajes. En sendos extremos de la elipse se alzaban dos puertas construidas con pesadas vigas de madera. La arena presentaba dos huecos con arco en los lados más largos. En uno los tramoyistas habían cubierto de guirnaldas una estatua de Némesis y los músicos estaban agazapados bajo sus faldas. El otro hueco sería utilizado como refugio por los actores que salían de escena. Alrededor de la arena había una protección de madera de varios metros de altura y, por encima, una escarpada pendiente con hileras de bancos de madera. La tribuna del comandante —poco más que un zócalo con un par de tronos— estaba a un lado.

Imperaba una atmósfera vibrante… demasiado vibrante. La soldadesca estaba inquieta. En cualquier momento las tropas serían muy capaces de

prender fuego a los asientos.

Había llegado la hora de anular con más música y bailarinas el tipo de problemas que no podíamos evitar. Con suma elegancia, desde la tribuna el comandante de la guarnición dejó caer un pañuelo blanco.

Talía se detuvo a mi lado mientras yo permanecía en la puerta y prestaba atención a la primera intervención de la orquesta.

Cubiertas de estolas, Afrania y Plancina se abrieron paso a empujones. Aunque lucían tocados y velos palmirenos, bajo las estolas sólo llevaban cencerros y lentejuelas. Talía cobijó a la nerviosa Plancina bajo su ala protectora. Yo charlé con Afrania.

—¡Falco, ésta es tu gran noche! —Los presentes en el anfiteatro vislumbraron a nuestras chicas y se oyó el rítmico taconeo de las botas—. ¡Por Juno, qué panda de palurdos!

—Dales cuanto tienes y se portarán como gatitos.

—Estoy de acuerdo, son animales.

Plancina echó a correr y, con ayuda de las castañuelas, hizo cosas que parecían imposibles.

—¡No está nada mal! —comentó Talía.

Al cabo de unos minutos Plancina provocó una salva de aplausos con su baile con la zampoña. Se retorcía bien. Afrania dejó caer la estola, aferró su instrumento musical y, mientras yo terminaba de parpadear, salió a saltos, prácticamente desnuda, y se sumó a la danza.

—¡Caramba!

—Es capaz de hacer muchas travesuras con la tibia —masculló Talía, que no estaba nada impresionada.

Poco después los tramoyistas se apiñaron en la puerta con los accesorios que utilizaríamos para la representación de *El espectro que habló.* Al cabo de unos instantes los actores salieron de la tienda que hacía las veces de camerino y formaron un tenso corro. Musa hizo acto de presencia a mi lado.

—¡Falco, es tu gran noche!

Estaba harto de oír ese comentario.

—Sólo es una obra más.

—Yo también tengo trabajo que hacer —añadió Musa secamente. Cuidaba del cabrito que Tranio iba a asar. La pobre bestia se debatía en sus brazos e intentaba huir. Musa también estaba a cargo del mulo de Filócrates,

que aparecía en la escena del viaje. Añadió con extraño regocijo—: Y esta noche identificaremos al asesino.

—Por intentarlo que no quede. —Su serenidad me perturbó—. Se nota que los animales domésticos no son lo tuvo. ¿Dónde está la gran pitón?

—En su cesto —replicó Musa y esbozó una ligerísima sonrisa.

La música dejó de sonar. Los miembros de la orquesta salieron a beber un trago mientras las chicas se dirigían a la carrera a la tienda camerino. A pesar de que no teníamos previsto hacer un descanso, en el intervalo los soldados salieron a mear. Yo también había sido soldado, así que no me sorprendí.

No era la primera vez que los actores eran testigos de semejante desbandada. Se resignaron y se apartaron de la entrada hasta que la aglomeración se disgregó.

Vi que Tranio se acercaba para interpretar la primera escena en el papel de ajetreado cocinero. Parecía preocupado por su inminente salida a escena y deduje que podría sorprenderlo si inesperadamente le hacía la pregunta adecuada. Calculaba el momento de desafiarlo cuando Congrio me tironeó de la manga Y dijo:

—¡Falco! ¡Falco! Mi parlamento… —El «parlamento» de Congrio constaba de una línea. Entraba en escena como esclavo doméstico y anunciaba que la doncella virtuosa acababa de dar a luz. En las obras las doncellas virtuosas no lo son tanto. Yo no tengo la culpa, es la tradición de un género mancillado. El galán juvenil medio ve en la violación su primer paso hacia el matrimonio y, por alguna razón, la heroína cómica media le sigue la corriente. Congrio no había terminado de quejarse—.

Es una lata. Helena Justina me ha dicho que puedo redondearlo…

—Congrio, haz lo que quieras.

Intentaba apartarme del cartelero. Tranio se encontraba a cierta distancia y se calzaba la peluca. En el preciso momento en que logré librarme de Congrio y de su delirante inquietud, una manada de pesados de la guarnición me cortó el paso. Me rodearon. Despreciaban a los actores, pero me eligieron porque me consideraron un anzuelo más prometedor. Evidentemente les parecí lo bastante resistente como para ser merecedor de que me aplastaran la cabeza.

No tenía tiempo de distraerlos con afables bromas. Me separé velozmente del grupo de gamberros, hice un largo desvío y, justo cuando

giraba hacia Tranio, topé de frente con un individuo pequeño que juró que me conocía: era un chiflado que quería hablar de un macho cabrío.

OceanofPDF.com

LXIX

—¡Hola! ¡Esto sí que es un golpe de suerte!

Me detuvo un pequeñajo con un brazo amputado hasta el codo y una desdentada pero esperanzada sonrisa. No era corriente que me atraparan ya que, por lo general, soy demasiado espabilado para los listillos callejeros. Deduje que intentaba venderme algo… y no me equivoqué: quería que me quedase con su animal.

Mi obra estaba a punto de comenzar. Oí que Ribes interpretaba una delicada melodía introductoria con la lira.

Antes de apartar al hombre que me había detenido, algo me llevó a mirarlo otra vez porque el bobo me resultaba conocido.

Por lo visto su acompañante también me conocía, pues me dio un golpe en los riñones con la familiaridad de un sobrino. Se trataba de un macho cabrío de manchas blancas y pardas y expresión apesarada, que me llegaba aproximadamente a la cintura. Tenía un tic nervioso en las dos orejas y su cuello presentaba un extraño retorcimiento.

Recordé algo sobre esa bestia: el amo había insistido inútilmente en que había nacido con la cabeza vuelta hacia atrás.

—Lo siento… —murmuré e intenté largarme.

—¡Nos conocimos en Gerasa! ¡Te estuve buscando! —declaró el propietario del monstruo.

—Lo siento, amigo, pero estoy ocupado…

El hombre se mostró abatido. Formaban una pareja que daba pena.

—Creí que te interesaba —se lamentó el manco.

El macho cabrío tuvo la sensatez suficiente para saber que lo único que yo quería era irme.

—¿A qué te refieres?

—¡A que el macho cabrío te interesaba!

¡Por todos los dioses!

—¿Por qué lo dices?

—¡Acuérdate de Gerasa! —repitió perseverante. Evoqué fugazmente que, en un momento de delirio, le había ofrecido una o dos monedas de cobre por la bestia. Me asaltó otro recuerdo más atroz: habíamos discutido

disparatadamente sobre el animal—. Quiero venderlo y me parece que habíamos llegado a un acuerdo… de hecho, aquella noche fui a buscarte.

Decidí ser claro:

—Amigo, me entendiste mal. Te hablé del macho cabrío porque me recordó una cabra que en otro tiempo fue mía.

No me creyó. Mis palabras sonaron débiles sólo porque decía la verdad. En cierta ocasión, por razones muy complicadas, había rescatado a una niñera fugada que se guareció en un templo a orillas del mar. La excusa es que yo vivía a salto de mata (estaba trabajando para Vespasiano, siempre tacaño cuando se trataba de pagar las dietas de la taberna) y que, en aquel momento, cualquier compañía era mejor que ninguna.

Siempre he sido sentimental. A veces me dedico a charlar con propietarios de animales peculiares con el único propósito de exhibir mi experiencia. Por eso había hablado con este individuo en Gerasa. Recordé que me había dicho que quería vender su bestia y dedicarse a cultivar el huerto. Habíamos discutido lo que quería cobrar por este peculiar objeto de exposición, pero en ningún momento manifesté mi intención de asociarme al gremio de propietarios de cabras y machos cabríos.

—Oye, lo siento mucho, pero prefiero los animales de compañía que te miran a los ojos.

—Todo depende de dónde te sitúas —insistió con toda lógica el muy pesado. Intentó situarme detrás del lomo izquierdo del macho cabrío—. ¿Te das cuenta?

—Escucha, me he echado novia y ella consume todas mis energías…

—¡Y este macho cabrío atrae multitudes!

—No me cabe la menor duda.

Mentiras y más mentiras. En tanto atracción secundaria, el macho cabrío era totalmente inútil. A pesar de su incapacidad física, el bicho mordisqueaba el dobladillo de mi túnica. Pensándolo bien, el cuello deforme parecía acercarlo a la ropa de la gente. Lo único que me faltaba era una sucesión de quejas por faldas y togas mordidas.

—¿Cómo se llamaba? —quiso saber el dueño del macho cabrío que, evidentemente, estaba como una chota.

—¿Quién? Ah, mi cabra. No tenía nombre. El exceso de familiaridad sólo sirve para crear angustias.

—Tienes razón… —El dueño del macho cabrío se percató de que yo comprendía sus problemas—. Éste se llama Alejandro porque es grande y

magno.

¡Qué disparate! Era una bestia lamentable

—¡Ni se te ocurra venderlo! —insistí porque de pronto la idea de que se separaran me resultó insoportable. Tuve la impresión de que este par de chalados dependían mutuamente más de lo que cualquiera de los dos estaba dispuesto a reconocer—. Querrás saber que tiene un buen hogar. Puesto que piensas dejar de viajar, lo mejor será que lo lleves contigo.

—Se comerá las judías. —Era cierto. Se lo comería todo. Las cabras y los machos cabríos arrancan plantas y arbustos de raíz. Allí por donde pasan no vuelve a brotar nada—. Falco, me pareciste un buen muchacho…

—Yo no estaría tan seguro.

—Alejandro tiene sus caprichos, pero los compensa con su cariño… Puede que tengas razón. Merece estar conmigo. —El chalado pareció indultarme—. Me alegro de haberte vuelto a ver porque me ha servido para aclarar las ideas.

Con cierto pesar, tiré de las orejas de Alejandro. Evidentemente era un animal muy sutil, pues intentó zamparse mi cinturón.

Estaba a punto de marcharme cuando el manco carilargo preguntó:

—Dime, aquella noche, ¿tu amigo encontró el camino hasta las albercas de Gerasa?

OceanofPDF.com

LXX

—¿A qué amigo te refieres?

Puesto que hablábamos de Gerasa, no me hizo falta preguntar de qué alberca se trataba.

Intentaba mantener un tono ligero al tiempo que experimentaba una agobiante opresión. Detesto el asesinato, a los asesinos y verme en la obligación de dar sus nombres, cuestión que muy pronto sería inevitable.

—Formaba parte de tu compañía. Fui a ofrecerte el macho cabrío y le pregunté dónde estabas. Respondió que te habías ido a la ciudad y, por su parte, me preguntó cómo llegar a las piscinas de Majuma.

—¿Qué aspecto tenía?

—¡Que me aspen si lo sé! No tuvo tiempo de detenerse y se alejó deprisa a lomos de un camello.

—¿Era joven o viejo, alto o bajo? ¿Lo ves ahora aquí?

Al pobre manco le entró el canguelo. No estaba acostumbrado a describir a la gente e hizo ingentes esfuerzos por decir algo. No tenía sentido presionarlo, por mucho que a diez metros se encontrara uno de los sospechosos, Tranio, que esperaba para salir a escena. Este testigo no era de fiar. Había pasado mucho tiempo. Si yo le hacía sugerencias, las confirmaría en el acto con tal de salir del aprieto. Este chalado tenía la solución del enigma de los asesinatos, pero no me quedaba más remedio que dejarlo partir.

Permanecí en silencio. La paciencia era mi única baza. Alejandro se comía porfiadamente la manga de mi túnica. Cuando lo vio, el propietario le sacudió un tortazo entre las orejas. Al golpear la cabeza del macho cabrío recordó algo y exclamó:

—¡Llevaba sombrero!

Yo ya había oído esa frase.

Mientras un servidor contenía el aliento, el manco describió espontáneamente al individuo que había visto en Gerasa:

—Es uno de esos gorros tejidos que se inclinan y se caen.

No tenía nada que ver con el sombrero griego de ala ancha y copa redonda que Shullay había enviado a Musa desde Petra. Sin embargo,

recordé dónde había visto algo parecido.

—¿Te refieres a un gorro frigio, como el que luce el dios solar Mithras?

—Exactamente. Uno de esos trastos largos y colgantes.

Era el gorro con el que Grumio recogía el dinero después de actuar.

Por lo tanto, Grumio era el asesino de Ione. Yo mismo le había proporcionado una coartada basada en la premisa errónea de que lo había visto varias veces en el mismo sitio. En ningún momento se me ocurrió que entre uno y otro encuentro se había largado al galope a otra parte.

Pensándolo bien, mi certeza había sido absurda. Era obvio que había hecho descansos en el transcurso de su representación. Le habría resultado imposible sustentar toda la noche esa brillante actuación. De haber pasado la velada entera sobre el tonel, cuando Musa y yo regresamos del templo de Dioniso tendría que haber estado afónico y agotado. Pero no estaba en ese estado cuando me llamó para insultarme y para el acto del «accidente» casi fatal con mi propia navaja. Grumio había estado lúcido, animado, controlando la situación y había sido peligroso. Y a mí se me había escapado lo obvio.

Grumio había actuado dos veces sobre el tonel y en el entreacto había cabalgado hasta la alberca para cargarse a la chica.

¿Había obrado en solitario? ¿También había matado a Heliodoro? Era difícil saberlo. Mi mente era un caos. A veces es mejor tener veinte sospechosos en lugar de dos. Deseaba consultar a Helena pero, por desgracia, yo mismo la había encerrado en el palco del comandante de la guarnición.

Me dirigí a la entrada de la arena. Grumio ya no estaba. Él y Cremes se aprestaban a entrar en escena desde uno de los lados. Estaban ocultos en uno de los huecos. Davos seguía escondido en el escenario, presto a hacer su aparición como espectro. El resto del reparto me aguardaba.

Ribes seguía tañendo la lira. Por suerte los sirios aprecian a los músicos. Ribes se consideraba un pésimo intérprete pero, como nadie le había dado el pie para que pusiese fin a la obertura, improvisaba cada vez más frenético.

Tranio se encontraba junto a la puerta. Me acerqué distraídamente y le comenté:

—Te alegrará saber que he encontrado el anillo de Grumio.

—¿Qué anillo?

—La sortija de la piedra azul. Podría ser lapislázuli, aunque probablemente sólo se trata de sodalita… —Tranio no tenía ni la más remota idea de lo que le decía—. ¡Me lo sospechaba! ¡Incluso en esto me mintió!

Aferré a Tranio del brazo y lo acerqué a mí.

—Falco, ¿a qué juegas?

—Tranio, intento saber si eres insensatamente leal o sólo insensato.

—No sé de qué hablas…

—Deja ya de protegerlo. Te aseguro que ha tenido el descaro de intentar incriminarte. Da igual lo que le debas, en este momento debes olvidarlo.

Otras personas nos escuchaban: Talía, Musa y buena parte de los actores.

Tranio recorrió a los presentes con la mirada.

—Desembucha. Nos vendrá bien contar con testigos. Da igual que nos oigan. ¿Qué prenda le entregaste a Heliodoro, que luego os llevó a discutir?

—Falco, tengo que salir a escena…

El pánico hizo mella en Tranio.

—Todavía no. —Lo agarré del cuello del disfraz y lo tensé. No supo si yo estaba cabreado o si era un juego—. ¡Quiero la verdad!

—Falco, tu obra…

—¡En este momento paso de mi obra!

Tuve la fugaz sensación de que todo se me escapaba de las manos, pero recibí ayuda de donde menos la esperaba:

—La prenda era un pergamino —dijo Filócrates. Sin duda le preocupaba que se lo considerara responsable de los crímenes—. Pertenecía a Grumio, era su recopilación de viejos y espantosos chistes.

—¡Filócrates, no sabes cuánto te lo agradezco! ¡Adelante, Tranio, tendrás que apresurarte a darme algunas respuestas!

Empecemos por el principio. ¿Estabas realmente con Afrania la noche de la muerte de Ione?

Tranio decidió ser franco.

—Sí.

—¿Por qué le pediste que fingiera lo contrario?

—Por pura estupidez.

—¡ A eso le llamo hablar claro! ¿Estabas despejado o atontado por la bebida la tarde en que Heliodoro fue asesinado en Petra?

—Estaba borracho como una cuba.

—¿Y Grumio?

—Me parece que también estaba trompa.

—¿Estás seguro de que estaba trompa?

Tranio bajó la mirada.

—No —reconoció—. Me dormí como un tronco. Grumio pudo hacer cualquier cosa sin que yo me enterara.

Lo solté.

—Tranio, Tranio, ¿a qué jugabas? Si no eres el asesino, ¿por qué proteges al hombre que cometió los crímenes?

Se encogió de hombros con expresión de derrota.

—Fue culpa mía. Yo perdí su pergamino.

Me di cuenta de que nunca llegaría a entenderlo del todo… pero yo no era artista, sino escritor. Un cómico vale tanto como la variedad de sus chistes. El escritor no se dedica a llorar el material perdido. Por desgracia para el público lector y espectador, a los escritores les resulta fácil seguir produciendo.

Desesperé de entender a Tranio. En la arena Ribes cubrió la pausa inesperadamente larga con los rápidos tañidos de la lira, pero el público estaba harto. Me di cuenta de que Ribes se ponía nervioso mientras intentaba comprender por qué Tranio no entraba en escena. Tomé velozmente una decisión y dije:

—Ya hablaremos luego. Sal a escena. No adviertas a Grumio o tú también acabarás arrestado.

Libre de mí, Tranio se puso una peluca rala de dos tonos y atravesó la puerta. Los actores que circulaban por allí, así como Talía, Musa y yo, nos apiñamos para ver el desarrollo de la obra.

Visto a nivel del suelo, el espacio elíptico parecía inmenso. Musa y Talía me observaron con curiosidad mientras intentaba decidir qué podía hacer. Una vez en el escenario, Tranio interpretó su papel de agitado cocinero. No pareció apartarse un ápice de su parlamento. Poco después regañó al simplón de Grumio, que interpretaba al campesino que había llevado la carne para el festín. Cremes entró corriendo para darles órdenes, hizo algunas bromas sobre las mujeres voraces que querían sexo noche y día y abandonó el escenario.

A un lado, Filócrates —que representaba a Moschión, mi héroe— incorporó mala leche juvenil sentado en un cesto de vestuario, que

habíamos tapado con una manta para convertirlo en una diván. El espectro Davos estaba escondido en un horno portátil. De vez en cuando se asomaba y se dirigía a Moschión, la única persona que podía «verlo». A renglón seguido el espectro se inquietaba porque Tranio estaba a punto de encender el horno: ¡la repera! Cualquiera comprenderá por qué me había sentido orgulloso de mi creación. Claro que ahora la obra no me importaba, estaba a punto de enfrentarme con el asesino y me había puesto de muy mala leche.

Arder entre las llamas no era nada comparado con lo que me proponía hacerle a Tranio por haber frustrado mis investigaciones. En cuanto a Grumio, recordé con recochineo que en las provincias las ejecuciones de los criminales suelen celebrarse en la arena local. Miré al comandante de la guarnición y me pregunté si estaba autorizado a aplicar la pena de muerte. Probablemente no, pero estaba seguro de que el gobernador, Ulpio Trajano, la ordenaría.

Davos lanzó un grito aterrador que la mayoría de los personajes que estaban en escena ignoraron. Aferró los fondillos de su disfraz espectral y cruzó la puerta corriendo, como si estuviera en llamas. Al personal le encantó ver cómo sufría un personaje. El ambiente era insuperable.

—Falco, ¿qué pasa? —preguntó Davos.

Había tenido más motivos que nadie para reparar en la tardanza antes del comienzo de la representación porque había estado acurrucado en el horno.

—¡Ha estallado la crisis! —respondí concisamente.

Davos pareció sorprenderse y enseguida se dio cuenta a qué tipo de crisis me refería.

Frigia y Birria salieron a escena desde la entrada del otro lado. Mandaron a los dos «esclavos» a otra parte a fin de sostener en la cocina una charla de tú a tú sobre el joven Moschión. De acuerdo con mis instrucciones escénicas, Tranio y Grumio se alejaron en direcciones opuestas; por pura casualidad, cada uno quedó a un lado del hueco lateral, lo que les impidió comunicarse.

Moschión se había escondido detrás del horno para oír sin ser visto la charla entre su madre y su amada. Pretendía ser una escena divertidísima. Mientras las mujeres cruzaban frases ingeniosas, respiré hondo hasta que me calmé.

Poco después los payasos reaparecieron en escena. De repente pensé que me había equivocado y juzgado erróneamente a Tranio.

—No saldrá bien… —le comenté a Musa en voz baja.

Me tocó elegir entre interrumpir la actuación en plena escena o esperar. Un nutrido grupo de soldados revoltosos había pagado la entrada para ver un espectáculo. Si lo decepcionábamos estallaría un motín.

Mis temores eran fundados.

—¡La has liado! —advirtió el cocinero inteligente al payaso rural mientras bromeaban en el escenario. Esa frase no estaba en el libreto—. ¡En tu lugar, me largaría antes de que sea demasiado tarde!

Davos, que era más espabilado que la mayoría, captó lo que ocurría y exclamó:

—¡Mierda!

Tranio salió y se dirigió al hueco lateral, pero Grumio se acercó al sitio en que estábamos. Tal vez pensó que Tranio había improvisado. Sea como fuere, aún interpretaba su personaje.

Musa me miró. Opté por no hacer nada. En la obra, la madre descubre a Filócrates en su escondite; el joven se pelea con su enamorada y acaba desterrado al campo por las habituales y complejas razones de todo argumento teatral. Mi drama discurría rápidamente.

Filócrates abandonó el escenario y se reunió con nosotros con cara de preocupado. Le hice una discreta señal de asentimiento con la cabeza: el espectáculo debía continuar. Noté que Talía aferraba a Davos del brazo y le decía en voz muy baja:

—¡La próxima vez que salgas a escena dale un porrazo a Tranio!

Musa se adelantó para entregar a Grumio las riendas del mulo de Filócrates, que estaba a punto para la escena siguiente. Tanto Filócrates como Grumio se habían puesto las capas de viajeros: el cambio de vestuario fue velocísimo. En su papel de joven amo, Filócrates montó el mulo. Por su parle, Grumio apenas hacía caso de los que lo rodeábamos.

Estaban a punto de salir al escenario para la corta escena del viaje a la granja cuando Musa volvió a aproximarse a Grumio. Éste, que conducía el mulo, prácticamente estaba a la vista del público. De repente Musa le caló un sombrero en la cabeza. Se trataba del sombrero griego de ala ancha con una cinta que se colocaba debajo del mentón. Grumio palideció.

Por si con el sombrero no bastaba, mi leal compinche había elaborado otra artimaña:

—¡Y no te olvides de silbar! —ordenó Musa alegremente.

Parecía una indicación escénica, pero algunos sabíamos qué significaba en realidad.

Sin darme tiempo a detenerlo, el nabateo palmeó el trasero del mulo, que salió disparado hacia la arena y arrastró a Grumio.

—¡Musa! ¿Qué mosca te ha picado? ¡Ahora sabe que estamos al tanto de todo!

—Hay que hacer justicia —declaró Musa con toda la serenidad del mundo—. Yo quiero que se entere.

—¡Pues no se hará justicia si Grumio escapa! —espeté.

En el otro extremo de la arena la puerta estaba abierta de par en par. Más allá la panorámica del desierto se extendía al infinito.

OceanofPDF.com

LXXI

Grumio se dio la vuelta para mirarnos. Por desgracia para él, el robusto Filócrates sostenía el mulo, por lo que no tuvo la más mínima posibilidad de concluir prematuramente la escena. Moschión tenía un larguísimo parlamento sobre las mujeres y a Filócrates le gustaba pronunciarlo. No era de extrañar. El personaje era un cabrón ignorante y el parlamento se basaba en su propia persona.

Me giré y aferré a Davos del brazo.

—Necesito tu ayuda. ¡Musa, rápido, ve a la otra punta del anfiteatro y, si no es demasiado tarde, cierra la puerta!

—Lo haré yo —terció Talía—. ¡Musa ya ha causado bastantes problemas!

Talía era una mujer de armas tomar. Corrió al camello que un espectador había dejado a las puertas del anfiteatro y al cabo de unos segundos se alejó en medio de una nube de polvo.

—Davos, escucha con atención. Vete hasta el fondo de la arena y baja la escalinata de la tribuna. Informa discretamente al comandante que tenemos al menos un asesino y, con toda probabilidad, un cómplice. —Yo no me había olvidado de Tranio, que de momento estaba escondido en un hueco lateral. Lo cierto es que no sabía qué se proponía—. Helena está en el palco y te respaldará. Dile al comandante que habrá que hacer algunas detenciones.

Davos me entendió.

—Alguien tendrá que pillar a ese cabrón en cuanto haga mutis por el foro…

Sin más vacilaciones, Davos arrojó su máscara a un espectador, se quitó el blanco disfraz de fantasma y me lo arrojó a la cabeza. Cubierto tan sólo por un taparrabos echó a correr hacia el palco del comandante. Recuperé la máscara.

De pronto me vi rodeado de largos pliegues de tela que se acumularon extrañamente en mis brazos… y me encontré totalmente a oscuras. El espectro era el único personaje de la obra que llevaba máscara. Casi nunca las utilizábamos. Comprendí a qué se debía en el mismo instante en que me

la puse. De repente quedé excluido de la mitad del mundo e intenté aprender a mirar a través de los orificios oculares al tiempo que se me hacía difícil respirar.

Una fastidiosa presencia me aferró del brazo.

—¿Entonces es culpable? —preguntó Congrio—. ¿Grumio es el asesino?

—Congrio, apártale de mi camino. Tengo que desenmascarar al payaso.

—¡Yo me ocuparé! —exclamó. Su seguridad me recordó el vivo estilo de Helena. Después de todo, Congrio era su discípulo, un alumno al que estaba claro que había conducido por mal camino—. ¡Helena y yo hemos elaborado un plan!

No tuve tiempo de detenerlo. Seguía luchando con el maldito disfraz. Congrio dio unos saltos estrafalarios (al parecer lo consideraba una interpretación magistral) y llegó a la arena antes que yo. Esperaba oír la única frase que había escrito para él: «¡Señora, la damisela acaba de dar a luz a gemelos!»

Pero no fue lo que dijo.

No interpretó el papel que yo había escrito para él, sino el parlamento tradicional del esclavo ramplón:

—¡Dioses del cielo, qué lío hay aquí…! —Avanzó tan rápido que alcanzó a los viajeros y al mulo—. Estoy agotado. Moschión ha salido, su madre está inconsolable, el asado está en el fuego, el novio se ha cabreado y ahora esta chica… vayamos por partes, ya os hablaré de la chica cuando llegue el momento. ¡Qué casualidad, he topado con un par de viajeros! Haré un alto para charlar con ellos.

A continuación, mientras se me caía la cara de vergüenza y se hundía más de lo que nunca había imaginado, Congrio empezó a contar un chiste.

OceanofPDF.com

LXXII

Congrio había trepado a la maqueta de una roca para que lo vieran mejor.

—¡Hola, viajeros! Parecéis muy tristes. ¿Queréis que os anime? Os contaré un chiste que estoy seguro no conocéis.

Filócrates, que seguía a lomos del mulo, se puso frenético. Le gustaba saber en qué escena estaba y, además, detestaba a los secuaces, pero Congrio era incontenible.

—Un turista romano llega a una aldea y encuentra a un campesino que tiene una bella hermana.

Noté que Grumio, que había estado a punto de tirar de las riendas del mulo, paraba bruscamente como si hubiera reconocido el chiste. Congrio se regodeaba con su capacidad histriónica que le permitía mantener el interés del público.

—«¡Hola, campesino! ¿Cuánto cuesta pasar la noche con tu hermana?» «Cincuenta dracmas». «¡Qué barbaridad! Te propongo una cosa: déjame pasar una noche con la zagala y te mostraré algo que te dejará pasmado. Te apuesto lo que quieras a que hago hablar a tus animales… Si no lo consigo, te pagaré cincuenta dracmas». El campesino piensa que el turista romano está loco y decide seguirle la corriente y acceder a sus peticiones. Ignora que el romano es ventrílocuo. Éste llega a la conclusión de que se divertirá de lo lindo. «Campesino, hablaré con tu yegua. Hola, yegua. Dime, ¿cómo te trata tu amo?» La yegua responde: «Muy bien, aunque sus manos están frías cuando me acaricia los flancos…»

Mientras Congrio divagaba, a través de la máscara logré entrever que Filócrates estaba azorado mientras Grumio rabiaba de furia.

—Y el campesino coincide en que es maravilloso, a pesar de que no está completamente convencido. «Podría jurar que oí hablar a mi yegua. Vuelve a demostrármelo». El romano ríe para sus adentros. «Y ahora probaremos con tus simpáticas ovejas. ¡Hola, ovejita! ¿Cómo se porta tu amo!» La oveja responde: «Bastante bien, aunque cuando me sujeta las ubres para ordeñarme noto que sus manos están muy frías…»

Filócrates había puesto una mueca inmutable, al tiempo que interiormente se preguntaba cuándo tocaría a su fin esa tortura improvisada. Grumio parecía una roca firme y escuchaba a Congrio como si no pudiera creérselo.

En su vida Congrio había sido tan feliz.

—«Estás a punto de convencerme», dice el campesino. El romano está en su salsa. «Lo sabía. Hablaré con otro de tus animales y esta noche tu hermana será mía. Hola, camello, eres muy guapo. Dime…» El campesino da un salto y exclama presa de una gran agitación: «¡No le hagas caso, el camello es un mentiroso!»

Hubo alguien más que dio un respingo.

Grumio lanzó un grito de ira y se abalanzó sobre Congrio.

—¿Quién te lo dio?

Se refería al pergamino con los chistes. Seguramente Helena se lo había prestado a Congrio.

—¡Es mío! —El cartelero se mofó de Grumio, se apeó de la roca y practicó cabriolas por el escenario, fuera del alcance del payaso rural—. ¡Lo he conseguido y me lo quedaré!

Me vi obligado a actuar sin dilación. Entré en escena ataviado con el disfraz de espectro. Con la vana ilusión de que el público creyera que mi aparición era parte de la obra, agité los brazos por encima de la cabeza, correteé con un peculiar paso largo y fingí ser el fantasma del padre de Moschión.

Grumio se dio cuenta de que el juego había terminado. Abandonó a Congrio. Se giró, sujetó bruscamente a Filócrates de una elegante bota, pegó un tirón a la pierna del galán y lo arrancó del mulo. Como no se lo esperaba, Filócrates cayó estrepitosamente sobre la arena.

El público los aclamó. No tuvo ninguna gracia. Filócrates cayó boca abajo. Sin duda su bonita jeta se había echado a perder. Podría considerarse afortunado si sólo se había roto la nariz. Congrio dejó de retozar, corrió hacia él y lo arrastró hacia el hueco lateral, del que Tranio salió espantado. Entre los dos retiraron de la arena al actor desmayado. Los espectadores se lo pasaban pipa. Cuantos menos miembros del reparto hubiera en pie, más les gustaría la obra.

Grumio no hizo caso del rescate de Filócrates e intentó montar al mulo. Yo seguía tropezando con el largo dobladillo del disfraz, a medias cegado por la máscara. Forcejeé y oí las carcajadas de la soldadesca, que no

sólo se reía de mis cabriolas. Grumio no había tenido en cuenta la personalidad del mulo. Levantaba una pierna para montarlo y el animal se deslizaba de lado. Cuanto más intentaba llegar a la silla, más lejos se situaba el mulo.

La diversión fue en aumento. Parecía un truco ensayado. Hasta yo me paré a mirar. Grumio saltó frustrado y siguió al mulo hasta que se encontraron cara a cara. El payaso se desplazó para acercarse a la silla de montar y el mulo giró, le golpeó la espalda con su largo morro y lo derribó. Relinchó encantado con su éxito y galopó hasta salir de escena.

Grumio era acróbata. Cayó mejor que Filócrates e instantáneamente se levantó. Se volvió para seguir al mulo y escapar por piernas… en el mismo momento en que Talía cerraba la puerta. Destinada a contener animales salvajes, la puerta era demasiado alta para salvarla de un salto. Grumio dio media vuelta… y se encontró conmigo. Vestido de espectro, intenté ocupar el espacio suficiente para interceptarle la salida por el otro lado. A mis espaldas había una abertura como mínimo de tres metros y medio, pero los miembros de la compañía se habían apiñado deseosos de ver el desenlace y no le permitirían pasar.

Todo quedó entre él y yo.

Mejor dicho, hubo algo más, ya que aparecieron otras dos figuras. En esa última escena en la arena todo quedaba entre él y yo… más Musa y el cabrito destinado al sacrificio.

Fue una representación de conjunto de la máxima calidad.

OceanofPDF.com

LXXIII

Me arranqué la máscara y mis dedos se enredaron en los largos rizos grises, realizados con gruesas crines. La aparté enérgicamente y la arrojé tan lejos como pude.

Parpadeé a causa del reflejo de las teas y vi que Helena estaba de pie en la tribuna y hablaba con el comandante con actitud de apremio. Davos bajaba a toda velocidad la escalera del frente y salvaba tres peldaños por vez. Por lo visto, la guarnición de Palmira no estaba compuesta por los últimos despojos de la soldadesca del imperio, pues muy pronto se produjo cierta actividad controlada en el extremo de una hilera de bancos.

Muy por detrás de mí, Musa seguía en pie con el cabrito en brazos. Estaba loco, era nabateo, parecía salido de otro mundo. No entendí su actitud.

—¡Musa, lárgate, pide ayuda!

Ignoró mis súplicas.

Recogí los absurdos pliegues del disfraz y los encajé en el cinturón. El público hizo repentinamente un silencio tan hondo que oí el chisporroteo de las llamas de las teas de betún que rodeaban el escenario. Los soldados no sabían qué pasaba, pero se dieron cuenta de que no formaba parte del programa. Tuve la desagradable sensación de que *El espectro que habló* se convertiría en algo de lo que se hablaría durante muchos años.

Había poco más de cuatro metros entre Grumio y yo. A nuestro alrededor se encontraban diversos efectos escénicos, en su mayoría objetos que servirían como escondite del espectro: la roca escarpada, el horno con forma de colmena, el baúl de mimbre para la ropa sucia, un sofá y una inmensa vasija de cerámica.

Grumio estaba en su salsa. Sabía que yo tendría que acercarme. Le brillaban los ojos, tenía las mejillas febrilmente encendidas y parecía drogado de emoción. En todo momento yo tendría que haber sabido que era uno de esos criminales tensos y arrogantes que matan a sangre fría y jamás se arrepienten.

—Éste es el asesino de La Cumbre —declaró Musa y lo dejó públicamente al descubierto.

El muy cabrón se puso a silbar.

—Entrégate. —Me dirigí a Grumio en voz baja—. Tenemos pruebas y testigos. Sé que mataste al dramaturgo porque no te devolvió el pergamino de los chistes… y también sé que estrangulaste a Ione.

—«Y ahora ella está muerta, lo que resuelve parte del problema…» —Citó *La muchacha de Andros.* Tanta frivolidad me hizo hervir la sangre—. Falco, no te acerques ni un paso más.

Grumio estaba loco en el sentido de que se había vuelto totalmente inhumano. En todos los demás aspectos, era tan cuerdo como yo y probablemente más inteligente. Estaba en forma, era fuerte, sabía hacer juegos de manos y tenía ojos de lince. No quería verme obligado a luchar con él… pero Grumio quería el enfrentamiento.

En su mano apareció una daga. Desenfundé el cuchillo de mi bota y lo sujeté como a un amigo. No tuve tiempo de relajarme. Grumio era malabarista profesional y si me acercaba demasiado cabía la posibilidad de que me desarmase. No llevaba peto protector y Grumio se quitó la capa de su traje y quedó resguardado por el delantal de cuero que usaba en su papel de esclavo.

El payaso se agachó e hizo fintas. Me mantuve erguido y no acudí al engaño. Grumio gruñó. También lo ignoré. Comencé a balancearme y apoyé disimuladamente el peso del cuerpo en las puntas de los pies. Él también me rondó. A medida que trazábamos sutiles espirales, la distancia se redujo. En las galerías con largos bancos de madera los soldados se pusieron a taconear suavemente. Persistirían con ese temible sonido hasta que uno de los dos cayera vencido.

Noté el cuerpo tenso. Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no iba al gimnasio. En ese momento Grumio se lanzó a por mí.

Fue una lid a muerte. Grumio no tenía nada que perder. Sólo lo impulsaba el odio y el único premio posible era la muerte, ya fuera ahora o más tarde.

Desde el primer momento algo quedó muy claro: a la guarnición le gustaban los gladiadores. El combate era más interesante que una simple comedia. Los soldados sabían que las armas eran auténticas y que si alguien sufría una herida la sangre no sería de cochinilla.

Hacía rato que había perdido toda esperanza de que el comandante de la guarnición me prestara ayuda. En cada puerta avisté un grupo de hombres con armaduras, pero sólo se habían situado allí para gozar del lance. Si

algún miembro de la troupe intentaba salir a escena y colaborar, la soldadesca se lo impediría y se limitaría a decir que lo hacía a fin de preservar el orden público. El comandante sabía que el único modo de mantener el orden consistía en permitir la pugna y después, según quien sobreviviera, felicitarme o detener a Grumio. Yo no estaba dispuesto a correr riesgos y supuse que el comandante de la guarnición tampoco. Además, yo era agente imperial y sin duda el oficial confiaba en mi competencia. Si yo fracasaba, probablemente a él le daría igual.

La lucha comenzó con estilo: cortes y cuchilladas, quites y arremetidas, movimientos de ballet. Enseguida se convirtió en la habitual coreografía de pánico, calor y caos.

Grumio me sometió a todo tipo de triquiñuelas. Consternado, me batí en retirada, rodeé y me arrojé a sus pies mientras corría hacia mí. Grumio saltó por encima de mí, me esquivó y se apostó detrás del baúl para la ropa sucia. La soldadesca lo aclamó: estaba de su parte.

Grumio estaba indemne y yo debía ser más cauteloso.

Aferré la máscara de espectro y se la arrojé. Como buen malabarista que era, la atrapó y la cortó a la altura del cuello. Dejé de existir. Grumio giró y me vislumbró o, al menos, eso creyó, pero sintió cómo rasgaba mi cuchillo la espalda de su túnica y logró zafarse.

Lo perseguí. Me frenó con una andanada de golpes. Algún capullo de las tribunas lo aplaudió.

Mantuve el tipo. No era la primera vez que salía a la palestra como perdedor. Me había ocurrido tantas veces… Ya podía pensar Grumio que tenía al personal en el bolsillo, que prácticamente había ganado el combate… Que me hundiera la daga en el hombro mientras el disfraz de espectro se soltaba a mis pies y me tendía una zancadilla.

Logré superarlo. Con un brinco desgarbado salvé el baúl de mimbre, pasé por encima y tuve el tiempo justo de volver a encajar en el cinturón los pliegues del fantasmal disfraz. Dejé de pensar, me ceñí a la estrategia y pensé que lo mejor era reaccionar.

A la mierda con las reacciones, lo que yo quería era rematar la faena.

Grumio supuso que el salto me había desestabilizado. Se lanzó sobre mí. Le sujeté el brazo con el que empuñaba la daga. Sujetó el arma con la otra mano: un manido truco que yo conocía muy bien. Intentó clavármela en las costillas, pero se quedó sin aliento cuando le di un rodillazo en la

muñeca izquierda y desvié su ataque. En ese momento yo reí mientras él puso cara de tonto y chilló.

Aproveché esa pérdida de concentración para lanzarme sobre él. Logré sujetarlo encima del baúl de la ropa sucia, que se sacudió al tuntún mientras forcejeábamos. Aplasté el brazo de Grumio contra la tapa. Lo sujeté encima del baúl y logré bajar el brazo y apoyarle la mano en el cuello.

Aunque parecía más delgado, Grumio era tan fuerte como yo. Me resultó imposible encontrar un punto de apoyo. Sabía que en cualquier momento Grumio se debatiría y yo sería el que quedaría en situación de inferioridad. Desesperado, aplasté su cuerpo contra el baúl, que tembló lateralmente. Los dos acabamos en el suelo.

Grumio se irguió. Lo perseguí. Saltó por encima del baúl como yo había hecho antes y se dio la vuelta. Quitó la cuña del cierre y me empotró la tapa del baúl en las narices.

La tapa cayó de mi lado. Grumio había soltado la daga y no hizo ademán de recuperarla. El taconeo de la soldadesca cesó. Grumio estaba transfigurado. Miramos el interior del baúl: una serpiente inmensa contemplaba a Grumio.

La ausencia de la tapa movilizó al reptil. Hasta yo reparé en que estaba afectado por el resplandor de las teas, el extraño decorado y las violentas sacudidas que acababa de sufrir. La serpiente se deslizó intranquila y salió del baúl.

Un jadeo recorrió el anfiteatro de punta a punta. Yo también solté una exclamación. Del baúl salieron varios metros de escamas romboidales que se dirigieron al suelo.

—¡Atrás! —gritó Grumio.

No sirvió de nada porque las serpientes son casi sordas.

La pitón se sintió amenazada por la agresividad del payaso, abrió la boca y mostró centenares de dientes curvos, afilados como agujas e inclinados hacia atrás.

Oí una voz serena:

—Quédate quieto. —Era Musa, el avispado cuidador de ofidios. Sin duda estaba enterado de lo que había en el baúl—. Zenón no te hará daño.

Musa habló como un técnico competente que se hace cargo de la situación.

Talía me había explicado que las pitones no atacan a los seres humanos. Para mí sus palabras eran suficientes pero, como no estaba

dispuesto a correr ningún riesgo, permanecí prácticamente inmóvil.

El cabrito que Musa llevaba en brazos baló inquieto. Musa pasó sigilosamente a mi lado y se acercó a la gran serpiente.

El nabateo se detuvo junto a Grumio. Zenón agitó rápidamente la lengua sacándola por un lado de la boca.

—Sólo te está oliendo —explicó Musa con tono amable pero que no era tranquilizador. Como si quisiera tener las manos libres para ocuparse de la pitón dejó el cabrito en el suelo. El pobre animal se alejó a saltos. Correteó hacia Grumio con sus patas frágiles y actitud aterrorizada, pero Zenón no le hizo el menor caso. Musa añadió sin inmutarse—: Sin embargo, Grumio, yo sí que te conozco y te detengo por el asesinato del dramaturgo Heliodoro y de la tocadora de pandereta Ione.

En la mano de Musa apareció la hoja delgada y de temible aspecto de su daga nabatea. La esgrimía con la punta dirigida al cuello de Grumio, pero no era más que un gesto porque aún se encontraba a bastante distancia del payaso.

De repente Grumio saltó a un lado. Aferró al cabrito y lo lanzó hacia Zenón. El cabrito emitió un lastimero balido de terror porque se imaginó que sería devorado y asfixiado. En cierta ocasión Talía me había comentado que, en cautiverio, los ofidios suelen ser muy quisquillosos. En lugar de cooperar, Zenón ejecutó un elegante giro. Claramente descontento, se enroscó sobre sí mismo con una impresionante exhibición de músculos e intentó abandonar la escena.

La gran pitón enfiló hacia un grupo de decorados. Enroscó potentes espirales de su cuerpo en cuanto encontró a su paso y derribó casi deliberadamente todo lo que pudo. La inmensa vasija de cerámica se volcó y perdió la tapa. Zenón se enroscó en torno al horno de utilería y se acomodó encima, con expresión de superioridad, mientras el trasto se hundía a causa de su peso. En el ínterin Grumio se alejó de Musa y de mí. Parecía tener la vía expedita hasta la salida y echó a correr.

De la vasija caída salió otra serpiente. Era más pequeña que la pitón… y más peligrosa. Grumio quedó paralizado. Avancé hacia él, pero Musa lanzó un grito y me sujetó del brazo. Delante de Grumio había una serpiente de cabeza oscura, cuerpo con franjas y, cuando se irguió para hacerle frente, vi su dorado cuello en medio de la ancha extensión de su siniestro capuchón. Era Faraón, la nueva cobra de Taifa. Faraón estaba cabreado, siseaba y había adoptado una posición plenamente amenazadora.

—¡Retrocede muy despacio! —ordenó Musa claramente.

Grumio, que se encontraba a casi tres metros del reptil, ignoró el consejo. Cogió una tea y trazó un amplio arco con el madero encendido. Faraón amagó con lo que no era más que una simple finta. Esperaba una actitud respetuosa.

—¡Seguirá tus movimientos! —insistió Musa, pero el payaso no le hizo caso.

Grumio volvió a agitar la tea. La cobra lanzó un breve y ronco siseo, salvó la distancia que los separaba y lo atacó.

Faraón retrocedió. Mordió a la altura del torso y clavó los dientes en el delantal de cuero del disfraz de esclavo de Grumio. Seguramente el cuero era a prueba de ofidios y podría haber salvado la vida del payaso.

Pero la tortura aún no había terminado para Grumio. Cuando recibió el primer y feroz ataque, se aterrorizó, retrocedió y trastabilló. Al quedar tendido en el suelo, gateó instintivamente con el propósito de escapar. Faraón vio que se movía y se lanzó otra vez sobre el payaso. Lo alcanzó en pleno cuello. El mordisco descendente fue preciso y fuerte, seguido de un veloz movimiento de masticación.

El público se enardeció. Acababa de ver una matanza en escena: el precio de la entrada estaba más que justificado.

OceanofPDF.com

Epílogo: PALMIRA

Palmira: el desierto. Hace más calor que nunca y es de noche.

SINOPSIS: El dramaturgo *Falco,* que no está de humor para interpretar el papel de estafador a sueldo, se da cuenta de que, como de costumbre, ha deshecho los entuertos…

OceanofPDF.com

LXXIV

No se por qué, pero supe que nadie me preguntaría jamás qué pasó con Moschión y el fantasma.

Musa y yo abandonamos la arena bastante maltrechos. Habíamos visto como se derrumbaba Grumio presa de la conmoción y el pánico. En cuanto la cobra se apartó paulatinamente del payaso, Musa y yo nos acercamos con cautela y lo trasladamos a la puerta. A nuestras espaldas el público aplaudía a rabiar. La pitón no tardó en destruir malignamente los accesorios escénicos mientras la cobra la observaba con actitud amenazadora.

Grumio no estaba muerto, pero tampoco le quedaban muchos hálitos de vida. Talía se acercó a verlo, cruzó una mirada conmigo y negó con la cabeza.

—Expirará antes del alba.

—Talía, ¿no crees que alguien debería coger tus serpientes?

—¡Será mejor que nadie lo intente!

Le trajeron una herramienta larga y con púas y Talía se acercó a la arena en compañía de los miembros más valientes de su troupe. No tardó en reducir a la cobra y guardarla en la vasija, mientras Zenón retornaba presuntuoso y por decisión propia al baúl, como si nada de lo ocurrido tuviera que ver con él.

Miré a Musa. Evidentemente había colocado la pitón en escena, preparándola para el número que Talía haría después de nuestra obra. ¿Había sido suya la idea de dejar el baúl en el escenario, cual un peligroso accesorio? ¿Estaba enterado de que Faraón se encontraba en la vasija de cerámica? Si se lo preguntaba probablemente me respondería la verdad porque era muy directo. Preferí no saberlo. No había grandes diferencias entre lo que acababa de suceder y someter a Grumio a las idas y venidas de un juicio y a una casi segura condena *ad bestias.*

Un destacamento de soldados se hizo cargo de Grumio y también arrestó a Tranio porque el comandante les había ordenado que detuviera a todos los posibles implicados. Tranio se encogió de hombros y los siguió. No tenía de qué defenderse. Su comportamiento era indefendible, pero las doce tablas no incluían ninguna ley que condenase la gilipollez. Se había

desprendido del atesorado pergamino con la recopilación de chistes, fue incapaz de recuperarlo y permitió que Grumio siguiera haciendo trastadas mucho después de que él mismo supiera la verdad. De todos modos, si creía sinceramente que su error era equivalente a los crímenes de Grumio, Tranio necesitaba con suma urgencia un reciclaje ético.

Más tarde, mientras aguardábamos a que las convulsiones y la parálisis acabaran con Grumio, Tranio confesó lo que sabía: Grumio actuó solo, convenció a Heliodoro de que escalara la montaña de Petra y se cercioró de que nadie más lo sabía; Grumio fue el que caminaba más cerca de Musa cuando el nabateo recibió un empujón y cayó al agua en Bostra; Grumio se rió con su compañero de los diversos intentos de dejarme incapacitado: permitir que me cayese de una escalera, el incidente del lanzamiento de cuchillos e incluso la amenaza de arrojarme a los conductos subterráneos de agua en Gadara.

Cuando finalmente Helena y yo abandonamos Palmira, Tranio quedó bajo custodia, aunque mucho más tarde me enteré de que lo habían puesto en libertad. No sé qué se hizo de él. Fue Congrio el que se convirtió en el célebre payaso romano. Asistimos a muchas de sus representaciones a pesar de los severos críticos del teatro de Balbo, que tuvieron el tupé de insinuar que los chistes del gran Congrio eran una antigualla y que alguien debía conseguirle un pergamino con cuentos más actuales.

La vida de varios de nuestros compañeros cambió mucho. Cuando Musa y yo abandonamos la escena, Filócrates —que sufría fuertes dolores y estaba cubierto de sangre a causa de una intensa hemorragia nasal— permanecía sentado en el suelo y esperaba al ensalmador.

[*] Al parecer, se había fracturado la clavícula. Al caer del mulo se había roto la nariz y probablemente uno de los pómulos. Ya no volvería a interpretar el papel de apuesto galán juvenil. Intenté darle ánimos:

—Filócrates, no padezcas. Algunas mujeres se pirran por los hombres con el rostro marcado por las experiencias de la vida.

Hay que ser amable.

En cuanto le dio el desahucio a Grumio, Talía se dedicó a limpiar los goterones de sangre de Filócrates. Juro que la oí mientras intentaba negociar la compra del cómico mulo del galán. Cuando Talía regresase a

Roma, el animal se dedicaría a derribar gente todos los días en el circo de Nerón.

Transitoriamente me vi inmerso en problemas. Mientras Musa y yo nos sustentábamos mutuamente mientras recuperábamos el aliento, una voz conocida atronó colérica:

—Didio Falco, si lo que quieres es perder la vida, ¿por qué no te haces atropellar por un carro de estiércol, como todo el mundo? ¿Por qué intentas destruirte delante de dos mil desconocidos? ¿Por qué tengo que ver semejante espectáculo?

¡Vaya magia! Nada me hace tan feliz como que Helena me tire la bronca. Logró que dejara de pensar en todo.

—Podrías haber vendido entradas para el combate y así habrías contribuido a pagar mi funeral…

Helena protestó y me ayudó a quitarme el traje de espectro para que pudiese respirar. De todos modos, fue una mano cálida la que secó con la estola blanca el sudor de mi frente.

Nos asaltó la familia Habib. Sus miembros habían abandonado los asientos para decirnos que los habíamos invitado a compartir una velada inolvidable… y para observar a la larguirucha carabina de Helena. Dejé el siguiente acto en manos de las mujeres. Sin duda Helena y Talía lo habían planeado de antemano y mi amada debió de aconsejar a Sofrona que le siguiera la corriente mientras se dirigían a la tribuna.

Helena abrazó a la organista y dijo agradecida a la familia Habib:

—¡Muchísimas gracias por cuidarla! ¡He buscado por todas partes a esta niña traviesa! Ahora que ha aparecido la llevaré de regreso a Roma para que haga la vida que le corresponde. Supongo que se han dado cuenta de que pertenece a una buena familia. Es una intérprete consumada, pero se ha portado mal y se ha escapado para actuar. Claro que no se puede esperar otra cosa de ella. Al fin y al cabo, toca el instrumento de los emperadores…

Estuve a punto de atragantarme de risa.

Mamá y papá Habib habían sopesado la calidad de las joyas de Helena, algunas de las cuales sin duda había comprado en las caravanas nabateas y en los mercados de Decápolis mientras yo le volvía la espalda. Habían visto que el comandante de la guarnición la trataba con profundo respeto, pues sabía que Vespasiano en persona quería que le comunicase su paradero. Jaled adoptó una actitud implorante. Su padre se babeaba ante la presunta suerte que habían tenido. Como la mayoría de las jóvenes, Sofrona se dio

cuenta de que no le costaba nada aparentar que era mejor de lo que realmente era.

La madre de Jaled propuso que, en el caso de que la muchacha tuviera que abandonar Siria, sería mejor que la joven pareja se casara. Fue en ese momento cuando Helena sugirió que Jaled debía pasar una temporada en Roma y codearse con la nobleza…

—¿No es magnífico? —preguntó Talía, al parecer sin ironía.

Por lo visto, salvo a mí a nadie se le había ocurrido la idea de que, una vez en Roma, la decidida Talía convencería a Sofrona de que lo mejor no era sentar cabeza, sino iniciar su trayectoria pública como organista.

La discusión no estalló porque hubo jaleo en el anfiteatro. Como se les negó el programa completo, los enfadados soldados se dedicaron a arrancar los bancos de las gradas.

—¡Por Júpiter, hay que detenerlos! ¿Cómo podemos distraerlos?

—Eso está chupado. —Talía cogió del brazo a la joven—. Sofrona, ahora que todo está aclarado puedes hacer algo por nosotros. ¡Date prisa! No lo trasladé desde Roma sólo para que los mosquitos se reproduzcan en el depósito de agua…

Hizo señas a sus colaboradores. Con una velocidad que nos sorprendió, los ayudantes rodearon un carro bajo y de grandes dimensiones. Recabaron la ayuda de algunos tramoyistas de la compañía de Cremes, lo arrastraron hasta la puerta, contaron hasta tres y echaron a correr. El público enmudeció y no tardó en sentarse en lo que quedaba de los bancos. Cayó la envoltura del objeto perfilado: el *hydraulus.*

Una vez retirado del carro, el órgano hidráulico medía casi cuatro metros de altura. La parte superior semejaba un gigantesco conjunto de flautas de Pan, realizadas en bronce y en caña. La parte inferior formaba una caja ornamental a la que se añadían los fuelles. Uno de los colaboradores de Talía vertió minuciosamente agua en un depósito. Otro ajustó la tabla de los pedales, una inmensa palanca y el teclado.

Vi que Sofrona abría los ojos desmesuradamente. Durante unos segundos logró disimular su impaciencia e hizo una breve interpretación de recato y reticencia. Helena y los demás le seguimos el juego y le suplicamos que saliera al escenario. Un minuto después daba órdenes a los encargados de poner a punto el instrumento.

Estaba claro que, para ella, tocar el órgano era importante. Me dije que debía ocuparme de que Sofrona y Ribes se conociesen. Nuestro melancólico

tocador de lira parecía un joven al que le haría la mar de bien relacionarse con una chica de ojos excelsos con la cual podría hablar de música…

Talía sonrió a Davos.

—¿Me ayudarás a preparar los fuelles?

La bailarina con serpientes lograba que la pregunta más sencilla se tornara descarada. Davos aceptó como un hombre la dudosa propuesta. Talía dio a entender que después le encomendaría faenas más agotadoras.

Davos era un buen tipo y pensé que estaría a la altura del desafío.

Estaban a punto de salir al escenario para prestar apoyo a Sofrona cuando Frigia llamó a Talía. Se había acicalado y su cuerpo largo y desgarbado mantenía un precario equilibrio sobre los tacones con plataforma. Señaló a Sofrona, que tenía su misma altura.

—Esta chica… —El tono de Frigia transmitía ansiedad.

—¿Te refieres a Sofrona? Es una niña abandonada que heredé con el circo de Fronto.

Talía entrecerró los ojos de una forma que habría resultado sospechosa para cualquiera que no estuviese desesperado.

—Suponía que mi hija estaba aquí…

Frigia no se daba por vencida.

—Y lo está, pero es posible que después de veinte años no quiera verte.

—¡La compensaré por todo! ¡Puedo ofrecerle lo mejor de lo mejor! —Frigia miró desesperada a su alrededor. En nuestro círculo sólo había otra mujer de la edad adecuada: Birria. Frigia abrazó histérica a la joven actriz —. ¡Te incluimos en la compañía en Italia! ¿Dónde te criaste?

—En el Lacio.

La actitud de Birria era serena, pero sentía una gran curiosidad.

—¿En las afueras de Roma? ¿Conoces a tus padres?

—Soy huérfana.

—¿Conoces a Talía?

Vi que Talía le guiñaba el ojo a Birria.

—Obviamente, jamás le conté a tu hija que su madre es una actriz famosa porque no hay que meter ideas grandilocuentes en la cabeza de los niños —explicó Talía fríamente.

Frigia rodeó a Birria con los brazos y se echó a llorar.

Talía me dirigió una mirada calculadora y de sorpresa por lo que la gente insensata es capaz de creer a pesar de que lo que ve le indica lo

contrario. Aferró a Davos y se dirigieron al escenario.

—¡A partir de ahora todo será maravilloso! —aseguró Frigia a Birria.

Birria le dedicó esa mueca dudosa que suelen esbozar las hijas desagradecidas que pretenden hacer su vida.

Helena y yo nos miramos. Nos dimos cuenta de que la joven actriz pensaba cómo podía aprovechar ese sorprendente giro de la suerte. En el escenario, Sofrona no tenía ni idea de que la estaban desplazando aunque, en realidad, al mismo tiempo se le abrían muchas posibilidades. Jamás habían existido dudas sobre la determinación de Birria de hacerse un lugar en el mundo. Quería desarrollar su carrera y, si le seguía la corriente a la confundida Frigia, no sólo podría reclamar buenos papeles sino que, tarde o temprano, acabaría al mando de toda la compañía. Deduje que sería muy competente. Por lo general, los solitarios saben organizarse.

Probablemente carecía de importancia lo que Cremes nos había dicho acerca de la muerte del teatro en vivo y en directo. Cuando lo comentó estaba desesperado. Aún había un amplio margen para los artistas, no sólo en provincias, sino en Italia siempre y cuando se adaptasen a las demandas del mercado. Birria debió de percatarse de que acababan de ofrecerle la oportunidad de su vida.

Cremes, que al parecer necesita más tiempo que su esposa para reconocer su posición, sonrió incómodo a Birria y se alejó con Frigia para sumarse al grueso de la compañía, reunido en la puerta del anfiteatro. Los miembros de la *troupe* estaban deseosos de juzgar la pericia de Sofrona con el fabuloso *hydraulus.* Birria se quedó detrás con Musa, con Helena y conmigo. Llegué a la conclusión de que, en un sentido amplio, la situación de Cremes era positiva. Si no perdía la cabeza podría conservar a su esposa, promocionar a una actriz joven, popular y bellísima y, probablemente, tener paz en el seno de su hogar.

Pensé que probablemente Davos no tardaría en abandonar la compañía.

Si Davos se juntaba con Talía, existía la posibilidad de que esa noche Sofrona hubiera perdido una madre biológica y ganado un padre.

Me puse lentamente de pie.

—No soy un gran admirador de esta música. —Menos aún después de la experiencia enervante que acababa de soportar—. No quiero aguarle la fiesta a nadie pero, si no os molesta, me largo.

Todos decidieron regresar conmigo al campamento.

Nos alejamos lentamente. Helena y yo caminamos estrechamente abrazados, sumidos en un estado de ánimo apenado y contemplativo. Musa y Birria caminaban como de costumbre, con la espalda erguida, expresión solemne, en silencio y sin cogerse de las manos.

Me pregunté qué sería de ellos. Me gustaba la idea de que encontrasen un lugar tranquilo en el que sentarse a hablar para llegar a un acuerdo. Como yo lo habría hecho, me apetecía que se fueran a la cama.

Pero sospechaba que no ocurriría. Sabía que Helena compartía conmigo la melancolía de ver una relación que no llegaba a cristalizar.

Musa regresaría a Petra y Birria se convertiría en una estrella del firmamento teatral romano. Evidentemente eran amigos. Tal vez se cartearían. Quizá yo debía fomentarlo porque al menos era un vínculo que allanaba el terreno de la asimilación de Nabatea al imperio. Existe el arraigado mito diplomático de que los contactos culturales y las amistades particulares forjan lazos. Me imaginé que Musa se convertiría en una gran figura nabatea si lograba superar su deseo de encargarse de una casa de fieras. Y si Birria se convertía en la gran reina del espectáculo se codearía con los poderosos del imperio.

Una vez que Birria cumpliera sus sueños, cabía la posibilidad de que en el futuro volvieran a encontrarse y de que no fuese demasiado tarde.

Habíamos recorrido un buen trecho. Hacía rato que el crepúsculo había dado paso a la noche. Fuera del alcance de las teas de la arena tuvimos que abrirnos paso con cuidado. El gran oasis se veía pacífico y misterioso; las palmeras y los olivos se habían convertido en oscuras formas imprecisas; las casas y los edificios públicos se confundían con los árboles. Por encima de nuestras cabezas innumerables estrellas trazaban su recorrido infinito, mecánico pero conmovedor. En algún punto del desierto un camello lanzó su ridícula llamada y varios congéneres respondieron ásperamente.

Los cuatro nos detuvimos y nos giramos. Impresionados, reaccionamos ante un sonido extraordinario. Del sitio que habíamos dejado surgió una resonancia que en nada se parecía a lo que hasta entonces habíamos oído. Sofrona tocaba el órgano hidráulico. Los acordes nos dejaron pasmados. En el caso de que fuera la verdadera hija de Frigia, comprendí perfectamente por qué Talía se había guardado esa información. No se debía permitir que nada se interpusiera en la expresión de tanto talento extraordinario. El público merece que lo entretengan.

En los aledaños de Palmira hasta las bestias de las caravanas de los comerciantes interrumpieron su cacofonía. Al igual que nosotros, se quedaron inmóviles y aguzaron el oído. Los retumbantes acordes del órgano de agua sonaron por encima del desierto y los camellos quedaron enmudecidos por una música salvaje que era más potente, más estridente y —sospecho— más ridícula que la propia.

OceanofPDF.com

NOTAS

Arqueología

El siglo I es un período con zonas oscuras en nuestros conocimientos del Mediterráneo oriental. Los emperadores Trajano y Adriano manifestaron un vivo interés por la región, la visitaron y emprendieron la planificación de muchas ciudades nuevas. Por consiguiente, muchas de las espectaculares ruinas romanas de Jordania y Siria —incluidos los teatros que aún existen— corresponden al siglo II. La información sobre lo que existía en el año 72 de nuestra era es tan escasa que los novelistas debemos apelar a la invención inteligente. La situación de algunas ciudades de Decápolis aún no está fehacientemente comprobada. He utilizado la hipótesis más aceptada, situando a Dión en el emplazamiento que consideré más conveniente, y he supuesto que Rafana y Capitolias son el mismo sitio.

Historia política

Trajano anexionó Nabatea pacíficamente y en 106 de nuestra era se convirtió en la provincia romana de Arabia Pétrea. Bostra fue la ciudad principal y las rutas comerciales se desplazaron hacia el este, por lo que se alejaron de Petra. Tal vez se hizo por sugerencia de un agente imperial, sugerencia que probablemente se planteó durante el mandato de un emperador precedente y que Trajano encontró en los archivos del Palatino.

Literatura.

Los estudiosos no han perdido la esperanza de encontrar el manuscrito de *El espectro que habló.* Esta comedia perdida de un dramaturgo anónimo del siglo I (en principio identificado como M. Didio) sólo fue representada una vez, pero algunos eruditos consideran que fue el prototipo de *Hamlet.*

OceanofPDF.com



mipapyreebookreader.foroes.net
Creado*:* 20100528 - Verificado en lector Lucifox con Fixed width 15pt
Versión*:* 20100528

Más libros, más libres

OceanofPDF.com